



OCULTA EN LAS TINIEBLAS

CANADÁ II

Mariah Evans



Esta novela está dedicada, con todo mi cariño, a Mary Gutiérrez, Julia García, Ana Muñoz, Estefanía Heredia, Beatriz Isabel Rodríguez, Alba López y Patricia Supervía. Gracias por apoyarme y ayudarme a cumplir mi sueño.

Un fuerte abrazo.

María h.

Prólogo

Sandra Green miró de reojo a cada lado. Sus compañeros de clase estaban nerviosos, expectantes, al igual que ella. Habían formado dos líneas paralelas, en medio del patio del instituto, y en el centro se encontraba su compañero, pensando el número que gritaría para que uno de los miembros de cada equipo saliese corriendo hacia el pañuelo que sostenía en su mano.

Frente a ella, los diez compañeros que formaban parte del equipo B.

Miró nerviosa al que mantenía el pañuelo blanco en una mano, y cuando detectó que hinchaba sus pulmones para gritar un número, adoptó una posición para salir corriendo.

—¡El cuatro!

¿El cuatro? ¡Su número!

Ni siquiera miró a la fila paralela para saber quién era su contrincante. Salió disparada hacia el centro del patio, estirando lo máximo posible sus piernas, ayudada por el impulso de los brazos. Debía conseguir ese pañuelo antes que su contrario o su equipo perdería.

Corrió lo más rápido que pudo, estirando su brazo derecho para cogerlo antes que su contrario. Le quedaban pocos metros para llegar cuando comprobó que una mano cogía el pañuelo y salía corriendo hacia su equipo para huir de ella, mientras su equipo lo animaba con gritos.

—¡No! ¡Taylor! —gritó Sandra intentando correr más rápido.

Taylor se giró un segundo, sonriente, y corrió hacia su fila mientras ella intentaba darle caza. Taylor era demasiado rápido, imposible de atrapar.

El equipo contrario vitoreó cuando Taylor llegó hasta ellos, alzando el pañuelo victorioso.

—¡Hemos ganado! —comenzaron a gritar mientras lo rodeaban.

Sandra se detuvo a pocos metros, dejando caer los brazos abatida, y suspiró. Bueno, al menos lo había intentado.

Lo cierto es que no le gustaba nada jugar al pañuelo, prefería jugar a la ruela, pero ahora se había puesto de moda ese juego.

Se giró y se encogió de hombros hacia su equipo, los cuales parecían apenados al haber perdido.

—Diez a seis —gritó uno del equipo contrario. Dio unos pasos hacia ella y le hizo un gesto bastante chulesco—. ¡Hemos ganado! ¡Perdedores! —gritó

señalándola.

Sandra puso sus manos en la cintura.

—¡Cállate, Lucas! —contestó Sandra—. Tu número ni siquiera ha salido. No has tenido ni que correr.

—Perdedores, perdedores... —comenzó a canturrear.

Sandra resopló y se giró para volver junto a su equipo mientras soportaban las burlas de Lucas, aunque al momento se unieron unos cuantos compañeros más.

—Son unos chulos —le dijo Hannah mientras se situaba a su lado—. Se creen los mejores simplemente por hacer un curso más que nosotros.

Sandra volvió a encogerse de hombros y miró de reojo a sus compañeros, que seguían vitoreando por la última carrera ganada. Colocó un mechón de cabello castaño claro tras su oreja y apartó la mirada de ellos para observar a su prima.

—Da igual, si fuese por mí no jugaba más con ellos —Hannah le hizo un gesto como si no estuviese muy de acuerdo con aquella última frase—. Siempre hacen lo mismo cuando ganan —en ese momento la campana que anunciaba que había acabado la hora de recreo sonó—. ¿Qué clase toca ahora?

—Matemáticas —respondió Hannah mientras caminaba al lado de ella, rumbo a la puerta del edificio, aunque Sandra pudo comprobar cómo ella volvía a rebuscar entre sus compañeros.

—¿Estás buscando a Eric?

Hannah la cogió del brazo de inmediato y apretó.

—Baja la voz.

—Pero si toda la clase sabe que te gusta —se quejó Sandra al recibir el apretón de su prima.

Hannah iba a responder cuando Lucas volvió a ponerse frente a ellas, cortándoles el paso.

Ambas se detuvieron y lo miraron con gesto enfadado.

—¿Queréis jugar mañana otra vez? —preguntó con cierta burla.

—¿Para qué? —preguntó Sandra pasando a su lado—. ¿Para que luego vuelvas a burlarte?

—Así que presupones que tu equipo perderá otra vez. Siempre perdéis —se burló—. Aunque no me extraña, tú eres muy lenta... —rio Lucas—, como una tortuga —precisó. Sandra lo miró de reojo y echó la vista al frente de nuevo—. ¿Te has enfadado? —preguntó provocativo.

—No, me da exactamente igual. Puedes presumir de que tu equipo ha ganado, aunque ni siquiera has corrido —luego se quedó pensativa y lo miró con una

extraña sonrisa—. De hecho, es de lo único que puedes presumir, ¿no?
Lucas la miró enfadado por su respuesta.

—Perdedora —dijo con un tono más amenazante.

Sandra iba a contestar cuando una voz les llegó desde atrás.

—Oh, vamos... Lucas, déjala —rio Taylor.

—Es que no saben perder —contestó él. Luego volvió a mirar a Sandra—. Perdedora —le susurró de nuevo.

—Eh —volvió a reprenderle Taylor mientras se acercaba más—. Deja de decir eso.

Lucas se giró hacia él con cierto enfado porque defendiese a una chica de un curso inferior.

—¿Por qué siempre la defiendes? —preguntó provocativo—. Es más pequeña.

—¿Y qué?

Sandra lo miró enfadada mientras se situaba al lado de su prima.

—¡Solo voy un curso por debajo del tuyo! —gritó ella.

—Canija —dijo.

—¿Pero qué te he hecho yo? —se quejó.

Taylor llegó hasta ellos, colocándose al lado de su compañero de clase. Lucas era un buen amigo, pero siempre tenía la fea costumbre de restregarles a todos cuando ganaba. No entendía qué extraña fijación había cogido con Sandra desde hacía dos semanas.

—Vale ya, Lucas —volvió a reñirle Taylor—. Vamos a clase.

—¡Eso, idos a clase! Ve a aprender algo. ¡Que falta te hace! —le gritó ella girándose.

Lucas dio unos pasos hacia delante.

—¿Que falta me hace? —preguntó mosqueado—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que eres más alto que un pino pero más tonto que un comino —le gritó girándose hacia él.

Lucas iba a avanzar hacia ella cuando Taylor le sujetó del brazo.

—Eh, Taylor, suéltame —se quejó.

—Déjala tranquila. Ella no te ha hecho nada —pronunció con paciencia.

Lucas se giró hacia él de malas formas.

—¿Pero tú de qué vas? ¿Qué pasa? ¿Te gusta para que la defiendas tanto? —preguntó acelerado.

En ese momento Sandra se giró para observarlos. Taylor miraba enfurecido a Lucas por la pregunta, incluso sus ojos grises parecían haber adquirido un tono más oscuro tras las últimas palabras de su amigo.

Lucas comenzó a hacer gestos obscenos, pasándole la mano por el pecho, como si se acariciase.

—Oh, sí, Sandra... ven a darme un besito —se burló como si fuese Taylor quien lo dijese.

Sandra arqueó una ceja al verle hacer ese gesto tan ridículo, pero abrió los ojos desmesuradamente cuando observó que Taylor ladeaba su rostro enfadado hacia él. Lo conocía bastante como para saber que en ese momento se le había agotado la paciencia. Taylor era un buen amigo, de hecho, debía confesar que era el chico más guapo del instituto. Su cabello negro, aquellos ojos grises con una mirada penetrante. Siempre tenía una sonrisa en su rostro, excepto en momentos como aquel, y sabía que eso no era nada bueno.

—Eres un idiota —susurró. Dicho esto dio unos pasos hacia Lucas y le asestó un puñetazo en toda la mejilla.

Sandra casi dejó caer su mandíbula, aunque al ver que Lucas caía al suelo y que Taylor se acercaba para darle una patada corrió hacia ellos.

—Madre mía... —gimió mientras corría para detenerlo—. ¡No! Taylor —iba justo a rematarlo cuando llegó hasta él, cogiéndolo del brazo para que se detuviese.

—¿Pero qué haces, imbécil? —gritó Lucas pasándose la mano por la mejilla dolorida, arrodillándose en el suelo—. ¿Estás loco o qué? —se pasó la mano por la boca y en ese momento abrió los ojos asustado, pues en la mano había un poco de sangre—. ¡Me has hecho una herida! —gritó poniéndose en pie, realmente enfadado—. ¿Pero tú de qué vas? —gritó a pleno pulmón—. ¡Pienso pegarte una paliza!

En ese momento varios compañeros que se dirigían al edificio se detuvieron a ver la pelea.

Taylor se soltó de la mano de Sandra sin siquiera mirarla y dio un paso hacia él, señalándole.

—Inténtalo —dijo con una mirada fiera.

Lucas gritó, apretó su mandíbula y corrió hacia él para darle un empujón, pero Taylor se apartó rápidamente y acto seguido colocó una mano en su espalda para empujarle, tirándolo al suelo de nuevo.

Sandra dio unos pasos hacia atrás, separándose.

—¡Estaos quietos! —les riñó—. Si os ven os castigarán.

Lucas se levantó, sacudiéndose las manos de tierra, y miró a Taylor encolerizado.

—Uy... sí... estaos quietos... si no os castigarán —se burló de ella.

Taylor dio un paso hacia él, apretando los puños.

—Cállate de una dichosa vez o la próxima te daré más fuerte —le amenazó.

Lucas lo miró sorprendido.

—¿Qué? ¿Es tu novia? —gritó hacia él—. ¿Por eso la defiendes tanto? Pero si es una mojigata, no tiene ni tetas aún, es una endeble y corre muy... —no pudo seguir. Taylor volvió a empujarlo de nuevo, pero esta vez, cuando Lucas cayó al suelo, Taylor siguió golpeándole por el cuerpo.

Sandra iba a intervenir cuando la voz del profesor que corría hacia ellos los alertó.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! ¡Quietos!

Tanto Sandra como Taylor permanecían sentados en la silla, uno al lado del otro, frente a la mesa del director, que acudiría en pocos minutos. Habían guardado silencio desde que el profesor había levantado a Taylor, que se encontraba sobre el cuerpo de Lucas. Había acompañado a Sandra y Taylor al despacho del director y llevado a Lucas a la enfermería.

Sandra suspiró mientras se frotaba las manos, nerviosa. No estaba acostumbrada a que le llevaran ante el director.

Miró de reojo a Taylor, el cual permanecía en la silla con actitud desenfadada mientras se ponía la mano frente a la boca para ocultar su bostezo.

—¿Crees que nos expulsarán? —preguntó ella preocupada.

Taylor la miró divertido.

—A ti no te van a expulsar, tú no has hecho nada —bromeó.

Ella pestañeó repetidas veces y luego volvió su mirada hacia la mesa, aún vacía, del director.

—¿Y a ti? —preguntó sin mirarle. Él se encogió de hombros como si le diese igual—. ¿No estás preocupado?

Él le sonrió, dándole a entender que no.

—No es la primera vez que me expulsan —dijo como si nada—. Además, Lucas se lo merecía, así que... Aunque creo que esta vez será la primera por golpear a alguien —y acabó sonriendo hacia ella.

—No tendrías que haberlo hecho —le cortó.

—Oh, vamos Sandra... es un idiota.

—Sí, eso ya lo sé, pero no merece la pena...

—Sí que la merece —le interrumpió Taylor divertido, haciendo que ella lo mirase mosqueada.

Sandra resopló y se cruzó de brazos mientras volvía a ofrecerle su perfil. Se mantuvo callada unos segundos hasta que finalmente se relajó.

—De todas formas... muchas gracias por defenderme —le sonrió ella—. La verdad es que sí que se lo merecía.

Taylor asintió y se pasó una mano por la nuca en actitud tímida. Sandra le gustaba desde hacía más de un año. Era una chica divertida, simpática... y tenía una sonrisa que le hacía enloquecer. Se había planteado pedirle una cita un par de veces pero jamás se había atrevido. Se quedó observándola varios segundos.

—Me gustas mucho —se atrevió a decir.

De todo lo que Sandra podía esperar, oír aquello era lo último.

Se giró con una actitud asustada hacia él, totalmente sorprendida.

—¿Por qué me miras así? —rio Taylor, aunque luego adoptó una postura tímida otra vez y se encogió de hombros mientras apartaba la mirada de ella.

Sandra se mordió el labio y apartó también la mirada, totalmente intimidada por lo que acababa de pronunciar, aunque una ligera sonrisa se escapó de sus labios.

—No esperaba que dijese eso —susurró.

—Es la verdad —dijo más convencido. Luego volvió a sonreírle—. ¿Por qué crees si no que le he pegado una paliza a mi amigo?

Ella lo miró divertida.

—No le has dado una paliza —puntualizó.

—Porque el profesor me ha parado —apuntó. Se rascó la cabeza nervioso y se acercó más a ella, que había vuelto a obsequiarle con su perfil. Se le notaba intimidada por la conversación—. Oye... te... ¿te gustaría quedar luego conmigo?

—¿Luego? —preguntó observándolo de reojo.

—Sí —susurró él con una voz extremadamente tímida—. Cuando salgamos de aquí podríamos quedar en el parque —ella se giró hacia él, sus mejillas estaban más sonrosadas que de costumbre—. Si... si quieres —continuó.

Ambos se quedaron mirando unos segundos. No es solo que le gustase, sino que estaba enamorado de ella hasta la médula. Se consideraba un chico pacífico, no se había metido en muchos líos, al menos ese último curso. Pero su amigo Lucas, aquellas últimas semanas, lo había sacado de quicio. Compartía muchas tardes con él, ya que vivían cerca. Quedaban para hacer los deberes y jugar a fútbol, pero cuando se le metía alguien entre ceja y ceja era horrible. Hacía poco más de un mes había molestado a un chico con un poco

de sobrepeso y, antes, a una chica de clase a la que habían puesto gafas... pero con Sandra, la verdad es que no entendía por qué arremetía contra ella. Al principio, había pensado que cabía la posibilidad de que estuviese enamorado de ella y no supiese otra forma de expresarlo, pero con el paso de los días había comprendido que era una simple fijación que había cogido, porque era una de las pocas chicas que no le habían felicitado el día de su cumpleaños. Podía controlarse con cualquiera, pero no cuando ella era el foco de burlas o insultos. Por ahí no pensaba pasar.

Sabía que debía controlarse, sus padres no dejaban de advertírselo. Aquella fuerza que había ido adquiriendo los últimos años, su rapidez...

Si hubiese querido no le hubiese costado nada acabar con Lucas, pero quizás... y solo quizás... hubiese sido un poco exagerada su reacción.

Notó cómo su corazón comenzaba a latir con más fuerza cuando permaneció varios segundos observando los ojos color miel de Sandra. Jamás había sentido nada así por una chica. Ciertamente acababa de cumplir los trece años, pero su corazón latía con más fuerza cuando sus miradas se encontraban, o cuando ella simplemente le saludaba por las mañanas en la puerta del colegio.

No pudo evitar descender sus ojos hacia sus labios y, sin poder evitarlo, se acercó levemente a ella, sin apartar su mirada. Observó como Sandra se inclinaba para besarle cuando escucharon como el pomo de la puerta giraba.

Ambos se pusieron firmes en sus sillas, con las manos sobre las rodillas.

—¿Quedamos? —susurró Taylor acelerado mientras intentaba controlar su respiración.

Ella también intentó calmarse. Sabía lo que Taylor había intentado, iba a besarla. Notó cómo su corazón cabalgaba en su pecho, amenazando con escapar de él. Era guapísimo, le había defendido de Lucas... Nunca le había sido indiferente, pero ahora más que nunca se daba cuenta de que le atraía mucho.

—Vale —susurró antes de que la puerta se abriese.

El director entró con gesto enfadado, centrando la mirada directamente en los dos niños. Cerró la puerta con un portazo y caminó acelerado hacia su mesa.

Su mirada voló directamente hacia Taylor.

—¿Por qué sonríes, muchacho? —le preguntó con una mirada enfurecida.

Taylor borró la sonrisa de sus labios y miró hacia abajo con gesto arrepentido.

—Por nada, señor.

—A mí no me hace ninguna gracia lo que ha ocurrido —les riñó—. He avisado a vuestros padres y están de camino. Sandra, tú no estás castigada,

pero tú, Taylor... estás tres días expulsado —Taylor chasqueó la lengua mientras elevaba la mirada hacia el director—. Has golpeado a un compañero y le has provocado una herida, ¿pero en qué estabas pensando?

Él suspiró.

—Disculpe... —intervino Sandra en un susurro—, pero... Lucas comenzó a meterse conmigo —pronunció avergonzada—. Él solo me defendió.

El director miró directamente a Taylor.

—Igualmente no puedes ir golpeando a tus compañeros —luego le señaló—. Estás expulsado tres días, ¿de acuerdo? Lucas también lo estará.

Taylor se encogió de hombros resignado.

—De acuerdo.

—Y espero que esto no vuelva a repetirse, o si no la próxima vez será una semana entera. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —volvió a repetir.

Luego giró su rostro hacia ella.

—Supongo que Lucas no volverá a molestarte, pero si lo hace, me avisas a mí —ella aceptó con un ligero movimiento de su rostro mientras se mordía el labio y apartaba la mirada de él. El director volvió de nuevo su atención a Taylor—. No es bueno tomarse la justicia por tu propia mano —se cruzó de brazos y se quedó observándolos durante unos segundos mientras ellos parecían encogerse tímidamente ante la supervisión de su director—. Está bien... —suspiró—, márchate, Taylor. Tú Sandra quédate, quiero que me expliques lo que ha ocurrido.

Taylor se levantó lentamente y fue hacia la puerta arrastrando los pies. Sus padres se iban a enfadar, y mucho.

Abrió la puerta del despacho mientras veía como el director abría un cajón y rebuscaba en él. Antes de salir se giró hacia Sandra y le susurró.

—Nos vemos ahora en el parque —ella le sonrió mientras miraba de reojo al director.

Nada más cerrar la puerta del despacho no pudo evitar que una sonrisa apareciese en su rostro. Merecía la pena haber golpeado Lucas.

Colocó las manos en los bolsillos y fue hacia la puerta del colegio donde sus padres esperaban impacientes. El director debía haberles explicado lo ocurrido, porque además, tenían su mochila.

Resopló mientras se pasaba la mano avergonzado por el brazo. Sí, sus padres estaban enfadados, muy enfadados, porque sus miradas eran totalmente fijas.

Llegó hasta ellos y los miró tímidamente.

—Lo siento —susurró mientras se removía incómodo.

Su padre puso los ojos en blanco y colocó una mano en la espalda de su hijo mientras lo conducía hacia el vehículo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre con voz paciente.

—Lucas ha comenzado a meterse con una chica... —explicó mientras avanzaban los tres juntos.

Ambos padres se miraron un segundo.

—¿Y lo has golpeado? —preguntó sorprendido.

—No le ha dicho cosas muy bonitas, papá —susurró él—. Y ella es mi amiga —continuó antes de subir al coche.

Su madre se sentó en el asiento del copiloto mientras su padre arrancaba el vehículo.

—¿Qué le ha dicho? —le preguntó con curiosidad.

—Pues... que era una mojigata, una tortuga... que no tenía tetas...

—¡Taylor! —se giró su madre sorprendida al escucharle decir eso.

—Eh, que papá me ha preguntado. Yo simplemente he contestado.

Su padre tomó el desvío hacia la derecha y puso los ojos en blanco.

—Ya, y... ¿Le has golpeado muy fuerte a ese chico?

Lucas suspiró y se apoyó contra el asiento, angustiado con la pregunta.

—No tanto como debería haber hecho —dijo apretando los labios.

Su padre lo observó a través del reflejo del retrovisor.

—Ya... no... no has...

—No, papá —continuó él con una voz apagada—, no me he movido rápido ni le he mostrado mi fuerza. Sé controlarme —susurró.

—Bien —dijo su padre entrando ya a la calle donde vivían. Se mantuvo unos segundos en silencio mientras echaba miradas furtivas a su hijo a través del retrovisor. Taylor era buen chico, jamás les había causado problemas. Sabía de sobras que si había actuado así era porque ese chico se lo merecía, pero desde hacía un tiempo sus poderes se habían incrementado de una forma increíble, y temía que pudiese descontrolarse o dañar a alguien sin querer—. Bien, hijo —le susurró con ternura esta vez—. Es mejor que lo que te ocurre no lo sepa nadie —volvió a explicarle—, si no ya sabemos lo que puede ocurrir...

—Sí, que me llevarían a un centro médico para estudiarme —bromeó él.

Su madre suspiró y se giró para observarle. Su mirada ya no era enfadada, sino preocupada por su hijo. Sabía que Taylor se sentía diferente, incluso asustado por todo lo que le estaba ocurriendo, por todo de lo que era capaz de

hacer.

—De acuerdo, cariño —dijo al final con una sonrisa—. No te preocupes por lo de la expulsión.

Taylor miró a su madre con cariño y asintió.

Los minutos que tardó su padre en recorrer los metros que faltaban hasta su hogar lo hicieron en silencio, reflexionando, pero cuando detuvieron el vehículo frente a la puerta de su casa, Taylor intuyó que algo no iba bien.

—¿Tenemos visita? —preguntó Taylor observando los dos todoterrenos negros que habían aparcados frente a la puerta de su casa.

Los tres salieron del vehículo y caminaron hacia la puerta.

—Verás... —dijo su madre—. Han venido a vernos unas personas...

—¿Unas personas? —preguntó intrigado.

Su padre buscó la llave de casa en su bolsillo.

—Son del Pentágono, quieren hablar contigo.

—¿Qué? —preguntó sin comprender nada.

—Dicen que pueden ayudarte —continuó su madre con una sonrisa, intentado tranquilizar a su hijo.

Su padre abrió y los tres entraron. Lo primero que observó Taylor eran cuatro abrigo negros en el perchero y unos cuantos maletines. Aunque lo que más llamó su atención eran las maletas de viaje que había junto a la puerta. Tanto su madre como su padre se quitaron el abrigo, colgándolo, y fueron hacia el comedor.

Cuatro hombres, vestidos con elegantes trajes, esperaban sentados en el sofá. Todos se levantaron de inmediato en cuanto los vieron entrar.

Taylor los observó sin comprender, pero el primero de ellos se adelantó y le tendió la mano en actitud cordial.

—Hola, tú debes ser Taylor Bell, encantado de conocerte —Taylor le estrechó la mano mientras observaba a sus padres de reojo—. Me llamo Jones. Ven, siéntate... —le animó con una sonrisa.

Taylor se sentó en medio de sus padres, aunque su madre comenzó a acariciar su espalda, como si detectase que su hijo estaba nervioso.

—Verás Taylor, trabajo para el Pentágono. ¿Has oído hablar de él?

Taylor lo miró con una sonrisa incrédula.

—Claro —respondió sorprendido por la pregunta.

Jones sonrió.

—Verás, el Pentágono es un organismo de defensa. Tiene muchos departamentos. La mayoría son conocidos, pero hay otros... como el que yo

dirijo, que son secretos.

—¿Secretos?

—La DAE —Taylor enarcó una ceja hacia él—. División de agentes externos —aclaró las siglas—. Y en ese departamento trabajan personas especiales, con un talento fuera de lo común, con determinados dones —le explicó. Taylor observó al resto de hombres que estaban con él. Eran algo más jóvenes que Jones y tomaban notas continuamente—. Gente como tú —dijo con una sonrisa.

Taylor puso su espalda recta y miró intimidado hacia su padre, que intentó tranquilizarlo colocando una mano sobre su hombro.

—Dime, Taylor, ¿has notado últimamente que eres más rápido? —Taylor tardó un poco en responder, pero finalmente asintió—. ¿Y tienes más fuerza?

—Sí.

—¿Sabes si puedes regenerarte?

Taylor lo miró fijamente. ¿Cómo podía saber tanto aquel hombre sobre él? Cogió un pequeño abrecartas que había sobre la mesa y se hizo un corte en el dedo. Segundos después la herida había desaparecido y no tenía cicatriz. Depositó el abrecartas sobre la mesa y miró asustado hacia aquel hombre.

—¿Por qué me está pasando esto? —preguntó angustiado.

—No es malo —se apresuró a calmarlo Jones—. Al contrario, Taylor, tú cuentas con unos dones increíbles con los que puedes ayudar a muchas personas.

—¿Ayudarlas?

—Salvar vidas —respondió rápidamente. Luego observó de reojo a sus ayudantes—. En este mundo, hay más peligros de los que imaginas —explicó seriamente—. Peligros que jamás pensarías que llegasen a existir y que amenazan a la humanidad. Nosotros, combatimos contra ellos.

—¿Vosotros? —preguntó incrédulo.

—Hay más gente como tú, más de la que imaginas —Jones se inclinó hacia delante, juntando sus manos—. Tú tienes unos dones increíbles, pero necesitas aprender a usarlos para sacar todo tu potencial. Nosotros podemos enseñarte. Trabajarías con nosotros, y podrías salvar a mucha gente.

Él lo miró sorprendido.

—¿Me enseñarías cómo controlar mi fuerza? —preguntó con esperanza.

—Y a ser más rápido —respondió sonriente. Luego ladeó su rostro—. Nosotros formamos a gente como tú, y tras la formación les ofrecemos un trabajo. Viajarás, conocerás a mucha gente, tendrás un buen sueldo... —apuntó

mientras lo señalaba—, y además, estarás rodeado de gente como tú. Aquello fue lo que más le gusto escuchar. Miró a sus padres y después asintió con su rostro.

—De acuerdo, y... ¿cuándo puedo ir? —pregunto.

Jones le sonrió.

—De hecho, nos marchamos ya —dijo levantándose.

En ese momento Taylor puso su espalda recta y miró a sus padres.

—¿Ya? —preguntó asustado.

—Te vienes con nosotros a Washington, a partir de ahora vivirás allí.

—¿A Washington? —preguntó nervioso, poniéndose en pie.

—Tus padres vendrán en un par de semanas.

—Nos trasladamos allí contigo, cariño —le dijo su madre.

Taylor comenzó a negar.

—No, pero... ¿ahora? ¿Tiene que ser ya? —dijo dando unos pasos hacia atrás.

En ese momento los cuatro hombres que acompañaban a Jones se pusieron en pie, controlando al muchacho.

—Sí, mañana mismo podrás comenzar la formación con nosotros.

—Pero... yo... ahora no, necesito ir a... —notó cómo el corazón se le encogía al intentar decir el nombre de Sandra—. He quedado ahora —acabó diciendo.

Jones dio un paso hacia él pero Taylor dio un paso atrás. En ese momento los hombres que iban con él se movieron con una velocidad extraordinaria, colocándose a su alrededor, como si así evitasen que pudiese salir de la casa o huir.

—Tranquilo, cariño —dijo su madre—. Te ayudarán.

—Sí, ya sé que me ayudaran, pero yo no quiero ir ahora. He quedado.

—Muchacho —interrumpió Jones con voz calmada—. Esto es mucho más importante.

—¿Más importante? —gritó él— ¿Y usted qué sabe sobre lo que es o no importante para mí? —se quejó.

—Taylor —le llamó su padre la atención por la contestación.

—Hemos venido desde Washington a buscarte.

—¿Y qué? —preguntó nervioso.

Jones suspiró y ladeó su rostro hacia el muchacho bastante nervioso.

—Escucha —dijo con voz calmada—. Sé que muchas veces es difícil de encajar la situación, te has sentido diferente a todos tus amigos, incluso has tenido miedo... pero no debes tenerlo. Te ayudaremos, con nosotros tendrás una buena vida. Serás feliz —acabó diciendo.

—Pero yo...no... —gimió—. No quiero irme ahora.

—Debemos irnos, el avión espera.

—Pero... no... —decía nervioso, aunque finalmente suspiró—. ¿No puedo despedirme siquiera de una persona?

En ese momento Jones lo miró con ternura, comprendiendo la mirada que tenía aquel joven.

—¿Y qué le dirás a ella? —preguntó con una suave sonrisa, intuyendo cuál era la desesperación del muchacho—. ¿Que tienes que marcharte? ¿Que no la verás durante muchos años? No puedes decirle a nadie adónde vas, ni lo que te ocurre.

—Pero yo... —pronunció con desesperación.

—Es mejor así, hijo —pronunció finalmente. —Créeme.

Y por primera vez en su vida, notó cómo los ojos se le empañaban. Había esperado tantos meses ese momento... Tuvo que apretar los labios para que no le temblasen.

Jones fue hasta él y puso una mano en su hombro, intentando que se calmase.

—Tranquilo, Taylor —le susurró—. Todo irá bien.

Tuvo que contenerse de no echarse a llorar allí mismo. Necesitó varios segundos para controlar sus emociones y finalmente asintió con una mirada triste. Sabía que aquel hombre podría ayudarle, enseñarle muchas cosas, responder todas las dudas que tuviese sobre lo que le estaba ocurriendo, pero... Sandra... No era justo. Debería haberla besado en el despacho del director.

—Está bien —susurró resignado.

Diez minutos después se encontraba en uno de los dos todoterrenos negros, que había aparcados frente a la puerta de su hogar, rumbo al aeropuerto. Sabía que aquello era lo que debía hacer, pero había estado tan cerca de conseguirla. No pudo evitar mirar a través de la ventana del todoterreno cuando pasaron al lado del parque. Su mirada voló hacia esa pequeña figura sentada en un banco, mirando de un lado a otro, buscándolo.

Puso la mano en el cristal, sin apartar la mirada de ella mientras notaba cómo sus ojos se empañaban de nuevo, cómo su corazón se rompía en mil pedazos.

—Lo siento, Sandra —susurró sin apartar la mirada de la pequeña figura mientras notaba cómo una lágrima resbalaba por su mejilla.

Permaneció observándola hasta que el todoterreno giró y la perdió de vista.

1

15 años más tarde

Sandra enarcó una ceja hacia Hannah que esperaba apoyada contra el edificio, con un café para llevar en su mano.

—¿Estás floja hoy o qué? —preguntó echándose el bolso al hombro.

Hannah se puso firme con una sonrisa, mientras daba un sorbo a su café.

—Se me han olvidado las llaves.

Sandra chasqueó la lengua mientras rebuscaba las suyas en el bolso. Miró el reloj de su muñeca y suspiró. Las ocho en punto de la mañana. Extrajo las llaves y se agachó para abrir el candado con el que cerraba la verja de su local.

Hacía más de cuatro años que había abierto ese negocio con su prima y la verdad es que no les iba nada mal. Una tienda de antigüedades y objetos de segunda mano en un pueblo como Calgary, donde durante todos los meses del año había una gran afluencia turística, había hecho que en poco menos de un año pudiese independizarse y comprarse un coche que, desgraciadamente, nunca usaba.

En un principio había sido reacia a la idea de su prima, pero finalmente, tras no encontrar trabajo de lo suyo, había aceptado la oferta de Hannah. ¡Cuánta razón había tenido! Ya no era solo que cientos de turistas visitaban la tienda en busca de un recuerdo que llevarse de esa zona, sino que gracias a que era uno de los locales más grandes de la región de Alberta, se había hecho con grandes adquisiciones y mantenía contacto con el museo de historia de Calgary, al que le cedía objetos para la exposición.

Le encantaba su trabajo, aunque Hannah le sacase de quicio muchas veces.

Abrió la verja y metió la llave en la cerradura.

—Desconecta la alarma —ordenó nada más abrir.

Hannah entró con su rostro medio dormido en el local mientras ella acababa de correr la verja.

Escuchó el pitido de la alarma al desconectarse y seguidamente el bostezo de Hannah mientras se dirigía al mostrador.

—¿Qué haces bebiendo café? ¿Has pasado una mala noche? —preguntó

mientras seguía empujando la verja para correrla—. Hay que engrasarla. Hannah se puso tras el mostrador, dejando su bolso, y después se dirigió al cuadro de mandos para ir encendiendo las luces.

—Me he discutido con Bobby otra vez.

Sandra entró en el local mientras se quitaba la chaqueta.

—¿Qué ha sido ahora? ¿La nevera? ¿La lavadora?

Hannah fue hacia la caja registradora y comenzó a pulsar botones para activarla.

—La tele —rugió. Se quedó unos segundos callada mientras apretaba los labios—. El muy cab... —dejó la palabra sin acabar—. Me dijo que no la quería, que se había comprado una cuando nos separamos —se giró hacia Sandra y se cruzó de brazos—. Pues ahora se le ha estropeado la suya y en vez de ir a arreglarla me dice que le dé la mía.

Sandra puso los ojos en blanco mientras se agachaba para coger la agenda.

—¿Y qué le has dicho?

—¿Qué le voy a decir? Pues que se compre una —luego la señaló con la mano—. Estoy de acuerdo con que él compró esa televisión, pero cuando hicimos la repartición de los muebles el muy vago se pidió el lavavajillas y yo me pedí la tele...

—¿Es la televisión de cincuenta pulgadas o la que tienes en la cocina?

—La de cincuenta pulgadas —sonrió ella—. Le di donde más le dolía, pero mala suerte... él se quiso separar, pues ya está —Sandra suspiró mientras abría la agenda—. ¿Qué pretendía? No lavar platos y además ver la tele, ¿no? Pues nada de eso.

Aquel comentario hizo que Sandra sonriese.

—Tengo que buscarte un novio.

—¡Ja! —se burló ella—. ¿Que tú tienes que buscarme un novio a mí? —rio—. Yo he tenido una relación de seis años. Dime guapa, ¿cuál ha sido tu última relación? —luego la señaló con la mano—. Búscatelo mejor para ti —Sandra no levantó la mirada de la agenda—. ¿Tenemos algo para hoy?

Sandra cerró y le sonrió.

—Para hoy no, pero tengo que quedar para hablar con el responsable del museo para la exposición de dentro de dos semanas, a ver si quiere algo —luego miró de un lado a otro—. ¿Dónde guardaste el inventario? Tendría que estar aquí.

—Ah —dijo ella abriendo la puerta que había tras el mostrador, donde había un pequeño despacho—. Lo dejé aquí. Ayer trajeron una lámpara —luego

señaló hacia el otro lado de la tienda, donde había muchas estanterías con cientos de figuras y joyas antiguas.

Sandra observó hacia donde ella le indicaba. Había una lámpara bastante oscurecida por el paso del tiempo, formada por cristales de colores.

—¿Has probado si funciona?

—Sí, ayer la probé. Funciona —luego se acercó a ella—. La apunté en el inventario. Creo que debe ser de mediados del siglo diecinueve.

—Está bastante oscurecida —puntualizó mientras se dirigía a la pequeña oficina para coger el inventario—. ¿Tiene la base de plata? —preguntó encendiendo la luz.

—Creo que sí. Le daré con bicarbonato luego.

Cogió la libreta que usaban a modo de inventario y se dirigió de nuevo al mostrador.

—¿La apuntaste?

—Claro.

Sandra comenzó a hojear hasta que la encontró, directamente enarcó una ceja hacia ella.

—¿Es esta? ¿Horribilus lámpara? —preguntó leyendo lo que había apuntado.

Hannah se encogió de hombros.

—No me negarás que es fea, ¿verdad?

Ambas se quedaron observándola unos segundos. Sí, la verdad es que no era muy bonita.

—¿Por cuánto la compraste? —preguntó. Luego miró el inventario—. ¿Sesenta dólares? —preguntó sorprendida—. Caray, un poco más y te la regala —volvió a decir sorprendida.

—¿Sabes? Creo que si logro que la base brille y limpio a fondo los cristales podemos sacarle un buen precio.

Sandra asintió.

—¿Doscientos dólares?

—Había pensado probar primero con doscientos cincuenta —dijo divertida.

—Me parece bien —respondió. Luego volvió a echar su mirada hacia el inventario—. Entonces, ¿está actualizado?

—Sí. Todo actualizado —confirmó.

—De acuerdo —dijo cerrándolo—. Cuando quede con el responsable del museo me lo llevaré, a ver qué quiere exponer.

—Quizá le interese la lámpara.

Sandra rio.

—Lo dudo mucho.

El móvil de Hannah sonó y se giró para rebuscar en su bolso. Cogió el móvil y volvió a rugir mientras hacía el gesto como si fuese a estrellarlo contra el suelo.

—Arrgggg ¡Qué pesado!

—¿Bobby? —preguntó Sandra sonriente.

Hannah rechazó la llamada y lo puso en silencio mientras lo metía en su bolso.

—Lo lleva claro si piensa que se va a llevar la tele... —susurró mientras salía de detrás del mostrador e iba hacia una de las estanterías.

—Pero no entiendo... ¿por qué no se compra una y ya está?

Hannah cogió la lámpara y se dirigió a la oficina, pero antes de pasar bajo el marco de la puerta se detuvo y miró a su prima.

—Te diré por qué no se compra una dichosa tele, porque quiere fastidiarme —dijo con voz estridente—. Esa es la única razón —gritó ya entrando—. Voy a ver si puedo sacarle algo de brillo a... esto —escuchó que susurraba antes de desaparecer de su vista.

Sandra sonrió y fue a la caja registradora para contar el dinero cuando la puerta de la tienda se abrió, haciendo que los sonidos de los tubos de metal que colgaban del techo produjesen un sonido relajante.

Una muchacha entraba en la tienda mirando de un lado a otro.

Sandra se puso frente al mostrador, sonriente.

—Hola, buenos días.

La muchacha la obsequió con una tímida sonrisa.

—Buenos días —respondió acercándose al mostrador con un paso más seguro, mientras abría su bolso—. Aquí compran objetos antiguos, ¿no?

—Sí, aquí mismo —respondió sonriente mientras le mostraba con la mano las estanterías repletas.

Ella le sonrió de forma amable.

—Verá, quería vender una cosa, es un colgante... no sé si tendrá mucho valor —susurró mientras se encogía de hombros—. Es bastante antiguo —extrajo una pequeña cajita del bolso y la abrió ante ella.

Sandra la cogió de sus manos y observó, mientras la muchacha se echaba su largo cabello rubio hacia atrás.

—Vaya —pronunció Sandra sorprendida mientras cogía el colgante—. ¿Es la estrella de David? —preguntó mientras lo observaba con detenimiento. Se trataba de un medallón redondeado, y había tallada una estrella en su centro, o

al menos eso parecía—. Y sí, este debe ser, al menos, del siglo dieciocho. ¿Cómo lo has conseguido?

La muchacha se encogió de hombros.

—Era de mi familia. Siempre lo han tenido.

—¿Y estás segura de que quieres venderlo?

Ella pestañeó repetidas veces, confundida con la pregunta.

—¿Cuánto dinero me darías?

Sandra se quedó pensativa y luego depositó el colgante en la mesa. Abrió un cajón y extrajo una lupa.

—Es de bronce, ¿verdad? —preguntó mientras lo cogía y lo observaba a través de la lente.

—Creo que sí.

Lo observó durante unos segundos, estudiándolo.

—Sí, debe ser del siglo diecisiete o dieciocho. Tiene unas inscripciones, pero no puedo verlas bien, está un poco sucio.

—Ya... mmmm... —respondió la muchacha tímida—. Lo siento.

—No, no... no pasa nada —dijo sonriente mientras depositaba la lupa de nuevo en el cajón—. Podemos limpiarlo con productos especiales sin problemas —se quedó observando el colgante—. ¿La cadena también la vendes? —la muchacha asintió—. Puedo darte cuatrocientos dólares.

La chica se quedó observándola varios segundos, totalmente impresionada.

—Te lo vendo —respondió rápidamente.

Sandra sonrió.

—¿Seguro? ¿No quieres comparar en otras tiendas? Bueno, realmente no creo que te den más en otro sitio...

—¿Lo quieres? —preguntó con ansiedad.

Sandra se quedó observándola varios segundos, confundida. La mayoría de los clientes que iban a vender objetos tan antiguos, antes de entregarlo, comparaban en varias tiendas.

—Sí, claro —respondió sonriente—. Ammmm... ¿quieres que te extienda un cheque o lo prefieres en metálico?

—En metálico.

—De acuerdo, pues... un segundo —dijo abriendo un cajón y sacando unas carpetas—. Déjame un documento identificativo —la muchacha rebuscó en su bolso—. Cuando compramos objetos antiguos rellenamos un formulario por el que lo adquirimos.

—Claro —respondió la muchacha, abriendo la cartera y entregándole lo que

le pedía.

Sandra relleno los datos y luego se lo entregó para que lo firmase. Guardó el documento en otra carpeta y fue directa hacia la caja registradora.

—Bien, Melanie... —dijo con una sonrisa—. Cuatrocientos dólares.

Le metió los billetes en un sobre y se lo tendió.

—Muchas gracias —respondió la muchacha sonriente mientras introducía el sobre en el bolso.

—A ti —respondió Sandra—. Que pases un buen día.

La muchacha le sonrió antes de salir por la puerta.

—Igualmente.

Sandra la vio alejarse.

Vaya, pues comenzaban bien el día. Cogió el colgante y lo observó. Aquello era una pieza increíble. Debía de ser una de las más antiguas que tenían. Sabía que un coleccionista de lo masónico o del ocultismo compraría aquello por más de mil dólares.

—Hannah —dijo mientras iba hacia la oficina—. Tenemos nuevo objeto.

Hannah estaba frotando con agresividad la base de la lámpara, donde más de un cuarto de esta ya brillaba con intensidad.

—¿Qué es?

—Una cruz de David —explicó mientras se la mostraba.

Hannah dejó de frotar y la observó con interés.

—Vaya —susurró mientras la cogía. La estudió unos segundos y luego la miró sorprendida—. Parece bastante antigua.

—Creo que debe de ser del siglo diecisiete, dieciocho como mucho. Tiene...

—continuó mientras se acercaba para señalarle—, tiene una inscripción, pero no atino a verla bien.

—Parece de cobre —dijo Hannah. Automáticamente abrió el cajón de la mesita donde se encontraba sentada y sacó un imán, colocándolo al lado del colgante—. Sí, es cobre —dijo mostrándole como no se imantaba.

—Parece que no tiene barniz —continuó Sandra—. ¿Tenemos vinagre blanco?

Hannah se giró para observar la estantería.

—No, se acabó la semana pasada.

Sandra puso los ojos en blanco y negó con su rostro.

—Y si ves que se acaba, ¿por qué no compras? —preguntó saliendo de la oficina hacia el mostrador—. O al menos avísame y lo compro yo.

—De acuerdo. No hay vinagre, Sandra.

—Ahora ya no me sirve de nada —susurró mientras abría la caja registradora.

Observó su reloj de muñeca, viendo que marcaba las ocho y media de la mañana—. Voy a comprarlo. ¿Necesitamos algo más?

—Otro café —escuchó que le respondía.

Cogió su chaqueta y se la puso.

—Ahora vuelvo, vigila que no venga nadie —dijo mientras salía.

Durante el día hacía mejor clima, pero a esa hora de la mañana aún refrescaba bastante y se iba más cómodo con la chaqueta.

Lo bueno de ese local era que, además de que era uno de los más grandes de la zona, estaba perfectamente situado, en el área comercial, prácticamente en el centro de Calgary.

Se apartó del camino de un hombre que hacía deporte y corría en su dirección. Con suerte, si conseguía dejar aquel colgante como nuevo, conseguiría unos beneficios de setecientos dólares, incluso podría llegar a sacar mucho más si conseguía que ese objeto, antes de venderlo, pudiese estar en una exposición.

A esa hora de la mañana las calles estaban bastante transitadas: madres que llevaban los niños al colegio, gente desayunando en los bares, locales que comenzaban a abrirse...

Se detuvo y dejó pasar a un chico que cargaba con una caja, pero cuando iba a continuar chocó con la mirada de otro joven que la observaba a pocos metros de ella, descargando más cajas de un enorme todoterreno negro.

Aquella mirada la aturdió, pero siguió caminando sin prestar atención, pasando por su lado mientras se abrochaba la cremallera de la chaqueta.

Una voz masculina la detuvo.

—¿Sandra?

Ella se giró y observó al muchacho que tenía a pocos metros, sacando cajas del maletero de un todoterreno. Se quedó observándolo unos segundos. Aquel chico le resultaba familiar, aquellos ojos, su sonrisa... En ese momento notó cómo su corazón comenzaba a latir con más fuerza.

—Soy Taylor. Taylor Bell, del instituto... ¿no me recuerdas? —preguntó, soltando una de las cajas sobre la acera.

Taylor volvió a bostezar mientras hacía rodar el colgante en su dedo índice, dándole cada vez más impulso.

Hacía poco más de un mes que había llegado a Canadá, concretamente a la zona de Alberta. Las primeras tres semanas habían sido aburridas. Los habían enviado allí justamente para estudiar unos extraños sucesos relacionados con

los lobos. Los primeros días no había nada que hacer allí. Tras estar un tiempo en Nueva York con la división de allí y tener la adrenalina por las nubes, aquellas primeras semanas le habían parecido unas vacaciones.

Luego todo había cambiado, aquello era mucho más grave de lo que esperaban. Si no habían tenido suficiente con la manada de lobos que habían tenido que exterminar en Nueva York, ahora las cosas se complicaban mucho más.

La aparición de Agnes Waldwell los había dejado a todos asombrados. Una de las brujas más poderosas de la historia se encontraba allí, justamente en su zona, y no precisamente de vacaciones. Agnes había intentado ejercer el control sobre una manada de lobos, concretamente usando a Alex, un lobo libre.

De hecho, lo hubiese conseguido si no hubiese sido porque precisamente, Alex, había conseguido detenerla. Jamás se habían enfrentado a alguien así. Aquel poder, aquella fuerza... era poderosa, muy poderosa, y estaba seguro de que no había ni mostrado la mitad del poder que llegaba a tener.

El conjuro que necesitaba hacer para hacerse con el control mental de una manada solo podía realizarse una vez al año y, justamente, aquel año, habían logrado evitarlo. Pero sabían que ella no cejaría en su empeño, y el año que viene volvería a probar suerte. Tenían todo un año para prepararse, para trazar un plan, para poder derrotarla... aunque aquello iba a ser la tarea más dura que habían realizado nunca.

El combate con ella no había durado más de quince minutos, pero todos habían sido conscientes de que nada podían hacer frente a ella, ni siquiera habían llegado a rozarla. Nada, absolutamente nada. Se habían sentido impotentes.

El peligro al que se veía sometida aquella zona era extremo. Ellos estaban justamente allí para evitar que se perdiesen vidas, una catástrofe, pero para poder hacer eso debían seguir vivos.

Agnes Waldwell sabía dónde estaban, quiénes eran... dónde dormían. No podían permitirse ser vulnerables o, a la mínima oportunidad, Agnes acabaría con ellos.

El mismo Pentágono, dado la gravedad de los hechos, les había ordenado que abandonasen Banff durante unas semanas y se trasladasen a Calgary, a un piso cualificado para poder soportar aquel poder. Mientras, un equipo se había trasladado a Banff para construir una nueva vivienda en la zona y hacerla inmune a Agnes. Aunque, obviamente, todo lo que hiciesen serían poco. En principio, desde el Pentágono, les habían informado que la sal repelía a las

brujas. A Agnes, la sal le resbalaba, literalmente... Habían disparado balas de sal contra ella y no había surtido efecto ninguno, al contrario, la dichosa bruja seguía sonriente, como si nada. Aquello era un verdadero problema. Agnes era prácticamente indestructible, pero al menos, con aquellos colgantes con una piedra de sal que les había hecho su jefe, Nicholas, conseguirían que la magia de ella no les hiciese daño. No conseguirían destruirla con la sal, pero al menos sí podrían protegerse de su magia.

Hizo rodar de nuevo el colgante en su dedo mientras Scott aparcaba el vehículo frente al piso donde llevaban dos días trasladando objetos desde Banff.

—Estate quieto o le sacarás un ojo a alguien —le previno Christopher mientras observaba cómo hacía rodar, cada vez con más intensidad, la piedra de sal a través de su cordel negro.

Nicholas se giró para observarlo.

—No es un juguete —Taylor suspiró y se lo puso de nuevo—. Un par de viajes más y acabaremos con la mudanza —dijo abriendo la puerta.

El resto de compañeros bajaron del todoterreno y todos se dirigieron hacia el maletero donde, en su interior, habían metido un montón de armas.

Nicholas cogió una de las cajas y susurró hacia el resto.

—Las armas blancas primero —le instó a Christopher y Dean.

Aunque la mayoría de las armas que tenían, concretamente las de fuego, se las llevarían en camiones blindados aquella tarde, habían decidido trasladar unas cuantas armas con ellos. Debían extremar todas las precauciones, siempre alerta.

—Subiré los uniformes —dijo Taylor mientras cogía la caja donde los habían metido.

Dos días de mudanza en los cuales, al menos, habían estado tranquilos. Nada ni nadie los había molestado. Por un lado aquello les calmaba, pero por otro... sabían que Agnes no tardaría mucho en aparecer. Por mucho que se escondiesen allí hasta que su nueva casa en Banff estuviese preparada, sabían que podría dar con ellos sin problemas.

Taylor se dirigió a lo que sería su nuevo hogar durante las próximas semanas, un piso franco situado en medio de Calgary. El edificio era de obra vista y, por lo que les había comunicado el Pentágono, no vivía nadie en él. Todos habían pensado que se trataría de un solo piso, pero se habían sorprendido cuando habían visto que las tres plantas del edificio se comunicaban internamente, como si se tratase de una casa en el interior. Era realmente enorme, incluso

más que su casa situada en Banff, y algo más moderno. Le recordaba a la vivienda que tenía montada la división de Nueva York.

En la primera planta tenían las seis habitaciones, con todos los lujos necesarios para hacer su estancia lo más apacible posible, y un baño privado en cada dormitorio. En la segunda planta contaban con un enorme comedor y sala de estar y, en la tercera planta, su zona de operaciones, con una enfermería, oficina, gimnasio y sala de interrogatorios.

Fue hasta la puerta marcada como primero primera y abrió. A simple vista, parecía una comunidad de vecinos como otra. Fue por el pasillo observando todas las habitaciones y lo atravesó, dirigiéndose al ascensor.

Nicholas se puso a su lado mientras sujetaba otra caja y varios compañeros más entraban en el edificio.

—Dean —le llamó Nicholas—. Deja unas cuantas armas aquí abajo.

Subieron al ascensor y nada más llegar se dirigieron al gimnasio, donde tras la pared había un enorme almacén.

Taylor depositó la caja con los uniformes de trabajo y se sacudió las manos.

—Trae más cajas, Taylor —pronunció mientras abría la que él había dejado en el suelo y comenzaba a colgar los uniformes al final del enorme almacén.

Taylor arqueó una ceja y sonrió hacia Nicholas.

—Claro, jefe... ya voy yo a por más cajas —pronunció divertido. Iba a salir por la puerta cuando se encontró con Adrien cargando otra de las cajas y Bethany a su lado, cargando una más pequeña.

Taylor le quitó de las manos la caja a Bethany, que aunque no pesaba lo mismo que el resto parecía llevar con algo de dificultad.

—Trae aquí —pronunció quitándosela de las manos. Luego miró a Adrien—. ¿Por qué le haces cargar estas cajas? Pesan —dijo mientras entraba de nuevo en el gimnasio.

—Eh, que no soy de cristal —se quejó ella.

Taylor puso los ojos en blanco mientras depositaba la caja sobre una de las mesas. Adrien se puso en frente, soltando también otra caja más pesada.

—¿Qué quieres que haga? Ella insiste —respondió fastidiado.

Taylor observó a Bethany mientras se sacudía las manos. El Pentágono les había facilitado un montón de cajas de cartón donde poder trasladar las cosas personales y de menos valor y peso, pero estas estaban llenas de polvo. Observó como Bethany se sacudía con ímpetu las manos y la ropa y luego estornudaba un par de veces, haciendo que los dos sonriesen.

—Oye —dijo Adrien mientras extraía de sus tejanos la cartera—. ¿Puedes ir a

por algo de desayunar? Tengo hambre —Bethany suspiró mientras cogía los billetes que él le tendía—. Trae cafés para todos y algo de bollería. Estamos hambrientos, y ya que nuestro jefe... —dijo con voz más elevada para que él lo escuchase desde dentro del almacén—, parece que no se entera de que estamos hambrientos...

—Sí me he enterado —protestó desde dentro del almacén mientras iba colocando las dagas en las estanterías de forma ordenada—, no has dejado de decirlo desde Banff. Parecías un crío.

Adrien sonrió hacia Taylor y luego miró a Bethany.

—A él un café descafeinado —bromeó.

Bethany cogió el dinero y se alejó. Ambos cogieron las cajas y las depositaron al lado de su jefe.

—Vamos a por más —dijo Adrien mientras Taylor lo seguía.

Subieron al ascensor y volvieron a bajar a la primera planta, saliendo al exterior y cruzándose con el resto de compañeros que iban entrando más cajas.

—¿Has visto cómo están dejando la parte de abajo de nuestra nueva casa en Banff? —preguntó Adrien mientras salían al exterior.

Taylor negó.

—No, no me he fijado esta mañana, he salido por el garaje directamente.

—Joder, están pintando las paredes con símbolos... parece la casa de unos satánicos.

—¿En serio? —preguntó Taylor mientras abría el maletero del todoterreno otra vez. Christopher se puso a su lado para coger otra de las cajas.

—Sí, la están dejando de miedo —luego hizo un gesto no muy seguro—. Creo que es un poco más grande que la otra.

Taylor resopló.

—Yo lo que vi ayer es en que la parte alta, en la oficina, habían puesto un montón de atrapasueños colgados del techo —se burló—. Menuda defensa contra Agnes.

Christopher cogió una de las cajas y se la pasó a Adrien, luego cogió una él mismo.

—También creo que van a recubrir toda la casa con sal.

Taylor enarcó una ceja hacia él.

—Pero si ya vimos que no servía de nada —le susurró.

—Ya, bueno, así al menos no podrá hechizar la casa o yo qué sé...

Taylor asintió con lo que decía mientras cogía otra de las cajas y cerraba el maletero con un golpe de hombro.

Subió a la acera pero, como si algo lo atrajera, echó su vista a un lado. Se quedó parado en la acera, totalmente estático, mientras Adrien y Christopher se dirigían al edificio, charlando entre ellos.

La reconoció al momento. Justo entonces todos los recuerdos volvieron a su mente: las veces que se había quedado observándola en clase, la forma en la que le saludaba por las mañanas con una sonrisa, cuando Lucas se había metido con ella y los habían llevado al despacho del director donde había estado a punto de besarla, cuando se subió por primera vez a uno de los todoterrenos de la división y la vio en el parque, esperándole.

Notó cómo la melancolía se apoderaba de él mientras la veía caminar inmersa en sus pensamientos. Durante unos segundos coincidió la mirada con ella, pero pareció no reconocerlo.

Estaba igual de preciosa que siempre. Su cabello castaño claro volaba hacia atrás por su paso acelerado, tenía la misma naricita respingona que siempre y sus mejillas coloradas por el paso rápido.

Pasó por su lado sin prestarle atención.

—¿Sandra? —preguntó con una sonrisa incrédula.

Ella se giró y lo observó sin prestar mucha atención, aunque luego sí lo observó fijamente.

—Soy Taylor. Taylor Bell, del instituto... ¿no me recuerdas? —preguntó soltando una de las cajas sobre la acera, dando unos pasos hacia ella.

Supo que le había recordado porque ella abrió los ojos como platos y lo observó de arriba a abajo.

Ella permanecía totalmente quieta, sin saber cómo reaccionar. Lo primero que hizo fue observarlo con escepticismo. ¿Taylor? ¿Taylor Bell? Tragó saliva y dio un paso hacia delante, sin apartar la mirada de él, aún conmocionada.

Sus rasgos eran similares, con su cabello negro que hacía destacar aquellos enormes y preciosos ojos grises que ya tenía de pequeño. Recordaba que era un chico alto, ya de pequeño destacaba sobre la mayoría de chicos de su clase, e incluso se había formado muscularmente antes, pero ahora se encontraba ante un hombre adulto, alto y bien formado.

—Taylor —dijo ella con una sonrisa, correspondiendo a la suya—. Vaya, qué alegría —continuó aún sorprendida mientras avanzaba hacia él.

Taylor fue hasta ella y se abrazó unos segundos. En ese momento notó cómo su corazón se paralizaba. Cuando le habían dicho que debían trasladarse a Canadá, el primer pensamiento que había tenido era ella. Sandra había sido su primer amor, la primera chica que había cautivado su corazón y, realmente,

creía que la única que lo había hecho a ciencia cierta en su vida. Durante todos sus años de instrucción había rememorado infinidad de veces su último encuentro en el despacho del director, cuando se había alejado del parque donde había quedado con ella.

Taylor se separó levemente, con una gran sonrisa.

—Vaya, estás... estás preciosa, ¿cómo te va todo? —preguntó entusiasmado.

Ella le sonrió mientras daba un paso atrás, impresionada por tenerlo delante. Aquella tarde de otoño, hacía quince años, había sido la peor de su vida, la primera vez que había experimentado el dolor. Había estado esperando horas en ese parque a que él apareciese para descubrir que, posteriormente, se había marchado dejándola allí. Intentó recomponerse y lo miró con incredulidad.

—Bien, me va todo muy bien —respondió mientras colocaba un mechón de cabello castaño tras su oreja—. Vaya, hacía mucho... mucho que no te veía —pronunció al final mientras lo observaba directamente a los ojos.

Taylor asintió.

—Sí —dijo colocando las manos en su cintura, adoptando una postura desenfadada—. He estado fuera bastante tiempo.

—Y has vuelto... —susurró ella mientras se mordía el labio con bastante timidez—. No tenía ni idea —rio.

Él se encogió de hombros.

—Bueno... —dijo haciendo un movimiento con su rostro para señalar el todoterreno—, acabo de llegar. Estoy de mudanza.

—Ah, vaya... qué bien —pronunció volviendo la mirada hacia él—. Y... ¿te quedas aquí mucho tiempo?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que un tiempo —luego ladeó su rostro hacia un lado—. Vivo en Banff, aunque ahora me traslado aquí durante un mes más o menos.

—Ah... —respondió ella asintiendo.

—Y... ¿y qué es de tu vida? —preguntó señalándola.

En ese momento Christopher salió de la vivienda, dirigiéndose al todoterreno de nuevo.

—Eh, Taylor... ¿y esta caja? —preguntó cogiendo la que había depositado en la acera.

—Ahhh... —Taylor se giró mientras chasqueaba la lengua—. ¿Puedes subirla? Ahora voy.

Christopher la cogió pero, aun así, Taylor pudo observar como su compañero miraba a la muchacha de arriba a abajo y luego le sonreía a él.

—Claro —dijo con una gran sonrisa—. Te esperamos arriba.

Aceptó con un movimiento afirmativo de su rostro y volvió su atención hacia Sandra, un poco nervioso. De todas las personas que esperaba encontrarse en Calgary, ella era la última. Ciertamente que había vivido allí durante su infancia, hasta los trece años, pero pensaba que la mayoría de sus compañeros de clase y amigos, al igual que él, se habrían ido del lugar y habrían comenzado una nueva vida en otra parte de Canadá o Estados Unidos.

Centró su atención en ella, que observaba como Christopher entraba por la puerta de aquel edificio.

Ella se volvió hacia él al notar su mirada fija.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó observando el piso con recelo.

—Sí, me instalaré aquí.

—Ah, vaya... —dijo divertida. Luego lo miró con una sonrisa bastante tierna—. Este edificio lleva bastante tiempo desocupado.

Taylor se encogió de hombros.

—Sí, por eso nos hemos venido aquí. Estaba... bien de precio —improvisó. Sandra asintió pensativa—. Bueno, y dime... ¿cómo te va todo? —volvió a preguntar, algo nervioso. Lo cierto es que le costaba bastante buscar alguna excusa para mantener una conversación lógica.

Ella se encogió de hombros.

—Pues tengo un negocio —respondió con una sonrisa orgullosa.

—Ah, caray.

—Sí... estudié historia, busqué trabajo de profesora pero no encontré. Así que abrí una tienda de antigüedades con mi prima Hannah, ¿la recuerdas?

—Claro, claro que la recuerdo. Rubia, pelo muy largo, ojos marrones...

—Bueno, ahora lo lleva corto —se rio. Luego se giró hacia atrás—. Es ese local de allí —le señaló—. Tenemos de todo y organizamos exposiciones con el museo de historia —se encogió de hombros—. Si necesitas algún objeto para decorar tu piso...

Taylor rio mientras se cruzaba de brazos.

—¿Antigüedades? —preguntó divertido—. Claro, ya me pasaré a ver qué hay.

En ese momento escuchó las voces de dos compañeros más. Dean y Nicholas salían del edificio. Se giró para observarlos y captó directamente la mirada de ellos, interrogante pero con una gran sonrisa. Podía apostar a que Christopher les había dicho que estaba hablando con una chica, porque sus rostros tenían una sonrisa maliciosa. Malditos fuesen, eran unos cotillas.

Dean rodeó el todoterreno dirigiéndose a la puerta del conductor, sin apartar

la mirada de él.

—Vamos a meter el todoterreno en el garaje —le explicó.

—Ya —respondió chasqueando la lengua, sin importarle mucho aquella información.

Nicholas también estaba muy sonriente mientras se subía por la puerta del copiloto.

—Cuando acabes de hablar... —ladeo su rostro hacia él—, sube.

Taylor resopló.

—Que ahora voy —pronunció como si se le agotase la paciencia.

Tanto Nicholas como Dean asintieron, mientras el todoterreno rugía y Nicholas pulsaba un botón para que una puerta se abriese e introducir así el todoterreno en su interior.

A la que se cerró, se giró hacia ella. Sandra lo miraba nerviosa, se removió y paseó la mirada por la calle.

—Bueno, tengo que ir a hacer unas compras —dijo dando un paso atrás.

—Yo tengo que subir... —dijo encogiéndose de hombros.

—Bueno, pues... me alegro... me alegro de verte y de que todo te vaya muy bien.

Taylor pasó su mano por la nuca nervioso.

—Sí, yo también me alegro —susurró con la mirada clavada en ella. Tragó saliva y suspiró—. Mmmmm... supongo que ya nos iremos viendo por aquí.

Ella seguía caminando hacia atrás, alejándose lentamente.

—Sí, claro, ya... ya nos veremos.

Taylor se despidió con un ligero movimiento de su rostro. La vio alejarse sin echar la vista atrás, caminando con la espalda tesa como un palo.

Seguía igual de preciosa que antes. Se había convertido en toda mujer. Aunque llevaba una chaqueta puesta, podía apreciar las hermosas curvas de todo su cuerpo.

Se quedó allí, observando cómo se alejaba. Había podido detectar como ella también se ponía nerviosa al hablar. Suponía que no albergaba muy buenos pensamientos sobre él, al fin y al cabo, la dejó tirada en aquel parque. Suspiró mientras cerraba los ojos unos segundos. Quizá hubiese debido darle alguna explicación de lo ocurrido, pues aunque eran pequeños, sabía que su desaparición sin darle ningún tipo de explicación debía haberle dolido. Aunque por otro lado, ¿qué iba a decirle? Mejor no remover el pasado y dejar las cosas tal y como estaban, al fin y al cabo, hacía quince años de eso, pensó sin perderla de vista, hasta que una tos intencionada le hizo girar su rostro

hacia atrás.

Adrien carraspeaba continuamente.

—Grrr...estás... grrgr... —carraspeaba—. Alelado... grgrgrgr... —luego le sonrió y le guiñó el ojo mientras Taylor se dirigía hacia él, poniendo los ojos en blanco—. ¿Una amiga? —preguntó poniendo una mano en su hombro mientras entraban al edificio.

—Sí, del instituto —explicó mientras se separaba de él y adoptaba un paso más rápido hacia la puerta.

2

Taylor alzó sus manos hacia el cielo, desquiciado.

—¿En serio?

Adrien le sonrió maliciosamente.

—Tú estabas entretenido.

—Con esa morena —contestó Dean pasando a su lado.

—¿Y? —respondió Taylor señalándolos de nuevo—. ¿Es que siempre va a ser igual?

—Oye, tranquilo... —intentó calmarle Nicholas—. Que es solo una habitación —continuó sorprendido por la reacción de su amigo.

—¿Siempre tenemos que salir corriendo todos cuando hay que escoger habitación? ¿No podíais esperar?

Dean resopló.

—Pues no, yo me voy a dar una ducha ya —dijo mientras se quitaba la camiseta antes de entrar a la habitación que había escogido.

Taylor suspiró y puso los ojos en blanco mientras iba hacia la habitación que Nicholas le había señalado como suya.

—Esto es de locos, parecéis críos...

—¿Parecemos? —preguntó Christopher pasando a su lado—. ¿Solo nosotros? —bromeó.

Taylor entró en la habitación y dio un portazo. Luego la observó. Desde luego, menuda rabieta había cogido, todas las habitaciones eran idénticas. No, esa no era la verdadera causa.

La causa era Sandra. Tras años de pensar en ella volvía a verla y, encima, la tendría justo al lado.

Se pasó la mano por el cabello, despeinándose, mientras se dirigía al aseo. Necesitaba también una ducha y relajarse bajo el agua.

Estaba feliz de volver a Calgary, su hogar, pero en ese momento se sentía descolocado. Sandra parecía indiferente, aunque había notado cierto nerviosismo al hablar con ella. Sintió cierto malestar en su pecho. Sabía que no era culpable de haberla dejado abandonada, pero... no podía remediar sentirse mal. Era la única chica que le había importado de verdad.

Tras la ducha de agua caliente no se sintió mejor, al contrario, el saber que ella estaba a pocos metros le hacía estar nervioso. Quizá pudiese calmarse si

iba y hablaba con ella, como dos viejos amigos que se reencuentran y se explican sus vidas. Puede que así pudiese quitarse aquella espina.

Él no debía estar preocupado por eso, tenía problemas mucho mayores, como por ejemplo una bruja que intentaba hacerse con el control mental de una manada de lobos y seguramente querría matarlos.

Se secó el cuerpo y se vistió pensativo. Maldición, ¿por qué no podía quitársela de la cabeza? Hacía quince años que no la veía, que no sabía nada de ella. Quizá tuviese pareja, o estuviese casada... Se había fijado y no llevaba anillo.

Suspiró y se miró frente al espejo. Lo mejor sería dejarlo pasar. Si se la encontraba por la calle, que seguro que lo haría ya que tenía el local al lado de la que iba a ser su vivienda durante un mes, la saludaría con cordialidad, pero lo mejor sería no remover el pasado.

Pero es que estaba preciosa...

Rugió y finalmente se decidió a hacer como si nada. Sería lo mejor.

Cuando salió de su habitación Nicholas también salía de la suya. Lo observó y sonrió.

—¿Más tranquilo?

Taylor suspiró mientras cerraba la puerta.

—Sí.

—Hay que ir a comprar, la nevera está vacía.

Adrien salió de su dormitorio junto a Bethany, riendo y recibiendo las miradas de todos.

—Bethany ha traído algo para desayunar.

Taylor se giró hacia él con una ceja enarcada.

—Ya, ¿y el desayuno lo tienes ahí dentro?

Adrien borró la sonrisa de su rostro y lo miró sospechoso.

—No, está en la planta de arriba, en la cocina —luego enarcó una ceja hacia su jefe—. ¿Por qué narices tenemos el comedor encima? ¿no debería ser al revés? Normalmente siempre tenemos el comedor, las habitaciones y luego nuestra planta de trabajo.

Nicholas se encogió de hombros.

—A mí es que me da un poco igual.

—Y a mí —respondió Taylor dirigiéndose al ascensor, luego se giró hacia Adrien y Bethany—. ¿Venís? —focalizó su atención en él—. ¿O ya has desayunado? —se burló.

Adrien cerró la puerta de su habitación con la mirada fija en él.

—Desayunaré otra vez —respondió con una sonrisa maliciosa.

Sí, Bethany había traído de todo. Leche, café, cruasanes y galletas. Se sentaron todos a la mesa mientras inspeccionaban el amplio comedor que tenían.

—Me gusta esta casa —dijo Scott mientras daba un sorbo a su café.

—Está más céntrica —prosiguió Adrien—. A mí me gusta más también. Taylor sonrió hacia ellos.

—Pues a mí me gusta más la zona de Banff, tiene más naturaleza.

Todos lo observaron directamente.

—Oye... —dijo Christopher mientras cogía la cafetera y se echaba otra taza—. ¿Quién era esa chica? Con la que hablabas antes —aclaró.

Taylor hizo un movimiento con su mano como si no tuviese importancia.

—Una compañera de instituto —contestó mientras cogía un cruasán, aunque se puso nervioso cuando notó todas las miradas centradas en él.

—Qué casualidad, ¿no? —preguntó Nicholas.

Taylor se encogió de hombros.

—No tanta. Yo nací aquí. Viví hasta los trece años en Calgary, hasta que Jones vino a buscarme. Conozco a gente.

Nicholas chasqueó la lengua.

—Quizá eso sea un problema —dijo pensativo—. No me gustaría que se corriese la voz.

—¿Y qué problema va a haber? —preguntó sorprendido—. Mientras no sepan qué hago aquí ya está.

Nicholas chasqueó la lengua.

—¿Tenéis las placas de policía?

—Claro —dijeron todos poniéndolas sobre la mesa con un golpe.

—Solo preguntaba, no tenéis por qué enseñármelas —continuó mientras cogía esta vez un cruasán de chocolate, luego focalizó su atención en Taylor de nuevo—. Como no estaremos mucho tiempo aquí, será mejor que no salgas mucho.

—¿Qué?

—No quiero que se corra la voz sobre que Taylor Bell ha vuelto al pueblo, por si no lo recuerdas, nos estamos escondiendo hasta que la nueva casa esté preparada.

Taylor se echó a reír.

—¿En serio? ¿Escondiéndonos de Agnes? —luego resopló entre risas—. Estoy seguro de que Agnes está al corriente de que nos hemos mudado. Si no ataca es porque no le interesa o tiene cosas más interesantes que hacer que

venir a visitarnos.

Nicholas chasqueó la lengua, dándole la razón.

—Bueno —miró a todos—. Pasaremos lo más desapercibidos posible —luego miró a Adrien y le sonrió—. Avisa a tu cuñado de que nos vaya vigilando la nueva casa y de que si se entera de algo nos avise.

Bethany, que se había mantenido callada durante un buen rato, miró a Nicholas.

—Oye... Nick —pronunció algo tímida—. ¿Te importa si... si le digo a Alex que venga a verme?

Nicholas suspiró.

—Aquí mejor que no. Pero quedad con él y que os vaya poniendo al corriente de todo lo que está haciendo la manada, no quiero sorpresas.

Adrien y Bethany aceptaron, ella muy sonriente.

Taylor acabó de comerse el cruasán y miró a su jefe.

—Oye, estoy pensando... Agnes tiene un año entero para volver a intentarlo, ¿qué vamos a hacer? Quiero decir... —dijo antes de dar otro sorbo a su café—. ¿La buscaremos?

—Confiaba en que Alex pudiese ayudarnos en eso —contestó Nicholas mirando de reojo a Adrien, el cual aceptó al momento.

—Y... ¿vamos a solicitar refuerzos? Ni siquiera pudimos acercarnos a ella.

Nicholas aceptó con su rostro.

—Se lo notifiqué al Pentágono. De momento no nos enviarán refuerzos, pero bueno, a las malas... podemos pedirle ayuda a Josh y los suyos.

—Samantha seguro que podría freír a esa tal Agnes —dijo Christopher.

Nicholas sonrió hacia él mientras se limpiaba las manos.

—No sé yo, Agnes tiene mucho poder y a Samantha aún le queda mucho por aprender.

—Se cargó a toda una manda de lobos... ella sola —le recordó Taylor.

—Preferiría no meterla en esto, de momento —todos asintieron—. Bueno, pues... vamos a ir a hacer la compra, ¿os parece? Taylor, Christopher y yo iremos a comprar. Está todo vacío. Adrien, habla con Alex, y el resto... revisad las armas y acabad de ordenarlas.

—Claro —respondieron todos.

Se pusieron en pie y, tras recoger el comedor, los tres se dirigieron a la calle.

—Hay un supermercado aquí cerca —dijo Taylor mientras salía detrás de Christopher—. Podemos ir ahí.

Nicholas asintió mientras guardaba una de las llaves en su bolsillo.

Comenzaron a caminar siguiendo a Taylor.

—Qué recuerdos —dijo Taylor sonriente mientras observaba las calles.

Christopher lo miró con una sonrisa.

—¿No habías vuelto desde entonces?

Taylor negó con su rostro.

—No. Mis padres se trasladaron a Washington también cuando me cogieron en la DEA. Tiene gracia, ahora yo voy a vivir aquí y ellos siguen en Washington.

¡Ja! —dijo sorprendido—. Ahí sigue el bar donde hacía pellas —ambos rieron al escucharlo—. Anda que no me había escapado veces del colegio...

—bromeó—. En ese bar tomé mi primera cerveza —apuntó divertido.

—Luego podemos ir a tomar algo, jefe —propuso Christopher, pero Nicholas negó con su rostro como si no estuviese muy seguro—. Ahora no estamos de servicio —le susurró—. Eh, Taylor... ¿no es esa tu amiguita de antes?

Taylor elevó su mirada para observar que Sandra iba a cruzar la calle, debía de haber ido a comprar al supermercado porque cargaba una bolsa.

—Mierda, joder... —susurró escondiéndose un poco, algo que llamó la atención de sus dos amigos, que lo miraron extrañados.

—¿Qué pasa? —preguntó Christopher.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Te... ¿Te estás escondiendo? —se burló divertido.

—Tú a lo tuyo, Chris —dijo molesto.

—Vuelve a llamarme Chris y grito tu nombre a pleno pulmón —le amenazó.

Nicholas los observaba divertido, lo que menos esperaba es ver que uno de sus compañeros reaccionaba así ante una mujer.

—¿No has dicho que era una compañera de instituto? —le preguntó deteniéndose.

—Y lo era —dijo girándose levemente para ocultar su rostro mientras se metía las manos en los bolsillos.

Los dos lo miraron, totalmente impresionados. Taylor había adoptado una postura que pretendía ser desenfadada, aunque los dos podían apreciar que estaba bastante tenso y se había girado, dándole la espalda para que la chica que cruzaba la calle a pocos metros de ellos no lo viese.

Nicholas observó a la muchacha. Vestía unos tejanos claros y llevaba una chaqueta abrochada hasta el cuello.

—Es guapa —susurró hacia él—. ¿Qué le hiciste? —preguntó con aire cómico.

—Yo no le hice nada —susurró.

—Ya, claro... —continuó Christopher—, por eso te comportas así.

—Bueno, oye... es... es una chica que hacía un curso inferior a mí...

—¿Y te burlabas de ella? ¿Eras un matón? —siguió con la broma Christopher— . Pensaba, por lo que comentas siempre con Adrien, que eras el terror de las nenas.

Christopher se llevó una mirada divertida de su jefe y una terrorífica por parte de Taylor.

—No, yo... —tragó saliva y miró de reojo, observando como Sandra entraba en su tienda. Suspiró e intentó adoptar una postura más normal una vez desapareció de su vista, como si se diese cuenta en ese momento del ridículo que había hecho—. Es una tontería —acabó diciendo mientras daba un paso al frente. Luego miró de un lado a otro de la calle—. ¿Podemos cambiar de acera? —preguntó mirando hacia el local donde había entrado ella, a pocos metros de donde se encontraban.

Al momento recibió la mirada sospechosa de sus dos compañeros.

Sandra entró en su local con movimientos tensos. Hannah estaba poniendo la lámpara en la estantería. Se giró hacia ella y se la señaló.

—Mira, mucho mejor —dijo con una sonrisa—. Ha pasado de ser horrible a ser normalita.

—Ya veo —respondió Sandra mientras pasaba detrás del mostrador e iba directa a la pequeña oficina. Depositó la botella de vinagre blanco sobre la mesa con un golpe, llamando la atención de Hannah.

—Tonta, tonta... —susurró para sí misma. No debía de haberle sonreído, ni siquiera debería haberle dicho que lo recordaba. Taylor fue la causa por la que se pasó años llorando. Había estado enamorada de él durante varios meses, era el primer chico que la había hecho sentir deseada. Aún, a pesar de que eran solo niños, se estremecía cuando recordaba cómo había mirado sus labios en el despacho del director. Y luego la dejó abandonada en aquel parque, sabiendo que ella le estaría esperando ilusionada. Ni siquiera una llamada posterior, ni una carta... nada. Desapareció y dejó su corazón hecho mil pedazos.

De eso hacía ya muchos años, pero había sido tan grande el dolor y la desilusión que aún se sentía dolida. Le había costado una infinidad volver a confiar en un chico. De hecho, aquello le había hecho tanto daño que desde ese momento se había sentido insegura respecto a las relaciones que había

mantenido, que habían sido bien pocas. Una durante el último curso de instituto, y que no había durado más de dos meses, y otra en la facultad de historia, su récord, con el que había durado la friolera de ocho meses. Desde ese momento, nada.

Había llegado a comprender las palabras que Hannah le había dicho: "cuando no puedes tener algo, se hace más deseable". Taylor se había convertido durante años en una obsesión dolorosa.

Tras esperar horas en el parque se había dirigido a casa de él. Su madre había abierto la puerta y le había explicado que se mudaban y que Taylor ya se había marchado.

¿Cómo podía haberle hecho aquello? Era una tonta. Él sabía que se marchaba y la había dejado ahí tirada sin contemplación ninguna, sin pensar en el daño que aquello le haría.

Apretó con más fuerza la botella de vinagre entre sus manos. Y ahora, quince años después, aparecía y ella le sonreía como una tonta. Resopló y cerró los ojos con fuerza.

Así la encontró Hannah, frente a la mesa, con la botella de vinagre apretada en sus manos.

—Dicen que lo que hizo Jesucristo fue convertir el agua en vino, dudo que con el vinagre funcione —bromeó.

Sandra abrió los ojos y observó a su prima, acto seguido soltó la botella e intentó recomponer su postura.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada, dando unos pasos hacia ella.

Sandra fue a la estantería y cogió la botella de bicarbonato y un pequeño cuenco.

—Me he encontrado con Taylor —pronunció mientras soltaba con un golpe los objetos sobre la mesa.

Hannah dio unos pasos en su dirección sin comprender.

—¿Taylor?

Ella alzó su mirada hacia Hannah, con una mirada cargada de dureza.

—El chico del instituto, ¿no te acuerdas?

Hannah abrió los ojos desmesuradamente y se situó frente a la mesa, totalmente tensa.

—No me jodas...

—Sí —respondió ella.

—¿El mismo Taylor? El... el Taylor que te dejó tirada en...

—No lo digas —le señaló apretando los dientes—. Ni se te ocurra decirlo.

Abrió el bote de bicarbonato y arrojó un puñado en el cuenco, luego cogió la botella de vinagre y vertió un poco. Cogió una chuchara y comenzó a mezclarlo.

—Vaya... —susurró Hannah conmocionada con lo que Sandra le había dicho—. ¿Has hablado con él?

—Pues claro que he hablado con él —respondió sin mirarla—. Y... y ha hecho como si nada...

Ella sonrió hacia su prima.

—¿Y qué quieres que te diga? —preguntó con una sonrisa—. De eso hace ya quince años.

—Me hizo daño —le recriminó.

Hannah puso su espalda recta y adoptó una postura seria.

—Tienes razón, deberías haberle abofeteado... —bromeó llevándose una mirada mosqueada por parte de Sandra—. ¿Y qué se cuenta? ¿Cómo es que está por aquí?

—Pues no lo sé —dijo mientras cogía el colgante de la cruz de David y lo observaba—. Se está mudando a unos portales de aquí...

—¿Mudando?

—Sí, mudando.

—¿Se va a quedar? —preguntó mientras parpadeaba varias veces.

—Me ha dicho que estará un mes, más o menos —explicó mientras sumergía el colgante en la mezcla que había hecho.

—¿Y a qué ha venido?

—Y yo qué sé —respondió malhumorada—. Tampoco me interesa —le recriminó mientras acababa de sumergir el colgante e iba hacia una puerta que había en el lateral, para lavarse las manos en el pequeño aseo.

Hannah le siguió y se apoyó contra el marco, mientras observaba a su prima frotarse las manos con la pastilla de jabón con bastante agresividad.

—¿Has quedado con él o algo?

Sandra la observó asustada a través del reflejo del pequeño espejo.

—¿Quedar con él? —preguntó con un grito.

—¿Y por qué no? —le respondió en el mismo tono—. Recuerdo que era un chico muy mono, a parte, te confesó que le gustabas.

Sandra gruñó mientras cerraba el grifo y se secaba las manos en la toalla.

—Oye —dijo girándose para señalarla—, Taylor es un engreído, ¿de acuerdo? No tiene corazón ninguno...

—Ammmmm...

—Nada de ammmm...

Hannah ascendió sus manos hacia arriba como si se protegiese de un ataque.

—Está bien, tú misma —dijo volviendo hacia la oficina—. Pero no me puedes negar que menuda casualidad...

—Maldita casualidad... confiaba en no tener que verlo nunca —dijo ya saliendo del aseo.

Hannah se encogió de hombros mientras se situaba frente al cuenco, esperando a que pasasen los minutos suficientes para que la disolución limpiase el bronce.

—La vida —susurró. Al momento el sonido de su teléfono volvió a inundar la tienda—. Arrrgggg —gritó alzando los brazos hacia el cielo. Se giró y fue hacia el mostrador, donde en uno de los cajones había guardado su bolso.

—¿Bobby? —preguntó Sandra.

Hannah no tuvo que contestar. Debía de ser Bobby porque dio otro grito y cerró el cajón con fuerza.

Escuchó como la puerta de la tienda se abría y Hannah atendía a una mujer que buscaba algo que regalar a una amiga por su cumpleaños.

Esperó unos minutos y cogió un trapo. Extrajo el medallón del cuenco y lo frotó a consciencia. La verdad es que estaba muy sucio, y ahora resplandecía después de hacer la limpieza. Lo colocó ante ella y encendió una pequeña lámpara para observarlo mejor. En ese momento fue consciente de algo que la suciedad no le había permitido observar.

Aquello no se trataba de una estrella de David. Se quedó observándolo fijamente, consternada. El medallón era redondeado, en su centro estaba tallada la estrella de cinco puntas, pero estas delimitaban con otro círculo, rodeándola. Allá donde acababa cada punta había un extraño símbolo. Miró detenidamente y observó que había unos pequeños puntos tallados en el centro de la estrella, como si imitase a unos ojos. Hacia abajo, en la punta inferior, había una pequeña línea, como si fuese una boca, y en las dos puntas superiores, otras líneas, como si pretendiesen dibujar unas orejas alargadas. Aquella figura le recordó a un cordero.

Aquello no era un medallón normal, y mucho menos una estrella de David, tal y como había pensado.

Escuchó que la clienta se marchaba de la tienda y salió de la oficina, sin apartar la mirada de aquel medallón.

—He vendido un joyero. ¿Te acuerdas el que tenía el espejo en su interior? —preguntó cogiendo el inventario para tacharlo.

—Sí, lo recuerdo —respondió apoyándose contra el mostrador, sin apartar la mirada del medallón.

—Cincuenta dólares —dijo con una sonrisa, luego miró a Sandra—. ¿Ya has limpiado el medallón?

Ella la miró con una ligera duda y se acercó.

—Mira... —dijo mostrándoselo—, pensaba que se trataba de la estrella de David, pero al limpiarlo...

Hannah lo cogió en su mano y lo observó.

—Joder... —susurró—. ¿Es un Pentagrama? —preguntó asustada.

Sandra se quedó pensativa.

—Sí, eso creo... —susurró colocándose a su lado. Luego señaló con su dedo—. Mira, está un poco desgastado por el paso del tiempo, pero... esto me recuerda a un...

—¿Una cabra?

Sandra enarcó una ceja hacia ella.

—Iba a decir a un ternero, o un cordero... pero sí, también podría ser una cabra. Y mira —señaló hacia una de las puntas—, tiene unos símbolos en cada una.

—Nunca había visto algo así —dijo—. Déjame que lo busque un segundo —pronunció mientras iba al otro lado del mostrador donde tenían un ordenador. Le devolvió el medallón a Sandra y abrió el buscador de internet mientras esta seguía observándolo ensimismada.

Tecleó directamente "pentagrama".

Ambas miraron intrigadas hacia la pantalla. Al momento, un montón de páginas web se abrieron.

—Mira... —susurró Sandra señalando la primera web que aparecía—. Se usaba en brujería. Busca en el apartado de fotografías.

Hannah hizo lo que su prima le ordenaba y al momento aparecieron un montón de dibujos. Movi6 el rat6n, observ6ndolos todos, hasta que uno llam6 su atenci6n.

—¡Es este! Mira... el de la cabra —señal6 la pantalla.

—SÍ, entra... entra en la web —dijo intrigada.

La web comenz6 a desplegarse, dando la informaci6n sobre ese medall6n.

—Es un baphomet —susurr6 Hannah leyendo atenta.

—Se usaba en brujería —pronunci6 totalmente impresionada—. Dice que es el sÍmbolo de la iglesia de Sat6n.

Ambas se miraron unos segundos absortas.

—¿Quién te ha traído esto? —preguntó Hannah alterada.

—Una chica...

—¿Y cómo lo ha conseguido?

—Dijo que era una reliquia familiar, que lo tenían hace años —Sandra continuó leyendo—. Se trata de la estrella pentagonal invertida, junto a los símbolos en cada una de las puntas y el rostro del macho cabrío.

Hannah fue la que continuó leyendo.

—Los símbolos son la letras hebreas L-V-I-T-N, o sea, Leviatán... —volvió a mirar a su prima de reajo, pensativa—. Esto es una pieza prácticamente de coleccionista —dijo asombrada—. ¿Sabes cuánto pagarían por esto? —acabó gritando—. ¿Por cuánto se lo has comprado?

—Cuatrocientos dólares.

Hannah abrió los ojos como platos.

—Un coleccionista pagará lo que le digamos por esto. Diez mil, veinte mil...

—automáticamente se abrazó a su prima—. ¡Es fantástico! —dijo cogiendo el medallón en su mano—. Como nos den mucho dinero me compro una tele nueva y le doy a Bobby la que me pide, así me dejará tranquila —dijo feliz mientras seguía abrazando a Sandra.

3

Taylor refunfuñó mientras Christopher y Nicholas lo observaban divertidos. No habían dicho nada sobre su comportamiento de aquella mañana, pero sin duda, desde ese momento, no hacían más que mirarlo con sonrisas tirantes.

Habían pasado la mayor parte de la tarde deshaciendo cajas y ordenando cada uno su habitación, para cuando habían cenado ya estaban instalados totalmente.

—Así que ahora parece que están levantando otra pared... —continuó diciendo Adrien mientras metía los platos en el lavavajillas.

—¿Otra pared? —preguntó Nicholas, apartando la mirada de Taylor.

—Sí, Alex me ha dicho que cree que se trata del comedor y que parece que será bastante más grande que el anterior. Dice que estaban mezclando la pintura con polvos blancos.

—Menuda casa —susurró Nicholas—. Seguramente con sal.

Adrien se encogió de hombros.

—Y sobre los lobos... —continuó explicando Adrien—, parece que todo está normal. Nuestras copias baratas están algo confusas aún por lo ocurrido.

—Que se fastidien —dijo Scott—. Nos engañaron.

—Eso mismo pienso yo —dijo Adrien.

Christopher pasó al lado de Taylor con una extraña sonrisa, lo que hizo que este pusiese los ojos en blanco.

—Oye... —luego miró a Nicholas mientras depositaba los platos sobre el mármol—, aquí al lado hay un bar... —Nicholas comenzó a negar—, podríamos salir a tomar algo. ¿No? ¿Por qué no? —preguntó molesto.

—A mí me apetece —intervino Dean rápidamente. Luego fue hacia la nevera—. No has comprado ni una cerveza —dijo mirando a Nicholas de mal humor.

—Prefiero pasar desapercibido.

—¡Ja! —dijo Adrien—. En Banff sí salíamos juntos.

—En Banff no sabíamos que teníamos a una bruja pisándonos los talones —contestó señalándolo—. Por cierto, ¿dónde está Bethany? —preguntó, al ser consciente de que la muchacha no estaba en el comedor.

—Se ha ido a descansar.

—¿Ya?

—Estaba cansada con todo lo de la mudanza... y volviendo a lo de salir a tomar una copa...

—¿Qué parte de la frase "hay una bruja pisándonos los talones" no entendéis?

—Ya... —continuó Christopher, cogiendo el colgante que Nicholas les había entregado con la piedra de sal—. Pero ahora tenemos nuestras pulseras de la amistad —bromeó encogiéndose de hombros, haciendo que todos sonriesen, incluso Nicholas—. Ahora nuestra amistad nos une, somos mucho más fuertes —continuó mientras le guiñaba el ojo a su jefe.

Nicholas suspiró mientras reía.

—Está bien, supongo que una copa no nos irá mal a ninguno de nosotros. Así nos da un poco el aire.

—Es una forma de fortalecer más nuestra amistad —siguió con la broma Christopher.

Taylor suspiró.

—Sí, la necesito —susurró mientras se distanciaba de la barra, haciendo que Nicholas y Christopher volviesen a mirarlo divertido.

—¿Y por qué la necesitas? —preguntó Christopher.

—Cállate —le gritó enfadado mientras se dirigía a la planta baja a buscar la chaqueta.

Desde luego, si Taylor pensaba que evitarla o hacer como si nada era lo mejor, estaba totalmente equivocado, y más con unos compañeros que no dejarían de darle la lata ante lo sucedido. Lo cierto es que estaba sorprendido con que Nicholas y Christopher no hubiesen insinuado nada aún.

Cogió su chaqueta de cuero y salió junto a sus compañeros a la calle.

Marcaban las ocho y media de la tarde cuando salían por la puerta. Lo primero que hizo Taylor fue echar la vista hacia delante, hacia el local que había en la manzana contigua. Tenía las luces encendidas. ¿Aún estaba allí? En ese momento observó como la puerta se abría y notó que su corazón se disparaba. Lo que le faltaba. Lo que menos necesitaba era encontrarse de cara con toda la división al completo.

Al momento se calmó cuando comprobó que era otra persona la que salía de la tienda. La reconoció al momento. Debía de ser Hannah, tenía el cabello rubio y corto, tal y como le había explicado Sandra.

Echó la vista al frente y se encontró con la mirada divertida de Nicholas, que se había girado para observarlo.

—¿Cuerpo a tierra? —preguntó con mofa.

Perfecto, su propio jefe ya comenzaba con las bromas. Taylor le dedicó una

sonrisa que distaba mucho de ser de felicidad, y les indicó dónde estaba el bar. Cruzaron la calle cuando los coches y autobuses no circulaban y, finalmente, entraron en su interior.

Solo cuando estuvo dentro pudo respirar tranquilo. Por Dios, no podía continuar así. Llevaba solamente un día allí y estaba de los nervios. Debía hacer algo o acabaría loco.

El bar era bastante pequeño. Lo recordaba más grande que ahora. Era muy sencillo, con una barra a la izquierda, repleta de taburetes, donde varios jóvenes tomaban una copa junto a varios surtidores de cerveza.

Tras pedir todas las copas se sentaron en una de las mesas que había al lado de la enorme cristalera, desde donde podía verse toda la calle. Sin poder evitarlo, Taylor desvió su mirada hacia la puerta del local. ¿Se encontraba Sandra sola?

—Bien —dijo Christopher alzando su copa—. Por nuestro nuevo hogar durante un mes.

Todos la alzaron y la chocaron, luego le dieron un buen sorbo.

—Y para que podamos repetir esto muchas veces más —prosiguió Dean.

Taylor desvió la mirada del local, cuando se encontró con la mirada fija de Christopher mientras daba un enorme sorbo a su jarra de cerveza y le chispeaban aquellos ojos ámbar. Sabía lo que aquello significaba. Christopher no era muy dado a la broma, por eso se le notaba excesivamente cuando estaba preparando algún comentario.

—Así que aquí es donde hacías pellas.

Taylor lo observó mientras enarcaba una ceja y miraba a sus amigos de reojo.

—Sí, aquí mismo.

—Y donde tomaste tu primera cerveza.

—Sí.

Dean se echó hacia delante, apoyándose en la mesa redondeada.

—¿Vivías aquí cerca?

—A unas cuantas manzanas de aquí —prosiguió mientras daba otro sorbo.

—La verdad es que este sitio está bien —continuó Scott—. Hay más ambiente —se giró y colocó una mano en el hombro de Nicholas—. Tienes que pedirle a nuestros jefes que nos dejen aquí.

Nicholas sonrió.

—Ya, claro... como que nos van a dejar aquí. El foco de la diversión está en Banff.

—No para todos —intervino Christopher hacia su jefe, y ambos miraron

divertidos a Taylor—. ¿Verdad?

Taylor cogió su copa y dio un sorbo con la mirada clavada en Christopher.

—Mira, Chris... lo que yo...

Christopher dejó su copa sobre la mesa.

—Taylor se ha encontrado con una compañera de instituto y se ha escondido detrás de nosotros para no verla —confesó rápidamente, con un tono realmente acelerado. Luego señaló a su amigo—. Te advertí que no volvieses a llamarme Chris.

Taylor agachó su rostro mientras resoplaba y el resto de sus compañeros reían.

—¿Te has escondido? —preguntó Adrien sorprendido—. ¿Para no verla?

Suspiró y miró con cierto odio a Christopher. Luego observó a Adrien.

—Solo pretendía evitar una situación violenta —dijo.

Nicholas depositó su copa en la mesa.

—Siento curiosidad... ¿qué ocurrió? Cuando hemos bajado a coger las cajas estabas hablando con ella tranquilamente.

—Ya —chasqueó la lengua—. Es una situación complicada.

Adrien lo miró de reojo.

—Cuando llegamos aquí a Canadá me dijiste que tu primera novia era de aquí...

—Bueno, no era bien bien mi novia...

—Joder... —dijo Adrien—. ¿Es la misma de la que hablabas?

—Mmmmm... —directamente cogió la copa y le dio un buen trago.

Adrien comenzó a reír.

—¿En serio? —preguntaba divertido—. Ostras, Taylor... ¿Es tu ex?

—No es mi ex —respondió rápidamente—. Es una amiga, simplemente.

—¿Y te sueles esconder de las amigas? —preguntó Christopher, a lo que Taylor volvió a obsequiarle con una mirada cargada de ira.

Resopló y luego les señaló con la mano.

—Éramos muy amigos. Me gustaba —admitió—. Un día, durante el recreo, un chico comenzó a meterse con ella, así que la defendí...

—Qué galán —rió Scott mientras cogía su cerveza.

Taylor chasqueó la lengua.

—Nos castigaron en el despacho del director. Le... le pegué unos cuantos puñetazos al chaval —en ese momento todos sonrieron y afirmaron—. Llevaba bastante tiempo... mmmm...

—¿Enamorado? —preguntó Adrien con cierta burla.

—Sí, como tú —dijo rápidamente señalándole, a lo que Adrien apretó los

labios—. Así que bueno, en el despacho estuve a punto de... —todos lo miraron intrigados—, de besarla...

—Oh... por favor... —protestó Christopher—, tampoco tienes que entrar tanto al detalle.

—Eh, no, no... sigue —contestó Scott, que parecía intrigado.

—Bueno, la cosa es que el director llegó y... nos interrumpió un poco.

—¿Os pillo? —preguntó Adrien con ojos como platos.

—¡No! —luego se removió incómodo en su asiento—. Pero le faltó poco —acabó diciendo divertido—. Así que le dije de quedar después en el parque...

—Jaaaaa —continuó Adrien mientras le daba un golpe en la espalda y hacía que casi se tragase la copa.

—¿Puedes estarte quieto? —preguntó mientras depositaba su copa en la mesa. Elevó su mirada y encontró a todos sus compañeros observándolo con una sonrisa, en ese momento fue consciente de lo que estaba haciendo—. La verdad, no sé por qué os estoy explicando esto —dijo rápidamente.

—No hay nada mejor de lo que hablar —contestó Christopher—. Venga, continúa... ¿qué pasó con esa chica? —preguntó intrigado.

Taylorladeó su rostro hacia sus compañeros y cogió la copa en silencio, con una mirada maliciosa.

—No, creo que... el resto me lo reservo, no tengo por qué explicaros mi vida.

—De acuerdo —dijo Christopher—. La chica trabaja en esa tienda de ahí —les señaló el sitio a sus compañeros—. ¿Vamos a preguntarle?

—Cuando llegué a casa, Jones me estaba esperando y me llevó directamente a Washington, a la DEA, así que no acudí al parque —respondió directamente, pues sabía que sus compañeros eran capaces de eso y más.

Todos pestañearon repetidas veces, algo conmocionados.

—¿La dejaste tirada? —preguntó Scott.

—No por voluntad propia —se defendió—. Así que como comprenderéis, me es un poco violento encontrarme con ella.

—Pues hay que estar un mes entero aquí —dijo Nicholas—. Así que prepárate.

—El mayor problema sois vosotros —dijo hacia ellos—. No dejáis de torturarme —y acabó mirando a Christopher con una ceja enarcada, el cual le sonrió con más intensidad.

—¿Y por qué no hablas con ella? —le preguntó Christopher.

—Hace más de quince años de eso. Y además, ¿qué quieres que le diga? ¿Me fui para que me enseñasen a cazar vampiros? —suspiró y cogió su copa,

dando un buen sorbo.

—Ya, pero entiendo que si te es tan incómodo es porque la chica te gusta aún, ¿no?

—Por favor... —protestó Taylor—, ya os he explicado lo que ocurrió, ahora... dejadme en paz —suplicó arrastrando las palabras mientras bajaba su rostro. Aquel gesto le hizo gracia a sus compañeros, que sonrieron al verle, aunque Adrien se quedó pensativo.

—De hecho, fue de las primeras cosas que me comentaste cuando aterrizó el avión en Canadá —decía pensativo, como si no hubiese escuchado el último comentario de su compañero. Lo miró y le sonrió—. Sí, te gusta.

—La verdad es que está buena —siguió Christopher.

Taylor volvió a elevar la mirada hacia ellos, resignado.

—Podrías aprovechar que estás aquí para hablar con ella —continuó Dean.

—Eh, eh... ya os lo he dicho —continuó Nicholas—. Hay que pasar lo más desapercibido posible.

—Vamos, jefe... —continuó Christopher con una sonrisa—, tampoco pasa nada porque hable con ella —luego miró a Taylor—. Creo que lo mejor sería que aclarases el tema, no sé... podrías decirle que tuviste que irte ese mismo día porque tus padres tenían que marcharse por trabajo.

—O porque comprendiste que vuestro amor era imposible —se burló Adrien.

—Eh, que yo sepa no os he pedido consejo —respondió Taylor, poniendo una mano en señal de stop.

—Lo digo porque, si no, te vas a pasar un mes entero escondiéndote por las esquinas.

Taylor volvió a suspirar. Malditos compañeros suyos, estaba claro que tenían ganas de divertirse.

—Ya veré lo que hago —dijo rápidamente. Fue a dar un sorbo a su copa pero estaba vacía. Chasqueó la lengua y alzó su copa hacia el camarero—. Otra, por favor.

—Eh, eh... —dijo Dean—. ¿Es ese el local de tu amiga?

Todos miraron hacia la tienda de antigüedades. Sandra había apagado las luces del local y tiraba con fuerza de la persiana para correrla.

—Sí —susurró, cansado de la conversación—. Es ella.

En ese momento pudo detectar cómo todos sus compañeros prestaban atención a los movimientos de la muchacha. Sandra, con un último esfuerzo, corrió del todo la verja, aunque al final perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer por el impulso.

Christopher se giró hacia él.

—Quizá deberías ayudarlo a correr la verja por las noches —dijo hacia Taylor, el cual lo miró enarcando una ceja—. La chica va a acabar deslomada.

—Lleva cinco años haciéndolo —dijo como si nada—. No creo que le pase nada —respondió con indiferencia, apartando la mirada de ella.

Sus compañeros siguieron prestando atención.

—Mira, se ha detenido en la parada del autobús —le informó Scott, haciendo que Taylor pusiese los ojos en blanco, aun así siguió con su mirada fija hacia delante, sin volverse hacia ella.

—Pues desde aquí parece muy guapa —dijo Dean—. ¿Tiene una amiga?

Taylor suspiró y estuvo a punto de darse cabezazos contra la mesa.

—Podrías acompañarla a su casa —insistió Christopher.

—Por favor, cállate ya —volvió a suplicar.

—Eh —les llamó la atención Dean, que seguía con la mirada clavada en Sandra—. Se le ha acercado un chico.

Automáticamente, Taylor giró su cuello para observar con atención. Aunque había bastante oscuridad y la parada del autobús estaba al otro lado de la calle, podía ver perfectamente lo que ocurría. Sandra se encontraba de pie, abrazándose a sí misma, como si tuviese frío, y a su lado había un chico que hablaba con ella. Aunque detectó que el chico se acercaba más de la cuenta y ella daba un paso al lado, esquivándole.

—Será un amigo —dijo, aunque luego ladeó su rostro a un lado cuando observó que el chico volvía a acercarse.

—¿Seguro? —preguntó Christopher, aunque esta vez su tono de voz sonó algo más preocupado—. No sé, yo creo que se acerca demasiado... quizá podríamos salir a echar una ojeada, no vaya a ser que... —se giró hacia Taylor pero se quedó totalmente callado—. ¿Dónde se ha metido? —preguntó, haciendo que todos sus compañeros volviesen su mirada al frente, hacia donde hacía escasos segundos había estado Taylor sentado.

En ese momento pasó frente a ellos, caminando por la calle, con la mirada clavada en Sandra y en ese chico que se acercaba demasiado, ante la mirada sorprendida de todos ellos.

Avanzó con paso acelerado hacia la parada del autobús, metiendo las manos en los bolsillos y con la mirada clavada en ella. Sí, aquel muchacho se acercaba demasiado, más de lo normal.

Normalmente mantenía bastante la calma, pero aquello le alteraba, y mucho.

—Eh, estate quieto —se quejó Sandra—. Qué pesadito estás.

En ese momento notó cómo su sangre ardía. Incrementó más su paso hasta que llegó a su altura, pasó por delante de ellos y luego giró su rostro con cara de sorpresa, como si en aquel momento fuese consciente de que ella se encontraba allí.

—Eh, Sandra —sonrió deteniéndose justo frente a ellos—. ¿Qué tal? —preguntó con inocencia.

Sandra lo miró y tardó unos pocos segundos más en reconocerlo. ¿Taylor? Se quedó estática mirándolo y se removió incómoda.

—Hola... ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó intrigada.

Él se encogió de hombros.

—Vivo aquí al lado —le recordó, aunque al momento echó una mirada furtiva al muchacho que se había acercado demasiado y ahora había dado unos pasos hacia atrás—. Y... —dijo acercándose más—. ¿Va todo bien? —preguntó esta vez poniéndose erguido y subiendo a la acera, justo frente al muchacho.

Sandra lo miró confusa y enarcó una ceja hacia él mientras observaba como miraba con cierto enfado a su acompañante.

—Sí, claro... estoy esperando el autobús —dijo, aunque Taylor no apartó la mirada inquisidora del joven, como si quisiese intimidarlo. ¿Pero qué estaba haciendo? —Ya he acabado mi jornada —susurró sin dar crédito a lo que veía. Decidió dar un paso hacia él—. Ammm... Taylor, él es Bobby, es el ex de Hannah, de mi prima —continuó confusa—. Bobby, él es Taylor un... un compañero de instituto —dijo con la voz un poco más apagada.

Taylor pestañeó un par de veces y luego giró su rostro hacia ese chico, intentando parecer natural.

—Ammm... hola, encantado —dijo tendiéndole la mano.

Bobby lo miró desconcertado pero igualmente estrechó su mano.

—Igualmente —dijo mirando de reojo a Sandra, luego se removió inquieto—. Bueno, pues... me voy. ¿Se lo podrás decir? —insistió Bobby.

Sandra resopló.

—Oye, yo no voy a meterme en los problemas que tengáis, ¿vale? Solucionadlo vosotros —dijo cruzándose de brazos.

Taylor dio un paso atrás, dándose cuenta de lo que había hecho. Maldita impulsividad la suya.

—Vale, vale... joder... —contestó Bobby antes de darse media vuelta y caminar en dirección contraria—. Pensaba que éramos amigos —dijo enfurecido mientras se alejaba.

Taylor lo vio alejarse con paso acelerado, hasta que la mirada inquisidora de Sandra notó que quemaba su nuca. Se giró hacia ella con una sonrisa nerviosa y ladeó su rostro hacia ella.

—Creo que no se va muy contento —pronunció sin saber qué otra cosa decir mientras se pasaba la mano por la nuca.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Sí, está un poco pesado desde que lo dejó con mi prima —acabó pronunciando.

Taylor apretó los labios y asintió. Miró hacia atrás, observando que Bobby ya giraba una esquina, y suspiró. Cuando se volvió, Sandra seguía observándolo con incredulidad, estaba claro que se había dado cuenta de lo que había hecho.

—¿Tarda mucho en llegar el autobús? —preguntó nervioso por la situación.

Ella estuvo a punto de caerse hacia atrás por la pregunta.

—No, supongo que unos minutos —dijo sin apartar la mirada de él. Luego negó con su rostro y sonrió—. Pareces tenso. ¿Estás bien?

—Sí —respondió.

—Ya veo —dijo como si le diese la razón a un loco, se giró y observó hacia el final de la calle, esperando el autobús. Lo miró de reojo sin comprender qué hacía aún ahí—. ¿Qué tienes, que coger el autobús?

—No, no... —dijo dando unos pasos hacia ella, con una leve sonrisa—. Pero tengo que esperar a mis compañeros. No tengo las llaves para entrar en casa.

—Ah. Deberías hacerte una copia —respondió nerviosa. Miró de un lado a otro y acabó sonriéndole. Se giró para observar de nuevo si se acercaba el autobús—. ¿Vives con más gente?

—Sí, hemos alquilado el piso entre unos cuantos.

—Qué bien... —dijo abrazándose a sí misma, pues a esa hora el frío era más intenso—. ¿Y cómo es que has venido? ¿No me has dicho esta mañana que vivías en Banff?

—Sí, es por... por trabajo.

—Ah —lo miró intrigada—. ¿De qué trabajo se trata? —preguntó con cierto interés.

—Soy policía —dijo son una leve sonrisa.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Policía? —dijo mirándolo de arriba a abajo. Bueno, sí, estaba claro que tenía cuerpo para serlo. Se le notaba que pasaba horas en el gimnasio—. ¿Y a qué has venido? —él suspiró cohibido. Ahí comenzaba lo complicado, por eso

mismo lo mejor era mantenerse lo más alejado posible, aunque aquello le iba a ser extremadamente difícil—. No será por lo del asesinato de Ian Akers, ¿verdad?

Taylor la miró con curiosidad. ¿Ian Akers? Sabía de quién se trataba. Era el joven inocente al que Anges Waldwell había asesinado hacía unos días para urdir su plan.

—¿Cómo sabes eso?

—Ha salido en las noticias y en todas las revistas —le dijo como si no entendiese aquella pregunta—. Pobrecillo —susurró esta vez pensativa—. ¿Estás aquí por eso? —preguntó con cautela.

Taylor se quedó pensativo unos segundos. Bueno, mejor decir que esa era la causa, de todas formas, tampoco le estaría mintiendo tanto.

—Sí —respondió al final.

Ella lo miró sorprendida.

—Vaya —susurró—. Y... ¿se sabe algo más?

Taylor negó directamente.

—No, aún no.

Ella resopló.

—Pobre padre, el señor William Akers perdió a su mujer y a su hijo pequeño hace pocos años —pronunció con lástima—. Ian era la única familia que tenía.

Taylor asintió. Lo sabía todo sobre Ian. Buen estudiante, buen hijo... provenía de una familia acomodada de Canadá. No se merecía lo que le había ocurrido. Habían estudiado su expediente al día siguiente, al igual que el de los tres lobos que había asesinado Agnes desnucándolos.

—Dicen que había unos cuantos cuerpos más... —se atrevió a decir

Taylor le sonrió de una forma tierna.

—Sandra... no puedo hablar sobre ello.

Ella asintió enseguida, aunque apartó la mirada al momento. Aquella sonrisa seguía afectándole.

—Claro, perdona —respondió intimidada.

Taylor negó, como si no ocurriese nada, y se quedó observándola unos segundos, la forma en la que se abrazaba a sí misma por el frío, cómo le esquivaba su mirada vergonzosa.

—Oye, ¿quieres que te acerque a casa? —ella se giró hacia él—. No me importa, así no tendrías que...

—No hace falta, ya viene el autobús —pronunció acelerada.

Taylor se giró para ver como efectivamente, el autobús había doblado la esquina y se acercaba a la parada.

—¿Segura? Llegarías más rápida, de verdad que no me importa acerc...

—Mejor que no, Taylor —susurró evitando su mirada.

El autobús se detuvo frente a ella y abrió la puerta. Ella suspiró y se giró de nuevo hacia él con una leve sonrisa.

—Buenas noches.

Taylor no dijo nada al respecto, aceptó mientras se metía las manos en los bolsillos y la observaba subir al autobús. Pero aquella última frase lo había dejado pensativo, "mejor que no". La forma en la que lo había pronunciado había expresado dolor, incluso resentimiento.

Se quedó allí quieto, observando cómo el autobús se alejaba, con un sentimiento de melancolía y de culpa. Ahora estaba claro, sí, ella estaba dolida, aunque hubiese pasado el tiempo era algo que la había marcado profundamente, al igual que a él. Pero no podía explicarle los motivos, solo inventar más excusas y mentiras que no harían más que hacerle sentir peor.

En ese momento unos pasos por detrás hizo que se girase. Sus compañeros se acercaban hacia él.

—Falsa alarma —dijo hacia ellos.

—Ya, ya vemos —contestó Nicholas.

—Al menos has podido hablar con ella —intervino Christopher rápidamente

—. ¿Qué te ha dicho?

Taylor apretó los labios y resopló. No estaba para bromas ni para tonterías, el tono de voz que había usado Sandra para despedirle lo había dejado trastocado.

—Ni una palabra más, Chris —en ese momento detectó cómo su compañero ponía la espalda recta—. Ni tuya ni de ninguno de vosotros —gruñó mientras se dirigía a su portal.

Necesitaba aclarar la situación lo antes posible o acabaría volviéndose loco. Sandra seguía importándole, y el hecho de verla dolida le hacía tener un sentimiento de culpa como nunca antes había sentido.

4

Sandra fotografió el último objeto, un jarrón del mil novecientos trece de color negro, con el dibujo de una flor en el centro, mientras Hannah atendía a los clientes de aquella mañana.

Había pasado la noche nerviosa, sin poder apartar de su mente lo que había hecho Taylor. Aquel comportamiento le había hecho plantearse ciertas cosas. Estaba claro que seguía resentida, solo era una niña cuando le rompieron el corazón y justamente fue él, además, él no parecía ser consciente de ello, del daño que le había hecho, era como si no le importase. Sabía que aquel pensamiento era un poco injusto, que eran solo niños y que hacía muchos años de ello, pero aquello había dolido demasiado, y había dejado secuelas.

Y luego estaba el hecho de su comportamiento de anoche. ¿Se había acercado a Bobby como si fuese a protegerla de un agresor?

Hannah dio el cambio a la clienta, y a la que salió por la puerta, se giró hacia ella de brazos cruzados.

—Sigue —continuó nerviosa, acercándose—. Así que Bobby estaba esperándote en la puerta —continuó enfadada—. ¿Pero este tío de qué va?

Ella la observó de reojo e hizo un par de fotografías más a los objetos que había repartidos por las estanterías.

—¿Qué te dijo? —preguntó—. ¿Era por la tele?

Sandra suspiró y se dirigió al mostrador. Abrió el cajón y conectó su móvil, con el que había sacado las fotografías, al ordenador portátil.

—Oye, a mí no me gusta meterme en vuestras...

—Eso ya lo sé —le cortó ella—. Y créeme que pienso decirle unas cuantas cosas cuando hable con él, así que dime, ¿qué te dijo?

Ella puso los ojos en blanco mientras los archivos de las fotografías se pasaban al ordenador.

—Quiere la tele —respondió sin mirarla. Automáticamente, bajó el tono de su voz casi al susurro—. Y dice que como tú te has quedado el sofá de tres plazas, él quiere...

—¿El quiere qué? —gritó de los nervios.

—El butacón —respondió con miedo, al ver la reacción de su prima.

Hannah elevó sus brazos hacia el cielo.

—Ahhhhh... hijo de... —comenzó a gritar. Se giró y fue directamente hacia el

cajón, extrayendo su bolso—. Se va a enterar, el muy cabrón... —decía mientras se peleaba con el bolso, intentando abrirlo, pues tal era su estado de nervios que no atinaba con la cremallera.

Sandra se mordió el labio e intentó concentrarse en su trabajo. Necesitaba llamar al inversor y ver qué cosas le interesaba llevar al museo para la exposición, así como negociar un precio—. Y encima tiene la desfachatez de venir a molestarte a ti...

Sandra giró su rostro hacia su prima. Acababa de conseguir abrir su bolso y rebuscaba el móvil en su interior.

—Oye, no te preocupes, no pasa nada... —dijo intentando calmarla.

—¿Pero de qué va? —gritó hacia ella—. ¿Qué es lo que pretende viniendo aquí? —Suspiró e intentó calmarse—. ¿Te dijo algo más?

Sandra se mordió el labio y la miró, no muy segura de explicarle lo que había ocurrido.

—No... él... se marchó...

—Grrrrr...

Luego ladeó su rostro hacia su prima.

—Me pasó algo curioso... —comenzó diciendo. Al menos distraería a su prima, relajándola, y por otro lado ella podría ordenar mejor sus ideas.

—¿Qué?

—Taylor se acercó... —en ese momento captó todo el interés de Hannah.

—¿Taylor?

—Sí.

—¿Tu Taylor? —volvió a insistir.

—No es mi Taylor —dijo ella mientras se acercaba—. Pero no sé... Bobby hablaba un poco nervioso, y Taylor se acercó en plan... no sé...

—¿Como si intentase protegerte? —preguntó sorprendida.

Sandra se encogió de hombros.

—Es la sensación que me dio —dijo no muy convencida.

Hannah se cruzó de brazos y miró de arriba a abajo a su prima.

—¿Cuándo llegó Taylor? ¿Ayer? —Sandra asintió—. Y ya lo has visto dos veces, y una de ellas se ha acercado a ti cuando Bobby te estaba molestando.

—Bueno, es la sensación que me dio, de hecho... —dijo pensativa—, me dijo de llevarme a mi casa.

—¿Te dijo de llevarte? —preguntó esta vez dando unos pasos hacia ella. Bien, bueno, al menos había conseguido distraer a su prima del enfado que tenía con Bobby—. ¿Te acompañó?

—¡No! —desechó la idea con un movimiento de mano—. ¡Ni loca! —esta vez fue Hannah quien suspiró y miró a Sandra enarcando una ceja—. ¿Y sabes qué? Me explicó lo que está haciendo aquí...

—¿El qué? —preguntó con indiferencia.

—Es policía. Me dijo que estaba por el tema del asesinato de Ian Akers. Hannah pestañeó un par de veces.

—¿En serio? ¿Es un detective? ¿Un policía de investigación?

Sandra se encogió de hombros.

—Eso parece.

—¿Seguro que no te está tomando el pelo? —preguntó no muy segura—. No sé yo...

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Ya... ¿y entonces por qué no dejaste que te acompañase a tu casa?

Sandra suspiró y volvió al ordenador para ver las fotografías que ya se habían pasado al disco duro.

—Ya te lo dije. Me hizo daño. Él... me dejó tirada, y ni siquiera parece arrepentido, como si no hubiese ocurrido nada, como si no hubiese significado nada para él.

—Por lo que recuerdo, era un chico muy guapetón, y se ganó una expulsión por defenderte...

—De eso hace mucho.

—Y además policía, y dices que ayer parecía que estaba protegiéndote de Bobby... —enarcó una ceja hacia ella—. ¿Estás tonta o qué? —Sandra se removió nerviosa—. Por lo que dices, está interesado en ti...

—Oh... Hannah... —comenzó a reír ella—. Es policía, lo de defender a la gente lo lleva gravad...

—¿Y eso no te pone cachonda? —preguntó alterada, recibiendo la mirada incrédula por parte de su prima—. Vamos, que... no sé cómo estará ahora, pero si a mí un chico que es un policía se me acercase para defenderme...

Sandra negó con su rostro.

—No puedo creer lo que estoy escuchando —susurró volviendo su atención hacia la pantalla.

—Vamos, a ti Taylor te gustaba, estuviste muy enamorada de él, pasaste años llorándole... ¿y ahora te resulta indiferente? —su prima hablaba como si no comprendiese nada—. ¿Tiene barriga? ¿Está calvo?

—¡No!

—¿Y dónde está el problema? Eras críos... críos... digo yo que si se ofrece a

llevarte a tu casa es porque al menos se preocupa por tu seguridad...

Sandra miró a su prima, sorprendida, mientras daba un paso hacia atrás.

—¿Y a ti quién te ha dado cuerda? —susurró impresionada.

—De verdad que no te entiendo, lo que daría yo porque un chico me hiciese sentir protegida...

—Pues todo tuyo —dijo rápidamente—. A mí no me interesa.

Hannah se cruzó de brazos y esta vez la analizó con la mirada.

—Eso no depende de mí, sino de él —se burló.

—Oye, si él está interesado en mí, ya se puede ir olvidando, porque yo no quiero nada con él. Así que... que... —dijo alterada—, que todo para ti.

—Me tratas como si fuese un segundo plato —susurró su prima.

Sandra cogió el teléfono, obviando el último comentario de su prima.

—Tengo que llamar al inversor...

—Ya, claro... cambia de tema —protestó ella—. ¿Sabes? Cuando lo vea te diré si te conviene o no, entonces te permitiré que reniegues de él si no me convence...

—Estoy llamando —pronunció alterada mientras pulsaba los números, sin mirar a su prima.

Hannah suspiró y finalmente se dio por vencida. Sandra la observó mientras escuchaba los tonos de la línea. Bueno, al menos había conseguido su propósito, había distraído a su prima y parecía que se había calmado. Hannah había sacado el inventario y comenzaba a repasarlo, como si hubiese olvidado el tema de Bobby. Mejor así, al menos cuando mantuviese con él la conversación estaría más tranquila y no tendría que arrepentirse de lo que fuese a decirle, pensaría con más claridad.

—Akers Asociados, ¿en qué podemos ayudarle? —preguntó la administrativa.

Sandra se obligó a concentrarse.

—Hola, buenas tardes. Soy Sandra Green de Antigüedades Green.

—Sí, hola Sandra, ¿qué tal?

—Hola, ¿eres Rachel?

—Sí.

—Hola, Rachel —pronunció con un tono de voz más animado—. Llamaba por el tema de la exposición que hay dentro de un par de semanas. Quedamos en que os haría una llamada unas semanas antes para organizarlo y saber todo lo que necesitáis para exponer.

—Sí, tengo una nota aquí —dijo como si estuviese buscando—. Me pidió el señor Akers que le enviases un e-mail con las fotografías de los objetos que

tienes para exponer, y así lo pasaría al departamento de historia, a ver lo que necesita.

—Ah, perfecto.

—Apunta —dijo la administrativa. Le indicó la dirección de e-mail—. Envíamelo lo antes posible y supongo que en un par de días, como mucho, contestarán. Así luego ya te enviamos el presupuesto y miramos cómo organizar el traslado de lo que decidan.

—Claro, perfecto. Dame un par de horas y te envío el e-mail.

—Estupendo.

Tras despedirse, colgó el teléfono y comenzó a mover el ratón compulsivamente. Tenía muchos objetos que podrían servir para la exposición, pero quería hacer un buen glosario de presentación con la explicación de cada uno de los objetos.

Se giró hacia su prima Hannah, que la observaba fijamente.

—Tengo que enviarle las fotos —explicó mientras cogía el inventario para repasar los objetos que creía de interés.

—¿Necesitas ayuda?

—No, está todo controlado.

Hannah aceptó y dio unos pasos hacia ella.

—Entonces, Taylor vive...

—Hannah —le interrumpió ella—. Ahora no, necesito concentrarme.

Escuchó el suspiro de su prima pero finalmente la dejó.

Se pasó varias horas ordenando fotografías, buscando datos de interés sobre los objetos que iba a enviarle en el glosario y, para cuando lo terminó y envió, eran las ocho de la tarde.

Al menos, aquella tarde había sido provechosa y habían vendido unos cuantos objetos más.

—Hora de irse a casa —canturreó Hannah—. Es solo martes y estoy agotada.

Sí, ella también lo necesitaba. Pasar toda la tarde ante el ordenador, ordenando imágenes y buscando información, la habían dejado exhausta. Necesitaba una ducha y meterse directamente en la cama.

Activaron la alarma del local y salieron a toda prisa, cerrando la puerta. Sandra fue hacia la verja y comenzó a tirar, cuando observó como por encima de ella aparecía una mano y tiraba con fuerza de la verja, cerrándola. Se giró y observó a Taylor sonriente.

—Hay que engrasarla —comentó él.

Taylor sabía que cerraba el local sobre las ocho de la tarde. Necesitaba aclarar aquella situación o, al menos, quitarse la culpabilidad. No quería estar así con ella. Sandra había sido el amor de su vida desde pequeño, por muchos años que hubiesen pasado jamás había podido olvidarla. Ahora tenía la oportunidad de acercarse a ella y no iba a desperdiciarla.

Aprovechando que sus compañeros se encontraban en el gimnasio y que no los tendría encima, salió del piso y esperó durante un cuarto de hora a que cerrase el local.

Se había impacientado hasta que las dos chicas salieron de la tienda, cerrando la puerta.

Hannah estaba echando la llave mientras Sandra se dirigía a la verja para tirar de ella. Pasó por detrás de Hannah observándola, prefería estar a solas con Sandra, de hecho, ayer había visto que ella salía sola de la tienda, así que había pensado que podría hablar tranquilamente con ella, pero el hecho de que Hannah estuviese allí al lado le intimidaba un poco. Igualmente no iba a perder la oportunidad.

Notó cómo el corazón se le aceleraba mientras se acercaba. Sandra comenzó a tirar con fuerza de la verja. Le hicieron gracia sus sonidos por el esfuerzo. C cogió la verja por encima suyo y tiró de ella, cerrándola sin problemas.

Aquello debió asustar un poco a Sandra, que no se lo esperaba y se giró dando un salto hacia atrás.

Taylor le sonrió de forma automática.

—Hay que engrasarla —dijo con aire cómico.

Lo primero que hizo Sandra fue mirar a su prima, que estaba unos metros apartada, observándola intrigada.

—Hola —dijo dando un paso hacia atrás, sin perder el contacto visual con su prima, que había adelantado con curiosidad. Lo que le faltaba, ¿tenía que encontrárselo justo ahí?—. Sí, gracias —susurró—. Ya la engrasaré —dijo poniéndose el bolso en su hombro, rodeándolo para acercarse a su prima.

Taylor se giró hacia ella.

—¿Te importa si hablamos un momento? —preguntó dando un paso hacia ella.

Sandra le miró de reojo.

—Lo siento, Taylor, pero es que... estoy cansada y tengo que coger el autobús, no quiero que se me escape o tendré que...

—Te llevo a tu casa.

Sandra miró a su prima mientras se acercaba. La cara de Hannah era todo un

poema. Las cuencas de los ojos se abrían de forma exagerada y la mandíbula estaba desencajada. Sí, estaba claro que provocaba un buen efecto en las mujeres.

—No hace falta, de verdad.

—Insisto —pronunció acercándose mientras ponía las manos en los bolsillos. Sandra se colocó al lado de su prima, nerviosa.

—Mejor que no, he quedado con ella y vamos las dos juntas en el autobús... Hannah la miró directamente, y pudo saber lo que estaba pensado. ¡Tonta!

—No hace falta, Sandra... —dijo Hannah—. De todas formas tengo que ir primero a comprar antes de que cierren las tiendas, y no tomaré el autobús de ahor... —se calló cuando obtuvo un golpe en la pierna con la punta del zapato de Sandra.

Taylor la miró fijamente y luego desvió su mirada hacia Hannah, con una gran sonrisa.

—¿Hannah?

—Sí, hola... —respondió feliz.

—Qué alegría verte —pronunció mientras se acercaba para darle un abrazo—. Vaya, estás muy cambiada, te queda muy bien el pelo corto —dijo mientras ella parecía recrearse entre los brazos de aquel hombre. Se giró hacia su prima y puso los ojos en blanco, lo cual hizo que Sandra resoplase.

—¿Cómo te va todo, Taylor? —preguntó soltándose de él.

—Pues muy bien, ya ves... —respondió con una gran sonrisa—. Estaré un tiempo por aquí.

—Sí, ya me lo dijo Sandra —explicó con una voz melosa.

Por Dios, Sandra miró de reojo a su prima, se estaba deshaciendo ahí mismo. Sandra chasqueó la lengua mientras se removía nerviosa.

—Veo que el local os va muy bien, ¿no? —continuó preguntando Taylor.

—La verdad es que no nos podemos quejar —continuó Hannah—. Sirve para pagar las facturas —rio—. A ver si te pasas un día... así puedes verlo.

—Claro, me encantaría. Me pasaré.

Hannah miró de reojo a su prima. Debía de estar loca si no caía rendida a los pies de aquel hombre.

—Me ha explicado Sandra que ayer conociste a mi ex... —rio tontamente.

Automáticamente Sandra la miró con los ojos como platos. Tierra trágame.

Taylor le sonrió mientras observaba de reojo como Sandra se removía inquieta.

—Sí.

—Es un poco pesado...

—Ya —contestó con una sonrisa tensa, sin saber cómo reaccionar ante aquellos comentarios.

Centró su mirada en Sandra, que giraba su rostro y miraba al final de la calle, esperando con ansiedad a que apareciese el autobús. Pudo observar como comenzaba a repiquetear con el pie sobre la acera por la impaciencia.

Hannah tuvo que notar la mirada de Taylor hacia su prima, porque automáticamente dio un paso atrás.

—Bueno, pues... me alegro mucho de verte, Taylor —automáticamente miró a Sandra, que la observaba desesperada—. Nos vemos mañana, Sandra —acto seguido salió a paso acelerado calle abajo.

Sandra se quedó observando cómo se alejaba, dándole la espalda a un Taylor muy cercano. Maldita fuese, la había dejado vendida.

Se giró y miró de reojo a Taylor, que la observaba con una mirada divertida.

—Bien, ¿vamos?

Ella chasqueó la lengua y miró de nuevo al final de la calle. Se giró y observó que su prima ya giraba la esquina.

—No tienes por qué hacerlo —dijo lentamente, luego se encogió de hombros—. De verdad que no hace falta, el autobús me deja en la puerta de mi...

Taylor se colocó a su lado y pasó un brazo sobre sus hombros, instándola a caminar.

—Vamos. Está oscuro y no tienes por qué estar esperando aquí. Además, hace frío.

Sandra lo miró de reojo mientras comenzaban a caminar. De acuerdo, dejaría que la llevase a casa, pero nada más. Esas palabras, "¿podemos hablar un momento?", no le daban muy buena espina. ¿No se atrevería a sacar el tema del abandono, verdad? Por un lado deseaba oír su versión de los hechos, por otro lado, le asustaba lo que podía desencadenar aquello.

—De acuerdo —susurró como si se rindiese.

Taylor abrió la puerta del garaje y le instó a que entrase. Directamente fue hacia uno de los todoterrenos y le abrió la puerta.

—Sube —le indicó con un movimiento de su rostro.

Sandra suspiró y se subió, no muy convencida. Notaba que el corazón le iba a mil por hora.

Taylor fue hacia una puerta del lateral y la abrió.

—Ahora vuelvo —gritó.

Pocos segundos después, otro grito llegó desde la planta alta.

—¿Adónde vas? —preguntó Christopher.

Taylor apretó los labios.

—No tardo —fue lo único que dijo antes de cerrar la puerta con un portazo, correr hacia el todoterreno y subirse a él.

Lo que menos necesitaba era que sus compañeros bajasen las escaleras y encontrasen a Sandra ahí. No quería ni imaginar lo que podía pasar.

Arrancó el vehículo y salió del garaje mientras Sandra se ponía el cinturón. Tras observar que la puerta del garaje se cerraba, miró de reajo hacia ella. Se la veía menuda. Estaba encogida en el asiento, como si estuviese nerviosa.

—¿Dónde vives? ¿Sigues en la casa de tus padres?

—No —respondió rápidamente—. ¿Recuerdas dónde está el instituto? —Taylor afirmó con un ligero movimiento de rostro—. Llévame ahí, vivo al lado.

Asintió y tomó la dirección indicada.

Durante unos segundos se quedó observándola de reajo. Todo hubiese sido mucho más sencillo si al menos se hubiese despedido de ella.

—¿Siempre cierras el local sobre esta hora? —preguntó.

—Sí, más o menos, depende del día —contestó mirando por la ventana.

—Ya —dijo girando la esquina.

Sandra se frotó las manos. No tenía frío, pero estaba nerviosa. Le hubiese dicho tantas cosas, se hubiese quedado tan a gusto diciéndole que no tenía corazón, que lo que le había hecho le había causado un dolor tan grande que jamás había llegado a superarlo... pero se contuvo. Su sonrisa, la forma en la que la miraba... le recordaban a cuando era niño, cuando la había mirado con aquella sonrisa tan tierna en el despacho del director, cuando le había confesado que le gustaba...

—Verás, me gustaría... —comenzó a decir Taylor.

Sandra notó que su corazón se aceleraba.

—¿Has visto a alguien más del instituto? —interrumpió ella acelerada. Por nada del mundo quería tener esa conversación ahora. No estaba preparada para afrontarlo, para explicarle todo lo que sintió aquel día y en lo que desencadenó los años posteriores. Hacía solo dos días que lo había visto por primera vez, aún necesitaba acostumbrarse a que él estuviese allí, y ni siquiera podía entrever cuáles eran sus intenciones reales. No le confesaría nada, no hablaría con él hasta estar bien segura de qué pretendía.

Aquella pregunta lo dejó descolocado. La miró fijamente y luego volvió la atención a la carretera.

—No... mmmm... aún no —respondió descolocado. La observó de reojo, se frotaba las manos nerviosa. Por Dios, si seguía así iba a darle un ataque de ansiedad—. Había pensado en llamar a algunos amigos...

—La mayoría están trabajando fuera —respondió rápidamente, agradecida por el cambio de conversación. Taylor se dio cuenta y le sonrió, intentando infundirle algo de calma.

—¿Mantienes el contacto con muchos?

Ella se encogió de hombros.

—Solo con algunos —se quedó pensativa—. ¿Recuerdas a Lucas? —como para olvidarlo, pensó Taylor, aunque guardó silencio—. A veces me lo encuentro, trabaja en Pirmez Creek, es ingeniero agrónomo.

—Ah —le sonrió Taylor.

—Y también veo bastante a Helen, Sophia y Adam... A veces hacemos quedadas —continuó ella.

—¿Y cómo les va? —preguntó sorprendido por la forma tan acelerada de hablar.

—Bien, Sophia tiene un niño de dos años, precioso —chasqueó la lengua—. Helen vive con su pareja, Robert, aquí también. Es profesora de música, da clases en el instituto —acabó sonriente, aunque Taylor pudo observar como le temblaba el labio.

—Ajá —dijo.

Sandra suspiró y miró de nuevo por la ventana.

—¿Recuerdas a Thony? —siguió, como si estuviese buscando de forma desesperada una conversación.

—Sí, el chico rubio, que tenía un perro.

—Sí, pues tiene un restaurante aquí. Cocina muy bien —apretó los labios—. Muchas veces quedamos ahí para cenar —continuó.

—Ya —dijo Taylor divertido. En cierto modo le hacía gracia ver lo nerviosa que se ponía. Estaba claro que intuía de lo que quería hablar él, y por su comportamiento se podía dar cuenta de que estaba evitando esa conversación —. Me gustaría verlos —pronunció.

—Seguro que se alegrarían de verte —contestó con la mirada fija en la carretera—. Si giras por aquí, acortas camino —indicó.

Taylor suspiró e hizo lo que le pedía. Sabía que ella estaba nerviosa, pero él también y necesitaba desesperadamente aclarar la situación.

—Yo, quería... —susurró.

—Por cierto... —le interrumpió como si no lo hubiese escuchado—. Me

dijiste que eres policía... —Taylor resopló, apretó el cuero del volante por los nervios y terminó afirmando—. ¿Los chicos con los que vives también lo son? Taylor la observó de reojo.

—Sí, todos pertenecemos al mismo departamento.

—¿Y qué departamento es?

El día anterior le había dicho que había llegado allí para investigar la muerte de Ian, así que...

—Homicidios —acabó diciendo.

Ella asintió pensativa.

—¿Trabajas en la comisaría de Calgary?

Taylor suspiró y tragó saliva. No estaba hecho para mentir, aquello le costaba demasiado.

—No —respondió rápidamente—, trabajo para otro cuerpo...

—¿Qué cuerpo?

Se removió inquieto. Necesitaba cambiar de conversación ya, no quería liar más la situación.

—No puedo decirlo.

Ella parpadeó un par de veces y lo miró confundida.

—¿Eres un agente secreto o algo así? —bromeó.

Taylor la miró de reojo y sonrió nervioso.

—No, tampoco eso. Pero prefiero no hablar sobre el trabajo.

Ella asintió lentamente y giró su rostro hacia la ventana.

—De acuerdo —luego señaló a la acera—. Puedes parar aquí. Vivo cerca —dijo, comenzando a quitarse el cinturón de seguridad.

—¿Dónde vives? —preguntó reduciendo la velocidad y observando los altos edificios.

Ella señaló hacia delante.

—Es ese portal —dijo abrochándose la chaqueta.

Taylor detuvo el todoterreno donde ella le había indicado y observó. Era un edificio muy alto, blanco. Estaba situado a una manzana del instituto adonde acudían. Aquella era buena zona, siempre le había gustado.

—Bueno, pues... gracias por traerme —dijo abriendo la puerta del coche.

Taylor trago saliva. Era ahora o nunca. La cogió del brazo de forma delicada, haciendo que se detuviese antes de salir del vehículo, aun así Sandra no se giró hacia él, se quedó totalmente estática, dándole la espalda.

—Espera... —le susurró—. Hay... algo que quería decirte...

Sandra suspiró y cerró los ojos con fuerza.

—No tienes que decirme nada —susurró ella.

Aquella respuesta lo dejó trastocado. Sandra apretó los labios y se soltó de su mano de forma delicada. Bajó del coche y se puso correctamente la chaqueta. Ni siquiera se atrevió a volverse del todo hacia él, era como si todo el dolor que había sentido aquellos últimos años se hubiese concentrado en aquel momento.

—Buenas noches... —susurró.

Dio unos pasos hacia el portal, pero la voz de él la detuvo de nuevo.

—Sandra —dijo con cierta desesperación. Ella no se giró, permaneció totalmente recta mirando hacia el portal—. No fue premeditado —susurró al final Taylor—. Lo siento.

Aquellas palabras le llegaron a lo más profundo de su alma. Notó cómo el corazón se le disparaba y sus ojos comenzaban a enturbiarse. Ambos sabían de lo que estaban hablando.

No pudo darse la vuelta, pues sus labios temblaban ligeramente, amenazando con hacer un puchero. Se contuvo todo lo que pudo, respiró profundamente y asintió sin girarse.

—No te preocupes —logró decir, aunque su voz tembló un poco—. Buenas noches.

Acto seguido avanzó hacia su portal y entró sin decir nada más.

Taylor se quedó observando cómo subía al ascensor. Y en el mismo momento en que ella desapareció, resopló y golpeó el volante. Se llevó la mano a los ojos y se los masajeó agotado. Le había hecho daño. Pero lo que ella no sabía es que él también había sufrido, y que durante todos los años que había pasado durante su instrucción, en sus misiones en Nuevo México, en Alaska y en Nueva York, no había podido olvidarla ni un solo día. Aquel era un mundo demasiado peligroso para ella.

5

William Akers abrió el e-mail que le habían pasado desde recursos humanos mientras daba un sorbo a la copa que se había preparado. Un whisky con dos hielos.

Mientras se abría el e-mail no pudo evitar dejar su mirada clavada en la fotografía que tenía en su escritorio, al lado de su ordenador, en aquel lujoso despacho.

Hacía poco más de una semana que había enterrado a su hijo. Muerto. No le quedaba nada, absolutamente nada. Su mujer y su hijo pequeño habían fallecido hacía años en un accidente de tráfico y, ahora, la única persona que le ayudaba y por la que se forzaba a seguir adelante había sido asesinada.

Notó que los ojos se le empañaban pero se obligó a controlarse. Tenía un plan. Traería de vuelta a su hijo. Aunque tuviese que vender su alma o dar su vida a cambio, lo haría.

El mismo día que lo había enterrado, una extraña mujer había aparecido en su despacho, dándole una nueva esperanza. Ella podía traerlo de vuelta. Y no solo eso, también le entregaría a los asesinos de su hijo. Había algo que se escapaba a su comprensión, y no solo el hecho de ver como aquella mujer poseía unos poderes extraordinarios, sino que además, el trato que había hecho con ella era que él debía acabar con los asesinos de su hijo y ella, a cambio, le devolvería a Ian.

No iba a ponerse a analizar aquel misterioso trato. Sabía lo que debía hacer para tenerlo de vuelta, y eso era lo único que le importaba.

—Pronto —susurró hacia la fotografía—. Pronto estaremos juntos otra vez.

Debía ser paciente. Para comenzar, llevaba toda una semana reclutando a miembros de seguridad. Si debía acabar con aquellos asesinos, debía tener un buen equipo. ¿Quién mejor que miembros del cuerpo de seguridad que tuviesen formación militar?

Por suerte tenía un gran patrimonio. Se había forjado una buena reputación gracias a las grandes donaciones que entregaba a diversas ONG y hospitales, y construía grandes superficies, como la que hacía poco más de dos meses había iniciado en Calgary. Un centro de cines y restaurantes. Aún estaba en fase de construcción y, hasta dentro de un año no estaría totalmente acabado, pero sabía que aquello le reportaría grandes beneficios.

No le había explicado a nadie lo que había ocurrido, la conversación que había mantenido con Agnes, en la que ella le había trazado un plan a seguir para conseguir de nuevo a su hijo.

Intentó centrarse en lo que debía hacer y comenzó a observar las fotografías que le enviaban desde recursos humanos sobre antigüedades. Jarrones, figuras, colgantes..., aquello lo detestaba, pero sabía que había gente interesada en ello y que pagarían una buena suma de dinero por verlas. Al fin y al cabo, todo era un negocio.

No fue consciente de la extraña niebla que se formaba tras él hasta que la luz de la lámpara que lo iluminaba desde atrás se hizo más tenue.

Se giró asustado, lo suficiente para observar como, entre la niebla, la figura de una mujer de extremada belleza se iba formando. La reconoció al momento. Agnes.

Se levantó de inmediato, asustado, y se colocó tras el escritorio, dejando algo de espacio con ella. Aunque sabía que no le serviría de nada frente a sus poderes a nivel psicológico, se sentía más tranquilo.

Agnes le sonrió mientras acariciaba el cuero del butacón donde unos instantes antes había estado sentado.

—¿Asustado? —preguntó con ironía.

William tragó saliva mientras se ponía más erguido.

—Preferiría que llamasen al timbre como cualquier persona.

Ella ladeó su rostro hacia él.

—Yo no soy cualquier persona, William —dijo con una sonrisa mientras rodeaba la mesa.

William dio unos pasos hacia atrás, así que Agnes se quedó quieta mientras se apoyaba contra la mesa.

—¿Has hecho lo que te pedí? —preguntó esta vez con un tono más serio.

William asintió.

—He juntado un grupo de gente preparada... —titubeó. Lo cierto es que aquella mujer imponía—, pero...

—¿Pero qué? —pregunto levantándose de la mesa y dando unos pasos hacia él.

—Hay un problema... —ella le indicó con la mano que se explicase—. No les he dicho para qué es...

—¿No les has dicho que es para atrapar y matar al asesino de tu hijo? —se burló.

William negó rápidamente, nervioso.

—Muchos no querrían colaborar, más teniendo en cuenta que se está encargando la justicia —titubeó.

Agnes rio, como si le hiciese gracia su nerviosismo.

—Justicia... qué palabra tan extraña —bromeó mientras daba unos pasos, acercándose. William retrocedió, pero no fue consciente de que detrás estaba la silla, tropezó y cayó sobre ella, sentándose—. William... —dijo ladeando su rostro hacia él—, tú no tienes por qué temerme, somos amigos, ¿verdad? —él asintió con su rostro sin decir nada. Agnes volvió a apoyarse contra la mesa —. ¿Cuántos hombres tienes?

—He... he conseguido treinta, aparte de los que ya tenía contratados.

—Y eso suma un total de...

William tragó saliva mientras notaba cómo una gota de sudor frío resbalaba por su frente.

—Cuarenta y seis —acabó susurrando.

Agnes asintió.

Sabía que aquellos hombres no podrían hacer nada contra los cazadores, pero al menos les daría una distracción, los mantendría entretenidos mientras ella llevaba a cabo su plan. La última vez no había esperado que unos cazadores rondasen por la zona, pero ahora..., estaría totalmente preparada. No volvería a fallar.

—Está muy bien —le felicitó. Se puso erguida y se acercó de nuevo a él, moviendo excesivamente las caderas—. Por lo que has dicho de que tus hombres no te obedezcan, no te preocupes... —alzó su mano y chasqueó sus dedos—. Todos harán estrictamente lo que tú mandes —dijo inclinándose hacia él, muy cerca de sus labios.

William se echó hacia atrás cuando ella se acercó, con una mirada lujuriosa, como si le tensase con aquellos labios carnosos.

Lo miró fijamente y sonrió, divirtiéndose ante el hecho de que temblase ante su cercanía. Se puso lentamente firme y puso su mano sobre la mesa. Al momento una extraña niebla se creó sobre ella. Cuando se disipó había una carpeta azul y una caja.

—Estos son los hombres que mataron a tu hijo —le susurró.

William miró de reojo la carpeta y se puso erguido sobre el butacón. Llevó su mano hasta la carpeta, pero antes de que la pudiese coger, Agnes atrapó su mano. Pudo notar cómo el pulso del hombre se incrementaba ante su contacto, cómo el nerviosismo se apoderaba de él.

—Calma, William —dijo con una sonrisa—, o al final te dará un infarto —

pronunció con ironía. Sin soltar su mano se acercó de nuevo a él—. Máталos y volverás a reunirte con tu hijo —le susurró.

William pestañeó varias veces, intentando disipar las lágrimas de sus ojos. Aquella última semana había sido la peor de su vida. Pensaba que lo peor había sido cuando había perdido a su mujer y su hijo pequeño, pero la muerte de Ian lo había dejado totalmente solo en aquel mundo. Ya no tenía nada por lo que luchar. Aquella mujer había abierto una nueva esperanza en él.

Agnes soltó su mano y dio un paso atrás, permitiéndole coger la carpeta. William la cogió y la abrió con desesperación. Dentro había seis documentos. Cada uno de ellos tenía el nombre de un chico y una fotografía, pero ninguno le resultaba familiar.

—Y... ¿cómo los encuentro? —preguntó observando las fotografías.

—Están aquí en Calgary, no te será difícil dar con ellos, créeme —dijo ladeando su rostro hacia un lado. Luego cogió la caja—. Pero hay algo que debes saber... —William arqueó una ceja—. Estos chicos no son normales... tienen cualidades.

William la miró extrañado.

—¿Cualidades?

—Son más fuertes de lo normal —se cruzó de brazos, apoyándose contra la mesa—. No es fácil acabar con ellos...

—He contratado a los mejores, todos tienen formación militar.

Aquellas palabras provocaron una risa maléfica en Agnes. Cogió la caja y la arrastró hacia él.

—No es fácil matarlos, de hecho, nadie ha conseguido acabar con ninguno de ellos —le explicó.

William tragó saliva.

—¿Y cómo quieres que yo...? —Agnes le indicó, con un movimiento de su rostro, que cogiese la caja.

William llevó sus manos temblorosas hasta la caja. La observó unos segundos. No tenía ningún grabado, absolutamente nada. Era totalmente lisa, pero si de algo estaba seguro es que era de plata de ley. La abrió y se quedó observando. Un arma y seis balas.

—Una para cada uno de los asesinos de tu hijo —dijo con voz firme. Luego pasó su mano sobre las balas—. Solo con estas balas podrás matar a un cazador.

William no desvió la mirada de aquellas balas y del arma.

—¿A un cazador?

—Es lo que son. Cazadores.

Tragó saliva y la miró nervioso.

—¿Qué tienen de especial? —preguntó señalando las balas.

Agnes le sonrió y se colocó a su espalda, poniendo una mano en su hombro.

—Magia —susurró—. Atraviesa a uno de esos cazadores con una de estas balas y se volverán vulnerables —le explicó muy lentamente—. No te costará acabar con ellos.

William no se giró para observarla, continuó mirando el arma durante unos segundos.

Aunque al momento algo captó la atención de Agnes porque apretó su hombro. Se inclinó hacia delante, observando la pantalla del ordenador. Había una fotografía donde aparecía un medallón. Lo conocía perfectamente. Pero ¿qué estaba haciendo ahí?

—¿De dónde ha salido ese colgante?

William observó de reojo a Agnes y luego miró la pantalla.

—Es... para la exposición de historia que se hará en un par de semanas. Una tienda de antigüedades nos lo presta —pronunció con indiferencia, volviendo su mirada hacia las balas.

—Lo necesito —susurró observándolo fijamente.

—¿Y mi hijo? —preguntó con voz trémula, perdido en sus pensamientos—. Cuando acabe con esos cazadores, ¿podrás traerlo de...?

Se giró pero se quedó totalmente callado. Miró de un lado a otro, buscando a aquella mujer. No había nadie, estaba totalmente solo. Tragó saliva mientras miraba cada esquina de su amplio despacho y luego volvió la mirada hacia los documentos que le había traído y hacia aquella caja.

Ahí estaba la única oportunidad que tenía de recuperarlo, y no pensaba dejarla escapar.

Sandra abrió emocionada el e-mail que había recibido desde Akers Asociados. Hacía tres días que había enviado el e-mail al departamento de recursos humanos y, ahora, al fin, sabría lo que querían para la exposición.

El e-mail tenía dos archivos adjuntos, uno con un índice donde se mostraban las piezas que estaban interesados en exponer, y el otro con el contrato que le ofrecían por el alquiler de las piezas, para que lo revisasen antes de quedar para firmar. En estas exposiciones solían salir compradores, y aunque la sociedad Akers se quedase un porcentaje de la ventas, era una oportunidad

única para poder conocer a grandes coleccionistas.

Abrió el índice y observó los objetos que querían. Ocho en total. Bueno, no estaban mal.

El año pasado solo habían expuesto cinco, así que había mejorado.

Elevó su mirada hacia Hannah para indicarle los objetos que tenían que sacar del almacén, pero la tienda estaba repleta y Hannah se esforzaba en atender a todos con una gran sonrisa.

Abrió el siguiente adjunto y observó el presupuesto. Abrió los ojos de forma desorbitada al observar la prima mínima. ¿Veinte mil dólares? Estuvo a punto de dar un grito por la sorpresa. Ciertamente que la exposición duraba una semana, y que los objetos eran mucho más interesantes que en anteriores ediciones, pero no esperaba aquella cantidad.

Volvió a mirar a Hannah, deseosa de explicárselo, cuando otra persona entró en la tienda, mirando de un lado a otro. Parecía que se habían puesto todos de acuerdo.

Haría rápidamente un cartel con los objetos que se expondrían, para promocionarlos, y ayudaría a Hannah.

Tras quince minutos, había hecho un bonito Word donde había puesto las fotografías de los ocho objetos que se expondrían la semana que viene en el museo.

Pasó muy sonriente al lado de Hannah, que la miraba intrigada, sin saber a qué venía aquella sonrisa, y colgó los dos carteles que había imprimido en las dos vidrieras. Sabía que de aquella forma atraería a más gente y, por otro lado, cualquier coleccionista que entrase en aquella tienda estaría enterado de que colaboraban con el museo de historia, dándole un mayor prestigio a su tienda.

Tras unas horas de atender a toda la clientela, cerraron el local para ir a comer.

—¿A qué viene esa sonrisa? —preguntó Hannah cogiendo su chaqueta.

Ella le sonrió más.

—Adivina —dijo con alegría—. Nos ha llegado ya el índice de antigüedades que quieren exponer en el museo la semana que viene y el contrato.

Hannah la miró fijamente.

—¿Y bien?

—Ocho objetos —explicó mientras se ponía la chaqueta, luego incrementó más su sonrisa—. Veinte mil dólares de prima.

—¿Qué? —gritó Hannah—. ¿En serio? —preguntó incrédula—. No bromees con eso —le amenazó.

—No estoy bromeando —rió ella mientras se dirigía a la alarma para conectarla—. Vamos, hay que celebrarlo.

—¡Y tanto que hay que celebrarlo! —gritó Hannah mientras salía por la puerta y se fijaba en los carteles que había colgado su prima con los objetos que se expondrían—. Y yo que pensaba que sonreías porque Taylor te había dicho algo... ¡pero esto es mejor!

Sandra suspiró mientras cerraba con llave el local y las guardaba en su bolso. Le había explicado mínimamente lo ocurrido con Taylor, tampoco quería explayarse mucho.

Si desde la primera vez que lo había visto había estado nerviosa, tras su último encuentro, hacía tres días, sus nervios se habían incrementado. Siempre que llegaba al local miraba de un lado a otro, esperando a verlo. No es que estuviese deseándolo, pues la situación le hacía sentir incómoda, era más bien para evitarlo.

Con aquellas palabras ya había dejado claro ciertas cosas. Taylor había sabido escogerlas muy bien: "No fue premeditado" y "Lo siento".

Aquellas palabras le hacían sentir peor aún. Comprendía su significado, no había querido hacerle daño, pues él parecía consciente de que se sentía dolida, pero tampoco aclaraban nada de lo que había ocurrido. Ese era el problema. Estaba muy bien decir todo aquello, pero no era excusa, aquello no le hacía comprender la razón por la que ella se había visto forzada a sufrir y llorar durante tanto tiempo, a sentirse traicionada y abandonada, rechazada.

—Hay que pedir un buen vino para brindar... —dijo Hannah mientras se cogía al brazo de su prima y comenzaban a caminar por la calle, rumbo a uno de los restaurantes donde iban muchos días a comer juntas.

—Por supuesto —respondió. Unas copas de vino le irían estupendamente, y no solo para celebrar su reciente contrato con el museo, sino para olvidar.

—Oye, ¿has contestado para aceptar la oferta? —preguntó mirando de un lado a otro de la calle.

—Al momento —dijo con una gran sonrisa—. Supongo que la semana que viene, cuando vengán a buscar los objetos, nos dirán algo para quedar y firmar el contrato.

Hannah se soltó de su brazo y dio unas palmitas de alegría.

—Madre mía, madre mía... —dijo cogiéndose del brazo de Sandra y cruzando la calle bastante rápidas—. ¿Sabes qué? Pienso comprarme la tele más grande que vea y le daré la que tengo a Bobby.

—¿Aún seguís con eso? —preguntó sorprendida.

Ella se encogió de hombros.

—Está obsesionado —contestó borrando la sonrisa de su rostro.

Sandra no pudo evitar girar su rostro cuando caminaron frente a la vivienda de Taylor, en la otra acera. Se quedó contemplando las ventanas y la puerta.

—¿No has sabido nada más de él? —le susurró Hannah.

Ella miró a su prima y negó.

—No, mejor así —contestó consternada.

Hannah suspiró y la miró ladeando su rostro.

—Espero que no te estés equivocando —se cogió de nuevo a su brazo de forma cariñosa y la abrazó—. Ahora tenemos por delante una semana cargada de emociones —rio intentando que su prima sonriese, algo que consiguió al momento—. Tenemos que preparar los objetos para la exposición, decidir la ropa que nos pondremos para la inauguración... —Sandra rio—. Podríamos ir de compras, con diez mil euros cada una podemos comprarnos unos preciosos vestidos.

—Estoy de acuerdo —respondió sonriente. Llegaron al restaurante y entraron. El camarero que siempre las atendía las saludo con una amable sonrisa y les instó a que le siguiesen—. Además, antes he hablado con Helen y Sophia... Me han dicho de quedar este fin de semana.

—¡Perfecto!

—Le he dicho que avisaré a Lucas y Thony.

—Genial, genial... —dijo cogiendo la carta con el menú que ofrecían del día. La observó y luego miró al camarero—. Ahora te decimos qué queremos, pero mientras tanto... tráenos la mejor botella de vino blanco que tengas.

6

Taylor volvió a buscar en la base de datos. Aquella última semana parecía que no habían ocurrido incidentes en la zona de Alberta.

—Parece que está todo en calma —pronunció hacia sus compañeros. Se giró y siguió buscando información o alguna pista sobre los movimientos que podía estar haciendo Agnes.

Hacía tres días desde lo ocurrido con Sandra y, desde entonces, no había dejado de darle vueltas al asunto. Solo la había visto una vez, saliendo de su tienda, y había sido desde su ventana, ni siquiera había ido a su encuentro. Lo mejor era que las cosas se enfriasen, darle espacio. Pero aquello le estaba asfixiando. Ahora, más que nunca, sabía que le había hecho daño, y aquello lo atormentaba más de lo que había llegado a imaginar.

Siempre había pensado que si volvía a encontrarse con ella se reirían sobre lo que había ocurrido, pero... aquello era totalmente diferente. Lo que ellos dos habían sentido, aunque fuesen muy jóvenes, había sido real, muy real, tanto que durante quince años no habían podido evitar que aquella separación los atormentase a ambos.

Apagó el ordenador y observó su reloj de muñeca. Casi las cuatro de la tarde. Fue hacia la ventana y se asomó. Sabía que abrían la tienda a las cuatro, y que en breve la vería pasar por la acera rumbo a su local.

Hacía un bonito día, aunque el clima seguía siendo frío, al menos estaba totalmente despejado y el sol lucía con fuerza.

—Tenemos un problema —comentó Adrien entrando por la puerta, seguido de Bethany.

Todos se giraron hacia él, incluso Taylor dejó de observar a través de la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas.

—Me ha llamado Alex —dijo mostrando su móvil—. Dice que necesita hablar con nosotros.

Taylor enarcó una ceja hacia él.

—¿Ocurre algo? ¿Te ha dicho la razón?

—No —dijo mirando a su jefe—. Pero he quedado con él en media hora. A la salida del pueblo. He preferido que no entre en Calgary.

Nicholas se puso en pie.

—De acuerdo. Taylor, Adrien y Christopher, vamos —miró al resto de los compañeros—. Scott y Dean, quedaos aquí y seguid buscando información sobre posibles movimientos de Agnes.

Todos aceptaron.

—Eh, eh... —protestó Bethany interponiéndose ante ellos, los cuatro se pararon en seco—. Yo también voy.

Adrien suspiró y miró de reojo a Nicholas.

—Es por trabajo.

—Eso no lo sabes —se quejó ella.

—Ha dicho que tenía un asunto importante que explicarnos —se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Le diré de quedar en otro momento y así lo ves, pero ahora, iremos nosotros solos. —Y por el tono que usó Adrien supo que no podía realizar ninguna réplica.

Bethany suspiró y echó algunas miradas mosqueadas hacia los cuatro chicos que se dirigían al ascensor.

—Oye, cielo... —comentó Adrien volviéndose hacia ella desde dentro del ascensor—. No te enfades, pero es que puedo notar cómo me quema la nuca desde aquí.

Bethany resopló mientras las puertas del ascensor se cerraban. Adrien miró al resto con una sonrisa.

—Menudo genio tiene la chiquilla —susurró Taylor.

—No lo sabes tú bien —comentó Adrien con una sonrisa algo lasciva.

Avanzaron por el aparcamiento hasta el todoterreno y Nicholas señaló a Adrien.

—¿Sabes dónde has quedado con él?

—Claro.

—Conduce tú.

Adrien se puso al volante mientras Nicholas se sentaba de copiloto. Christopher y Taylor se sentaron en la parte de atrás.

—Estoy intrigado —dijo Christopher—. ¿Alex no te ha dicho nada?

Adrien miró a su compañero a través del retrovisor mientras la puerta del garaje se abría.

—No, me ha dicho que prefería hablarlo en persona.

Nicholas lo miró de reojo.

—¿Se le notaba preocupado?

Adrien se removió, como si no supiese qué contestar.

—Bueno... hablaba bajito, como si hubiese gente cerca.

Nicholas asintió, la puerta del garaje se abrió y Adrien aceleró, pero de repente frenó de golpe.

Todos se echaron hacia delante por el inminente frenazo.

—¿Pero qué haces? —gritó Taylor desde atrás.

Adrien permanecía con la mirada fija en la calle, apretando con fuerza el volante. Todos miraron en la dirección que él lo hacía, buscando la causa de su comportamiento.

—Thomas —susurró.

En ese momento lo reconocieron. Uno de los hombres que habían ayudado en el secuestro de Bethany y Adrien, y que habían seguido hasta una papelería. Aunque, tras coger a Michael, Charles y David parecía que se había desvinculado de todo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Nicholas bajándose rápidamente del todoterreno.

Todos imitaron a Nicholas y salieron del garaje a toda prisa.

Thomas caminaba unos metros por delante de él. Hacía poco más de dos semanas que lo habían interceptado en una papelería, pero después de que ellos capturasen a sus tres compañeros y adivinasen todo su plan, le habían perdido la pista.

—Eh, Adrien... calma —le previno Nicholas al ver que Adrien aceleraba hacia él.

Se apartó del camino de varias personas que iban en sentido contrario e interceptó a Thomas.

—Hola —dijo con una fingida sonrisa—. ¿Qué tal?

Thomas elevó su rostro hacia Adrien, y aunque al momento pareció sorprendido, luego echó unos pasos hacia atrás.

—Oh... oh...

—De oh, oh, nada —dijo Taylor a su espalda, acompañado de Christopher y Nicholas. Thomas se giró de inmediato—. ¿Qué tal? ¿Cómo te va todo? —preguntó ladeando su rostro hacia él, cruzándose de brazos.

Thomas se removió inquieto y comenzó a temblar.

—Ammmm... bien... —susurró—. Todo muy bien, gracias por preguntar —susurró mientras intentaba rodear a Adrien para huir, pero Adrien lo cogió por los hombros acercándole a él, incluso casi abrazándole—. Ayyyyy —se quejó este.

—Eh, tranquilo —continuó Adrien—, es solo que nos sorprende un poco verte por aquí —dijo con calma, aunque estaba claro que su voz transmitía una

ligera amenaza.

—¿Qué haces en Calgary? —preguntó Nicholas.

Thomas se removió inquieto ante la atenta mirada de los cuatro muchachos.

—Yo... yo... solo quería alejarme de todo.

Los cuatro se miraron sonrientes.

—¿Sí? —preguntó Adrien con ironía—. Y fíjate qué casualidad... justo te encuentras con nosotros.

—Ahhh... mmmmm...

Taylor chasqueó la lengua y lo miró divertido.

—¿Has sabido algo de tus amigos? —preguntó directamente.

—Mmmmm... no.

Adrien lo estrechó más fuerte contra él.

—Vamos, inténtalo de nuevo —bromeó Adrien.

—No, yo... de verdad. Sé lo que les ocurrió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nicholas acercándose a él de una forma intimidatoria, aunque intentaban que los gestos no fuesen demasiado agresivos, pues se encontraban en medio de la calle.

—Joder... hicieron un trato con Agnes —susurró—, para que los convirtiese en lobos.

Taylor resopló.

—Eso ya lo sabemos... —se apresuró a decir mientras daba un paso hacia él—, pero el tema, es... ¿qué estás haciendo tú aquí cuando vives en Banff? —y en ese momento una voz llamó su atención, su timbre alegre, femenino... Alzó la mirada para observar como Sandra cruzaba la calle junto a Hannah, las dos charlando animadas—. No, mierda... —susurró nervioso, haciendo que Thomas se removiese inquieto.

—Bueno, yo solo estaba huyendo, yo también hice un trato con Agnes para que me convirtiese...

—¡Cállate! —dijo Taylor dándole una colleja, mientras mantenía la mirada fija en Sandra, que se acercaba hacia ellos.

En ese momento sus tres compañeros se giraron para observar lo que ocurría. Sandra iba en su dirección, aunque no había reparado aún en su presencia.

—Al garaje —ordenó Nicholas cogiendo a Thomas por un brazo.

—Nooooo —gimoteó Thomas.

Taylor lo miró con furia.

—Haz el favor de callarte o te juro que... —en ese momento coincidió la mirada con ella a pocos metros y elevó una mano a modo de saludo, mientras

una gran sonrisa aparecía en su rostro—. Hola, Sandra —dijo directamente. Sandra lo miró y al momento se mordió el labio.

—Eh, no quiero ir... —gimió Thomas—. Estoy limpio... os aseguro que no sabía que vosotros estabais...

Christopher le dio un capón para que se callase mientras lo seguían arrastrando de una forma disimulada hacia el garaje.

Taylor se adelantó unos pasos, intentando desviar la atención de Sandra y Hannah de lo que estaba ocurriendo, y solo pudo respirar tranquilo cuando se colocó frente a ellas y ellos tres dieron un impulso a Thomas metiéndolo en el garaje, aun así, los tres pudieron escuchar un último lamento.

—Os prometo que no he hecho nada... —medio lloró arrastrando las palabras.

Taylor sonrió de forma tímida a Sandra y Hannah que permanecían ante él, mientras se pasaba la mano por la nuca, agobiado.

—¿Qué está pasando? —preguntó Hannah confundida—. Hay un hombre en...

—No, no es nada. Un pesado —le cortó, y directamente centró la atención en Sandra—. Oye, ¿tienes un minuto?

Sandra lo miró de reojo y negó con su rostro mientras lo rodeaba.

—Tengo prisa, Taylor.

Taylor suspiró y puso los ojos en blanco. Se giró hacia las dos muchachas y apretó los labios. Oh, no, ni hablar. La otra noche ya le había dejado con la palabra en la boca, esta vez no iba a ocurrir lo mismo, se le comenzaba a agotar la paciencia.

Dio unos pasos rápidos hacia ella y le cortó el paso.

—Oye, solo te estoy pidiendo un minuto —insistió.

Al momento escuchó como cerraban la puerta del garaje y un último lamento de Thomas. Sería quejica, solo querían hablar con él.

Fijó su mirada en Sandra, que lo observaba inquieta, y pudo observar de reojo como Hannah se iba apartando disimuladamente, como si quisiese darles su espacio.

Intentó calmarse y moduló su voz.

—Déjame invitarte mañana a cenar —propuso, pero ella ya estaba negando antes de que él acabase su frase—. ¿No? ¿por qué no? ¿Estás ocupada?

—Pues no —dijo intentando rodearlo, pero Taylor le volvió a cortar el paso.

—Oh, no, Sandra... tenemos que hablar, no te vas a escapar esta vez.

Ella lo miró fijamente, Taylor tenía una mirada cargada de fuerza en aquel momento. Dio un paso hacia atrás y extendió sus brazos hacia él.

—Está bien, ¿quieres hablar? Pues vamos a hablar —le retó. Se cruzó de

brazos mientras observaba como Hannah abría el local, echando miradas furtivas hacia ellos—. ¿Por qué te fuiste? —preguntó directamente.

Taylor se quedó observándola fijamente.

—Sandra... —dijo elevando una mano hacia ella—. Eso es algo que...

—Ah, no, claro... Creo que los dos tenemos muy claro lo que ocurrió. Así que dime, ¿por qué te fuiste? —preguntó esta vez con un tono más elevado—. Esa es la única respuesta que quiero. ¿Por qué dejaste tirada a una niña de doce años en un parque? —Taylor tragó saliva, sin apartar la mirada de ella—. ¿No dices nada? —le retó. Tras esperar varios segundos se puso erguida—. Está bien, pues que pases buena tarde... —dijo rodeándolo.

Taylor resopló, pero igualmente la cogió de un brazo sin permitir que se alejase de él.

—No lo hice queriendo... ¿crees que fue cosa mía? Por Dios, Sandra... tenía trece años. ¿Crees que yo decidí marcharme? ¿Que fue una decisión que yo tomé? —repitió elevando su tono de voz también.

Aquella respuesta la dejó descolocada y lo miró de arriba a abajo. Sí, sabía que solo era un niño cuando se había marchado, pero el dolor había sido demasiado grande, e igualmente tampoco le daba ningún tipo de explicación. Puede que tampoco estuviese obligado a dársela, pero si él quería mantener una amistad debía ser sincero.

Se soltó de su brazo y volvió a mirarle con firmeza.

—Está bien —dijo intentando calmarse. Se cruzó de brazos de nuevo ante él—. Explícamelo, ¿qué ocurrió? —preguntó como si le diese otra oportunidad.

Taylor volvió a tragar saliva. ¿Cómo explicarle todo aquello? No podía. ¿Qué iba a decirle? ¿Que Jones, jefe de la división DAE, una organización secreta que trabajaba para el Pentágono contra elementos sobrenaturales, lo había captado ya que gozaba de unos poderes extraordinarios?

Se quedó callado apretando los puños, contemplándola fijamente. Que le matasen si no estaba totalmente enamorado de ella.

Sandra esperó unos segundos hasta que enarcó una ceja hacia él.

—¿Nada? —preguntó mosqueada—. Bien, pues que pases buena tarde, Taylor.

Taylor suspiró, aunque en ese momento le llegaron de nuevo unos golpes del garaje, como si Thomas intentase escapar y lo estuviesen reteniendo. Puso los ojos en blanco y avanzó hasta ella otra vez. No pensaba rendirse. La cogió de nuevo de la mano, haciendo que ella se girase impresionada por su insistencia, aunque al momento se soltó y se giró hacia él.

—Por favor, cenemos juntos mañana...

—¿Responderás a mis preguntas?

Taylor apretó los labios. Maldita testadura.

—Sandra, hay cosas que no puedo...

Al momento ella se giró y caminó hacia el local sin decir nada más. Taylor gruñó mientras escuchaba de nuevo unos golpes en el garaje. Apretó los labios y se pasó la mano por la frente, agobiado.

La observó entrar en su local con movimientos tensos, sin girarse siquiera.

Comprendía que estaba dolida, que ella necesitaba una explicación, pero... ¿qué iba a hacer él?

Resopló y se giró de nuevo hacia el garaje al escuchar otro golpe. Aquella situación le superaba.

Abrió la puerta, entró y cerró con un portazo. Aquella mujer le ponía de los nervios.

Se fijó en que tenían retenido a Thomas contra la pared.

—¿Pretendes que crea que es una mera casualidad? —preguntó Nicholas sorprendido, mientras Christopher y Adrien se encontraban a cada lado.

Thomas no dejaba de moverse nervioso. Hizo de nuevo otro impulso, intentando escapar y dirigirse hacia la puerta del garaje para huir, cuando Adrien lo detuvo empujándolo de nuevo hacia la pared.

Taylor gruñó. Si no tenía suficiente con los nervios y la ansiedad que le producía el rechazo de Sandra ahora tenía a uno de aquellos falsos cazadores en su garaje, intentando huir. La situación le superaba.

Se dirigió hacia él con un movimiento rápido que asustó a Thomas, pues no se lo esperaba, lo cogió de la chaqueta y lo elevó golpeándolo contra la pared, ante la mirada sorprendida de todos sus compañeros.

Estaba claro que todos eran conscientes del estado de nerviosismo de Taylor, pero no esperaban que arremetiese con toda su furia contra él.

—Dime ahora mismo qué estás haciendo aquí o te juro...

—Yo solo paseaba por aquí —lloró Thomas sujetándose a su brazo—. Solo pretendía huir de la bruja.

—¡Y una mierda! —le gritó Taylor, haciendo que sus compañeros se mirasen de reojo.

—Mmm... ammm.. Taylor... —intervino Nicholas intentando calmarlo.

—¿Qué? —gritó girándose con furia hacia él sin bajar a Thomas, que no dejaba de dar patadas con sus pies, intentando golpearlo.

—Quizá no está mintiendo —pronunció con voz calmada.

—Ya, claro... —dijo volviendo su mirada hacia Thomas. Lo soltó haciendo que cayese sobre el suelo golpeándose el trasero, pero lejos de esto Taylor extrajo su daga y se arrodilló ante él—. ¿Sabes? —preguntó con un tono realmente amenazante—. No me lo trago —Thomas tragó saliva—. Tú y tus amiguitos hicisteis un pacto con una bruja para que os convirtiese en lobos si la ayudabais, entre otras cosas... tus amigos nos vendieron, nos entregaron, así que... no me creo que sea una mera casualidad que estés aquí. Justo donde estamos ahora... —acto seguido puso la daga en su rodilla, haciendo que Thomas apretase los dientes—. Así que o me dices qué cojones estás haciendo aquí, o te juro que... —comenzó a hacer más presión con la daga en su pierna. —Está bien, está bien... —gimió al final. En ese momento todos pusieron su espalda recta—. Os lo diré, os lo explicaré... pero... no me hagáis daño.

—Canta —gruñó Adrien.

Thomas tragó saliva y se removió incómodo.

—Necesito llegar a un nuevo acuerdo con la dama —todos parpadearon repetidas veces.

Adrien lo miró confundido.

—¿Por? —se quedaron mirándolo fijamente. Luego lo miró furioso—. ¿También quieres transformarte en un lobo? —preguntó Taylor con ironía. Thomas se removió inquieto, haciendo que todos lo mirasen asombrado—. ¿En serio? ¿Estás loco? —gritó hacia él.

—Sería más fuerte... vosotros... vosotros sois más fuertes, más rápidos... ¿por qué yo no puedo? —gritó hacia ellos—. A mis amigos los convirtió.

Todos gritaron por la locura que estaba diciendo.

—Nosotros nacimos así, idiota... —le gruñó Taylor—. Precisamente para acabar con las amenazas como los lobos, ¿entiendes? —preguntó apretando los dientes—. Yo soy así para matar a gente como en la que tú quieres transformarte.

Thomas tragó saliva mientras un tic se apoderaba de su ojo.

—¿Y por qué nos sigues? —preguntó Nicholas.

Thomas lo miró y negó rápidamente.

—Yo, bueno... —se removió inquieto—. Vosotros la buscáis a ella, y ella os debe buscar a vosotros... así que supongo que... que os encontraréis en algún momento.

Taylor se pasó la mano por los ojos mientras se levantaba.

—¿Se puede ser más idiota? —susurró con los ojos cerrados.

—¿Y pretendías estar esperando a que apareciese? —gritó Nicholas de los

nervios.

—Bueno... yo... mmm... Ya nos buscó una vez, así que pensaba, que en todo caso si... —Taylor enarcó una ceja hacia él, lo que hizo que Thomas tragase con dificultad—, si me encontraba de nuevo podía pedirle que...

—Cállate —susurró Taylor—, cállate o te juro que...

—¿Pretendías entregarnos? —preguntó Adrien, alucinando por lo que estaba diciendo.

Nicholas se pasó la mano por la cara, agobiado, y se giró hacia la puerta del garaje que le permitía acceder al resto de la vivienda. Abrió la puerta mientras emitía un rugido.

—¡Dean! ¡Scott! ¡Bajad!

Pocos segundos después los otros dos miembros aparecían por las escaleras.

—¿Qué pasa? ¿Aún estáis aquí? —preguntó Dean sorprendido.

Nicholas le señaló con un movimiento de su rostro a Thomas, que permanecía aún tirado en el suelo, rodeado de sus compañeros.

—Nos hemos encontrado con un viejo amigo.

—¿Pero qué hace este aquí? —preguntó Scott.

—Está haciendo travesuras —respondió Christopher con aire cómico, aún sin dar crédito a todo lo que les había explicado.

Nicholas se situó frente a ellos dos, descendiendo su tono. Se giró hacia Christopher y le hizo un gesto para que se acercase a ellos.

—Escuchad. Retenedlo aquí hasta que nos vayamos. Luego lo subís a un todoterreno y lo lleváis fuera del pueblo. Dejadlo ahí. Christopher os pondrá al tanto de todo —se giró hacia él—. Ya sabes lo que hay que hacer.

—¿Y lo dejamos ahí? —preguntaron los dos a la vez.

—Sí, y... asustadlo un poquito —pronunció mientras le guiñaba un ojo, lo cual hizo que Dean, Scott y Christopher sonriesen. Sí, se lo iban a pasar en grande con Thomas. Se acercó hasta él y se cruzó de brazos—. Bien, que sepas que esto tendrá sus consecuencias —pronunció con voz grave—. No vamos a jugarosla a que llegues a ese acuerdo con Agnes, revelando nuestra posición, así que... —miró hacia sus tres compañeros—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

En ese momento Scott, Dean y Christopher fueron hacia Thomas.

—No, no, no... —comenzó a gritar Thomas—. Por favor... no le diré nada...

—¡Cállate! Me... ¡me estás poniendo de los nervios! —le gritó Taylor mientras lo ponían en pie.

—Por favor.. no me matéis... por favor...

—¿Y qué pretendes que hagamos? —le preguntó Nicholas con ironía.

Scott y Dean lo sujetaron mientras lo llevaban hacia uno de los todoterrenos y Christopher abrió la puerta, metiéndolo en su interior sin miramiento ninguno.

—Noooooo —no dejaba de gritar.

Christopher cerró la puerta del todoterreno y se giró con una sonrisa hacia su jefe, mientras escuchaba los lloros descontrolados de Thomas, que en ese momento había comenzado a implorar piedad.

—Llévoslo de aquí —le susurró Nicholas mientras se dirigía hacia la puerta de su todoterreno—. El resto, vamos... tenemos que hablar con Alex.

Adrien y Taylor fueron hacia el todoterreno del que acababan de bajar, aunque todos pudieron ver como Taylor caminaba acelerado, incluso con sus músculos tensos.

Christopher iba a subirse al segundo todoterreno cuando se giró hacia Nicholas.

—Oye... —todos se giraron hacia él, mientras Thomas seguía gritando como un energúmeno desde dentro del todoterreno—. ¿Creéis que Agnes sabe dónde estamos?

Nicholas sonrió son sorna.

—Estoy seguro de que lo sabe desde el primer momento.

—¿Y por qué no nos ataca? ¿No va a venir a por nosotros?

Nicholas se encogió de hombros.

—Quizá la casa funcione y realmente no pueda localizarnos, o las pulseras de la amistad que nos ha hecho Nicholas no permitan que nos encuentre con su magia —sonrió Dean hacia su jefe.

Nicholas se encogió de hombros.

—O quizá simplemente esté trazando otro plan... No creo que esa víbora pueda quedarse quieta mucho tiempo.

Aquella respuesta fue la que más los convenció a todos.

Adrien iba a subirse al asiento del conductor cuando Taylor se adelantó, subiendo directamente.

—Conduzco yo.

No le dio opción a protesta. Se subió directamente y cerró la puerta del todoterreno con la mirada fija en la puerta del garaje, que comenzaba a abrirse.

7

Taylor pisó el acelerador a fondo, haciendo que sus compañeros se sujetasen con fuerza a los asientos.

Aquella última conversación con Sandra lo había puesto de los nervios. Apretó el cuero del volante entre sus dedos y gruñó, haciendo que Nicholas girase su rostro hacia Adrien, que iba sentado detrás, mirándolo preocupado.

Si al menos pudiese explicarle la verdad todo sería mucho más fácil. Poder decirle que tuvo que marcharse para aprender a controlar sus poderes, que no había dejado de pensar en ella en todos estos años..., pero no, contrariamente, cuando al fin podía estar a su lado, Sandra estaba dolida, incluso enfadada por su falta de respuesta.

—¿Por qué todo es tan complicado? —gritó con la mirada fija en la carretera mientras daba un golpe al volante, realmente nervioso.

—Ahhh... mmmm... —dijo Nicholas mientras echaba miradas furtivas a Adrien, el cual también estaba impresionado con la actitud de su compañero—. ¿Qué tal si bajamos un poquito la velocidad? —preguntó en un tono suave, como si fuese consciente del alto estado de nervios en el que se encontraba e intentase calmarlo.

—¡Estaba enamorado de ella! —gritó de los nervios—. Mi primer amor... —dijo esta vez con dolor en la voz, haciendo de nuevo que sus dos compañeros se mirasen de reojo—. ¡Pero no! El jodido Jones tuvo que aparecer esa mierda de tarde... —iba incrementado su tono—, ¡para llevarme a esta puñetera división!

Sus dos compañeros apretaron los labios. Sí, de acuerdo, Taylor estaba de los nervios.

—Y ahora... —seguía gritando para sí mismo—. ¡Ahora ella está dolida! —miró a su jefe con furia señalándole con el dedo, como si se lo explicase.

Nicholas sonrió nervioso.

—¿Un poco de música? —susurró mientras llevaba su mano al cuadro de mandos y conectaba la radio.

—¿Y ahora qué hago yo? —gritó hacia él, lo que hizo que Nicholas se encogiese de hombros rápidamente, incluso poniendo sus manos delante de él dispuesto a defenderse si recibía un ataque—. ¡Ella me gusta! ¡Me encanta! Joder.... —cerró los ojos un segundo, como si intentase calmarse.

—La carreteraaaaa... —gimió Adrien desde detrás al ver que su compañero cerraba los ojos.

Taylor los abrió de nuevo, con la mirada firme en el asfalto.

—¡No me hace caso! —Nicholas y Adrien se miraron de reojo de nuevo. Desde luego, se estaba desahogando a base de bien—. Solo le pido una cena... ¡Una puñetera cena! —indicó a su jefe con un dedo alzado.

—Ya, ir a cenar. Entiendo —pronunció Nicholas mientras se ajustaba el cinturón, al ver que su compañero no descendía el ritmo, y luego se sujetaba al asiento.

—¿Y qué me dice ella? —preguntó retóricamente.

—Creo que te ha dicho que no —pronunció Adrien desde atrás, con la mirada nerviosa en el volante y sujetándose con fuerza al asiento.

—¡Que no! —gritó con furia—. Ahora quiere respuestas.... ¿entiendes? —gimió de nuevo—. ¡Quiere saber por qué la dejé tirada! —apretó los labios—. Jodido Jones —susurró. Luego miró a su jefe—. ¿Y qué le digo ahora? Ella... ella me interesa... —se señaló a sí mismo, con movimientos nerviosos. Desde luego estaba fuera de sí—. ¡Pero como toda esta jodida organización es secreta, no puedo decirle nada!

—Ya... —respondió Nicholas con una sonrisa nerviosa mientras subía el volumen de la radio. ¿No decían que la música amansaba a las fieras?

—¡No es justo! —gritó hacia la carretera a pleno pulmón. Luego intentó controlarse y respiró profundamente. Al momento irguió su espalda cuando escuchó la canción que daban por la radio, quedando abstraído con la letra. Nicholas y Adrien pudieron detectar cómo sus nudillos se relajaban y la melancolía se apoderaba de su rostro, cómo incluso su mandíbula, que había estado apretada, se relajaba.

"Quise volar. Y conocí la soledad. Jugué al amor sin entregar... sin esperar"

Adrien y Nicholas volvieron a mirarse de reojo cuando vieron que Taylor parecía hacer un puchero con sus labios.

"Salgo a buscar... alguna huella, una señal. Hacer mi sueño realidad... poder amar", "Sola otra vez... no sé vivir... sola otra vez... sin tu amor"

Taylor sorbió por la nariz, haciendo que ambos lo mirasen asombrados.

—¿Por qué? —gimió intentando contenerse, mientras la cantante subía de tono haciendo que se le erizase la piel.

Nicholas reaccionó rápido. Estaba claro que Taylor estaba más afectado de lo que pensaban.

—Será mejor que apaguemos la radio... —dijo con un tono algo tirante.

Taylor aceptó con movimientos lentos de su rostro, pero lo que no esperaban es que llevase la mano hasta sus ojos y los frotase, como si estuviese reteniendo las lágrimas.

—Coñooooo —susurró mientras intentaba controlarse y se giraba levemente, como si se ocultase de sus compañeros.

Adrien y Nicholas me miraban sin dar crédito, sin saber cómo reaccionar, si troncharse de la risa por su reacción o apiadarse de él.

Tras unos minutos en los que guardaron silencio sin atreverse a decir nada, Adrien le indicó que detuviese el vehículo a la entrada del bosque.

—Es aquí —dijo mientras Taylor apagaba el todoterreno, aún con movimientos tensos.

Nicholas y Adrien bajaron disparados del coche, mientras Taylor se quedaba unos segundos más sentado en el asiento, con la mirada fija en el bosque que se abría ante ellos e intentando relajarse.

Los dos se juntaron tras el todoterreno, abriendo el maletero.

—¿Pero qué le pasa ahora? —preguntó en un susurro Adrien hacia Nicholas.

Nicholas se encogió de hombros, aún asombrado por la explosión de sentimientos que había tenido su compañero en el coche.

—Yo qué sé —le susurró—. Está sensible con lo de Sandra —dijo mientras cogía un arma para colocársela en su cinturón a modo de protección.

Pero en ese momento Taylor apareció ahí quitándole el arma de las manos. Abrió el gatillo y observó que tenía balas, ante la atenta mirada de sus dos compañeros.

Cerró el arma y la colocó en su cinturón, mirando de nuevo hacia el interior del bosque.

—Vamos a machacar a unos cuantos lobos —dijo con voz firme mientras caminaba hacia el bosque sin esperar a sus compañeros.

—Eh, eh... —dijo Adrien cogiendo un arma—. Vamos a hablar, ¿de acuerdo? A hablar —le gritó mientras iba hacia él.

Taylor iba el primero de la fila, con paso firme y acelerado, seguido de Adrien y Nicholas que miraban de un lado a otro buscando a Alex.

—¿Seguro que te dijo aquí? —preguntó Nicholas a Adrien.

—Sí, me mandó la ubicación por el móvil.

Taylor se detuvo y suspiró. Se giró hacia ellos y ladeó su rostro hacia Adrien.

—Puede que nos haya dado plantón.

En ese momento Adrien pegó un bote hacia un lado mientras elevaba su arma.

—Eh, hola —dijo Alex con una sonrisa, aunque elevó sus manos hacia arriba cuando Adrien le apuntó.

Se quedó observándolo unos segundos y resopló.

—¿Estás loco? —le preguntó a Alex—. ¿Es que quieres que te pegue un tiro? —continuó mientras bajaba su arma.

Alex descendió sus manos.

—Jolín, perdona... qué asustadizo —Adrien enarcó una ceja hacia él—. ¿Y Beth?

—Beth no ha venido —explicó mientras guardaba el arma en su cinturón. Alex renegó un poco—. Eh, esto es una quedada por trabajo, no una reunión social.

—O familiar... —apuntó Nicholas con una sonrisa, luego miró a Alex mientras Adrien enarcaba una ceja hacia él—. ¿Cómo va todo?

Alex se encogió de hombros.

—No tan bien como quisiera.

Alex, el hermano de Bethany, había sido transformado en lobo por Donovan, el cabecilla de la manada de Nueva York, pero tras su muerte se había convertido en un lobo libre, justo lo que necesitaba Agnes para realizar el hechizo que le permitiría dominar a toda una manada. Habían tenido suerte de conseguir evitarlo. A Alex, a pesar de ser un lobo, el hecho de ser libre le permitía tener consciencia y no estar sujeto a las órdenes de un alfa. En parte, era toda una ventaja contar con un lobo que los ayudase y estuviese controlando a la manada que residía en Banff.

Taylor se colocó al lado de Adrien, cruzándose de brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó directamente.

Alex suspiró y los miró, no muy seguro.

—Solo he escuchado algo, pero prefiero que lo sepáis —todos lo miraron intrigados—. La manada está tramando algo.

Adrien pestañeó varias veces y lo miró sin comprender.

—¿Algo como qué?

—Es que no lo sé —gimió mirándose el pie—. Cuchichean mucho, y cuando me acerco se callan —Adrien resopló—. He escuchado algo de un medallón —acabó diciendo.

Todos los miraron sin comprender.

—¿Un medallón? —preguntó Taylor.

Alex se encogió de hombros.

—No sé... ya os digo, no me cuentan nada —luego se rio—. Ahora me

respetan, como saben que soy amigo vuestro... —bromeó.

—Ya, qué bien —ironizó Taylor—, pero... lo que nos estás explicando... es que... no lo entiendo, de verdad... Hemos venido porque tenías algo importante que decirnos, ¿no? —dijo algo más nervioso.

—Yo qué sé —extendió los brazos hacia ellos—. Cuchichean, cosa que no hacían antes, lo cual significa que me están ocultando algo porque saben que estoy en vuestro bando. Luego he oído un par de veces la palabra medallón... Os lo quería decir por si os viene algo a la mente.

Adrien miró de reojo a Nicholas.

—Lo mismo se refiere al medallón de su abuela, Alex, o algo así... —acabó diciendo incrédulo.

—Claro, Alex —continuó Taylor cruzándose de brazos—. Hay que aprender a clasificar información, y la nuestra se reduce en: es importante o no es importante. Y esto creo que no lo es.

Alex lo miró fijamente.

—Pues yo creo que sí lo es, no es lo mismo que digan "medallón" —gritó—, a "medallón" —susurró. Todos enarcaron una ceja hacia él—. Creo que hay una gran diferencia.

—Ya, muy instructivo... —le señaló Nicholas—. A ver... —dijo pensativo mientras se cruzaba de brazos—. ¿Y por lo demás? ¿Has visto a Michael y sus amigos?

—Ah, sí... —dijo más animado—. Se comienzan a adaptar bastante bien...

Todos pusieron los ojos en blanco.

—Ya... —continuó—. Oye, ¿sabes algo de Thomas?

Él lo miró extrañado.

—¿Thomas? ¿Quién es ese?

Adrien se giró hacia Nicholas.

—No lo conoce —le recordó—. Él solo vio a Michael, David y Charles —se giró de nuevo hacia Alex—. Es otro amigo de ellos, de los que hicieron el pacto con Agnes para transformarse en lobo.

—Ammm... pues... en la manada creo que nadie se llama así.

—Ya —continuó Taylor—. Porque a él no lo transformó. El problema es que hoy lo hemos encontrado merodeando por nuestra nueva casa y adivina... —Alex miró de un lado a otro esperando una respuesta—, el muchacho quiere transformarse en un lobito.

Alex se puso tieso como un palo.

—¿En serio? ¿Y dices que es amigo de Michael y el resto?

—Exacto —continuó Taylor.

Alex se quedó pensativo unos segundos.

—¿Queréis que les pregunte?

—No, no... —dijo Nicholas rápidamente—. Pero tenlos vigilados más que al resto. Thomas está enterado de que a ellos sí los transformó en lobos, lo que implica que seguramente haya mantenido el contacto..., así que seguramente intente reunirse con ellos. Parece que está deseando unirse a la manada.

Alex enarcó una ceja hacia él.

—Lo estaré —dijo Alex como si se tratase de un soldado que acepta las ordenes de su capitán—. Pero hay que estar loco para querer algo así. Esto es una mierda —se quejó—. Si pudiese me cambiaba por él.

Nicholas suspiró y sonrió a Alex. Lo cierto es que era muy buen chico, y realmente era él quien les había salvado. No se merecía lo que le había ocurrido. Ladeó su rostro hacia él con una sonrisa tierna.

—¿Tú cómo estás?

Alex suspiró y se encogió de hombros.

—La verdad es que me aburro bastante... —se quejó—, y me siento solo. Los de la manada, aunque no se portan mal conmigo, no me hablan mucho.

—Ya —dijo Nicholas, luego miró a Adrien y chasqueó la lengua.

Adrien sonrió comprendiendo lo que su jefe quería decirle.

—Podríamos ir a tomar algo —dijo hacia Taylor y Nicholas. Los cuales aceptaron al momento.

Alex resopló y dio un paso atrás mientras les sonreía algo triste.

—De acuerdo, bueno, pues... si me entero de algo más... —luego miró a Adrien—, ya os avisaré. Dile a mi hermana que la echo mucho de...

—Contigo —le cortó Adrien—. Vamos a tomar algo rápido, juntos.

Alex pestañeó repetidas veces y luego una sonrisa inundó su rostro.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Sí —intervino Taylor—, pero algo rápido, y... más te vale portarte bien.

—Sí, sí... me portaré bien —reaccionó, luego hizo un gesto tímido—. Pero no llevo nada de dinero... —automáticamente miró a Adrien, el cual resopló.

—Ya contaba con eso... —dijo dando media vuelta y avanzando hacia el coche—. Venga, vamos... ya que estamos aquí...

—Y... ¿no podemos avisar a mi hermana? —preguntó mientras lo seguía, totalmente feliz.

—Mejor en otro momento —respondió Adrien.

—Vaya... —pronunció con pena, aunque luego sonrió hacia los tres,

emocionado por poder pasar algo de tiempo en compañía—. Bueno, ¿pero ella está bien?

—Claro que está bien, no te preocupes —dijo Adrien con paciencia.

Abrió la puerta de atrás y le indicó que entrase.

Alex dio unos saltos de felicidad mientras se dirigía al todoterreno, ante la mirada divertida de todos ellos. La verdad es que sentían lástima por lo que le había tocado vivir.

Adrien miró hacia Taylor y lo cogió del brazo.

—Ni hablar, conduzco yo —dijo con voz grave.

Taylor se giró y se soltó de su mano.

—Ya estoy bien —le susurró.

—Paso de que te dé otro berrinche... —dijo colocando la palma de la mano delante de él para que le entregase las llaves.

Taylor suspiró mientras se las daba.

—No era un berrinche. Me estaba desahogando con vosotros, para eso están los amigos, ¿verdad? —le preguntó como si le retase.

—Claro, y lo estamos... pero ya conduzco yo —dijo con una gran sonrisa.

Taylor puso los ojos en blanco, iba a subir al asiento trasero junto a Alex cuando se quedó fijamente mirando al joven.

—Joder, joder... —dijo metiéndose directamente en el todoterreno—. ¡Alex!

Adrien se asomó asustado, al igual que Nicholas, que iba hacia el asiento del copiloto.

Taylor se puso al lado de Alex, se encontraba medio inconsciente sobre el asiento.

—¿Pero qué le pasa ? —pronunció mientras golpeaba levemente su rostro para que volviese en sí.

Adrien fue hacia la otra puerta y la abrió rápidamente.

—¿Qué le ocurre? —preguntó preocupado mientras Nicholas se situaba al lado nervioso.

Taylor lo miró fijamente y entonces lo comprendió.

—Mierda —dijo empujándolo hacia Adrien—. ¡Sácalo del coche! ¡La parte de atrás está recubierta de plata!

—Hostia —dijo cogiéndolo por debajo de los hombros para sacarlo. Nicholas lo cogió de la cintura y Taylor de los pies—. No me acordaba. Es verdad que estos todoterrenos llevan la parte de atrás forrada.

Lo depositaron sobre la tierra y Adrien comenzó a golpearle en la mejilla.

—Eh, eh... despierta... mierda... —luego miró hacia Taylor preocupado—.

Despierta o tu hermana me mata —gimió.

La reacción fue automática. No pasaron más de diez segundos antes de que Alex abriese los ojos y se incorporase sobre la tierra.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó Taylor.

Alex se frotó los ojos, como si se acabase de despertar de un sueño.

—¿Qué ha pasado? —preguntó confundido.

—Je, je... un fallo, culpa nuestra —admitió Adrien avergonzado—. Nuestros todoterrenos llevan la parte de atrás forrada en plata, y los lobos sois alérgicos a ella.

—Menudo viaje... —dijo aún frotándose los ojos.

Nicholas puso una mano en su hombro.

—¿Mejor?

—Sí, sí... —respondió mientras se ponía en pie.

—Cuidado —le previno Taylor mientras lo ayudaba a levantarse.

Se puso erguido y, tras moverse un poco de un lado a otro, consiguió mantener el equilibrio.

—Ya está —dijo con una sonrisa hacia ellos, aunque luego los miró preocupado—. Entonces, ¿no podemos ir a tomar algo? —fue su primera pregunta, algo que hizo que los tres casi se cayesen de culo al suelo.

Desde luego, el pobre estaba desesperado por pasar un rato en compañía.

—Bueno... —dijo Adrien mirando a Nicholas—. Los asientos delanteros no llevan plata.

Nicholas miró directamente a Alex y, tras unos segundos, le indicó que fuese al asiento del copiloto que siempre usaba.

—Está bien, prueba a sentarte delante.

Alex fue directamente al asiento del copiloto, y aunque entró con cuidado, evaluando la situación, se sentó en el asiento y, tras unos segundos, sonrió hacia ellos.

—Aquí estoy bien —dijo feliz.

—¿Cómo no lo vas a estar? Es mi asiento —protestó Nicholas.

8

Hannah no se había atrevido a decir nada durante toda la tarde, aunque Sandra era consciente de que se mordía la lengua una y otra vez. Se había acercado a ella varias veces, incluso había abierto su boca para comenzar a hablar, pero finalmente había desechado la idea y se había mantenido callada.

Estaba claro que Taylor quería tener una conversación con ella, pero de nada serviría si no le daba una explicación. Sabía que era egoísta por su parte pedir explicaciones sobre algo de hacía tanto tiempo, sobre lo ocurrido cuando eran niños, incluso otra persona la podría tachar de rencorosa, pero..., aquella espina seguía clavada en su corazón. Quizá si Taylor no le hubiese calado tan hondo de pequeña, si no hubiese sido su primera decepción amorosa lo hubiese dejado pasar, no le hubiese dado tanta importancia. Pero ahora, después de tantos años sin noticias de él, no podía pretender llegar y que lo recibiese con una sonrisa después del abandono que había sufrido. Taylor le gustaba, le gustaba muchísimo, pero ya había sufrido por su culpa, y ahora se haría de rogar. Puede que se estuviese equivocando, pero si a él realmente le interesaba no se rendiría tan fácilmente.

Hannah volvió a acercarse a ella con una caja vacía donde estaban metiendo los objetos que en pocos días pasarían a recoger para la exposición. La miró, Sandra le devolvió la mirada enarcando una ceja, pero Hannah volvió a resoplar y se dio la vuelta para ir a la oficina.

Aquel comportamiento la estaba desquiciando más que el de Taylor.

Se levantó de detrás del mostrador y fue hacia la oficina donde Hannah había comenzado a envolver un jarrón, protegiéndolo, y que posteriormente metería en la caja para su traslado.

—Dilo —dijo directamente. Hannah la miró de reojo, mientras no paraba de envolver el jarrón con un plástico de burbujas—. Venga, suéltalo o te va a dar un ataque.

Ella la miró como si no comprendiese la situación.

—¿Estás tonta? —dijo casi enfadada, hecho que provocó que Sandra pusiese su espalda recta—. Sí, lo estás —confirmó ella.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó cruzándose de brazos, sabiendo por dónde iba el tema—. ¿Que me lance a sus brazos directamente?

—Oye, yo no te estoy diciendo que hagas eso, pero... al menos, déjale que se

explique. Deberías darle una oportunidad. Taylor parece interesado en ti, y tú estarías loca si no lo estuvieses en él.

Aquel comentario le hizo removerse incómoda.

—Ya le he dicho que me explique la causa por la que se marchó, por la que me dejó tirada... ¿Y sabes cuál ha sido su respuesta? —Hannah esperó unos segundos sin hablar—. Nada, absolutamente nada. Al menos podría tener la decencia de decirme: Sandra, siento mucho lo que ocurrió. Aquella tarde pasó esto —luego la señaló—. Pero no, ninguna explicación, nada —se señaló a sí misma—. Me hizo daño... ¿entiendes? Mucho daño.

—Eso ya lo sé —dijo metiendo el jarrón en la caja—. ¿Pero no te has planteado que quizá él no tuviese opción?

—Ah... no... claro —exageró ella sus palabras—. En quince años no ha tenido ninguna opción, ¿verdad? Si tanto le importaba, si tan enamorado estaba de mí como decía, no le hubiese costado nada en quince años coger el teléfono y llamar, o enviar un carta... ¡Sabía dónde vivía! ¡Con mis padres! —acabó gritando.

Hannah apretó los labios.

—De acuerdo, ahí te doy toda la razón del mundo, pero, ¿de verdad no sientes curiosidad? —preguntó acercándose a ella—. Quiero decir, desapareció del día a la noche, era como... como si nunca hubiese existido, y quince años después aparece aquí, alquilando el piso al lado de nuestra tienda y encima... es policía —ladeó su rostro hacia ella—. Solo por curiosidad deberías quedar con él.

Sandra suspiró.

—No te voy a negar que siento curiosidad, pero ya se lo he preguntado y no me ha dicho nada, ni siquiera ha dejado entrever de qué se trataba.

—Pues ve a cenar mañana con...

—No —dijo directamente—. No pienso ir a cenar con él mañana.

Hannah resopló.

—¿Pero por qué?

Ella puso su espalda recta.

—Que se lo curre —dijo mientras se giraba e iba hacia el mostrador.

Miró la hora en su reloj de muñeca. Marcaban las ocho de la tarde.

—Eres una resentida —le gritó su prima desde dentro del almacén.

Sandra no contestó, se limitó a poner los ojos en blanco y fue hacia el cuadro de mandos para comenzar a apagar las luces.

—Es la hora de cerrar. Vámonos a casa.

En ese momento observó como el todoterreno de Taylor pasaba por delante de la oficina. Lo cierto es que menudo todoterreno. Se quedó observándolo desde dentro del local hasta que desapareció de su vista.

Quizá su prima tuviese razón y tendría que darle otra oportunidad, pero ya se la daría cuando ella lo encontrase conveniente.

No había podido evitar, al pasar ante el local de Sandra, observarlo fijamente. Le había costado conciliar el sueño y, ahora, tras levantarse bastante más tarde de a lo que estaba acostumbrado, no dejaba de aporrear el saco de boxeo. Al menos, así podía desahogarse sin montar otra escenita delante de sus compañeros.

Maldita fuese, no podía pensar en otra cosa que no fuese en ella. Era como si el hecho de no haber podido tenerla nunca incrementase su deseo.

Dio otro golpe cuando escuchó como Dean bajaba de la cinta de correr e iba hacia las pesas.

—Te juro que pensé que me meaba de la risa —rio mientras cogía una de las pesas.

Adrien lo miró divertido mientras se ponía a su lado y cogía otra.

—Y pillá y le dice Christopher: correeeee —imitó la voz grave de Christopher—, mientras levantaba la pistola hacia él. Te juro que jamás había escuchado una voz tan aguda en un hombre.

—Thomas salió por patas, ¿no? —preguntó Adrien.

—¿Por patas? Se metió corriendo en el bosque. Comenzamos a perseguirlo diciéndole que no huyese...

Scott se acercó a ellos.

—Se meó en los pantalones.

—Que aprenda —dijo Adrien.

—Sí, creo que ha aprendido la lección —le sonrió Dean—. No creo que nos cause ningún problema más.

Taylor dio otro golpe al saco y, cuando volvió, lo rebotó con el otro puño.

—Oye... —dijo Dean hacia Taylor, mientras elevaba una pesa con un brazo—.

¿Y tu amiguita que tal est...?

Adrien se puso de inmediato en pie, frente a él, negando para que Dean se callase.

—¿No? —le susurró Dean sin comprender.

Adrien negó de nuevo.

—Mejor no sacar ese tema —le susurró.

—Os estoy oyendo... —pronunció Taylor con paciencia mientras cogía el saco con las manos.

Adrien lo observó un segundo y luego se giró de nuevo hacia Dean.

—Ya te contaré —le susurró.

Taylor resopló pero prefirió no decir nada al respecto, volvió a golpear el saco con fuerza. Estuvo varios minutos así hasta que Nicholas les dijo que ya estaba la comida preparada.

No tardaron más de quince minutos en presentarse en el comedor, duchados y dispuestos a devorar las pizzas que su jefe y Bethany habían hecho en el horno.

—Cuando acabemos hay que ir a hacer la compra —les indicó. Cogió la bebida y fue echando en cada vaso—. Por cierto, esta noche investigaremos de nuevo por internet, a ver si encontramos algo que podamos relacionar con Agnes —cogió un trozo de pizza y lo mordió—. Me tiene un poco mosqueado.

—A mí también —continuó Christopher—. No me trago que no sepa nuestra ubicación, es una bruja —acabó rugiendo.

—Debe de estar preparando algo, no creo que se esté quieta, así que... haremos rastreo por internet.

—¿Y salir de caza? —preguntó Scott—. Llevamos una semana aquí metidos.

—Prefiero el rastreo primero y, luego, ya veremos qué hacer —todos afirmaron de acuerdo con lo que decía su jefe. Mejor asegurarse o buscar cualquier pista y, en función de eso, actuar—. Por cierto, me ha llamado Jones... —en ese momento Taylor rugió, haciendo que todos lo mirasen de reojo—, puede que terminen la nueva casa unos días antes de lo que esperamos.

—¿En serio? —preguntó Christopher.

—¿Y luego? —preguntó Taylor algo tenso—. ¿Nos iremos?

Nicholas se encogió de hombros.

—Hay que tener la manada controlada y prepararnos para el año que viene. Seguro que Agnes lo intenta de nuevo.

Taylor suspiró y asintió.

—Entonces —intervino Bethany, que estaba sentada al lado de Adrien—, ¿nos instalaremos en Banff otra vez?

—Sí —respondió Nicholas.

—Perfecto... buscaré un trabajo —dijo con alegría. Todos la miraron impresionados, incluso Adrien—. ¿Qué? Tendré que trabajar, ¿no?

Adrien la miró sorprendido.

—Sí, sí, si me parece muy bien... pero no me habías dicho nada.

—Te lo acabo de decir —reaccionó rápidamente, pero antes de que él pudiese decir nada se giró hacia Nicholas—. ¿Puedo usar alguno de los ordenadores que hay arriba? Me gustaría poder redactar mi currículum y mirar ofertas por internet.

—Claro, usa el que necesites —respondió Nicholas.

Taylor permanecía con el trozo de pizza en la mano, pensativo. Si iban a volver a Banff aquello le alejaría de nuevo de Sandra. Cierto que estarían solo a una hora y media de trayecto, pero... no sería lo mismo. Necesitaba solucionar ya ese problema, saber qué rumbo tomar, si luchar por ella o hacer lo que Sandra le pedía, dejarla en paz.

—Lo que decís de la bruja... —volvió a intervenir Bethany, captando la atención de todos—. ¿Qué pasará con mi hermano?

Nicholas ladeó su rostro hacia ella.

—Ya veremos...

—¿No creéis que está muy expuesto a Agnes?

Adrien desvió la mirada hacia Bethany, con una sonrisa tierna.

—No te preocupes. Agnes no puede intentar nada hasta dentro de un año y, además, tiene un GPS subcutáneo puesto. Lo encontraríamos en cualquier parte del mundo.

Ella asintió más tranquila y sonrió hacia él.

—De acuerdo, pues... bueno, si os enteráis de algún puesto de trabajo...

Adrien sonrió y miró directamente a Nicholas.

—¿Necesitan a alguien que haya estudiado dirección de empresas en el Pentágono?

Nicholas comenzó a reír.

—¿En serio? —preguntó Bethany emocionada—. La verdad es que me encantaría.

Adrien la miró asombrado.

—Mmmmm... era una broma —susurró avergonzado.

Ella lo miró indignada.

—¿Y por qué lo dices?

—Era una broma —volvió a repetir.

Nicholas se levantó junto con Christopher y Scott para recoger la mesa.

—Bien —miró a los compañeros que se habían levantado—. Nosotros vamos a comprar, el resto, comenzad el barrido por internet.

Taylor se puso en pie de inmediato.

—Yo también voy, me apetece despejarme —se ofreció.

Nicholas lo miró fijamente y aceptó. Sabía que Taylor necesitaba tener la mente distraída en ese momento. Aún estaba sorprendido por la explosión que había tenido en el coche el día anterior.

—Al menos, la próxima vez que vayas a tomar algo con mi hermano, avísame —se quejaba Bethany.

—Fue improvisado —explicó Adrien mientras se levantaba.

Taylor fue hasta el mármol, se apoyó en él y suspiró. Nicholas lo observó fijamente. Sí, desde luego su compañero necesitaba distraerse.

—Vamos —dijo cogiendo las llaves que había sobre la mesa—. ¿Conduces, Scott? —preguntó directamente hacia él, aunque miró de reojo a Taylor.

—Sí, claro —dijo cogiendo las llaves de su mano.

Fueron hacia el garaje y se subieron al todoterreno. Como siempre, Nicholas de copiloto y en este caso, Taylor en el asiento de atrás.

Aún escuchaban la conversación entre Bethany y Adrien cuando la puerta del garaje comenzó a abrirse.

—Quizá lo de que Bethany trabaje para el Pentágono no es tan mala idea —dijo Scott—. Tiene sueños premonitorios.

—Ha sido solo un par de veces —le recordó Nicholas—. Además, dudo de que Adrien quiera meterla en todo esto más de lo que está —acabó diciendo, luego miró por el retrovisor para observar a Taylor totalmente pensativo, mirando por la ventana.

A la que el todoterreno salió del garaje escucharon un suspiro que provenía de la parte de atrás.

—Oye, Taylor, sé que me voy a meter donde no me llaman...

—Pues no lo hagas, por favor —respondió él directamente.

—Ya, pero creo que estaría bien que... —se calló cuando un pitido los alertó. Miró directamente el radar de vampiros y lobos—. ¡Detén el coche! —gritó alarmado a Scott, el cual frenó de golpe, haciendo que varios de los vehículos que iban detrás frenasen.

Taylor se movió hacia delante, observando el radar.

—Dos puntos rojos —dijo Nicholas.

—Dos lobos. ¿Qué hacen en Calgary? —preguntó Taylor mirado el radar fijamente. Se removió y se echó hacia delante, pasando entre sus dos compañeros para que el radar mostrase un mapa de la zona con más precisión. Todos pusieron sus espaldas rectas cuando el mapa se dibujó al momento.

Taylor giró su rostro hacia la izquierda, hacia el lugar donde indicaba que estaban los lobos. Notó cómo la sangre comenzaba a hervirle y cómo el pánico se apoderaba de él.

Observó el local de Sandra, bastante concurrido de gente.

—¡Daga! —gritó hacia Nicholas, el cual ya estaba abriendo la guantera para sacar del compartimento secreto una. Se la entregó y, nada más cogerla, Taylor salió directamente del coche pegando un portazo.

—Scott —dijo Nicholas pasándole otra—. Avisaré al resto —pronunció acelerado mientras extraía el móvil de su bolsillo. Luego le señaló con un movimiento de su rostro hacia Taylor, que cruzaba corriendo la carretera—. Ve, ve, ve....

Taylor tuvo que detenerse varias veces mientras cruzaba la carretera hacia el local, pues los coches tenían los semáforos en verde y no se detenían. Podría haber cruzado aquella calle en un abrir y cerrar de ojos, pero se obligó a controlar sus nervios y moverse como una persona normal ante todos aquellos transeúntes. Se llevó unos cuantos pitidos molestos hasta que llegó a la acera. Directamente fue hacia el local, metiendo la daga en su bolsillo y apretándola con su mano.

¿Qué estaban haciendo justo en el local de Sandra? Notó cómo la boca se le secaba mientras abría la puerta y el sonido de los tubos de metal, que había colgados del techo, sonaban recibéndolo.

El local estaba bastante lleno. Nunca hubiese imaginado que una tienda de antigüedades estuviese tan concurrida.

Avanzó unos pasos. Lo primero que hizo fue buscar a Sandra. Se encontraba detrás del mostrador, cobrando a uno de los clientes, sin siquiera reparar en su presencia. Automáticamente, miró a las personas que había dentro. Unas cuantas parejas observando objetos, otros paseando entre las estanterías donde exponían muchas figuras y jarrones de cerámica...

—Taylor —exclamó Sandra con sorpresa desde detrás del mostrador.

Se giró de inmediato hacia ella, aunque su rostro no esbozó ninguna sonrisa.

—Hola —pronunció secamente, desviando la mirada hacia todas las personas que había allí.

Al momento la puerta se abrió y se giró para observar como Scott también entraba de forma precipitada. Se miraron unos segundos y luego Taylor le señaló para que se dirigiese a la zona de estanterías, al final del local, para inspeccionarla.

Taylor volvió a recorrer la tienda ante la atenta mirada de Sandra.

¿Qué le pasaba ahora a Taylor? Cuando lo había visto entrar se había sorprendido, no esperaba verlo allí, pero había algo en sus movimientos que le alertaba. Ni siquiera estaba hablando con ella, solo miraba de un lado a otro como si buscara a alguien, además, con movimientos muy tensos, como si estuviera nervioso.

—¿Va todo bien? —preguntó hacia él, entregando una bolsa a la cliente.

—Gracias —contestó la mujer.

—No hay de qué —respondió ella con una sonrisa. Directamente volvió a mirar a Taylor.

Él la observó.

—Sí —dijo antes de volver a centrar su mirada en la mujer que se iba y luego mirar entre las estanterías.

Sandra arqueó una ceja.

¿Sí? ¿Y ya está?

—¿No das ni las buenas tardes? —preguntó sorprendida.

En ese momento no tenía ganas de hablar con ella, lo único que necesitaba era sacar a esos lobos de aquella tienda y mantenerla a salvo. Ya tendría momentos para la amabilidad más tarde.

Centró la mirada en Scott, que caminaba entre las estanterías, y este negó y se encogió de hombros.

—Mierda —susurró. Ni siquiera sabían de quién se trataba.

Hannah se acercó a Sandra mientras observaba a Taylor mirar de un lado a otro, nervioso.

—¿Qué hace Taylor? —preguntó también sorprendida.

—No tengo ni idea —dijo sin apartar la mirada de él. Luego centró la mirada en la cliente que tenía delante y que llevaba un pequeño joyero en sus manos

—. ¿Se lo envuelvo para regalo? —preguntó amable a la mujer.

—Sí, por favor.

—Ya lo hago yo —dijo rápidamente Hannah quitándole el joyero de las manos.

Sandra dio unos pasos hacia Taylor preocupada, dirigiéndose a la puerta del mostrador.

—¿Qué estás haciendo aquí?

En ese momento el teléfono móvil de Taylor sonó. Él la detuvo con una mano, diciéndole que se mantuviera quieta mientras con la otra observaba el móvil.

Nicholas.

—Dime —contestó dando unos pasos hacia la estantería para apartarse de

Sandra, que cada vez estaba más preocupada.

—Siguen dentro —dijo Nicholas—. He avisado al resto.

—¿Por dónde están? —preguntó mirando de un lado a otro, encontrando a Scott en el pasillo formado por las otras dos estanterías, al lado del que él estaba recorriendo.

—Oye, Taylor... ¿vas a comprar algo? —preguntó Sandra colocándose al inicio del pequeño pasillo, cruzada de brazos—. ¿O a qué has venido?

Taylor se giró un segundo hacia ella.

—Vuelve al mostrador —pronunció directamente, aunque su tono sonó más grave de lo que esperaba—. Ahora —ordenó.

Sandra lo miró fijamente, pero hubo algo en la mirada de Taylor que le hizo preocuparse. En ese momento recordó que era policía... algo debía ocurrir.

—Están cerca de la puerta —dijo Nicholas—. Creo... creo que van a salir...

Taylor comenzó a avanzar hacia Sandra, que se había quedado petrificada al inicio del pasillo. Llegó hasta ella y se detuvo a su lado. Justo en ese momento observó como una muchacha de cabello rubio largo y un chico de cabello negro, bastante jóvenes los dos, estaban a punto de salir de la tienda. No había nadie más.

—¡Scott! —gritó con furia, sin importarle quién más hubiese en la tienda, notando cómo Sandra brincaba a su lado.

En ese momento los dos jóvenes centraron la mirada en él. Sandra se quedó observando como los tres se miraban, como si se midiesen las fuerzas, como si se estudiasen los unos a los otros. Al momento, Scott apareció al lado de Taylor. Sandra lo observó, ¿estaba su compañero ahí? ¿Pero qué estaba ocurriendo? En ese mismo momento supo que algo no iba bien, justo cuando Taylor y Scott dieron unos pasos hacia esos jóvenes, en actitud bastante agresiva, y los jóvenes se dieron media vuelta, saliendo corriendo del local.

—¡Joder! —gritó Taylor comenzando a correr. Se llevó el teléfono al oído para hablar con Nicholas—. Acaban de salir. Van por la calle —gritó nervioso.

Aquello era mucho más peligroso que mantenerlos retenidos en un local. Bastaba con que chocasen con cualquier persona, que estas recibiesen un pequeño arañazo, para que se desatase el caos.

Sandra observó, totalmente pasmada, como Taylor y Scott salían corriendo del local, sin siquiera mediar palabra con ella ni darle ningún tipo de explicación. ¿Qué estaba ocurriendo ahí?

Estuvo a punto de llamarle la atención, pero era demasiado tarde... todos

habían salido disparados del local.

Se acercó a la puerta, abrió con un gesto nervioso y se asomó a la calle, observando como Taylor y su compañero corrían calle abajo, esquivando a todas las personas que venían en sentido contrario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hannah, poniéndose a su lado.

—No tengo ni idea —susurró ella mientras lo veía girar la esquina rápidamente.

9

Taylor pasó corriendo al lado de la puerta de su casa, seguido por Scott, mientras el resto de sus compañeros salían por la puerta acelerados.

—Allí —señaló hacia delante.

Sus compañeros aceleraron, corriendo tras él.

Debían parar a esos lobos cuanto antes. Evitó chocarse contra una persona que venía en sentido contrario y siguió corriendo. Les hubiesen dado caza en un momento, si no fuese porque las calles estaban bastante concurridas.

Taylor cruzó una calle, seguido de Scott y Christopher, haciendo que varios coches frenasen de golpe y comenzasen a pitarles.

—Así me gusta... pasar desapercibidos —escuchó que se quejaba Nicholas, que iba por detrás. Miró hacia delante, los dos lobos corrían empujando a la gente—. Mierda —gruñó—. ¡Dean! —gritó hacia atrás—. Encárgate de controlar a la gente a la que empujen o toquen.

Lo único que les faltaba era que comenzasen a montar un zoológico.

Dean se distanció un poco, se ocultó un segundo en un portal, extrayendo una bala de plata de una pistola, y comenzó a ayudar a la gente que había caído al suelo por culpa de los lobos, tocándolos disimuladamente con la bala de plata y asegurándose de que ninguno hubiese sido contagiado.

Taylor corrió más rápido, la verdad era que como corriese a más velocidad iba a llamar demasiado la atención.

Los lobos corrían varios metros por delante, haciendo que la gente se apartase a un lado de la calle ante su rápido avance o bien cayesen al suelo.

—Mierda —susurró, si no podía usar su velocidad se le escaparían. En ese momento vio que giraban una esquina—. Christopher, Adrien —gritó hacia atrás—. Seguidlos. Intentaré cortarlos más adelante.

Los dos hicieron lo que Taylor proponía mientras Nicholas, Scott y él corrían rodeando la manzana, intentando cortarles el paso más adelante. Al menos, si lograban llegar a la siguiente esquina, podrían interceptarles y cortarles el paso cerca del bosque.

Sin poder evitarlo echó la vista atrás, comprobando que Dean doblaba la esquina siguiendo a sus otros compañeros, asegurándose de que el rastro que iban dejando aquellos dos jóvenes lobos estuviese limpio. Su mirada voló más atrás, al final de la calle, donde se encontraba el local de Sandra. Desde allí

no podía verlo.

¿Qué estaban haciendo allí? Si ya de por sí el hecho de que dos lobos se encontrasen en medio de la ciudad era un gran problema, el que se encontrasen justo en el local de ella lo ponía mucho más furioso. Necesitaba saber qué estaban haciendo ahí.

Incrementó un poco más el paso. Al final de la calle se encontraba el bosque, podía asegurar a que los lobos se dirigían hacia allí, y una vez entrasen en el bosque correrían e intentarían despistarlos, pero ni hablar..., no iba a dejar que escapasen.

La gente seguía apartándose de su camino y se quedaban mirando, intrigados.

En ese momento, los vieron doblar la esquina.

—Hijos de... —comenzó a gritar al ver que habían cogido más velocidad de la cuenta. Si los veía alguna persona vería que no eran normales.

Corrieron hacia unas vallas y las saltaron fácilmente, internándose en el bosque.

—Taylor —le advirtió Nicholas al ver que él también aceleraba. Tomó impulso y saltó las vallas sin problemas, saliendo a gran velocidad hacia aquellos dos jóvenes lobos que cada vez adquirían más rapidez.

Taylor miró hacia atrás, sus compañeros le seguían de cerca, saltando encima de las vallas y entrando en el bosque. Sí, ahí ya no había motivo para esconderse, nadie había por aquella zona, no pensaba dejarlos escapar.

Echó la vista al frente, observando como los lobos se internaban a una velocidad sobrehumana entre los árboles.

—Ah, no, no... —susurró antes de desaparecer también de la vista de sus compañeros. Al momento todos le siguieron.

Taylor esquivó árboles, arbusto... los lobos eran rápidos, pero nada tenían que hacer contra él.

El chico joven se giró para observar como le recortaban distancia.

—Separémonos —le gritó a su compañera, la cual aceptó.

—De eso nada —gritó Taylor desde atrás, justo antes de saltar encima suyo.

Lo echó al suelo, haciendo que su compañera frenase para ir a ayudarlo, pero Nicholas se echó encima de ella, también atrapándola.

El chico joven comenzó a golpear a Taylor, intentando salir de debajo de él, pero Taylor no se lo permitió e intentó coger sus manos. Al momento vio como sus ojos comenzaban a ponerse rojos. No sería capaz, ¿verdad? Estaban a plena luz del día, a los lobos les era muy difícil transformarse a esas horas.

Elevó su mano y soltó un guantazo en su rostro.

—Atrévete a transformarte. Te quedas como estás —le gritó mientras lo dejaba un poco aturdido, aun así no lo suficiente para que él dejase de luchar, intentado salir de debajo de su cuerpo.

Contrariamente, su compañera permanecía con los brazos cogidos tras la espalda, sujeta por Nicholas y Scott, que estaba al lado. Adrien y Christopher llegaron al momento, vigilando que nadie hubiese cerca para poder observar lo que ocurría.

Taylor volvió a golpear al joven y luego lo cogió por la camiseta, poniéndolo en pie y estrellándolo contra un árbol.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —gruñó hacia él.

En ese momento el joven centró los ojos en Taylor y los abrió como platos. No lo había reconocido hasta ahora. Taylor tuvo la misma reacción que él, aunque no sabía su nombre recordaba que era uno de los miembros de la manada de Banff, y que había estado la noche en que Agnes había intentado llevar a cabo su plan.

—¡Ahhhh! —gritó con voz aguda—. ¡Los cazadores!

Taylor puso los ojos en blanco.

—¿Y a quién esperabas que pudiese seguir tu ritmo? —ironizó.

—Ahhh... mmmm... —respondió mirando a su compañera, que la empujaban hacia un árbol, reteniéndola contra él.

El resto de sus compañeros lo rodearon mientras extraían sus dagas y armas.

Taylor sacó su daga y la colocó en su cuello, con un movimiento realmente agresivo, incluso apretando los dientes.

—¿Qué estabais haciendo en ese local? —preguntó mirándolo fijamente.

—¿Qué? No... nada... —respondió mientras echaba miradas furtivas a su compañera.

Taylor apretó más la daga en su garganta.

—¿Qué estabais haciendo ahí? —volvió a preguntar—. Se me acaba la paciencia.

—Nada... nada... ¡te lo prometo! —respondió alzando sus manos hacia arriba—. Solo estábamos dando un paseo... nada más...

Christopher se acercó a ellos.

—Hicimos un pacto con vosotros —le señaló con el dedo—. Vosotros no os acercáis a la ciudad y nosotros no os matamos.

—Ya, ya... y... no estamos en la ciudad, ¿verdad? —preguntó con una leve sonrisa.

—Banff, Calgary... da lo mismo —pronunció Taylor aún con la daga en su

cuello—. Te lo voy a volver a repetir..., ¿qué estáis haciendo aquí? Y te aseguro que como me digas... ammm... ahhh... —lo imitó—. Te corto el cuello.

El joven lo miró con terror, pues la mirada de Taylor en ese momento era letal. —Simplemente hemos salido a dar una vuelta —gimió mientras miraba a su compañera—. Estamos todo el día en ese puto bosque... —continuó con la voz trémula—, es solo eso —en ese momento llegó Dean hasta ellos—. No hemos dañado a nadie... mira... él te lo puede confirmar... No hemos venido a hacer daño a nadie, joder, solo... solo era un paseo inocente —gritó.

Taylor apretó los labios y se giró hacia Dean.

—¿Han dañado a alguien? —preguntó directamente hacia él.

Dean negó con su rostro.

—No, nadie ha resultado dañado. No tendremos más lobitos.

Taylor miró hacia Nicholas, esperando alguna orden suya.

—Eh, eh... —continuó el joven—. ¿No crees que si quisiésemos hacer daño a alguien lo podríamos haber hecho? Solo es un paseo, joder... —Taylor volvió su mirada sospechosa hacia él—. Tú y yo estamos en el mismo bando... no tendría sentido que...

Taylor volvió a apretar la daga en su cuello.

—No te equivoques —pronunció con furia—. El hecho de que os permitamos vivir un poco más no implica que estemos en el mismo bando, simplemente que hay un interés mayor, ¿entiendes?

El joven comenzó a temblar y asintió sin decir nada más.

Nicholas miró a la mujer que retenía contra el árbol, la cual estaba temblando, y luego miró al joven.

—Está bien, Taylor..., baja el arma.

Taylor se la quitó del cuello pero igualmente le dio un empujón para estrellarlo de nuevo contra el árbol.

—Más os vale que no nos mintáis... porque si es así, os aseguro que moriréis —pronunció Nicholas muy lentamente, señalándolos—. Largaos, y por la cuenta que os trae, no os acerquéis a ninguna ciudad, porque si os volvemos a ver fuera del bosque de Banff, no volveréis con la manada. Me dará igual haber hecho un pacto con vosotros. Lo romperé sin problemas.

Ambos aceptaron sin decir nada, con gestos realmente nerviosos. El joven fue hacia la chica y la cogió de la mano, ayudándola a caminar, pues parecía realmente asustada, e incluso le costaba dar un paso delante de otro. Rodeó su hombro con un brazo y, al momento, comenzaron a correr, internándose entre

los árboles. No tardaron más que unos segundos en perderlos de vista. Se quedaron observando el bosque hasta que el silencio volvió a inundarlo todo. Solo se escuchaba el susurro del viento arrastrando las hojas caídas de los árboles.

—¿Crees que dicen la verdad? —preguntó Christopher a Nicholas.

—No me creo nada de lo que digan —se giró hacia Taylor—. ¿Se han dado cuenta en el local de tu amiga de lo que ocurría?

Taylor se cruzó de brazos y ladeó su rostro hacia él.

—¿Te refieres a si Sandra me ha visto entrar desesperado en su tienda y moverme nervioso de un lado a otro? —Nicholas enarcó una ceja hacia él—. Pues sí.

—¿Había mucha gente?

—Bastante —contestó Scott.

—Pero todos estaban mirando figuras y cosas de esas. No se han dado cuenta muchas personas —continuó Taylor.

—Hasta que has gritado —dijo Scott guiñándole el ojo.

Taylor le sonrió de una forma tirante.

—Sí, hasta ese momento —dijo encogiéndose de hombros.

Nicholas suspiró y miró a sus compañeros.

—Está bien, volvamos —ordenó mientras escondía su daga bajo la chaqueta—. No me fio un pelo de ellos, así que... Adrien —dijo volviéndose hacia atrás—, instala cámaras de vigilancia. Quiero tener bien controlada la zona.

Eran las ocho de la tarde cuando Adrien acabó de instalar una de las cámaras y fue hacia el ordenador. Se sentó frente a él y pulsó unos cuantos botones; al momento, tres ventanas se abrieron en la pantalla del ordenador.

Había instalado tres cámaras, una en cada ventana. La primera apuntando hacia el local de Sandra, otra justo enfrente de su casa, y otra en sentido contrario.

—Todo controlado —dijo con una sonrisa.

—¿Graban todo el rato? —preguntó Taylor poniéndose tras de él, colocando una mano en su hombro.

—Veinticuatro horas —respondió con una sonrisa, como si se sintiese orgulloso—. El programa acumula las grabaciones durante ese tiempo, luego las borra y vuelve a grabar otras veinticuatro horas —miró su reloj de muñeca—. Cada día, a las ocho de la tarde, se reinicia.

—¿No puedes almacenarlas en algún sitio durante unos cuantos días más? —preguntó Nicholas.

—Podría conectarla a un disco duro externo e ir guardando una copia de seguridad ahí.

—Mejor así —continuó Nicholas.

—De acuerdo —dijo levantándose para ir a una de las estanterías a coger un disco duro externo.

Taylor se quedó observando la cámara que enfocaba en dirección al local de Sandra. Aún seguía con la luz encendida. Cuando habían llegado hacía un par de horas del bosque había pensado en ir a hablar con ella, pero prefería esperar a que fuese la hora de cerrar. Hannah parecía buena chica, pero necesitaba estar a solas con Sandra, ahora más que nunca tenía que hacerlo. El que los lobos se hubiesen acercado tanto a ella le ponía el vello de punta.

Todos se quedaron mirando la pantalla cuando la cámara captó movimiento. Hannah y Sandra salían del local.

Adrien se acercó más a la pantalla.

—La verdad es que Sandra es muy mona... —comenzó a reír. Se giró hacia atrás para observar a Taylor, pero de nuevo se quedó de piedra—. ¿Dónde está? ¿Se ha ido? —luego miró a su jefe—. No se habrá molestado otra vez, ¿verdad? —preguntó preocupado.

Al momento, Christopher dio un golpe en su espalda y señaló la pantalla del ordenador.

Taylor caminaba por la calle hacia el local de su amiga.

—¿En serio? —rio Adrien, aunque al momento todos captaron cómo Taylor enarcaba una ceja hacia la cámara que enfocaba en aquella dirección, haciendo que todos riesen—. Venga Taylor, al ataque —lo animó.

—¿Qué pasa? —preguntó Bethany, entrando en la oficina.

—Mira, Beth, ven... —le animó Adrien. El resto de sus compañeros se apartaron para que ella pudiese observar.

—¿Qué es esto? —preguntó sorprendida al ver en la pantalla tres ventanas abiertas donde se veía la calle.

—Cámaras de seguridad —se giró y le sonrió—. Para protegernos mejor —le acabó guiñando el ojo.

—Ahhh. ¿Ese es Taylor? —preguntó acercándose a la pantalla para observar mejor—. ¿Qué hace ahí?

—Va a ligar con la chica de la tienda —rio, haciendo que Bethany lo mirase con incredulidad.

—¿Y vosotros lo espiáis? —preguntó como si no creyese lo que estaban haciendo.

Adrien miró a sus compañeros, los cuales hicieron un gesto algo tímidos, incluso se sonrojaron algunas mejillas.

—Bueno, las cámaras son de seguridad, si él se pone en medio...

—Ya —pronunció cruzándose de brazos. Se acercó más a Adrien y sonrió hacia la pantalla al ver que Taylor decía algo a la muchacha y esta se giraba hacia él—. ¿No tiene sonido?

Taylor observó como Sandra volvía a pelearse con la verja.

—¿Te echo una mano? —preguntó llegando hasta ella.

Sandra se giró de inmediato y lo observó, aunque un largo suspiro salió de lo más profundo de su ser.

—Tengo que comprar engrasante —susurró echándose a un lado para que Taylor hiciese el trabajo.

—Yo tengo, mañana lo hago —propuso. Luego se giró hacia Hannah y le sonrió—. Hola Hannah, ¿qué tal?

Ella le sonrió mientras se ponía el bolso en el hombro.

—Bien, ¿y tú?

—Bien —respondió amable.

—¿Seguro? —preguntó Sandra de brazos cruzados—. Oye, ¿esta tarde ha ocurrido algo? Has salido corriendo detrás de unos clientes...

—Al final ha sido una falsa alarma —y chasqueó la lengua directamente.

Sandra lo observó fijamente. Algo le decía que Taylor no estaba siendo sincero.

—¿Sí? —preguntó tirante—. Pues los otros bien que corrían...

—Se han asustado...

—¿Seguro? —preguntó directamente.

Hannah dio un paso hacia ellos.

—Oye, Taylor... —intervino al ver que su prima parecía mosquearse ante cada respuesta de él—. Mañana hemos quedado con unos compañeros del instituto, ¿te quieres venir?

Sandra fusiló con la mirada directamente a su prima.

—¿Compañeros del instituto? —preguntó hacia ella.

—Sí, supongo que de alguno te acordarás: Thony, Lucas...

—Sí, sí, claro... —luego miró de reojo a Sandra que parecía estar haciendo señas con su rostro hacia su prima—. Claro, me encantaría ir.

Sandra puso los ojos en blanco y se removió incómoda, mientras daba un paso

atrás, para salir del campo de visión de Taylor y comenzar a negar con su rostro hacia Hannah.

Hannah observó a su prima unos segundos pero hizo caso omiso a lo que ella le indicaba. Se giró hacia Taylor con una sonrisa.

—Hemos quedado a las ocho para cenar. En un restaurante que hay cerca.

—Ah... pues... perfecto. Me apunto —dijo con una gran sonrisa, y automáticamente se giró hacia Sandra, la cual parecía estar deseando matar a su prima.

Se quedó contemplándola unos segundos, con las manos en su cintura y actitud despreocupada.

—Bueno, yo... me voy... —luego miró a su prima—. He quedado con Bobby...

—dijo rápidamente. Luego miró a Taylor—. Ya lo conociste el otro día... —acabó riendo.

Sandra enarcó una ceja hacia ella.

—Mentirosa —le susurró sin que Taylor la oyese.

—Por el tema de la tele —dijo rápidamente mientras daba unos pasos hacia atrás—. A ver si logramos llegar a un acuerdo —rio tontamente mientras veía como su prima negaba con su rostro—. Ammmm... nos vemos mañana, Sandra —automáticamente se giró y avanzó a paso apresurado, como si huyese de ellos dos.

Taylor estuvo a punto de echarse a reír, desde luego, estaba agradecido de que Hannah les dejase a solas, pero no es que fuese muy sutil.

Se quedó sonriendo hacia la espalda de Hannah mientras la veía alejarse y, sin poder evitarlo, borró la sonrisa de su rostro cuando recordó que habían puesto cámaras de seguridad. ¡Mierda! Se pasó la mano por la frente y miró directamente hacia esa ventana. Joder, durante unos segundos lo había olvidado.

Se giró, dándole la espalda a la cámara, de frente a Sandra.

—¿Vamos a cenar? —preguntó directamente.

Sandra resopló.

—Ya te dije ayer que no podía —dijo pasando por su lado hacia la parada de autobús.

—No, lo que me dijiste es que no estabas ocupada —respondió poniéndose a su lado, igualando su paso.

Ella lo miró de reojo.

—Oye, mira... no tengo ganas de...

—Sandra, es viernes.

—Mañana trabajo hasta mediodía —dijo a modo de excusa.

—Y como mañana trabajas, ¿no cenas? —bromeó. Dio unos pasos rápidos y se puso frente a ella, cortándole el paso—. Vamos, Sandra, una cena... rápida —miró el reloj de pulsera—. Te prometo que a las diez de la noche estarás en casa.

Ella se removió incómoda, se cruzó de brazos y lo estudió durante unos segundos, como si evaluase la opción.

Taylor tenía los ojos más llamativos y hermosos que había visto nunca. Un color azulado, mezclado con un gris, que destacaba con el cabello negro. Seguía teniendo la misma sonrisa de infarto que cuando tenía trece años.

Cuidado, se dijo Sandra, o caerás más enamorada de él aún.

Suspiró y apretó los labios.

—De acuerdo —le señaló—. Algo rápido, y donde yo diga.

Taylor abrió los brazos hacia ella.

—Estoy de acuerdo.

Ella volvió a mirarle.

—Hay un restaurante cerca de mi piso, podemos ir ahí. Así estaré cerca luego. Mañana tengo que empaquetar todo lo que me han pedido para la exposición, y vienen a buscar las cajas por la tarde. Así que tengo que madrugar para tenerlo todo listo.

—Está bien —dijo con una sonrisa. Se giró y miró directamente hacia la cámara, borrando la sonrisa de su rostro. Se llevó las manos al bolsillo y extrajo una de las llaves de los todoterrenos, mostrándolas hacia la cámara, esperaba que pillasen la indirecta—. Cogemos el coche y vamos hacia allí.

Adrien sonrió al ver lo que su compañero hacía, mostrando las llaves de uno de los todoterrenos hacia la cámara. Se giró hacia Nicholas casi sin aguantar la risa.

—Me parece que nos está pidiendo el coche —bromeó.

—Como si necesitase pedirlo para cogerlo —continuó con la broma Christopher—. Aunque creo que lo que nos está queriendo decir es que ni se nos ocurra bajar al garaje.

—¿Bajamos? —preguntó Dean con una gran sonrisa y cierta ansiedad.

Nicholas puso una mano en el hombro de él mientras sonreía.

—Mejor que no. Déjalo tranquilo. Que se aclare y disfrute. Lo necesita —pronunció mientras observaba como Taylor abría el garaje e iba mirando de forma furtiva y nerviosa a la cámara, como si esperase encontrarse a alguno de sus compañeros allí abajo en aquel momento.

10

Sandra señaló a un hueco que había libre.

—Puedes aparcar aquí. El restaurante está cerca.

Taylor aparcó el todoterreno y bajó con gestos lentos, observándola. Se había mantenido callada la mayor parte del trayecto. Se le notaba nerviosa. En ese momento no pudo evitar que a su mente volviesen los recuerdos de aquel último día, cuando la había visto en el parque, esperándolo. La necesidad que había sentido siempre de ella y que jamás había podido quitarse, y ahora, quince años después, la tenía allí, con él, aunque estaba claro que ella no parecía estar tan ilusionada.

—El restaurante está en la siguiente manzana —le indicó mientras comenzaba a caminar sin siquiera esperarle.

Prefirió no decirle nada al respecto e igualó su paso, poniéndose a su lado. Sabía que necesitaba tiempo, que ella acabaría dejando aquel dolor atrás. Ahora, lo único que necesitaba era estar a su lado y saber que estaba protegida. En realidad, parecía que no corría ningún riesgo, pero el hecho de que ella hubiese estado tan cerca de los lobos lo ponía especialmente nervioso.

—¿Qué hacen de cenar en ese restaurante? —preguntó intentando dar conversación.

—De todo —respondió secamente.

Él asintió y la contempló. Se había transformado en una mujer realmente preciosa.

Caminaron hasta el restaurante y, nada más llegar, un camarero les recibió acompañándolos a una mesa.

El restaurante parecía pertenecer a una cadena, estaba montado al estilo rancho.

—¿Qué desean beber?

—Agua —contestó ella mientras cogía la carta.

—Yo también, gracias —dijo Taylor.

Tras varios minutos más de silencio, y después de haberse leído la carta dos veces, esperando que ella dijese algo, la depositó sobre la mesa y se quedó contemplándola. Ella seguía con la mirada clavada en la carta.

—¿Aún no te has decidido?

Ella lo contempló un segundo. Cerró la carta y buscó al camarero con un movimiento nervioso mientras escondía las manos bajo la mesa.

Parecía que estaba desesperada por salir corriendo de allí.

—Bueno, explícame... —dijo Taylor con voz animada—. Estudiaste historia, ¿no?

Ella lo observó de reojo.

—Sí.

—¿En qué universidad?

Se removió en su asiento.

—Aquí.

—¿Te especializaste en algo en concreto?

Ella negó con su rostro. Estuvo unos segundos callada, pero finalmente suspiró como si se diese por vencida y se encogió de hombros.

—No, no hice ninguna especialidad —ladeó su rostro hacia él—. Quería dar clases en el instituto o en alguna escuela... pero no hubo suerte. Por eso abrí el negocio. La historia antigua y medieval es lo que más me gusta.

—Es muy interesante —dijo con una sonrisa, agradecido de que al final le diese algo más de conversación.

Sandra lo observó, lo cierto es que no sabía si sentirse más intimidada por los últimos recuerdos que tenía de él, o por tenerlo sentado justo en frente en aquel momento.

—¿Y tú? ¿Cómo es que decidiste ser policía? —preguntó en un tono más tierno.

Bueno, parecía que al menos se relajaba algo.

Taylor colocó las manos en la mesa, entrelazándolas.

—Ocurrieron cosas, Sandra —explicó con voz calmada, luego pareció dudar con seguir hablando—, que me llevaron a convertirme en lo que soy.

Ella lo miró con una ligera sonrisa.

—En un policía —confirmó ella. Él afirmó con su rostro—. ¿Y qué fueron esas cosas? —preguntó más envalentonada.

Taylor tragó saliva. Sabía que ella haría esas preguntas, era lo más lógico, pero aun así, aunque aquello le pusiese en una situación comprometida, no podía evitar la necesidad de estar cerca de ella.

Ladeó su rostro.

—Preferiría no hablar de ello, si no te importa.

Sandra cerró los ojos al recibir de nuevo una negativa, pero prefirió dejar el tema.

Asintió tensa y volvió a observarlo. Colocó las manos sobre la mesa y lo miró fijamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta un poco personal? —él se encogió de hombros

—. ¿Y contestarás?

Taylor chasqueó la lengua.

—Prueba a ver.

Tras unos segundos pensativa lo miró fijamente.

—Esta tarde, aunque tú me digas que no, ha ocurrido algo en la tienda... —observó como Taylor apartaba la mirada de ella—. Has perseguido a una pareja y no estabas solo. Había otro compañero tuyo allí. Uno al que has llamado Scott —Taylor volvió a fijar la mirada en ella—. ¿Qué ha ocurrido? Tengo derecho a saberlo, ha sido en mi local.

Taylor se quedó observándola unos segundos hasta que finalmente pareció rendirse.

—Está bien... —dijo echándose un poco más sobre la mesa para acercarse a ella, aquel gesto la intrigo—. Primero de todo... —dijo con la voz más fuerte —, ¿habías visto alguna vez, con anterioridad, a esa pareja?

Ella enarcó una ceja hacia él.

—No, nunca los había visto.

Taylor apretó los labios y volvió a echarse hacia atrás, como si meditase qué decir.

—Forman parte de una investigación —pronunció al final.

—Me dijiste que habías venido a investigar el asesinato de Ian Akers —le recordó.

—Hay más investigaciones aparte de esa —respondió acelerado.

Ella pareció hacerse más pequeña en el asiento, como si aquello la intimidase. Sabía que él era policía y, por lo tanto, el hecho de que aquellas personas fuesen objeto de su persecución no sería por haber realizado un acto de bondad, pero escucharlo de labios de él era diferente a pensarlo en su mente.

—¿Qué han hecho?

—Sandra... —le previno.

Ella apretó los labios.

—Está bien... ayer... —continuó abandonando el primer tema, al ver que se cerraba en banda—, cuando te vi en la calle, estabas hablando con un hombre...

Taylor supo que se refería a Thomas.

—Eres muy observadora.

—A ese hombre lo retuvisteis...

—Solo queríamos hablar con él.

—¿Por la misma razón que por la que has entrado en mi local tan nervioso? — preguntó directamente.

Todo sería mucho más fácil si pudiese explicarle la verdad, si supiese que ella le creería, pero lo más seguro es que si comenzaba a hablarle sobre lobos y brujas se levantase de la mesa y se fuese.

—Sí.

Sandra iba a hablar cuando el camarero se puso delante de ellos, obligándolos a dejar la conversación en ese momento. Depositó las dos botellas de agua sobre la mesa y llenó las dos copas.

—¿Han decidido ya?

—Una pizza margarita —respondió Sandra sin apartar la mirada de Taylor, pues parecía que estaba contando los segundos para que el camarero se marchase.

—Una carbonara —dijo entregándole las dos cartas.

El camarero se marchó y Sandra no tardó más que unos segundos en echarse un poco por encima de la mesa para susurrarle.

—Verás, no es que quiera que me expliques todo lo que estás haciendo aquí...

—dijo con voz nerviosa—, pero esas personas estaban en mi local. No me gusta. Me sentiría mucho más tranquila si al menos supiese que es un tema de drogas, o se les investiga por un tema de robo... no sé, algo que despejase mis dudas. Es mi hogar, mi puesto de trabajo... —Taylor la observaba sin decir nada—. Si no me lo dices me pongo en lo peor... puedo pensar que son asesinos, o... no sé... que pertenecen a una banda armada y van buscando locales que robar. Me quedaría más tranquila si me lo dijese.

Taylor se mojó los labios con paciencia.

—No tienes por qué preocuparte, puedes estar tranquila.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué significa eso? ¿Que son simples ladronzuelos? ¿Que son delitos menores lo que comenten?

Taylor suspiró.

—No, significa que estoy aquí y que no tienes por qué preocuparte.

Ella lo miró fijamente y se apoyó contra el respaldo con la espalda tiesa. Durante unos segundos barajó en su mente las palabras "ahora estás aquí, pero en su momento me abandonaste", pero sabía que si decía aquello Taylor volvería a cerrarse en banda. En aquel momento, lo que más le preocupaba era

lo que había presenciado en su tienda.

No supo realmente cómo reaccionar ante aquellas palabras. Por un lado, las había pronunciado con convicción y fuerza, por otro lado, en ese momento, tenía una mirada que podría haber hecho que los icebergs del Polo Norte se derritiesen.

Taylor le sonrió con ternura.

—No te preocupes, de verdad. Son tonterías —dijo finalmente, intentando quitarle importancia.

Ella asintió mientras cogía la copa y daba un sorbo.

Se miraron durante unos segundos. Se notaba que Sandra estaba cada vez más nerviosa.

Se aclaró la voz y le sonrió.

—Así que... el imperio romano fue muy importante, ¿no?

Ella lo miró sin dar crédito a la pregunta y enarcó una ceja hacia él. De acuerdo, estaba claro que no sabía ni de qué hablar.

—No, para nada... no fue nada importante —sonrió sarcásticamente—. Más o menos como la Revolución Industrial —ironizó.

Taylor chasqueó la lengua, la verdad es que no se lo estaba poniendo nada fácil. Sandra suspiró y lo miró fijamente.

—Me dijiste que estarías aquí cerca de un mes, ¿no?

—Más o menos, hay varios factores a tener en cuenta —sonrió al ver que ella daba algo de conversación.

—¿Y cuáles son?

—Pues... —se encogió de hombros—, básicamente que estamos esperando una casa nueva en Banff.

Ella asintió, pero aquella contestación la dejó algo consternada.

—Espera, ¿vives siempre con tus compañeros?

—Sí. Somos un equipo...

—Ya, pero... vais a trabajar a algún sitio o... ¿sois una empresa privada?

Él se encogió de hombros.

—Más o menos.

Ella volvió a oscurecer su mirada. Desde luego, Taylor no soltaba prenda. Resopló, aquello era incómodo si no encontraba un tema de conversación donde él facilitase el intercambio de información.

Comenzaba a impacientarse.

—¿Como un detective privado?

Él le sonrió más aún.

—Sí, más o menos.

—Entonces, no eres policía —acabó diciendo—. Eres detective.

—Ahhh... mmmmm...

—Oye, Taylor —pronunció con voz más energética—, ¿para qué me invitas a cenar si no vas a hablar? Si vas a responder a todas mis preguntas con monosílabos.

Taylor le sonrió tristemente. La miró con algo de timidez.

—Tenía ganas de verte —susurró pensativo, como si cientos de recuerdos plagasen su mente. Suspiró y amplió su sonrisa hacia ella—. Me alegré mucho cuando te vi —luego ladeó su rostro hacia ella, con aquella tierna sonrisa—. Sé... sé que hace tiempo que no sabemos nada el uno del otro pero...

—Quince años —dijo ella secamente.

—Sí —apuntó él—, y siento... siento mucho si te hice daño, Sandra. Es lo que menos desearía del mundo.

Ella tomó aire, intentando calmarse. Los recuerdos dolorosos volvieron a su mente. Las horas que había esperado en aquel parque con aquella promesa de amor, cuando se había dirigido a casa de los padres de él, preocupada, y le habían dicho que se había marchado... No habían explicado nada más, solo que él ya no estaba.

Había pasado meses esperando a que apareciese por la puerta de clase, o en el parque... pero era como si hubiese desaparecido, como si jamás hubiese existido.

Apretó los labios y apartó la mirada de él.

—Hace mucho de eso —susurró.

Él asintió con su rostro mientras la contemplaba.

—Pero no he dejado de pensar en ti un solo día —dijo al final.

Ella volvió su mirada hacia él. Se removió incómoda sobre su asiento.

—¿Qué pretendes, Taylor? —preguntó nerviosa—. La verdad... no, no te comprendo.

Él suspiró.

—Solo espero que me perdones. Poder... poder verte por la calle, o... salir a cenar contigo, con normalidad. Como dos viejos amigos.

Ella tragó saliva.

—Ya, pero tú no fuiste solo un amigo —acabó diciendo ella.

Taylor la miró fijamente, comprendiendo el significado de esas palabras. Para ella había significado algo más, igual que ella para él, pero el destino había jugado en su contra.

Sandra lo miró y, por primera vez, detectó el dolor real en su mirada.

—Y ni siquiera me has dado una explicación...

Él apretó los labios y volvió a bajar la mirada.

—Lo siento, pero no...

—Ya —dijo secamente. Acto seguido se puso en pie, hecho que llamó la atención de Taylor, que comenzó a levantarse.

—¿Qué haces?

—Me marcho a casa —dijo cogiendo la chaqueta.

—No, espera —se puso en pie—. Hay ciertas cosas que no puedo decir...

—Ya lo sé, y por eso mismo me voy —se puso la chaqueta y pasó por su lado, pero Taylor la cogió del brazo.

—Por favor —susurró.

Sandra lo miró de reojo, sin atreverse a mirarlo. Le dolía, le dolía demasiado todo aquello.

—Si fueses mi amigo, si te importase, me darías la razón por la que te marchaste... —volvió la mirada hacia él—, pero no lo harás... —acabó diciendo. Se miraron a los ojos unos segundos y se soltó del brazo con un gesto lento—. Yo no puedo continuar así, así que por favor... deja que me marche —le susurró, y acto seguido se giró dándole la espalda a Taylor, dirigiéndose hacia la puerta del restaurante.

Se quedó observándola alejarse. Iba a salir corriendo tras ella pero no pudo. Ella necesitaba su tiempo, su espacio para adaptarse a él, pero no iba a rendirse. Ahora que volvía a tenerla cerca no dejaría que se le escapase. Podría llevarle más o menos tiempo, pero lo conseguiría.

No se quedó a cenar en el restaurante, pago las dos bebidas y pidió las dos pizzas para llevar. Las cargó en el todoterreno y, antes de volver a su casa, se quedó observando el portal del piso de Sandra. No sabía qué piso era, pero en cuanto llegase a su casa lo averiguaría. Durante varios minutos se quedó ahí, mirando todas las ventanas que daban a ese lado de la calle, deseando que se asomase y poder verla otra vez, pero tras quince minutos decidió que lo mejor sería volver a casa.

Aparcó el todoterreno en el garaje y subió con las dos pizzas en el ascensor. Sus compañeros estaban en el comedor cenando y todos lo miraron sorprendidos cuando lo vieron aparecer.

—¿Ya estás aquí? —preguntó Adrien.

—No, no estoy aquí, soy un espejismo —respondió de mala gana.

De nuevo hubo miradas, entre ellos, contradictorias.

Fue hasta la mesa y soltó las dos cajas de pizza.

—Que os aproveche —dijo mientras se dirigía a su habitación.

Nicholas miró de reojo a algunos de sus compañeros. Todos lo miraban preocupados, parecía que la cosa no iba bien, y él mismo ya sabía cómo Taylor podía reaccionar. Era una bomba de relojería.

—Taylor —él se detuvo en la puerta del comedor antes de acceder al pasillo—. ¿Va todo bien? —preguntó preocupado.

Taylor tenía las manos convertidas en puños que apretaba continuamente, ya que sus nudillos estaban enrojecidos, además, tenía la espalda tensa y unos andares nerviosos.

—¿A ti qué te parece? —preguntó sin volverse.

De nuevo Nicholas miró a algunos de sus compañeros, recibiendo miradas preocupadas o encogiéndose de hombros, aunque todos miraban hacia aquella espalda que no se volvía.

—Me parece que no —dijo con voz tranquila, soltando el tenedor—. Hay algo que quieras...

Ni siquiera pudo acabar la frase. Taylor se giró hacia ellos con una mirada realmente enfadada y los señaló.

—Todo esto es culpa de esta maldita división —gritó extendiendo los brazos hacia ellos.

Bien, ahí iba la segunda explosión de Taylor. Aunque mejor que fuese ahí y no en un lugar público.

—Ya... —dijo chasqueando la lengua, automáticamente miró a Adrien, el cual lo observaba mordiéndose el labio.

—Ya, ¿qué? —gritó hacia él encolerizado. Dio unos pasos hacia delante—. Sandra... —suspiró—, Sandra solo quiere saber, ¡y yo no puedo decirle nada! —volvió a gritar—. ¿Y sabes qué significa eso? ¿Lo sabes? —Nicholas no dijo nada, aunque negó con su rostro—. Que piensa que no me importa, que me da igual haberle hecho daño.

—Pero eso no es así... —intervino Adrien, como si estuviese todo claro.

—Ya, claro... —dijo volcando toda su atención en Adrien—. Y dime... ¿qué le digo? No puedo decir nada sobre lo que ocurre, sobre por qué tuve que irme...

—¿Y no puedes inventarte nada? —preguntó Scott.

Taylor ladeó su rostro hacia él.

—No quiero mentirle. Ese es el problema... Ella... —suspiró de nuevo

mientras se removía inquieto—, no se merece que le mienta.

Bethany levantó una mano, como si quisiese participar en la conversación.

—¿Y por qué no puedes decírselo? —preguntó como si fuese lo más lógico.

Todos volvieron la mirada hacia ella.

—Esta organización es secreta, ya lo sabes —le explicó Adrien.

—Ya, bueno... pero... —dijo extendiendo los brazos hacia ellos—, ¿qué problema hay en que una persona lo sepa? Quiero decir, si Taylor está enamorado de ella y ella de él, ¿no sería lo más lógico que pudiese compartirlo? ¿Que ella supiese la verdad?

—No son pareja —continuó Adrien.

—De hecho... —intervino Taylor—, estoy llegando a pensar que ella me odia, ¿entiendes? Por Dios, ella... ha sido la única mujer que no he podido olvidar en todos estos años, y ahora que al fin puedo estar cerca de ella... tener que guardar este secreto me lo impide.

—Pues díselo —insistió Bethany—. ¿Qué es lo peor que puede pensar? ¿Que estés loco? —se encogió de hombros—. Total, peor no va a estar la situación. Nicholas volvió a intervenir.

—Ella no puede saber nada. No sabemos si podemos confiar en ella, y además... —luego se giró con gesto preocupado hacia Taylor—, ¿has pensado que en unas cuantas semanas volveremos a Banff?

—¡Pues claro que lo he pensado!

Nicholas asintió y volvió la mirada hacia su plato.

—Nuestras actividades como división, por mucho que me duela decirlo, deben ser estrictamente secretas. Nadie, absolutamente nadie, puede saberlo.

—Pero si yo lo sé... —volvió a quejarse Bethany.

—Tú lo sabías antes incluso de conocerme —le susurró Adrien—. Eso no cuenta.

Bethany suspiró y miró a Taylor con lástima.

—¿Y si le dices que te internaron? —preguntó Dean—. Nos explicaste que te habían expulsado, ¿no? Pues dile que te castigaron y te llevaron a un reformatorio, o yo qué sé...

Taylor enarcó una ceja hacia él y se cruzó de brazos.

—¿Qué parte de... "no quiero mentirle" no habéis entendido?

Todos suspiraron.

Nicholas volvió a mirarle con cierta lástima en sus ojos.

—¿Qué vas a hacer entonces?

Taylor volvió a encoger sus manos, convirtiéndolas en puños.

—¿Pues qué coño crees que voy a hacer Nicholas? —gritó—. Aguantarme, ¡joder!

Acto seguido se giró y fue hacia su habitación, pegando un portazo al cerrar la puerta.

Todos se quedaron unos segundos callados, sin saber qué decir.

Se miraron durante unos segundos, algo consternados por ver el estado de nervios en el que se encontraba su compañero, hasta que al final Scott se levantó y abrió una de las cajas de pizza.

—Eh, una margarita y una carbonara —sonrió hacia ellos. Cogió un trozo y se lo comió mientras todos lo observaban con una ceja enarcada.

Taylor comenzó a quitarse la ropa y se metió en la ducha. Necesitaba relajarse, poner sus ideas en orden. Sabía que Sandra se sentía atraída por él, aunque el dolor la mantuviese en aquel caparazón que no le permitía expresar sus sentimientos. Su mirada, cómo se sonrojaba, su timidez... todo le daba a entender que, al igual que él, sentía algo. Las palabras que había pronunciado sobre que había sido más que un amigo se lo habían dejado muy claro. Ahora bien, aquello no sería tan horrible si al menos dispusiese de tiempo para conquistarla, pero por segunda vez en su vida, el destino lo alejaría de ella en pocas semanas, cuando se acabase la construcción de su nueva casa. No disponía de mucho tiempo para poder reconciliarse con aquella Sandra del pasado y la del presente.

No sabía si era porque no la había tenido en el pasado o porque ahora no podía tenerla en el presente, pero cada vez tenía más necesidad de estar junto a ella.

Tras los gritos con sus compañeros y la ducha de agua caliente, se sentía mejor. Subió a la planta de arriba y buscó la dirección y el teléfono de Sandra. Estuvo tentado de enviarle un mensaje, pero lo dejó pasar.

De todas formas, Hannah lo había invitado a la cena del día siguiente en el restaurante de Thomas. Buscó la dirección y la apuntó. No pensaba dejar pasar esa oportunidad. Puede que no consiguiese nada, pero él no dejaría de intentarlo mientras se encontraba allí.

Una tos intencionada le hizo volverse hacia atrás.

Christopher y Dean entraron en el despacho.

—¿Qué haces? —preguntaron mientras se dirigían hacia sus mesas de trabajo.

Taylor minimizó la pantalla donde figuraban los datos de ella y abrió la del Pentágono.

—Iba a buscar información sobre Agnes o algún hecho extraño ocurrido

durante los últimos días en la zona.

—No hay nada —explicó Dean mientras se sentaba en la silla—. Hemos estado buscando antes.

Christopher, que estaba sentado en la mesa de al lado, hizo rodar su silla para acercarse a Taylor.

—Oye, Taylor...

—No... por favor —susurró sin volver la mirada hacia él. Podía intuir de lo que iban a hablar, pues Christopher había optado por emplear un tono bastante suave.

—Déjame decirte algo —pronunció acercándose a él, descendiendo el tono. Taylor suspiró. No tenía ganas de escuchar a sus compañeros, pero prefirió mantenerse callado, de todas formas ya sabía que Christopher haría caso omiso de su petición—. Entiendo que debes estar pasándolo francamente mal —Taylor chasqueó la lengua—. Lo que ha dicho Nicholas sobre que en breve tendremos que irnos a Banff otra vez...

—Sí, ya lo sé.

—¿Has pensado en pedirte una excedencia? ¿O dejar durante un tiempo la división? —Taylor lo miró sin comprender, así que Christopher continuó—. Todos necesitamos un descanso de vez en cuando, y eso te permitiría poder estar un tiempo más largo aquí, en Calgary. Estuvimos en Nuevo México, Nueva York, y ahora aquí... no creo que te negasen un tiempo para ti.

Taylor pestañeó varias veces y luego lo miró fijamente. Se quedó unos segundos pensativo, mientras observaba cómo Dean los miraba de reojo.

—No —acabó diciendo—. Soy un cazador. El día que me marché de aquí, con trece años, fue lo que decidí. La decisión que tomé.

Christopher asintió y puso una mano en su hombro.

—De acuerdo, pero... si hay algo que podamos hacer, puedes contar con nosotros.

Taylor asintió por primera vez, agradecido.

—Ya lo sé, gracias.

—Bien, pues... ya puedes seguir mirando el expediente de Sandra —le guiñó el ojo—. No te cortes por nosotros —bromeó mientras se levantaba, haciendo que Taylor gruñese.

11

El restaurante de Thomas no estaba muy lejos, a unos diez minutos en coche. Todos se habían quedado impresionados al verlo aparecer vestido tan elegante. Una camisa azul y un pantalón negro. No hacía falta que explicase a sus compañeros adónde se dirigía, pues todos lo tenían claro.

Igualmente, algunos de sus compañeros no habían podido evitar el comentario, parecía que les ardía la lengua al intentar contenerse.

—Al ataque, campeón —dijo Scott con una sonrisa.

—Ni una palabra —había dicho al coger las llaves del todoterreno. Miró a Nicholas y le mostró el llavero—. Me lo llevo.

—Está bien —respondido divertido.

—¡A por ella! —gritó Christopher.

Al menos, los días anteriores se habían controlado bastante, pero sabía que, a la mínima, saltarían. Y así había sido, incluso ni su jefe había podido contenerse.

—Oye, y... ¿te esperamos para dormir?

Taylor lo había mirado fijamente durante unos segundos, debatiéndose entre reírse de su comentario o acercarse y darle un puñetazo. Parecía que sus compañeros se iban animando cada vez más, así que finalmente había optado por salir huyendo de aquella casa.

Tras haber aparcado el todoterreno a pocos metros del restaurante, se había quedado observando. Pasaban diez minutos de las ocho. Pudo observar como Sandra, Hannah y algunos de sus compañeros de instituto se encontraban allí, charlando animadamente, sentados en una mesa al lado de una ventana.

Durante unos segundos pensó si estaba haciendo lo correcto, pero luego se dio cuenta de que, si no iba, se arrepentiría el resto de su vida.

Sin pensarlo más bajó del todoterreno y se dirigió al restaurante mientras se ponía la chaqueta.

Nada más entrar un camarero se dirigió hacia él, pero rechazó su ofrecimiento señalando con un movimiento de su rostro hacia la mesa donde estaba Sandra.

—He quedado. Gracias —dijo mientras se dirigía hacia ellos con paso decidido.

Fue avanzando hasta que se encontró con la mirada sorprendida, incluso entusiasmada, de Hannah, que al momento comenzó a sonreír. Contrariamente,

Sandra estaba totalmente paralizada observándolo, como si hubiese visto a un fantasma.

—¡Taylor! —gritó levantándose de la mesa para recibirlo.

—Hola, Hannah —dijo acercándose con una sonrisa.

—Qué bien que al final hayas venido. ¡Qué alegría! —continuó dándole un abrazo—. Chicos —dijo girándose hacia la mesa—, ¿os acordáis de Taylor? Al momento su mirada coincidió con una chico alto, de ojos marrones y cabello rubio.

—¿Lucas? —preguntó sin dar crédito.

—Ey —reaccionó avanzando hacia él con los brazos extendidos—. ¡Qué fuerte! —dijo abrazándose con él. Taylor le devolvió el abrazo—. Nos habían dicho que habías vuelto, pero no estaban seguras de que vinieses —puso una mano en su hombro y le sonrió de forma amistosa—. Caray, cuánto tiempo. Veo que estás muy bien —dijo rodeándolo con un brazo por los hombros y empujándolo hacia la mesa—. ¿Te acuerdas de Thony?

—Como para olvidarlo —respondió divertido mientras se estrechaba también con Thony.

—Anda que avisas de que vuelves —se quejó este último.

—Lo siento, ha sido todo muy precipitado. No he tenido mucho tiempo.

Otro compañero de instituto se acercó para darle la bienvenida.

—Mark —dijo también estrechándose contra él, se separó y miró a Helen—.

¡Hola! —dijo también dándole un abrazo.

—¡Qué fuerte me parece esto! —volvió a decir Lucas mientras cogía una silla que estaba en la mesa de al lado y la colocaba a su lado—. Ven, siéntate. No hemos pedido aún para cenar.

Taylor fue hacia donde Lucas le indicaba, rodeando la mesa, pero se detuvo a la espalda de Sandra. Bueno, de perdidos al río. Se inclinó con una sonrisa, con toda la naturalidad que pudo, y besó su mejilla.

—Hola, Sandra.

—Hola —contestó ella con toda la naturalidad que pudo.

No pudo evitar fijarse, mientras se dirigía hacia la silla, en lo preciosa que estaba. Se había puesto un vestido color crema de manga larga, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo.

Se sentó al lado de su compañero, que parecía entusiasmado con su reencuentro, e intentó desviar la mirada de ella.

—¿Una cerveza? —le preguntó Lucas animado.

—Claro.

—Eh —llamó al camarero—. Trae otra cerveza cuando puedas, por favor — se giró de nuevo y puso una mano en su espalda—. Bueno, ¿qué es de tu vida? Taylor aumentó su sonrisa. Parecía que el resto estaban más entusiasmados que Sandra, porque aunque sonreía e intentaba actuar con naturalidad, se le notaba nerviosa por su presencia allí.

—Pues de momento todo muy bien. Con mucho trabajo —respondió mientras cogía la cerveza que el camarero le tendía—. Gracias.

—Sí, Hannah nos ha explicado que eres policía.

Taylor miró directamente a Hannah, la cual parecía también feliz de que él estuviese allí.

—Sí. Como he dicho... mucho trabajo.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —preguntó Thony.

—No lo sé, un par de semanas quizá —se encogió de hombros.

—Vaya.... ¿y estás aquí de vacaciones?

En ese momento Sandra se apoyó sobre la mesa.

—Está por temas laborales —dijo cogiendo su vaso de agua.

—Uy, vaya... ¿temas laborales? ¿Estás persiguiendo a alguien de aquí? —preguntó Lucas.

Taylor miró un segundo a Sandra con una medio sonrisa, más bien incómoda, y luego colocó una mano en la pierna de Lucas, dando una palmadita.

—Es una tontería —dijo quitándole toda la importancia que pudo—. Pero, venga... explicadme, ¿qué es de vuestra vida? —preguntó más animado.

—Oh, no, no... —le cortó Lucas—. De eso nada, primero responderás a las preguntas tú —bromeó, aunque aquello lo puso nervioso. Esperaba no tener que encontrarse en otra situación violenta como con Sandra—. Venga, dime... ¿estás casado? ¿Hijos?

Taylor comenzó a reír mientras se relajaba por el giro de la conversación.

—Nada de eso. Ni mujer ni hijos —respondió ladeando su rostro—. ¿Y vosotros?

—Yo tengo un niño —respondió Helen—. De ocho meses. Esta noche me la he cogido libre —y luego hizo un gesto de victoria con la mano.

—El resto intentamos procrear, pero las mujeres nos lo ponen difícil —bromeó Lucas.

—¿Por qué eres tan bruto? —rió Hannah.

Taylor comenzó a reír.

—Sigues igual que siempre.

Lucas se encogió de hombros divertido.

—Oye y, ¿por qué te marchaste? Ni siquiera avisaste. Al menos te podrías haber despedido.

En ese momento Taylor miró de reojo a Sandra, la cual agachó su rostro enseguida, como si aquella pregunta la martirizase.

Taylor le sonrió algo triste.

—Tuve que hacerlo... —tragó saliva y suspiró—. Temas familiares... —pronunció finalmente—. Pero, prefiero no hablar de ello... —suponía que de esa forma cortaría más rápido el tema, y así fue.

—Bien, bueno, bueno... no importa —dijo Lucas.

Pudo captar cómo Sandra lo miraba con intensidad, aunque una clara duda apareció en sus ojos, ¿puede que al haber dicho que se trataba de temas familiares ella se hubiese reblandecido?

—Bueno —intentó dar un tono animado a su voz—. ¿Y vosotros a qué os dedicáis? —Miró hacia Lucas—. Sandra me ha dicho que eres ingeniero agrónomo...

—Sí señor —respondió divertido—. Trabajo aquí cerca. Ahora mismo estoy con un proyecto para construir una nave industrial. Si has ido por AB-8 hacia aquí la habrás visto. Es un enorme edificio, aún le queda mucho por construir, pero suponemos que en seis meses, si va todo tal y como pensamos, y no hay ningún contratiempo más, la podremos terminar.

—Creo que la he visto... —dijo Taylor pensativo—. ¿No es la que está cerca del lago?

—Esa misma —le señaló con el dedo.

—Es enorme.

—Solo está montado el esqueleto, pero en seis meses será la mayor fábrica de concentrados de frutas.

—Pues... es impresionante.

Él sonrió más.

—Y además, cobro una buena nómina. Akers Asociados es una buena empresa. Cuida bien de los trabajadores, así que espero que para cuando acabe este proyecto me puedan ofrecer otra cosa.

Taylor pestañeó repetidas veces.

—¿Akers? ¿William Akers? ¿El empresario?

—El mismo. Es mi jefe... Bueno —dijo dando un sorbo a su cerveza—, nunca lo he visto, pero es el inversor principal.

Recordaba que se habían leído todo el expediente de William Akers tras la muerte de Ian a manos de Agnes. Sabía que tenía muchas empresas, pero no

sabía que su imperio abarcase tanto.

—Espero que tengas suerte —dijo con una sonrisa.

—Seguro que la tiene —intervino Mark—, es un pelota.

—Oh, calla... —le recriminó Lucas. Luego cogió la carta y la observó—. ¿Pedimos ya de cenar? Me muero de hambre —luego volvió a estrellar la mano en la espalda de Taylor—. Luego saldremos a tomar algo, ¿de acuerdo? Taylor cogió la carta. Se sentía cómodo allí. En ese momento se encontraba feliz, aunque la mirada esquiva de Sandra comenzaba a ponerle de los nervios.

No pudo evitar reír cuando vio como Lucas se acercaba a dos chicas que bailaban al son de la música. El local estaba bien. Varios focos iluminaban la pista al ritmo de la música, mientras cientos de cuerpos se movían de forma enérgica en el centro.

Desde que habían entrado, Lucas había comenzado a hablar con diversas chicas a las que se iba acercando, y la verdad es que no se le daba nada mal, las chicas no dejaban de reír ante sus ocurrencias e intercambiaban algunos pases de baile con él.

Thony estaba a su lado con una cerveza en su mano, explicándole cómo había decidido abrir ese restaurante. Pero su mirada voló a unos metros de él, donde Sandra y Hannah se encontraban en la barra, con sus copas sobre ella, charlando animadas.

No pudo evitar resoplar cuando unos jóvenes se acercaron a ellas y comenzaron a hablar. Había estado a punto de acercarse, pero se había sorprendido cuando Sandra lo había mirado un segundo con indiferencia y luego le había dado la espalda para hablar con el chico que tenía justo enfrente.

¿De verdad? ¿Con ese? Pero si él le sacaba más de una cabeza, a duras penas superaba a Sandra en altura y, además, gesticulaba demasiado... se le veía bastante ansioso por hablar con ella. No le extrañaba nada, el vestido corto color crema que se había puesto aquella noche hacía destacar sus curvas, y la cola alta marcaba su busto delicado.

—Pues los primeros años fue bastante duro... —continuó Thomas—, pero la verdad es que no me puedo quejar... —seguía hablando. Taylor se giró hacia él y le sonrió impaciente, sin prestarle mucha atención—. Siempre dicen que hay que esperar un tiempo prudencial para ver si un negocio funciona o no... es

verdad. He tenido que esperar un año, pero, ¿sabes qué? —preguntó poniendo una mano sobre su hombro. Taylor lo miró de reojo, pues había vuelto a centrar su mirada en ella.

—¿Qué?

—Tenían razón —rio—. El negocio me va genial. De acuerdo con que no me haré millonario, pero si sigue funcionando así de bien puede que me plantee abrir otro en otro pueblo. ¿Te imaginas que montase una cadena de restauración por toda Canadá? —preguntó como si le hubiesen dado cuerda, entusiasmado con el proyecto que había imaginado.

—Eso estaría bien —sonrió Taylor hacia él, sin prestar atención.

—Ya ves —luego se quedó pensativo—. Yo creo que en cosa de un año, si todo me sigue funcionando igual, quizá pueda comenzar a mirar otros locales por aquí cerca, para comenzar a expandirme, ya sabes.

Taylor asintió con su rostro. Aquel muchacho que hablaba con Sandra le estaba poniendo de los nervios, y tuvo que contenerse de ir hacia allí cuando el muchacho colocó una mano en la cintura de Sandra para acercarse y decirle algo en el oído. Maldito fuese ese muchacho, estaba agotando su paciencia. No podía comprender cómo, pese a la actitud que estaba teniendo ella aquellos últimos días, podía ponerse tan nervioso. Lo sabía, sabía que aquella actitud de pasotismo hacia él era lo que le hacía desear cada vez estar más cerca de ella.

—Bueno, yo me voy —dijo Hannah colocándose a su lado, haciendo que él centrase toda su atención en ella.

—¿Os vais? —preguntó Taylor mirándola.

—No, Sandra se queda un poco más. Helen la llevará a casa luego. Yo estoy cansada, y mañana he quedado a primera hora con Bobby para que se lleve la dichosa tele. Además, esta mañana hemos madrugado mucho las dos, teníamos trabajo que hacer.

—Sí, ya me dijo Sandra ayer que teníais lo de la exposición..

—Sí, y empaquetar piezas antiguas es complicado. Hemos estado todo el día envolviendo y casi no nos da tiempo, menos mal que los del transporte han venido tarde, casi no llegamos a la cena, pero ya nos ha ido bien el retraso —bromeó—. Vendrás a ver la exposición, ¿no?

Él le sonrió.

—Claro, me encantaría.

—Bien —luego ladeó el rostro hacia su prima, observándola, y volvió su mirada hacia Taylor—. Supongo que antes de una hora se marchara... —le

informó. Puso una mano en su hombro y le dio una palmadita—. No pierdas mucho el tiempo —dijo mientras se alejaba.

Aquel comentario lo dejó un poco confundido, pero lo comprendió perfectamente. No era muy difícil darse cuenta de que estaba interesado en Sandra.

Se giró para observarla, ella lo miraba de reojo, pero a la que captó que él la observaba volvió toda su atención hacia el joven, que seguía charlando con ella. Sandra sonrió hacia él, pero pudo captar cómo chasqueaba la lengua cuando él se giraba para pedir otra copa al camarero.

—Hasta luego, Hannah —escuchó que decía Thony a su lado, luego volvió a poner toda su atención en Taylor—. Pues eso, oye... tú vives en Banff, ¿no? ¿Qué tal está esa zona para abrir un restaurante?

Taylor no lo miró.

—Ahora vuelvo, Thony —dijo sin siquiera girarse, avanzando con paso lento hacia donde se encontraba Sandra sentada.

Thony se quedó observándolo unos segundos dirigirse hacia ella y luego buscó con la mirada a Lucas, que se encontraba unos metros más allá, charlando con dos chicas. Fue hacia allí y Lucas lo recibió pasando un brazo por encima de sus hombros, estrechándolo contra él.

—Chicas, os presento a Thony. Es el jefe del restaurante de...

Taylor fue hasta ella y se colocó a su lado, aunque su mirada voló directamente hacia el joven que aún seguía girado hacia la barra, intentando que el camarero le sirviese una copa.

—Hola —dijo Taylor dejando su cerveza en la barra.

—Hola —contestó Sandra cogiendo su copa. Dio un sorbo y la soltó de nuevo.

Taylor miró al chico y luego le hizo un gesto cómico a Sandra.

—Hannah se ha ido.

—Sí —respondió ella con naturalidad—. Está cansada, hemos estado toda la mañana preparando el envío.

—Sí, ya me lo ha dicho.

En ese momento, el joven se giró para seguir hablando con Sandra, aunque su mirada voló hacia Taylor directamente, algo confundida. Se quedó unos segundos mirándolo y volvió a Sandra.

—¿Quieres otra copa? —le preguntó atento.

—No, gracias —dijo ella mostrándole la suya por la mitad— Aún me queda.

El chico asintió con su rostro aunque miraba de reojo a Taylor.

—Bueno, pues... como te iba diciendo. Tengo una gran colección de monedas, de prácticamente todos los países. He viajado mucho, y siempre me guardo alguna de cada país que visito —Taylor puso los ojos en blanco y miró a Sandra incrédulo.

—Qué interesante.

—Si quieres un día te la enseño, podrías montar una exposición con ellas...

Sandra miró de reojo a Taylor, que parecía resoplar por el comentario de ese chico.

—Se puede valorar —comentó con una sonrisa.

Taylor sonrió hacia el joven. Parecía que le ponía nervioso su presencia. Cogió la cerveza que había situado al lado de Sandra y se lo quedó mirando fijamente. Sí, desde luego le impresionaba.

—Bueno, pues... si quieres un día me paso por tu local con ellas —continuó más cortado por tener a aquel intruso ahí.

—Claro, ven cuando quieras y le echamos un ojo.

El joven no paraba de mirar de Sandra a Taylor, hasta que detectó la mirada furiosa de este último. La verdad es que ese hombre le ponía la piel de gallina, sobre todo por la mirada tan penetrante que tenía.

—Bien, pues... pues... —cogió la copa que acababa de servirle el camarero y dio un paso atrás—. Me marchó, me están esperando.

Sandra lo miró sorprendida por la reacción de este mientras Taylor asentía con su rostro hacia él, sin que Sandra fuese consciente, y dando su aprobación a la decisión del muchacho.

A la que le se alejó, Sandra se giró hacia él con una mirada intrigada.

—¿Qué le has hecho al pobre chico?

Taylor se puso a su lado, dejando su cerveza al lado.

—¿Yo? Se lo estaba haciendo él solo —bromeó—. ¿Que tiene una colección de monedas? ¿Que ha viajado mucho? —resopló—. Menuda técnica de ligoteo más mala.

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Ah, ¿y tú tienes una mejor? —luego le sonrió con sorna—. Sí, es verdad... la tienes —acabó girando su rostro hacia la barra.

Taylor chasqueó la lengua y se quedó contemplando su perfil.

—Oye, lo de ayer...

—No quiero hablar de eso —dijo ella directamente—. De verdad, prefiero que no saques el tema.

Taylor suspiró. Iba a volver a hablar cuando notó que su móvil vibraba en su

bolsillo. Lo cogió y vio que la llamada era de Nicholas. Mierda, ¿y ahora qué querían?

Le mostró el móvil a Sandra y puso cara de disgusto, con aquella música no podría escuchar nada.

—Ahora vuelvo.

Ella asintió mientras cogía de nuevo su copa y daba un sorbo, sin importarle que se marchase.

Taylor avanzó hacia la puerta mientras esquivaba a todos los bailarines e intentaba no llevarse algún pisotón, algo que no pudo lograr.

Descolgó y se llevó el teléfono al oído justo cuando llegaba al final de la pista y tomaba el pasillo que lo llevaría hasta la puerta de salida.

—Dime.

—Ehhh... oye...

—¿Nicholas? —preguntó tapándose el otro oído, pues la música aún era demasiado alta.

—Hay un pro... ma...

—¿Qué? —gritó más alto, acelerando hacia la puerta de salida.

—Lo... no... sabemos... Sandra.

¿Había dicho Sandra? Aceleró hasta la puerta de salida y, a la que salió, se alejó un poco para hablar con tranquilidad.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado—. No te escuchaba dentro.

—Ha habido un problema —pronunció Nicholas con voz grave—. Han asaltado el local de Sandra.

—¿Que han qué?

—La policía acaba de llegar. Supongo que la avisarán en pocos minutos para que acuda.

Taylor se giró hacia la puerta de la discoteca.

—Estoy con ella —luego intentó calmar la respiración—. ¿Quién ha sido? —preguntó con los labios más apretados. Nicholas no contestó—. ¿Quién?

—Lobos.

—¡Jodeeeerrrr! —gritó—. ¿Y qué cojones están haciendo ahí? —continuó nervioso—. ¿Han sido los del otro día?

—Vamos a ver las grabaciones ahora, Adrien está pasándolas hacia atrás. ¿Sabes si Sandra tiene cámara en el local? —preguntó mirando a través de la ventana, hacia los coches de policía que estaban aparcando frente a local de ella.

—No lo sé, pero seguro que tiene —gruñó.

Nicholas aceptó.

—De acuerdo. No te separes de ella.

Acto seguido colgó.

Notó cómo la respiración se le aceleraba. ¿Qué estaba ocurriendo ahí? Justamente ayer ya habían entrado dos lobos en su local y, ¿ahora esto? Iba a averiguar lo que ocurría sí o sí.

Volvió adentro de la discoteca con gestos nerviosos, avanzando entre todos los bailarines. Podían amenazarlo a él, incluso intentar hacerle daño... pero que se acercasen a Sandra hacía que su parte más letal y mortífera se pusiesen en guardia.

Llegó a la mitad de la pista cuando centró la mirada en ella. Sandra permanecía de pie, con el móvil en el oído y tapándose con el otro, intentando escuchar lo que le decían. Vio como afirmaba y automáticamente cogió el bolso.

Taylor avanzó hacia ella, interceptándola y cogiéndola por los hombros.

—Taylor... tengo que irme. Me acaba de llamar la policía... —decía realmente nerviosa—. Han...

—Lo sé —dijo él, mirándola fijamente.

Ella lo miró intrigada.

—¿Lo sabes?

—Sí, vamos, te acompaño al local —dijo cogiéndola de la mano para cruzar la pista de baile.

12

Sandra se quedó totalmente impresionada cuando Taylor aparcó el todoterreno frente a su tienda. Había tres coches de policía con las sirenas puestas y un cerco con cinta para evitar el paso de personas.

El cristal del escaparate estaba hecho añicos y la puerta permanecía en el suelo.

—Dios mío —gimió llevándose las manos a la boca por la impresión.

Taylor puso una mano en su hombro, intentando calmarla.

—Tranquila —le susurró.

Ambos salieron del coche. Sandra fue poniéndose la chaqueta mientras avanzaba a toda prisa hacia el local. Seis policías esperaban fuera, custodiando el cerco que habían formado con cintas. Podían observar a través del escaparate roto como unos cuantos policías más se encontraban dentro y se movían por el local.

—¿Pero qué ha pasado? —gimió mientras se acercaba.

Taylor observó como parte de sus compañeros, concretamente Nicholas, Christopher y Dean, investigaban en el interior junto a los policías.

Un policía de los que se encontraban fuera se dirigió hacia ellos dos con las manos en señal de stop.

Taylor mostró su placa y directamente señaló hacia sus compañeros.

—Soy compañero de ellos —dijo al policía, que al momento se apartó—. Ella es Sandra Green, la propietaria —explicó mientras ponía una mano en la espalda de ella y con la otra se guardaba la placa en el bolsillo.

El policía los dejó pasar al momento. Sandra lo miró de reojo, pero no pudo evitar gemir a medida que se acercaban y se iba dando cuenta del destrozo que habían hecho.

Todo, prácticamente todo, estaba destruido. Cientos de cristales se encontraban esparcidos por el suelo, junto con decenas de figuras rota, cerámica, joyeros... Las estanterías en las que acumulaba las antigüedades estaban arrojadas al suelo, por lo que todo lo que había sobre ellas había caído, convirtiéndose en añicos. Habían destrozado hasta la madera del mostrador.

—Dios mío —gimió quedándose parada bajo el marco de la puerta, totalmente absorta.

Taylor lo observó todo y directamente miró a Nicholas, que estaba hablando con uno de los policías.

—Eh —le llamó la atención Taylor mientras se dirigía a él.

—De acuerdo, gracias —comentó al policía. Directamente se dirigió hacia Taylor que miraba de un lado a otro—. Has llegado rápido.

—El sitio donde estaba está aquí al lado —puso las manos en su cintura y se acercó a él para susurrar—. ¿Qué ha pasado?

Nicholas resopló y negó con su rostro.

—Creo que está claro. Divirtiéndose te aseguro que no —dijo mirando de un lado a otro—. Parecía que buscaban algo.

—¿Los habéis grabado?

—Adrien las está visionando. Ha reconocido a tres miembros de la manada bajando de un coche —susurró—, pero lo que ha ocurrido aquí dentro no lo sabemos.

En ese momento, un hombre de paisano entró en el local, mirándolo todo de un lado a otro. Uno de los policías se acercó.

—Inspector... —le saludo.

—Menudo estropicio —pronunció el hombre, apartando la mirada de él—.

¿Tenemos algo?

El policía negó con su rostro.

—Aún no.

—Parece que es obra de alguna banda organizada. ¿Cuántos llevamos ya hoy?

¿Dos? —preguntó dando unos pasos hacia delante. En ese momento coincidió la mirada con Sandra, que permanecía totalmente absorta, mirándolo todo con lágrimas en los ojos—. Disculpe, ¿es la propietaria? —Sandra centró la mirada en él y, tras unos segundos asintió, sin poder siquiera hablar—. Soy el inspector Harrington —se presentó dándole la mano.

Nicholas señaló hacia ella.

—Lo que nos faltaba —susurró como si estuviese agotado—. Ve y haz que se vaya, me da igual lo que tengas que decirle, pero que se marche de aquí ya. Solo necesitamos a un inspector aquí para que se nos compliquen más las cosas —le ordenó Nicholas—. Échalo. Nosotros seguiremos buscando pruebas para... ocultarlas —acabó diciendo a desgana.

Taylor fue directamente hacia ellos, con la vista clavada en la espalda del inspector.

—Señorita...

—Sandra Green —dijo ella sorbiendo por la nariz.

—¿Tiene idea de quién ha podido hacer algo así? —preguntó directamente.
Ella negó, sin dar crédito aún.

—¿Ha observado algo fuera de lo normal en los últimos días?

Ella tragó saliva y en ese momento lo recordó. Recordó cuando, justamente ayer, Taylor había entrado en su local muy nervioso, buscando a alguien, y cómo pocos segundos después había salido corriendo tras una pareja.

—Verá, ayer ocurrió algo...

En ese momento Taylor se situó a su lado, captando la atención del inspector, que pareció asombrado al verle allí.

—¿Y usted quién es? —preguntó mirando hacia los policías, esperando alguna respuesta.

Taylor sacó su placa mostrándosela.

—Taylor Bell, agente especial —pronunció secamente—. Estamos llevando la investigación nosotros.

El inspector parpadeó un par de veces, asombrado, y luego sonrió con una actitud chulesca.

—¿Vosotros? ¿Y quiénes sois vosotros? A mí nadie me ha informado.

Taylor lo miró fijamente, estaba claro que no estaba para tonterías.

—Llame a Washington y diga mi nombre. Ellos le explicarán todo lo que tenga que saber.

—¿Washington? —gritó—. Eso está en Estados Unidos. Esto es Canadá, muchacho.

—¿Y? —preguntó ladeando su rostro hacia él.

Sandra dio un paso hacia atrás. Desde luego, vaya dos.

—Pues que usted está en mi territorio, esta investigación es mía —continuó el inspector, más molesto.

Taylor sonrió y miró de reojo a Nicholas.

Nicholas puso los ojos en blanco y directamente cogió su móvil, marcando el teléfono de Adrien. Parecía que aquel inspector les iba a complicar las cosas. Parecía un hueso duro de roer.

—Dime, Nick —contestó Adrien.

—Necesito que imprimas una autorización del Pentágono para actuar aquí y la traigas. Ahora.

—De acuerdo. En seguida os la llevo.

Nicholas guardó el teléfono en su bolsillo y pasó al otro lado del mostrador que aún quedaba en pie.

—Serán idiotas —susurró mientras cogía un trozo de pelo que había

enganchado en unas astillas que salían del mostrador. Podía asegurar que sería de un lobo. ¿Qué hacían transformándose ahí dentro?

Los gritos del inspector llamaron de nuevo su atención.

—¿Y qué están haciendo todos estos hombres aquí? —preguntó señalando a Christopher, Nicholas y Scott.

—Estamos juntos —le indicó Taylor, haciendo que se volviese hacia él.

—¡Pues largo de aquí ahora mismo! Están interfiriendo en una investigación policial —le señaló poniendo un dedo en el pecho de Taylor. Sandra dio otros pasos hacia atrás. ¿Pero qué estaba pasando ahí?—. Largo de aquí todo el que no pertenezca al cuerpo policial de Calgary. ¡Ahora! —gritó—. O comenzará a haber detenciones —miró directamente a Taylor. Luego se volvió hacia Sandra, que se había apartado bastante de ellos—. Señorita Green, veo que tiene cámaras de seguridad, ¿podría decirme dónde están los sistemas de...?

—Están requisados —intervino Taylor.

El inspector lo miró cada vez más enfadado.

—¿Qué?

Taylor sonrió y suspiró.

—Verá inspector... —dijo mientras observaba como Adrien se acercaba al local con un documento en la mano. Podía apostar a que era una autorización del Pentágono—. Creo que usted es el que se va... —Adrien entró en el local y Nicholas le señaló directamente a Taylor para que se lo entregase. Taylor lo cogió y lo observó. Sí, tal y como imaginaba, Nicholas le había avisado para que imprimiese una hoja de competencia territorial. Directamente se la puso en el pecho del inspector con un golpe.

El inspector lo miró sin comprender pero cogió la hoja que él mantenía pegada a su pecho. Comenzó a leerla y luego lo miró asombrado, sin comprender nada.

—¿Del Pentágono? —preguntó totalmente sorprendido.

En ese momento Sandra lo miró confundida.

—Adiós, inspector —dijo Taylor dando un paso hacia atrás.

—Espera, espera... —dijo aturdido—. ¿Qué narices está haciendo el Pentágono aquí? —preguntó sin comprender.

Taylor lo miró seriamente.

—Eso es información confidencial, ¿entiende? —luego miró de reojo a sus hombres—. Sáquelos de aquí, ahora —ordenó—. No me obligue a avisar a mis superiores de que usted, inspector Harrington, está interfiriendo en una investigación.

El inspector se removió incómodo ante la atenta mirada de todos los policías de su cuerpo. Miró el local de un lado a otro, con el cuerpo totalmente tenso, y tras unos segundos se dirigió a uno de su hombres.

—Está bien —pronunció con los labios apretados—. Marchémonos —luego miró hacia Taylor y todos esos hombres—. Pero esto no quedará así... —le amenazó.

Taylor se encogió de hombros.

—Si tiene algún problema ya sabe adónde llamar —dijo mientras le señalaba la hoja de competencia que acababa de entregarle.

Resopló mientras veía como toda la policía salía del local, mirándolos de forma inquieta, hasta que se quedaron solos. Se pasó la mano por la nuca y entonces se dio cuenta de que Sandra lo miraba fijamente.

Suspiró y miró a sus compañeros. Christopher, Dean y Nicholas revisaban minuciosamente cualquier prueba que pudiesen encontrar en aquel local que incriminase a los lobos. Debían deshacerse de ellas antes de que otra persona las encontrase.

Fue hacia Sandra y colocó una mano en su hombro de forma cariñosa.

—Sandra, ¿hay grabaciones?

Ella lo miró fijamente, totalmente impresionada por lo que acababa de presenciar. ¿Del Pentágono?

—Sí —susurró, prácticamente no le salía la voz.

—Dime dónde están —dijo rodeando sus hombros con un brazo, intentando tranquilizarla. Luego miró a Adrien, que se dirigía hacia Nicholas para ayudar —. Adrien —le llamó—. Las cámaras de seguridad.

Adrien asintió y Sandra los guió al despacho. Estaba igual de destrozado todo, incluso habían arrojado al suelo las cajas de cartón vacías. El ordenador de mesa y el disco duro estaban en el suelo.

—Aquí —dijo señalándolos.

Adrien se agachó para poner la base del ordenador recta en el suelo.

—¿Se grababan en Cd's? —preguntó hacia ella.

Ella negó.

—No, en... en el disco duro directamente.

Adrien lo cogió y luego se quedó mirando el ordenador. Mejor llevárselo también por si acaso.

—De acuerdo. Scott —gritó hacia fuera—. Necesito que cojas el ordenador.

—Eh, eh... —interrumpió Sandra, luego miró de forma incriminatoria a Taylor —. ¿Os vais a llevar el disco duro?

—Y el ordenador —le informó Adrien mientras salía de la oficina y Scott entraba dentro.

—No, oye... —dijo—. Ahí están las personas que han hecho esto.

Taylor se acercó a ella.

—Por eso mismo lo necesitamos —respondió Taylor.

—Pero... quiero verlo. Quizá las conozca.

—Ya te lo enseñaremos —mintió—. Pero tu pantalla del ordenador está rota, y es posible que el disco duro y la base del ordenador también. Adrien es bueno con la informática. Lo mirará y, si está estropeado, podrá solucionarlo.

Aquella respuesta pareció relajarla un poco. Después de haber escuchado la conversación de Taylor con el inspector sus dudas, se habían incrementado.

¿Quién era Taylor realmente? ¿Trabajaba para el Pentágono? Y si era así, ¿por qué el Pentágono iba a interesarse en un robo en una tienda de antigüedades?

Iba a comenzar a preguntarle todo aquello cuando Taylor la interrumpió.

—¿Tenéis algún inventario donde apuntáis todo lo que tenéis en la tienda? —preguntó de brazos cruzados, mirando de un lado a otro

—Sí, claro... —dijo cogiendo la libreta del suelo—. Lo tenemos siempre aquí —dijo tendiéndosela—. Y luego lo actualizamos cada día en el ordenador. Ya se nos estropeó una vez y perdimos toda la información, desde entonces lo llevamos a ordenador y a mano.

Taylor asintió mientras cogía la libreta.

—Muy bien. Oye, necesito... —dijo mientras la abría para observar lo que había escrito—, necesito que mires si falta algo.

Ella seguía mirándolo con recelo.

—¿Cómo voy a saberlo? —preguntó indignada—. La mayoría de las cosas están hechas añicos —gimió.

Taylor suspiró. Tenía razón. Lo cierto es que aquellos lobos se habían empleado a fondo en destrozando toda la tienda. Escuchó de lejos como Nicholas ordenaba que reparasen la puerta y tapiasen el escaparate.

Se volvió hacia Sandra y la observó cómo miraba todo a su alrededor, con lágrimas en los ojos.

—Tranquila... —dijo acercándose.

Pero ella dio un paso hacia atrás, haciendo que Taylor se quedase quieto. Sandra tenía la respiración acelerada, los músculos tirantes.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —le preguntó con un tono helado—. El otro día entraste como un loco en el local y saliste persiguiendo a una pareja y ahora esto... —dio unos pasos al frente, con la mirada totalmente fija en los ojos

grises de él—. ¿Qué está pasando? —preguntó de nuevo.

—Se trata de una investigación.

—¿Una investigación sobre qué? —preguntó rápidamente. Taylor suspiró mientras depositaba la libreta sobre el escritorio. Se cruzó de brazos y se volvió hacia ella, que parecía esperar una respuesta—. ¿Qué? —le retó—. ¿Tampoco vas a decírmelo? —gritó esta vez, haciendo que la mirada de Taylor se intensificase—. Esta es mi vida... mi sustento... ¡Tengo derecho a saberlo! —gritó señalándose a sí misma. Taylor permanecía callado, observándola—. Y encima, ahora me entero de que... ¿trabajas para el Pentágono?

—Sandra, cálmate —susurró intentando cogerle de la mano.

—No me toques —dijo ella a la defensiva, dando un paso hacia atrás—. Dime ahora mismo qué está ocurriendo aquí —exigió.

Taylor tragó saliva y la miró fijamente. Luego cerró los ojos como si estuviese sufriendo.

—No puedo, lo siento —susurró haciendo que ella diese un paso más hacia atrás—. Solo debes saber que nos encargaremos de encontrarlo y...

—Arggg... —gritó ella pasando por su lado. Taylor la cogió de la mano para evitar que se fuese—. Te he dicho que no me toques —susurró con voz amenazante mientras le retiraba la mano.

En ese momento reconoció la voz de Hannah que entraba histérica en el local, gritando. Sandra echó una última mirada a Taylor cargada de odio y salió del despacho en busca de su prima.

Hannah estaba en medio del local, llorando, observando todo lo que había ocurrido. Nicholas se dirigía hacia ella pero Sandra se adelantó.

—Hannah —le susurró.

Automáticamente, ella se giró hacia su prima y se abrazó, llorando desconsolada.

—¿Qué ha pasado? —gimió contra su hombro.

—No lo sé.

Nicholas se acercó a ellas mientras Taylor salía del despacho con la libreta en la mano y la mirada fija en ellas dos.

—Hola —se presentó Nicholas—. No se preocupen, las mantendremos informadas de todo —pronunció en un tono amable—. Vayan a casa y descansen. Nosotros nos ocupamos —se ofreció.

Hannah aceptó mientras una lágrima bajaba por su mejilla, aún agarrada a su prima.

—¿Necesitan que las llevemos? —volvió a preguntarle Nicholas.

Hannah negó.

—No, he... he traído mi coche —susurró mientras se secaba las lágrimas. Luego sonrió tontamente—. Perdón.

—No se preocupe. Descansen. Las mantendremos informadas —se giró hacia Scott, que había depositado el ordenador encima del trozo que quedaba en pie del mostrador—. Tómale los datos.

Luego hizo un gesto cortés con su rostro antes de alejarse.

Taylor se quedó observando cómo Scott le tomaba los datos. No les hacían falta, podían acceder a todos ellos directamente en la base de datos, pero ante los civiles quedaba mucho más profesional.

Nicholas se acercó a él.

—¿Todo bien? —preguntó en un susurro mientras miraba hacia dentro de la oficina.

—Sabes que no —respondió con la mirada fija en Sandra, que en ese momento estaba facilitando sus datos a su compañero—. Necesitamos saber qué está ocurriendo aquí. Quiero ir a hacerles una visita... y no de cortesía.

Nicholas le miró y asintió.

—Ya contaba con ello. Salimos en diez minutos —pronunció mientras se alejaba de él, observando todo a su alrededor.

Taylor observó como Hannah y Sandra salían del local, aun así coincidió con su mirada unos segundos antes de que la perdiese de vista.

Aquello ya era algo personal. Ahora lo habían atacado a él directamente, habían dañado a la mujer a la que amaba y eso iba a tener horribles consecuencias. El pacto con los lobos estaba a punto de romperse. Fuese lo que fuese, lo descubriría.

Gracias al GPS subcutáneo que habían inyectado en Alex podían saber perfectamente la ubicación de la manada. Habían cerrado el escaparate con cartones y habían logrado poner la puerta. Dean y Christopher se habían quedado en casa vigilando y revisando las grabaciones de seguridad incautadas en el local de Sandra. El resto no las habían visto, pero por lo que Adrien les había explicado en la llamada realizada mientras ellos se dirigían a Banff, tres lobos habían entrado en el local como posesos. Tras varios minutos de revisarlo todo y arrojar varias estanterías al suelo, se habían convertido y habían comenzado a dar saltos por el local, accediendo a las estanterías más altas.

—Estaban buscando algo, seguro —confirmó Dean.

—¿Se les ve llevarse algo? —preguntó Nicholas.

—No —Scott suspiró—. Ahora os pasamos la grabación al móvil.

No tenían ni idea de lo que estaban haciendo, pero en pocos minutos estaban dispuestos a averiguarlo.

Siguió corriendo por el bosque, con la daga en la mano, preparado para actuar si alguno de los lobos le sorprendía. Saltó encima de unas ramas caídas y bordeó unos árboles junto a sus compañeros.

Habían dejado el todoterreno a menos de un kilómetro de distancia del lugar donde señalaba el GPS de Alex que se encontraba la manada. Preferían pillarlos por sorpresa.

Si no tenían suficiente con vivir bajo la amenaza de una de las brujas más poderosas de toda la historia, ahora aquellos idiotas dejaban pistas sobre su existencia.

Saltó por encima de unos arbustos a gran velocidad, apretando la daga en su mano.

Y lo peor de todo era que Sandra había sido una víctima de aquellos lobos. ¿Por qué habían hecho eso? ¿Por qué se acercaban tanto a ella? Pensar que Sandra estaba en el punto de mira de los lobos le hizo acelerar aún más. Ya no le importaba el trato al que habían llegado con ellos, lo único que quería era mantenerla a salvo, que ellos se mantuviesen a distancia, y si para conseguirlo tenía que matarlos, lo haría.

—Por ahí —señaló Nicholas igualando su paso, al ver el resplandor de una hoguera.

A medida que se acercaban la luz de la hoguera permitía que viesan mejor. Ni siquiera frenaron cuando llegaron.

La hoguera estaba encendida y la manada despierta, hablando alrededor de ella.

No dijeron nada. Se dirigieron directamente hacia ellos. Los lobos no fueron conscientes de que estaban allí hasta que varios de ellos salieron disparados hacia los árboles, sin esperárselos. Hubo un revuelo, pero Aaron no pudo hacer nada.

Taylor fue directamente hacia él, y antes siquiera de que pudiese moverse y de que fuese consciente de lo que estaba ocurriendo, se vio impulsado hacia uno de los árboles cercanos.

No tuvo tiempo de reaccionar, de repente se vio comprimido contra el árbol con una daga en su cuello.

Algunos lobos intentaron huir pero los retuvieron a todos y sacaron sus armas, rodeándolos, apuntándolos directamente. Los que habían sido impulsados contra los árboles se pusieron de rodillas, alzando sus manos al ver que los apuntaban.

Taylor miró fijamente a Aaron, con la daga de plata a punto de cortar su cuello, iba a hablar cuando escuchó que la maleza que había a su lado se movía.

—Eh, ¿qué está pasando? —apareció Alex entre ella, apartando los matorros. Miró directamente a Taylor y luego al resto de la manada, toda paralizada, observando hacia los otros tres cazadores que los apuntaban con las armas. Parecía que no habían venido en son de paz. Giró su rostro hacia Adrien y le sonrió—. Hola —dijo ya avanzando tranquilamente hacia ellos, con una sonrisa en su rostro.

—Hola, Alex, ¿qué tal? —preguntó Adrien con una sonrisa irónica hacia él.

—Estaba durmiendo, ¡qué susto! —luego miró a Taylor, que mantenía al jefe de la manada comprimido contra un árbol con la daga en su cuello—. ¿Qué ocurre?

Taylor volvió su atención hacia Aaron.

—Me parece que tus amiguitos no saben estarse quietos —pronunció con fiereza.

Nicholas, que se encontraba a unos pasos, con un arma en cada mano apuntando hacia los lados, buscó con la mirada. Los reconoció al momento. Identificó primero a la pareja que había salido huyendo el otro día de ellos y luego a los tres que habían asaltado el local.

—Vosotros —dijo dirigiéndose hacia ellos con paso firme. Llegó hasta los tres situándose justo delante—. ¿Qué estabais haciendo en Calgary ahora?

Los tres se miraron nerviosos, incluso pudo detectar, gracias a la luz que le llegaba de la hoguera, situada en medio del descampado, que una gota de sudor por los nervios bajaba por su frente.

Los tres miraron a Aaron, el cual seguía sujeto por Taylor.

—¡Eh! —gritó Nicholas haciendo que volviesen su atención hacia él. Fue directamente hacia uno y asestó un golpe con la culata de su pistola en su cabeza, haciendo que cayese sobre la tierra—. No lo volveré a repetir —continuó encolerizado—. ¡Hicimos un trato! —gritó hacia ellos—. ¡Y lo habéis roto dos veces! Un acuerdo se rompe si una de las dos partes deja de cumplir lo establecido —siguió con los dientes apretados—. Así que decidme ahora mismo qué estabais haciendo o voy a empezar a dispararos uno a uno.

Uno de los lobos alzó sus brazos hacia él.

—¡No hemos hecho nada! —gritó totalmente nervioso.

Nicholas comenzó a reír y puso los ojos en blanco.

Taylor miró hacia Nicholas.

—Tenemos grabaciones, idiota —les gritó sin apartar la daga del cuello de Aaron.

Nicholas volvió su rostro hacia ellos, ladeando su cuello.

—¿Es que no tenéis cabeza? —gritó hacia ellos—. Los locales suelen tener cámaras de seguridad por si les roban. ¿Sabéis? He... he flipado cuando he visto que tres de vosotros —gritó señalándolos—, os transformabais en lobos —los tres comenzaron a temblar más—. Ahora, decidme... —gritó alzando el arma hacia ellos de nuevo—. ¿Qué estabais haciendo allí? O os juro que comienzo a descargar el arma.

—Nada, de verdad... es solo...

Taylor soltó a Aaron del cuello y dio un paso hacia atrás, sin dejar de apuntarlo con la daga.

—¿Tú hablarás? —le preguntó. Aaron tragó saliva mientras miraba de reojo a sus tres compañeros y al resto de la manada, que permanecían de rodillas sobre la tierra con los brazos alzados—. ¿No? De acuerdo —pronunció Taylor ladeando su rostro—. Adiós al acuerdo —dijo extrayendo un arma y apuntándole directamente a la frente—. Despídete de tu adorada manada.

—No, no... ¡espera! —gritó Aaron. Luego miró hacia los tres lobos y suspiró—. Los envié yo.

—Eso ya lo suponemos —comentó Adrien apuntando de un lado a otro.

—Estábamos... estábamos buscando algo.

—¿El qué? —preguntó Taylor acercándose de forma intimidante.

Aaron se mojó los labios totalmente nervioso. Taylor esperó unos segundos, pero al no recibir respuesta disparó su arma justo al lado del oído de Aaron.

—Ahhhhhhh —se agachó gritando. Aunque la bala solo había rozado su oreja, ardía muchísimo.

—La próxima vez será en la frente —le gritó Taylor—. ¿Qué estabais buscando?

Aaron se mantenía agachado, con las dos manos en su oreja, sollozando, intentando calmar su respiración.

—Un medallón —dijo la chica a la que el otro día habían cogido en el bosque.

Alex dio unos pasos hacia Adrien.

—Veis, os lo dije... sabía que había algo...

—Cállate, Alex —pronunció Adrien con paciencia.

Taylor dio unos pasos hacia atrás.

—¿Un medallón? ¿Qué medallón? —preguntó Taylor mirando a la chica, sin apartar el arma de Aaron.

—Se trata de un baphomet —dijo la muchacha rápidamente.

Nicholas dio unos pasos hacia ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó bajando su arma.

—Es... —tragó saliva mirando a sus compañeros—. Es un medallón que se usa en brujería —todos se miraron entre sí—. Es, es muy poderoso... solo existen seis en el mundo.

—¿Y para qué, unos lobos, necesitáis ese medallón? —preguntó Nicholas poniéndose frente a ella.

La muchacha cerró los ojos unos segundos, intentando calmar los latidos de su corazón.

—Dicen que si reúnes los seis puedes invocar.

—¿Qué? —preguntó Scott mientras apuntaba de un lado a otro—. ¿Invocar?

—A espíritus —gritó ella—. Espíritus muy poderosos —todos pusieron su espalda tesa y se miraron confundidos—. Dicen, que... que cuando los invocas, puedes conseguirlo casi todo.

Nicholas pestañeó varias veces.

—¿Y vosotros qué vais a pedir? —preguntó incrédulo.

—No es por nosotros —dijo esta vez Aaron, aún de rodillas sobre la tierra—. Nosotros no tenemos la suficiente fuerza para invocarlo —gruñó entre dientes—. Pero Agnes sí.

En ese momento lo comprendieron.

Nicholas dio unos pasos hacia atrás, observando al resto de sus compañeros.

—¿Lo tenéis? —preguntó Adrien, dando unos pasos hacia Aaron.

Aaron negó pero no dijo nada. Uno de lobos, a los que Nicholas estaba apuntando, fue el que intervino.

—No estaba en el local. Lo buscamos por todos lados.

—Espera... —gritó Taylor alejándose de Aaron y acercándose a ellos—. ¿Cómo sabéis que ese medallón está allí?

En ese momento los tres lobos enarcaron una ceja hacia él.

—Joder, ¿no lo has visto? Han empapelado toda la ciudad con carteles sobre la próxima exposición. Una de las fotos es ese medallón —respondió como si fuese lo más lógico.

Taylor intentó calmar su respiración y miró hacia Nicholas, que lo observaba a

su vez de reojo.

—¿Y dices que no estaba el medallón en el local? —preguntó Nicholas esta vez.

El lobo negó con su rostro.

—Sandra dijo que estaba preparando todo para la exposición, que había estado montando cajas con el material que necesitaban porque esta tarde iban a buscarlo —susurró pensativo, sin dar crédito.

Nicholas se giró hacia Adrien.

—Llama a Christopher y explícale la situación —se giró hacia Taylor, que permanecía pensativo—. ¿Sabes adónde lo llevaban?

—Pues al museo, supongo —respondió Aaron.

—¿A qué museo?

—¡Y yo qué sé! —gritó de los nervios.

Nicholas resopló y señaló con el arma de nuevo al lobo que tenía justo enfrente.

—¿A qué museo?

—Al Royal Alberta —dijo rápidamente.

Nicholas se quedó pensativo.

—Eso está a casi tres horas de Calgary —susurró.

—Dijo que venían a recogerle las cajas por la tarde —continuó Taylor.

Nicholas se volvió directamente hacia Adrien.

—Díselo a Christopher. ¡Ya! Hay que interceptar ese camión y conseguir el dichoso medallón como sea —pronunció bajando su arma y mirando la hora que era. Las once y media, luego resopló—. Deben de estar a punto de llegar al museo —dijo con la voz nerviosa. Se giró hacia Aaron y le señaló—. Ya seguiremos hablando en otro momento —pronunció apretando los labios. Miró hacia a Alex—. Vigíalos, y cualquier cosa, nos avisas —Alex asintió. Luego Nicholas miró a sus hombres—. Vamos —dijo, y salió corriendo a una extraordinaria velocidad hacia el todoterreno.

En menos de cinco minutos estaban en el todoterreno, acelerando por la carretera. Debían hacerse con ese medallón. Si los lobos habían estado al corriente de que ese Baphomet se iba a exponer allí, ¿cómo no lo iba a estar Agnes? Intentaría hacerse con él fuese como fuese.

Adrien conducía a más de doscientos por hora.

—El camión está a diez minutos del museo —informó Christopher a través del manos libres que había conectado Nicholas—. Joder, Dean... ¿quieres que nos matemos? —le preguntó.

—¿Por dónde vais? —preguntó Nicholas sujetándose a la puerta mientras Adrien tomaba una curva.

—Hemos salido en cuanto nos habéis llamado, pero aun así estamos a casi dos horas del camión. Lo hemos marcado en el radar. Nos encontramos a... una hora y cuarenta y siete minutos.

Nicholas se removió nervioso.

—No llegaréis.

—Pues habrá que meterse en el museo —intervino Dean en la conversación.

Nicholas miró a sus compañeros.

—Está bien. No intervengáis hasta que lleguemos nosotros, a no ser que ocurra algo.

—De acuerdo —respondió Christopher.

—Y avisadnos cuando estéis cerca.

Dicho esto cortó la comunicación.

—Acelera, Adrien —ordenó.

13

La noche era oscura. Tomó una curva y miró hacia el cielo estrellado. Al final, podía verse una enorme luna.

—¿Por dónde es? —preguntó a su compañero. Él comenzó a darle golpes al GPS—. Oye, Roy, ¿qué le pasa a tu dichoso GPS? —preguntó mientras detenía el camión—. ¿No me dijiste que era nuevo?

Roy suspiró y lo quitó de la plataforma donde lo tenía, dándole unos golpes. Hacía menos de un minuto que había comenzado a hacer interferencias.

—Sí, no lo entiendo.

Detuvo el camión en el arcén y se quedó contemplándolo.

—¿Lo tienes en garantía? —preguntó.

—Pues claro que lo tengo en garantía, Billy —resopló mientras apretaba unos botones.

—Oye, ¿sabes dónde estás apretando?

—Voy a reiniciarlo —comentó enfadado—. El mismo lunes lo llevo a que me lo cambien.

Billy suspiró y se sentó correctamente en el asiento, estirando la espalda. Después de conducir casi tres horas y de pillar un gran atasco a la altura de Red Deer, tenía la espalda dolorida.

—Ves, ya está —dijo Roy orgulloso mientras le mostraba el GPS.

—Pon la dirección, vamos —dijo sin mirarle—. Tenemos que dejar el cargamento y luego volver. Hoy no pillo la cama hasta las dos de la madrugada, y tengo la espalda molida.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Roy mientras ponía la dirección del museo en el GPS.

Billy contempló la pequeña pantalla unos segundos.

—¿Cuánto queda?

Esperó a que el GPS se situase y miró la hora.

—Trece minutos para llegar a destino —explicó mientras volvía a colocar el GPS en la base que habían enganchado en la luna delantera.

—Ya acabo yo el trayecto, pero de vuelta lo llevas tú.

—Trato hecho —dijo poniéndose el cinturón de seguridad otra vez.

Billy arrancó y se introdujo de nuevo en la carretera. Por suerte, después del atasco no habían encontrado más tráfico. A esas horas y por esa zona la

carretera estaba prácticamente desierta, lo cual era una ventaja.

—Tienes que girar a doscientos metros por el desvío a la derecha.

Billy resopló.

—Qué ganas tengo de jubilarme —susurró.

—Eso no lo dirás por mí, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa—. Con lo bien que lo pasamos juntos —bromeó.

Billy lo miró de reojo y chasqueó la lengua.

—Eres buena compañía, pero prefiero la de mi mujer en la cama.

—Ja.

Billy volvió a mirar el GPS.

—¡Otra vez! —gritó—. ¿Dónde has comprado semejante porquería? —preguntó frenando el camión de nuevo y apartándolo al arcén.

—Joder —susurró Roy, sacándolo de nuevo de su base, pues el GPS no dejaba de hacer interferencias y perdía la imagen del mapa cada pocos segundos.

—Así no vamos a llegar nunca —gruñó Billy poniendo el freno de mano. Luego contempló hacia delante y hacia atrás, vigilando no molestar a ningún coche que pasase por allí.

—Pues es de marca —se quejó Roy—. Me costó un dineral —dijo mientras volvía a palmearlo.

Aunque en ese momento el GPS comenzó a recibir más interferencias a cada segundo.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó Billy sorprendido.

—Yo qué sé. ¿No dicen que estas cosas funcionan con los satélites? A lo mejor se ha roto alguno —pronunció mientras apretaba algunos botones.

—Cuidado, a ver si te va a pegar un calambrazo.

Roy chasqueó la lengua, observando como la imagen del mapa parpadeaba varias veces por segundo, atravesada por líneas blancas. Se quedó observándolo hasta que, de repente, se apagó.

—Mierda —gimió dándole unos golpes contra su pierna.

—Lo que nos faltaba —se quejó Billy apoyándose de nuevo contra el respaldo, cerrando los ojos.

—Creo que se ha muerto.

Billy abrió los ojos y extendió los brazos hacia el cielo.

—Te he dicho cientos de veces que compres cosas buenas...

—Eh, que lo compré en tienda. No es ni de segunda mano —le contestó.

—Pues te han tomado el pelo —dijo colocando las manos en el volante—. Ya

lo buscaremos nosotros. ¿A doscientos metros teníamos que girar a la...? —se quedó totalmente pasmado, mirando al frente.

Roy aún seguía golpeando el GPS, pero el silencio de su compañero lo alertó. Volvió su rostro hacia él.

—¿Qué pasa?

Billy miraba directamente al frente, con los ojos muy abiertos y tragando saliva nervioso. Al momento dio un codazo a su compañero para que volviese su vista al frente.

Roy dirigió la mirada hacia delante.

—¡Coño! —gritó dando un brinco en su asiento.

Una mujer se encontraba justo en frente del camión. Vestía un vestido largo gris oscuro, que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Su cabello rubio volaba hacia atrás por la corriente de aire.

Roy miró de un lado a otro, nervioso.

—¿De dónde ha salido? —preguntó nervioso.

Billy bajó su ventanilla, mirando de un lado a otro. Se encontraban en medio de la nada. El último pueblo lo habían dejado atrás hacía diez minutos.

—Señorita... ¿está bien? —preguntó confundido, con voz trémula.

La mujer sonrió y dio un paso al frente, ladeando su rostro hacia el hombre.

—Vosotros tenéis algo que me pertenece —susurró.

Acto seguido, y sin decir nada más, elevó su mano hacia el camión.

Roy y Billy gritaron cuando se vieron impulsados hacia arriba. Suerte que llevaban los dos el cinturón de seguridad, porque si no se hubiesen estrellado contra la luna.

El camión ascendió desde el suelo varios metros, elevándose como si se tratase de una pluma, mientras Agnes mantenía su mano elevada.

—¡Joder! —gritó Billy—. ¿Pero qué está pasando?

Ambos se sujetaron contra el salpicadero mientras veían como el camión se elevaba e incluso de inclinaba hacia delante, pudiendo observar claramente como aquella mujer mantenía su brazo elevado hacia ellos.

—Mierda —gritó.

Agnes cerró su puño y desplazó el brazo hacia la derecha con fuerza.

El camión salió disparado ladera abajo, chocando contra el suelo y comenzando a dar vueltas sin parar, descendiendo los metros que lo separaba hasta un pequeño riachuelo.

Se golpearon el cuerpo contra el salpicadero y el techo, luchando por mantenerse conscientes hasta que el camión se detuvo en la oscuridad, del

revés.

Roy se llevó la mano a la frente, luchando por no perder la consciencia. Giró su rostro hacia Billy, colgando hacia abajo, únicamente mantenido por el cinturón de seguridad.

—Billy —gimió llevando la mano hasta el hombro de su compañero. Billy estaba con los ojos cerrados. Tenía en su mejilla y en su frente unas brechas por donde sangraba bastante—. Billy —volvió a gemir con bastante miedo, mientras zarandeaba a su compañero inconsciente.

Se quedó totalmente estático cuando escuchó unos pasos lentos bajar por la ladera. Notó cómo la sangre se le helaba y el corazón iba a salirse de su pecho. Jamás había visto algo así. ¿Aquella mujer había movido su mano y el camión había salido disparado hacia atrás? Aquello debía ser una pesadilla.

Tragó saliva, quedándose totalmente quieto, apretando los labios para no gritar.

Agnes bajó la ladera y fue directamente hacia la parte de atrás del camión. No hizo ni falta que moviese su mano. Directamente las puertas traseras se abrieron.

Se colocó justo en frente, observando el interior oscuro.

—Ven a mí —susurró echando su mano hacia delante.

Al momento varios objetos salieron disparados hacia el exterior del camión, pero uno en concreto fue a reposar sobre su mano. Agnes sonrió al verlo.

Ahí estaba. El medallón, aunque aún no comprendía cómo había llegado hasta allí.

Lo colocó ante ella, observándolo. Brillaba con la luz de la luna.

Pudo escuchar los gemidos y lamentos de los hombres que aún permanecían en el interior del camión. No le importaban, lo que había venido a conseguir ya lo tenía.

Caminó despacio bajo la luz de la luna, guardando el medallón en uno de sus bolsillos. Su plan estaba saliendo perfectamente. Ya faltaba poco para poder lograrlo.

Dean frenó el todoterreno haciendo que derrapase. Christopher y él miraron de un lado a otro.

—Aquí no hay nada —dijo Christopher observando el GPS, donde un punto en verde marcaban el camión. Hacía casi cuarenta minutos que no se movía del sitio.

Bajaron del todoterreno, nerviosos, mientras extraían sus armas, mirando de un lado a otro.

—Tiene que haber algo —dijo Dean rodeando el coche—. El GPS lo marca aquí.

Era noche cerrada, las estrellas brillaban en el cielo, aunque la luz que desprendía la luna llena las ocultaba.

Christopher giró de un lado a otro hasta que algo lo alertó.

—Joder —susurró. Aunque estaba muy oscuro, podía intuirse que tras una pequeña ladera había un camión volcado—. Mierda —susurró mientras comenzaba a correr hacia allí—. ¡Dean!

Ambos corrieron, descendiendo la pequeña montaña, levantando una nube de polvo a su paso. El camión estaba volcado, con las puertas traseras abiertas.

—No, joder —dijo mientras se dirigía directamente a la cabina. Se agachó al lado y observó entre los cristales rotos de la ventana.

Dos personas permanecían inconscientes, con los brazos hacia abajo. Un charco de sangre se había comenzado a formar en el techo de la sangre que se vertía de los dos rostros.

Christopher abrió una de las puertas.

—Dean, por el otro lado —le ordenó.

Se metió en el camión y lo primero que hizo fue tomar el pulso a aquel hombre.

—Está vivo, pero tiene el pulso muy bajo.

Dean se metió por la otra puerta e hizo lo mismo.

—Este tiene el pulso bien —dijo mientras rodeaba su pecho con un brazo y con el otro le quitaba el cinturón de seguridad.

Christopher repitió la misma acción que Dean, soltando el cinturón de seguridad del conductor y soportando el peso de este al ceder hacia abajo.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó dejando al más joven sobre la tierra. Christopher llevó al otro, tumbándolo al lado, y automáticamente comenzó a tomarle el pulso a los dos—. ¿Se habrán salido de la carretera?

—Lo dudo —pronunció Christopher—. Hay que llamar a una ambulancia.

No, estaba claro que sería demasiada casualidad que justamente ese camión se hubiese salido de la carretera.

—Avisa para que vengan —ordenó a Dean mientras se ponía en pie para inspeccionar la zona.

Se dirigió directamente a la parte trasera del camión. Tenía las puertas abiertas y varios objetos se encontraban por el suelo.

Cogió una de las linternas que llevaba en el cinturón y lo iluminó todo.

El camión disponía de dos pequeños estantes a cada lado donde debían ir sujetas las cajas, que ahora se encontraban desperdigadas por el suelo e incluso fuera del camión.

Fue mirándolas hasta que una llamó su atención. Tenía el nombre en rotulador grueso, "Antigüedades Green". La caja de cartón estaba abierta. La cogió mientras se llevaba la linterna a la boca para sujetarla con los dientes, y enfocó en su interior.

Habían varios objetos envueltos, pero todos con un tamaño mayor al de un medallón. Depositó la caja en el suelo y observó alrededor. Ni rastro del medallón.

—Mierda —dijo saliendo del camión volcado.

Comenzó a rodearlo para dirigirse hacia donde se encontraba Dean, que estaba llamando a la ambulancia. Colgó el teléfono y echó su vista al frente, por donde venía Christopher.

—Llegarán en diez minutos —le informó.

Christopher alumbraba todo a su alrededor, nervioso.

—No está —pronunció con los labios apretados.

—¿Qué?

—El medallón... no está.

Ambos se miraron fijamente, conscientes de lo que aquello significaba. En ese momento, uno de los chicos que permanecía inconsciente recobró el sentido.

—Eh, hola, hola... —dijo Dean poniendo una mano sobre su pecho. Christopher se arrodillo a su lado—. Tranquilo, hemos avisado a una ambulancia, te pondrás bien.

Pero el muchacho se intentó incorporar con movimientos nerviosos sobre la tierra.

—Ehhh... cuidado —le previno Christopher, tumbándolo de nuevo—. Estate quieto, puedes lastimarte más.

—La mujer... la mujer... —comenzó a balbucear mirando de un lado a otro.

Christopher volvió a alumbrar todo alrededor, asegurándose de que estuviesen solos allí.

—Estamos solos.

—La mujer... nos... nos atacó.

—¿Qué mujer?

—La... la que hizo volar el camión.

Los dos se miraron de nuevo, conscientes de lo que aquel hombre les

relataba.

Christopher se puso en pie mientras extraía el teléfono de su bolsillo.

—Llamaré a Nicholas —dijo mientras se alejaba unos pasos de ellos y Dean se quedaba intentando calmar al joven, que no paraba de gritar asustado.

—Dime —contestó Nicholas.

Christopher apretó los labios y resopló.

—Lo tiene —dijo.

Hubo unos segundos de silencio hasta que escuchó como Nicholas comenzaba a gritar.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Me cago en...!

—No hace falta que vengáis. Ha atacado el camión. Hemos llamado a una ambulancia para que atiendan al conductor y al copiloto.

Nicholas se tomó un tiempo para pensar.

—Está bien —dijo con voz más calmada—. Adrien, da la vuelta —ordenó a su compañero de vehículo—. Christopher —volvió a referirse a él—. Dean y tú salid de ahí. Nos vemos en casa. ¿Scott está allí?

—Sí, se ha quedado controlando el local.

—De acuerdo. Hasta ahora.

Dicho esto colgó.

Christopher se dirigió de nuevo hacia Dean y se agachó al lado.

—Tenemos que irnos.

Dean asintió y cogió de la mano al hombre herido.

—La ambulancia está a punto de llegar. No te preocupes.

—No, espera...

—No te preocupes, no pasará nada.

Se levantó y lo observó durante unos segundos, debatiéndose en si dejarlos allí solos o esperarse a que llegase la ambulancia. De todas formas, era mejor que no los viesen allí o les harían preguntas.

—Vamos —exclamó Christopher—. Esperaremos a que lleguen en el todoterreno.

Subieron la ladera mientras escuchaban los lamentos del hombre, y aunque no pudieron evitar sentirse mal al dejarlos solos, esperaron en el todoterreno, vigilando que no se moviesen del lugar ni que nadie se acercase, hasta que vieron las sirenas de la ambulancia a lo lejos.

Christopher dio media vuelta y aceleró.

14

Cuando Christopher y Dean llegaron a casa, el resto de sus compañeros se encontraban en la oficina.

—Ya estáis aquí —pronunció Christopher mientras se quitaban la chaqueta.

—Acabamos de llegar —contestó Nicholas mientras se ponía tras la espalda de Adrien.

Adrien volvió a teclear en el ordenador.

—¿Qué hacéis? —preguntó Dean.

Taylor se situó al lado.

—La loba ha dicho que existían seis colgantes como ese por el mundo, necesarios para invocar a... a ese... —comentó de forma cómica—. Queremos ver si el resto pertenecen a alguna colección, o dónde podemos encontrarlos.

—¿Y bien? —preguntó Dean rodeando también a Adrien.

Este chasqueó la lengua.

—No pone nada de que estén en alguna exposición o un lugar donde encontrarlos.

Nicholas se pasó la mano por los ojos y se giró hacia Taylor.

—¿Cómo es que lo tenía Sandra?

Él se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero... ella trabaja con antigüedades.

—Debemos saber de dónde lo sacó.

Taylor dio un paso hacia atrás.

—De acuerdo, pues... pues voy a preguntárselo —dijo cogiendo las llaves del todoterreno que Dean acababa de dejar sobre la mesa.

—¿Ahora? —preguntó Nicholas girándose hacia él.

Taylor chasqueó la lengua y sonrió algo tirante.

—Sí, ahora... ¿algún problema? ¿Hay otra cosa que hacer? —preguntó dando pasos hacia atrás.

—No, pero es la una y media de la madrugada.

Taylor volvió a sonreír.

—Da igual, dudo que pueda dormir después de lo que ha pasado —se detuvo bajo el marco de la puerta y los saludó con la mano—. Hasta luego —se despidió antes de que sus compañeros dijese algo más.

Desde que habían abandonado el bosque, tras la conversación con los lobos,

lo único que quería era ir a verla. Necesitaba aclarar del todo aquella situación y, ahora, más que nunca, necesitaba estar a su lado.

Bajó hasta el garaje y salió derrapando del piso. Por suerte, ya la había llevado a su piso y sabía dónde vivía, y la planta y número la había sacado de la base de datos. Había pensado en llamarla primero al móvil, pero seguramente se negaría a que él fuese, así que lo único con lo que contaba era con el factor sorpresa. Suponía que le sería mucho más difícil echarlo de allí si se presentaba en su puerta.

Nicholas tenía razón, era muy tarde. Pero suponía que ella estaría nerviosa y no podría conciliar el sueño. Durante todas las horas que había pasado desde que le había acompañado a su local destruido, no había dejado de imaginarla caminando de un lado a otro de su piso, nerviosa.

Aparcó el vehículo frente a su portal y miró el alto edificio. Sabía que su piso era el cuarto segunda. Contó las plantas y se quedó observando la ventana. Había luz. Tal y como había pensado, estaría despierta. Lo que no estaba seguro es de si tendría la compañía de Hannah.

Bajó del vehículo y se dirigió al portal. Durante unos segundos dudó antes de llamar al interfono, quizá se estuviese precipitando, pero sabía que si no iba ahora, cuando ella lo necesitaba, se arrepentiría el resto de su vida.

No lo pensó más y pulsó directamente. Esperó mientras se metía las manos en los bolsillos, nervioso, hasta que escuchó como descolgaban el telefonillo.

—¿Sí? —preguntó temerosa.

—Hola, Sandra. Soy Taylor, ¿puedo subir? —preguntó directamente.

Sandra tardó un poco en responder. De todas las personas que esperaba, él era la última.

—Sí, claro. Sube —automáticamente la puerta hizo un clic, permitiendo el paso.

Taylor subió al ascensor. Al menos, ella le había abierto la puerta y no le había respondido de malos modos por el interfono. Debía de estar realmente asustada y preocupada por lo que había ocurrido.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, pudo ver como Sandra lo esperaba con la puerta entreabierta de su piso. Se había cambiado de ropa y llevaba un bata encima, suponía que debía llevar puesto el pijama debajo.

—Hola —pronunció asombrada de verlo allí, mientras Taylor se acercaba.

—Hola —respondió con una sonrisa.

Ella se removió inquieta.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó nerviosa.

Taylor se puso en frente de ella y ladeó su rostro.

—¿Estás sola? —ella miró hacia dentro del piso unos segundos y luego afirmó con su rostro—. ¿Puedo entrar? —preguntó.

Sandra se quedó pensativa y luego se echó a un lado.

—Claro, pasa —dijo mientras le invitaba con la mano.

El piso no parecía muy grande, pero estaba muy bien decorado. Nada más entrar tenía un pequeño recibidor que comunicaba con una espaciosa cocina. Más adelante, podía ver un hermoso comedor, perfectamente decorado, bastante moderno.

—Bonito piso —dijo volviéndose hacia ella.

Ella lo miró de reojo y sonrió mientras se abrochaba con más fuerza el nudo de la bata.

—Gracias —se puso frente a él y se encogió de hombros—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó entrando a la cocina. Fue directamente hacia la nevera y la abrió—. Tengo un par de cervezas, Coca-Cola, zumos...

—Una Coca-Cola está bien —dijo entrando en la cocina y apoyándose en el mármol.

Extrajo una lata y se la tendió junto con un vaso.

—Gracias.

Ella se apoyó de nuevo, contemplándolo.

—¿Y bien? ¿Habéis averiguado algo más? —preguntó nerviosa.

Taylor vertió el contenido en el vaso y tiró directamente la lata en una papelera.

—¿Nos sentamos aquí? —preguntó señalando la mesa con las dos sillas.

—Oh, no... espera... —dijo saliendo de la cocina—. Vamos al comedor, estaremos más cómodos —le ofreció.

Taylor la siguió. Había un enorme sofá frente a una televisión, pero no fue allí adónde lo condujo, sino hasta la mesa.

Se sentó y le ofreció la silla que tenía al lado.

Se le notaba que estaba nerviosa, con ansias de saber.

—¿Y bien? —volvió a preguntar.

Taylor se sentó con calma y luego se apoyó contra la mesa. Suspiró y la miró seriamente.

—Verás, ha habido otro robo...

Ella lo miró sin comprender

—¿Otro robo? ¿Han entrado otra vez en mi...?

—No, no... —dijo intentando calmarla—. ¿Te suena un medallón de bronce?

Lo habías enviado para la exposición de...

—Sí, sí, claro —dijo rápidamente.

Taylor suspiró.

—¿Cómo lo conseguiste?

Ella parpadeó una par de veces.

—Ah... mmmm... lo vinieron a vender al local.

—¿Quién?

—Una chica... no... no recuerdo su nombre. ¿Qué tiene que ver esto con el robo de mi local? —preguntó confundida.

—El camión en el que se transportaban los objetos para la exposición ha sido robado.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Se ha podido recuperar todo excepto el medallón.

Ella negó con su rostro, como si no comprendiese nada.

—No, no lo entiendo...

—El medallón no está —dijo de nuevo—. Por eso, necesitamos saber quién te lo entregó.

—Era una chica, joven... no, no sé, parecía querer deshacerse de él —dijo pensativa.

—Bien —dijo intentando calmarla—. ¿La empresa que lo transportaba es subcontratada?

—No, no... es un servicio del señor Akers —dijo mirando un punto fijo—. Él es el inversor. Él se encarga de todo eso.

Taylor se quedó observándola. Parecía estar en trance.

—¿Crees que se trata de una banda que trafica con obras de arte? —preguntó nerviosa—. ¿Crees que puede ser la misma pareja que estuvo el otro día?

—Eh, tranquila —dijo acercándose más—. Estamos sacando huellas, daremos con ellos.

Ella asintió y se quedó mirándolo fijamente. Luego ladeó su rostro hacia él, mirándolo con un gesto interrogante.

—¿Sacando huellas quiénes? —preguntó—. ¿El Pentágono? —Taylor suspiró—. ¿Trabajas para ellos?

Taylor se quedó unos segundos callado.

—Sí —dijo al final.

Sandra lo miraba sin pestañear.

—¿Sabes? Eso es lo que más me asusta —gimió—. ¿Por qué el Pentágono se

interesa por un robo en una simple tienda de antigüedades? —luego puso su espalda recta—. ¿Por eso viniste aquí?

—Sinceramente, no —pronunció lentamente, sin mirarla—. No es el asunto que me trajo aquí —ella apretó los labios y desvió la mirada hacia un lado—. Ni siquiera teníamos indicios o la más ligera sospecha de que algo así pudiese suceder. Pero... se trata de obras de arte. Ese medallón...

—Ya sé lo que es.

Esta vez fue él quien la miró confundido.

—¿Sabes lo que es?

—Es un Baphomet —dijo directamente, como si le diese una lección—. Lo usaban los masónicos y los illuminati para la brujería. Cualquier coleccionista pagaría cientos de millones por él —se pasó la mano por su rostro, angustiada—. Diossss... —gimió—. ¿El señor Akers está al corriente de lo que ha ocurrido?

—No lo sé —le susurró—. He venido para aquí antes de enterarme.

Bajó su rostro y se apoyó contra la mesa. Luego comenzó a gemir.

—Me iba a pagar una gran suma por la exposición... —Taylor colocó una mano en su espalda, intentando reconfortarla.

—No es culpa tuya, estas cosas pasan —Sandra suspiró y puso su espalda firme mientras se pasaba la mano por su rostro, intentando contener las lágrimas.

—El seguro no cubrirá el valor real de las obras de arte que se han destruido —pronunció agobiada—. Y el local... está destrozado —gimió de nuevo—. ¿Qué voy a hacer?

Taylor suspiró sin dejar de acariciar su espalda.

—Siempre puedes comenzar de nuevo. Te iba muy bien, y volverá a irte —intentó animarla.

Sandra giró su rostro hacia él y chasqueó la lengua. Finalmente asintió mientras apretaba los labios.

—Ya... —susurró al final. Se quedó observándolo unos segundos y luego se puso en pie—. Gracias por venir a informarme.

Taylor la miró sin comprender.

—Espera, no hemos acabado —pronunció con voz calmada.

Ella enarcó su ceja hacia él.

—¿Hay algo más?

Taylor se puso en pie.

—No sobre el robo... pero sí sobre nosotros.

Ella resopló y se removió inquieta.

—No hay un nosotros, Taylor.

—Claro que lo hay.

Ella suspiró y se dirigió directamente a la cocina, intentando huir de él, pero Taylor la siguió.

—No intentes huir de esta conversación —dijo bajo el marco de la puerta.

Ella se giró al lado de la mesa de la cocina.

—¿Quieres volver a hablar de eso? ¿Otra vez? —preguntó como si le retase

—. ¿Qué es lo que pretendes sacando esta conversación?

—Arreglar esto —dijo dando un paso hacia ella.

—No hay nada que arreglar. Te fuiste —gimió, y esta vez no pudo controlar el puchero—. Y no me das ninguna razón para que yo pueda comprender por qué lo hiciste —luego apartó la mirada de él y se cruzó de brazos.

—Ojalá pudiese decírtelo, Sandra... pero tampoco quiero mentirte. Solo quiero que sepas que... —dio un paso adelante—, que durante estos quince años no he dejado de pensar en ti ni un solo día —susurró.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y si es así por qué no llamaste? ¿Por qué no viniste antes? —preguntó desafiante.

—No pude. Hasta ahora.

Ella puso los ojos en blanco.

—Qué conmovedor... —se medio burló—. ¿Sabes cómo me sentí? —se señaló a sí misma—. ¿Quieres que te lo diga? —preguntó apretando los labios—. Estuve durante horas esperándote en aquel parque... horas —gimió—. Me preocupé por ti y fui a casa de tus padres, y la única respuesta que recibí fue que te habías marchado. No me dijeron nada más —Taylor dio un paso hacia delante, pero ella le detuvo con su mano y dio un paso hacia atrás, alejándose—. No, no te acerques... —gimió—. Estuve... —tragó saliva al notar su voz temblorosa—, estuve esperando durante días a que aparecieses por la puerta del colegio, y finalmente me decidí a ir a tu casa de nuevo, ¿y sabes lo que encontré? Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera tus padres estaban —se cruzó de brazos e intentó reprimir el puchero—. Durante meses iba al colegio cada día con la esperanza de verte aparecer por la puerta —se quedó pensativa unos segundos, con la mirada triste—. Luego comprendí que no volverías, que te habías ido. ¿Sabes lo que me dolió? —gimió hacia él. Taylor la observaba con una mirada entristecida—. Y... ahora apareces aquí, como si nada. Como si todo el dolor que yo sentí no te importase... como si nada

hubiese ocurrido...

—Yo no digo eso.

—Tenía solo doce años —gimió—. Doce. Y en vez de estar feliz, de salir a jugar con mis amigos... lo único que hacía era llorar, pasear por el parque, esperándote... —luego elevó su mirada hacia él—. Fuiste el primer chico del que me enamoré... —admitió al final—. Y el primero que me rompió el corazón.

Taylor se había mantenido totalmente estático, escuchándola, hasta que dio unos pasos hacia delante con la mirada fija en ella.

—¿Qué haces? —preguntó Sandra retrocediendo.

—Algo que debería haber hecho hace quince años —susurró antes de cogerla por la cintura y besarla.

Fue delicado, pero igualmente no le dio opción a separarse. Con un brazo la sujetó y con la otra mano la colocó tras su nuca para evitar que se apartase. Aunque al principio pareció sorprenderse, la delicadeza con la que la besaba la calmó y la relajó.

Aquellas palabras que había pronunciado con tanto sentimiento lo habían desarmado. Ya no había motivo para esperar, para intentar alejarse de ella. Siempre la había querido, desde niños, y no pensaba esperar un segundo más para besarla. Ya había esperado quince años y no iba a dejar pasar ni un segundo más.

Notó cómo Sandra se relajaba cada vez más, hasta que finalmente rodeó con sus brazos su cuello, sujetándose a él.

La hizo girar para apoyarla contra el mármol de la cocina, sin apartar sus labios de los suyos.

Se había prometido a sí misma que no sucumbiría, que sería fuerte... pero ya lo había sido suficiente tiempo. Él había sido su primer amor y la había marcado para siempre, ¿por qué resistirse más? Él era todo lo que siempre había deseado, y por la forma en la que la besaba le hacía sentir que ella también lo había sido para él. Por muy enfadada que estuviese, por muy dolida, no podía resistirse a lo que realmente sentía.

Taylor abandonó sus labios para comenzar a bajar por su cuello mientras acariciaba su cintura y escuchaba como la respiración de ella se aceleraba.

Había deseado besarla desde que tenía trece años, y ahora que lo había conseguido, que podía tenerla para él, no iba a desaprovechar la ocasión.

La cogió por la cintura y la sentó en el mármol, haciendo presión con su cadera para que ella abriese las piernas y poder acercarse más.

Acarició su cuello con la palma de su mano mientras deslizaba sus labios hacia su oreja, y luego le hizo girar su rostro para atrapar sus labios de nuevo, con una pasión renovada, con más agresividad.

Sandra entrelazó sus dedos en su cabello negro. Aquello era lo más maravilloso que había experimentado nunca. La dulzura, la pasión y la agresividad que se entremezclaban en sus movimientos le hacía perder prácticamente la cabeza.

Taylor abandonó unos segundos sus labios mientras acariciaba su mejilla, observando como ella permanecía con sus ojos cerrados, hasta que finalmente los abrió, encontrándose esos maravillosos ojos grises a pocos centímetros de ella.

Que la matasen si no estaba perdidamente enamorada de ese hombre.

Taylor volvió a descender hacia sus labios, llevando las manos hacia el cinturón de su bata, desabrochándolo sin problemas. Debajo llevaba un fino camisón amarillo.

Sandra parecía igual de enloquecida que él, como si quisiesen recuperar todo el tiempo perdido, y llevó directamente sus manos hacia su camisa, desabrochando el primer botón.

Aún seguía molesta, enfadada... en ese momento nada importaba excepto recuperar el tiempo perdido para los dos.

Cuando llegó al último botón de su camisa, Taylor apartó las manos de su cintura y se la sacó del pantalón. En pocos segundos su camisa se encontraba en el suelo y sus manos ascendían por sus piernas desnudas, masajeándolas.

La cogió por la cadera y la elevó para que ella lo rodease con sus piernas. La cogió en brazos y salió con movimientos acelerados de la cocina. Ambos sabían lo que iba a ocurrir, a lo que llevaban aquellos besos tan apasionados, pero la idea de hacer el amor con ella en la cocina no era lo más le atraía en aquel momento.

—¿Por dónde está tu...? —preguntó entrando en el comedor con movimientos enérgicos.

—Por el pasillo —pronunció ella entre beso y beso—. La segunda puerta a la derecha —logró decir antes de que él atrapase sus labios de nuevo y volviese a caminar con ella en brazos.

Dentro de la habitación había oscuridad, aunque la luz que llegaba del comedor le permitía observar las siluetas de los muebles y de la cama.

No esperó un segundo antes de ir hacia el colchón y dejarse caer con ella. La dejó con suavidad y se puso encima, besándola de nuevo.

En aquel momento no hacían falta palabras, solo caricias. Comenzó a subirle el camisón con lentitud, recreándose mientras en la suavidad de la piel que iba rozando, en cómo esta se erizaba ante su contacto.

La desnudó lentamente, consciente de todo el tiempo que había esperado a que llegase ese momento, de todo el tiempo que había tenido que esperar para tenerla entre sus brazos, viviendo cada uno de los segundos que estaba allí, junto a ella, como único.

Sandra colaboraba en todo lo que él le pedía con sus movimientos. Pasó una mano por su pecho desnudo, notando cómo sus músculos se contraían ante su contacto, cómo parecían entrar incluso en tensión ante sus caricias.

Taylor se acabó de desnudar, colocándose encima de ella. Si aquella tarde, cuando se encontraba con ella en el local, le hubiesen dicho que acabaría así, no se lo hubiese creído.

Sandra se abrazó a él mientras acariciaba su espalda, mientras notaba cómo él se internaba entre sus piernas.

Taylor besó su cuello mientras acariciaba su pierna, mientras notaba cómo las manos de ella circulaban libres por su espalda y su pecho, cómo se revolvía bajo su cuerpo, ansiando un mayor contacto.

Se colocó en posición y comenzó a introducirse en ella lentamente. Se puso erguido mientras se apoyaba sobre sus brazos para observarla. Eran tan preciosa, tan tierna y... tan apetecible.

Comenzó a moverse sobre ella mientras escuchaba sus gemidos cada vez más fuertes. Sandra apretó sus hombros cuando él inició unos movimientos más agresivos, cuando un placer que no había conocido hasta ahora se iba apoderando de ella.

La besó con locura fundiéndose con su cuerpo, abrazándola, hasta que ambos perdieron la conciencia del tiempo y la cordura.

15

William Akers entró en su hogar, pegando un portazo, y fue a paso apresurado hacia su despacho. Robado, le habían robado.

Se apoyó contra la pared totalmente desesperado. ¿Qué más le podía pasar?

Se dirigía a su butacón cuando de reojo pudo observar algo que llamó su atención. Dio un brinco hacia atrás cuando comprobó que Agnes permanecía sentada sobre un enorme sofá de cuero marrón chocolate, medio tumbada, con una copa de vino en la mano.

Se incorporó con una sonrisa y le mostró la copa.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa.

William dio unos pasos hacia atrás, asustado, intentando calmar los latidos de su corazón.

—Calma, William —susurró ella con voz melosa, sin siquiera mirarle, sino observando fijamente el medallón que tenía entre sus manos—. O conseguirás que te dé un ataque, ya te lo dije, y así no me servirás de nada —continuó bajando los pies del sofá y poniéndose en pie.

—¿Qué? ¿Qué quieres ahora? —preguntó poniendo el escritorio entre ambos.

—¿Cómo llevas mi encargo? —caminó hacia él con gestos insinuantes.

—Estoy... estoy con ello —tragó saliva.

—No veo que avances —pronunció sentándose sobre la mesa, con gesto algo triste—. ¿Ocurre algo?

William llegó hasta su butacón aunque no se sentó, solo se puso detrás, sujetándose a él, como si así pudiese protegerse.

—No... es... solo que estoy con ello. Es difícil dar con unas personas en una ciudad tan grande —susurró.

Agnes removió unas hojas que tenía sobre el escritorio, como si estuviese interesada en ver las cosas que hacía.

—¿Necesitas más hombres? —preguntó mirándolo fijamente.

—Yo... bueno, cuantos más hombres, mejor.

—¿Te obedecen? —preguntó poniéndose en pie.

William se removió inquieto al ver que pretendía rodear la mesa para acercarse.

—Sí, sí me obedecen. Todos.

Ella se quedó quieta y asintió.

—Bien, me alegro —luego se encogió de hombros—. ¿Cuántos hombres más necesitas?

—Ahhh...mmmmm...

—¿Treinta? —William la observó nervioso—. ¿Cincuenta? —él tragó saliva—. Tendrás cincuenta hombres más mañana por la mañana. Aquí.

William aceptó, aunque su mirada, durante unos segundos, se desvió a la mano de ella donde sujetaba un colgante. Se quedó totalmente estático.

—Ese... ¿ese es el colgante que...?

—Ah, sí —dijo mostrándoselo, como si no recordase que lo llevaba ahí. Se encogió de hombros sonriente—. Te lo he cogido prestado, supongo que no te importará, ¿verdad?

William negó con su rostro mientras notaba cómo todo su cuerpo temblaba.

—Los conductores del camión han... han resultado heridos de...

—Están vivos —exclamó ella—. ¿Sabes? Con mi poder podría acabar con la vida de quien quisiera con solo chasquear los dedos —dijo mostrándose la mano—, pero... he decidido que viviesen. No tienen por qué morir más inocentes, ¿verdad? Ya han muerto demasiados —pronunció con la mirada clavada en él, y en ese momento echó la mirada a la fotografía que él tenía de su hijo sobre el escritorio.

William asintió mientras notaba cómo una gota de sudor frío comenzaba a resbalar por su mejilla.

—He... he puesto una denuncia por el robo de ese colgante...

—No te preocupes, William —dijo quitándole importancia—. Nadie sabrá que lo tengo yo. Tú no se lo dirás, ¿verdad? —ironizó.

—No, por supuesto que no —reaccionó rápidamente.

—Bien —luego miró a su alrededor—. ¿Tienes el arma que te entregué? —William afirmó directamente, lo cual hizo que ella aumentase su sonrisa—. De acuerdo, recuerda el encargo que tienes y cuál es tu recompensa. Pero date prisa —pronunció con voz más seca—, porque mi paciencia se agota.

—Claro, lo haré. Mañana mismo... —se quedó callado cuando observó como su figura se diluía en una niebla, dejándolo totalmente solo en su oficina. Tardó unos segundos en relajarse, en que su respiración se ralentizase y las pulsaciones de su corazón disminuyesen. Aquella mujer, a pesar de ser la mujer más hermosa que había visto nunca, le ponía los vellos de punta. — ¡Mark! —gritó hacia la puerta.

Segundos después, su responsable de seguridad entraba por la puerta, con la mirada fija y la espalda erguida. Sabía que aquella mujer, con esos poderes,

debía de haberles hecho algo a sus hombres, porque era como si tratase con robots.

—¿Sí, señor? —preguntó totalmente firme.

William rodeó su escritorio y se sentó poco a poco en su butacón.

—Mañana vendrán más hombres para formar parte de la seguridad de esta casa —explicó, luego abrió un cajón y extrajo la carpeta que Agnes le había entregado hacía unos días, con las fotografías de aquellos cazadores, de los hombres que habían asesinado a su hijo. La abrió y comprobó que estuviesen todas. Las había mirado tantas veces que se sabía aquellos rostros de memoria —. Haz fotocopias y distribúyelas entre todos tus hombres —se la entregó y lo miró fijamente—. Encontradlos.

Taylor pasó una mano sobre la mejilla de Sandra, plácidamente dormida.

Los rayos del sol se adentraban por la ventana a través de las cortinas abiertas. Hacía un bonito día soleado. Se acercó más a ella y la besó en los labios. Iba a abrazarse cuando el móvil de Sandra comenzó a sonar.

Ella se estiró y lo primero que vio fueron aquellos fantásticos ojos grises, observándola divertidos. Se quedó quieta unos segundos, rememorando todo lo que había ocurrido la noche anterior. Habían hecho el amor y luego él se había quedado a dormir.

Se incorporó de inmediato sobre la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó asustada.

Taylor rio mientras se incorporaba sobre la cama.

—Está sonando tu móvil —pronunció divertido.

Se giró de inmediato y lo cogió. Se pasó repetidas veces la mano nerviosa por su rostro mientras miraba a Taylor de reojo. Había pasado la noche allí, con ella.

—¿Vas a contestar? —preguntó Taylor poniendo una mano en su hombro.

Ella asintió y miró la pantalla. Se trataba de Hannah.

—¿Sí? —preguntó llevándose el teléfono al oído.

—Hola, hola... —dijo Hannah nerviosa al otro lado del teléfono—. Me tenías preocupada... —gimió—. ¿Dónde estás? Habíamos quedado a las nueve para recoger el local.

—¿Qué hora es? —preguntó alarmada.

Directamente miró a la mesita donde su reloj marcaba las nueve y veinte.

—Oh... Hannah, lo siento —susurró con voz arrepentida—. Me he quedado

dormida.

—Eh, eh, tranquila, no pasa nada. Me tenías preocupada porque no vinieses, solo eso...

—Ahora mismo voy para allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —pronunció con paciencia.

—Y te invito a desayunar en la cafetería...

—Ya me he tomado un café —pronunció risueña.

—Pues nos tomamos otro —respondió mirando de reojo a Taylor, que se había apoyado contra el respaldo de la cama, dejando al descubierto su pecho. ¡Madre de Dios! Aquellas eran las mejores vistas que jamás había tenido—. Ahora voy —pronunció mientras tragaba saliva.

Colgó y depositó el móvil en la mesita.

—Tengo que ir al local. Ayer quedé con Hannah en que comenzaríamos a recoger y... necesitaría la denuncia para comunicarlo al seguro, pero... ¿quién me la da? ¿La policía de Calgary o tú?

Taylor asintió mientras se incorporaba y cogía su mano.

—Te la daré yo —dijo tiernamente, mientras acariciaba la palma de su mano.

Se quedaron mirando un segundos, fijamente, con unas sonrisas tímidas.

—Oye —Taylor ladeó su rostro y se acercó para sentarse a su lado, sin soltarle de la mano—. ¿Te apetece ir a comer? —preguntó con una sonrisa.

Ella sonrió y apartó la mirada de él. Lo de aquella noche había sido espectacular, era algo que se debían mutuamente. Antes de quedarse dormida, sus dudas habían comenzado a atormentarla. De acuerdo, podía perdonar que se hubiese marchado de pequeño, al fin y al cabo tenía razón, por mucho que le doliese, él solo era un crío. También podía dejar pasar que si él decía que le importaba tanto, y afirmaba que no había podido olvidarla durante todos estos años, no le hubiese buscado los últimos quince... todo eso podía dejarlo a un lado. Pero ahora... ahora él había vuelto, y por lo que le había dicho, se marcharía de nuevo en pocas semanas. Cierto que estaría en Banff, a poco más de una hora y media de allí, pero... hasta ese momento él no había ido nunca a Calgary. Volvería a alejarse de ella. Podía superar una pérdida, ¿pero dos? Su corazón no lo soportaría. Debía dejarlo todo lo más claro posible antes de que se hiciese ilusiones. Él parecía interesado de verdad, y no le daba la sensación de querer pasar una noche solo con ella, pero no quería hacerse ilusiones.

—De acuerdo —dijo apartando la mirada de él.

—Perfecto —se acercó y la besó en la mejilla. Se levantó de la cama con

vitalidad, algo que la sorprendió. Ella, muy al contrario, por las mañana iba arrastrándose por las esquinas. Después de la ingesta de café comenzaba a ser persona.

Observó como Taylor cogía su ropa interior, sus pantalones y camisa y la miraba con una sonrisa.

—¿Puedo darme una ducha?

¿Cómo podía estar tan sonriente de buena mañana?

—Sí, claro —dijo levantándose poco a poco, tapándose con la sábana parte de su cuerpo y buscando dónde había dejado su ropa.

—¿Te la das conmigo? —ella se giró y parpadeó un par de veces. Por Dios, a aquella hora de la mañana, recién despierta, le costaba procesar.

—¿Qué? —preguntó pestañeando repetidas veces.

—¿Que si te das la ducha conmigo? —dijo alzando las cejas repetidas veces en actitud divertida.

Aquel gesto le hizo sonreír. Aquello era buena idea, seguramente se despejaría bastante.

—Vale —dijo encogiéndose de hombros como si nada, buscando aún su ropa por el suelo.

—Si buscas tus bragas... —dijo dando un paso hacia la mesita—, están aquí —dijo cogiéndolas de encima del joyero.

Ella sonrió tímidamente.

—Sí, ya veo, gracias...

—El sujetador está en la otra mesita.

Ella miró en aquella dirección con una ceja enarcada. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Es que se había dedicado a lanzar su ropa, mientras la desvestía, al otro extremo de la habitación?

—Veo que las tienes muy localizadas... —pronunció mientras se dirigía a la otra mesita para coger el sujetador.

—Está todo controlado.

—¿Pero cómo han llegado hasta aquí? —preguntó divertida.

—Cuando te lo quité lo lancé lejos...

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Eso ya lo veo, pero... ¿por qué?

—Para que te pasearas desnuda por la mañana —y lo dijo con toda la naturalidad del mundo—. ¿Vamos a la ducha? —insistió ante la mirada sorprendida de ella. Se giró y entró en el aseo sin esperarla.

Sandra ladeó su rostro mientras lo veía entrar en el aseo, sin preocuparse por

estar enseñándole todo el trasero. La verdad es que desde aquel ángulo tenía unas buenas vistas.

Sonrió cuando lo vio abrir la mampara. En aquellos momentos recordó por qué se había enamorado él. Tenía esa actitud tan divertida, tan sincera y provocadora a la vez... de pequeño era igual, pero ahora debía confesar que le atraía mucho más que antes. Sobre todo después de lo que habían vivido juntos aquella última noche.

Quizá fuese el momento de abandonar todo el dolor y el sufrimiento y arrojarse a los brazos de la felicidad.

—¿Vienes? —preguntó Taylor desde dentro de la ducha.

—Voy —dijo arrojando de nuevo su ropa al suelo y acelerando su paso con una felicidad renovada.

Tras la ducha habían desayunado en la cocina y a las diez estaban saliendo por la puerta de su casa. Pocos minutos más tarde, Taylor aparcaba el vehículo frente a la puerta de su piso.

Se bajó del todoterreno, igual que ella, y lo rodeó para ir a su encuentro.

—Luego me pasaré a ayudaros —dijo señalando el local.

—Vale —respondió ella sonriente.

Se miraron de nuevo y Taylor ladeó su rostro. Con solo mirarla los latidos de su corazón aumentaban.

—Oye... lo de esta noche... —ella se removió tímida, hecho que le hizo sonreír a él con más intensidad—. Ha sido increíble.

—Sí... —susurró ella vergonzosa. Se mordió el labio y lo miró.

Ella se encogió de hombros y suspiró.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

Taylor la miró seriamente, comprendiendo lo que ella quería decir, aunque al momento se dio cuenta de la duda que atravesaba sus ojos.

—Seguramente estaré un par de semanas antes de volver a Banff... —pronunció con voz tierna—, pero estaré a una hora y media solo —se encogió de hombros—. No es mucho —sonrió con más fuerza. La cogió de su brazo y la acercó para besarla—. Esta vez no te me escapas —continuó antes de besarla.

Sí, aquello era lo único que ella necesitaba oír, tener la certeza de que para él aquella noche también significaba algo más.

—No tardaré mucho en ir —dijo después de separarse.

Ella asintió y se giró para dirigirse al local, que tenía la puerta abierta.

Se quedó contemplándola hasta que la vio entrar. Fue hacia su piso y, nada

más entrar, cerró la puerta y suspiró. Sí, ella era la mujer que había amado siempre, desde niño, y al fin el destino le había dado la oportunidad que había ansiado durante tantos años. No pudo evitar sonreír.

Elevó la mirada y se encontró a Nicholas y Adrien, de brazos cruzados, a pocos metros de él, mirándolo fijamente con una sonrisa en su rostro.

—Míralo, jefe —pronunció Adrien dándole un pequeño codazo a Nicholas—. Está feliz.

—Muy feliz —remarcó su jefe con una sonrisa hacia Taylor, que los miraba vergonzoso. Menudo momento para encontrárselos, sonriendo como un bobalicón apoyado contra la puerta.

—Y después de no pasar la noche aquí, eso solo puede significar una cosa... Taylor ha...

—Ohhhh... ¡cállate Adrien! —protestó Taylor interrumpiéndolo mientras avanzaba hacia ellos. Pasó por su lado, ante la mirada divertida de sus dos compañeros, y fue directamente al ascensor.

—¿Se ha arreglado todo con ella? —preguntó Nicholas entrando al ascensor y pulsando el botón de la tercera planta.

Taylor los miró de reojo, parecía que los dos esperaban con ansias una respuesta.

—Sois unos marujas... —susurró. Luego se removió nervioso—. Sí, ya está todo arreglado.

—¡Bien! —exclamó Adrien dándole una golpe en la espalda a modo de felicitación.

—Eh, tío... ¿pero qué te pasa? Últimamente no paras de darme palizas...

—No te quejes, es una palmadita de nada.

—A ver si la próxima vez te la voy a devolver —le amenazó mientras las puertas del ascensor se abrían y avanzaban hacia la oficina, donde se encontraban el resto de sus compañeros.

Taylor resopló y puso los ojos en blanco cuando todos lo recibieron con aquellas sonrisas.

—Eh, ya está aquí —pronunció Christopher. Luego alzó su dedo pulgar en señal de Ok—. Muy bien chaval, así me gusta...

Nicholas rio mientras se acercaba a sus compañeros.

—Sí, ahora está de mejor humor.

Scott le guiñó el ojo en actitud de complicidad.

—Ya hemos visto que todo muy bien con Sandra, me alegro.

—Como para no estarlo... —continuó con la broma Adrien—. Acaba de llegar

ahora, y son las diez y cuarto de la mañana —dijo mostrándole su reloj de muñeca.

—Quita —dijo apartando el brazo de delante suyo, luego miró a Scott con una ceja enarcada—. ¿Qué quieres decir con que ya habéis visto que todo muy bien con Sandra?

Todos lo miraron con una sonrisa y Christopher puso una mano en la pantalla del ordenador.

—Cazado —luego señaló hacia la cámara de seguridad que tenían instalada en la ventana.

Taylor llevó una mano hasta su frente y la arrastró por su rostro en actitud de agobio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Adrien.

—Mira... —dijo Christopher echando hacia atrás la grabación, donde se veía cómo él aparcaba el todoterreno frente a la puerta y ambos bajaban. Lo rodeaban y, tras decirse unas palabras, se besaban.

—Ooooh —dijeron todos a la vez, como si la imagen les enterneciese.

—Eh, oye... ¡quita eso! —dijo apartando a sus compañeros.

—La grabación se guarda en el disco duro —dijo hacia Taylor guiñándole el ojo.

—No me fastidies —susurró con cierto enfado.

—Díselo al jefe, son sus órdenes —señaló hacia Nicholas.

Taylor lo miró fijamente, hasta que Nicholas sonrió.

—La grabación se queda ahí. Nunca sabemos si vamos a necesitar algo de ese... minuto.

—Ya, claro, seguro. Sois todos unos depravados... —pronunció en un susurro, dirigiéndose hacia su asiento—. Bien, y... ¿ha ocurrido algo?

—¿Te refieres a mientras estabas con Sandra? —preguntó Christopher, haciendo que él pusiese los ojos en blanco—. No, nada de nada. Todo en calma.

—Igualmente, dudo que los lobos se acerquen de nuevo por aquí —dijo Scott. Taylor se apoyó en la mesa.

—Sandra me ha pedido la denuncia, quiere pasarla al seguro —dijo mirando a su jefe.

—Llama tú mismo al Pentágono, explícale a Jones lo que ha ocurrido y que redacten una denuncia.

—¿Yo?

—¿Algún problema? —preguntó Nicholas.

—No, yo... ninguno, es solo que pensaba que querrías hablar con él. Al fin y al cabo, tú eres el jefe de esta...

—Hablo cada semana con él para informarle.

Taylor se encogió de hombros.

—De acuerdo, ¿y lo del seguro? ¿La indemnización?

—Recursos humanos pagarán una buena suma por los desperfectos del local.

Sí, lo mejor era que cuando ocurrían estas cosas, el mismo Pentágono pagaba los desperfectos, por lo tanto las compañías de seguro no hacían investigación ninguna. La compañía no se enteraba del suceso, y los ciudadanos estaban contentos con el dinero. Sobre todo lo hacían cuando había vídeos que deseaban esconder y que obviamente una compañía de seguros pediría si se diese un parte como aquel.

—¿Y del medallón? ¿Qué sabemos? —preguntó Taylor.

Nicholas se cruzó de brazos.

—El señor Akers, el inversor, puso una denuncia por la noche en comisaría por el robo del colgante. En el atestado pidieron una ampliatoria, quieren la declaración de Sandra.

Taylor asintió.

—Es normal —dijo pensativo—. La acompañaré luego. Oye... —dijo mirando a Nicholas intrigado—. ¿No crees que nos iría bien tener a alguien infiltrado en la comisaria? Me refiero a... Josh se infiltró para controlarlo todo mejor, y Sean está de forense.

—Sí, lo había pensado —dijo Nicholas—. Pero tampoco serviría de nada infiltrarse aquí si en breve nos tenemos que ir a Banff. Pero sí, lo tengo en mente. Quizá cuando volvamos alguno de nosotros podría hacerlo —observó de reojo a sus compañeros—. Christopher, ¿cómo lo ves?

—Bien, no me importaría —dijo encogiéndose de hombros.

—Perfecto —dijo volviendo de nuevo su atención hacia Taylor—. Y ahora, al tema...

—¿Qué tema? —preguntó enarcando una ceja.

—¿Qué te explicó Sandra sobre el colgante? ¿Recuerda quién se lo dio?

Durante unos segundos había pensado que le sacarían de nuevo el tema de que había pasado la noche fuera.

—Sí, dice que lo consiguió hace unos días. Se lo compró a una chica joven, parece ser que le dijo que era una reliquia familiar, que parecía deseosa de deshacerse de él.

—¿No recuerda el nombre?

—No, pero se lo volveré a preguntar, quizá lo tenga apuntado o algo — Nicholas asintió—. También sabe de lo que se trata —todos lo miraron sorprendidos—. En sentido histórico —remarcó—. Según ella, es como una obra de arte, la usaban los masónicos e illuminati para ritos de brujería.

Nicholas suspiró y se cruzó de brazos.

—Estoy pensando... —continuó Christopher—. Las novias de Jason y Ryan, de Nueva York, estudiaban historia del arte, ¿no? —todos centraron su mirada en el—. Quizá ellas sepan algo más o puedan averiguarlo, de todas formas en la web del Pentágono no explican mucho sobre eso.

—Sí, buena idea... —dijo Nicholas cogiendo su móvil—. Llamaré a Samantha. A ver si están juntas.

Todos se pusieron alrededor con sonrisas. Samantha había sido como una hermana para todos ellos, concretamente para Nicholas. La noche que la vio por primera vez la encontró escondida en un armario, huyendo de los vampiros y descubriendo por primera vez su poder como potenciador.

Había perdido a toda su familia a manos de los vampiros. Ellos se habían convertido en su familia durante los siguientes años, le habían enseñado a usar sus poderes, le habían hecho compañía y la habían protegido. Años más tarde, cuando ya se había licenciado en el Pentágono, la habían llevado con ellos a hacer las prácticas en Nueva York. Aquella se había convertido en su familia ahora. Había encontrado de nuevo a una familia y a un hombre que la quería con locura.

—¡Nicholas! —dijo Samantha con felicidad al otro lado de la línea—. ¡Qué sorpresa! Iba a llamarte en un rato... —rio ella.

—¿Ah sí? —preguntó sorprendido.

—Sí —luego escuchó que hablaba con más gente—. Sí, es Nicholas.

—¿Quién hay por ahí? —preguntó mientras miraba a sus compañeros.

—Estoy con Nathan y Josh —respondió.

—Holaaaaaaa —escucharon que gritaban por el otro lado de la línea.

—Holaaaaa —respondió Nicholas.

—Ehhh... no me grites en la oreja —se quejó ella—. Luego te paso con ellos si quieres, pero hay algo que quería decirte... por eso quería llamarte.

Nicholas puso su espalda recta.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado.

Todos los compañeros se acercaron a él, intrigados.

—Sí, ha ocurrido algo... —pronunció ella—. Vas a ser tío —comenzó a reír.

Nicholas pestañeó varias veces y luego miró a sus compañeros, como si no

comprendiese lo que ella le decía.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor.

Nicholas parecía estar en estado de shock.

—¿Qué? —preguntó hacia el teléfono aún sin comprender.

Samantha comenzó a reír.

—Está en shock —dijo hacia Nathan y Josh, que comenzaron a reír. —¡Que vas a ser tío!

—gritó de nuevo—. Estoy embarazada, Nicholas.

Todos los compañeros lo miraban intrigados, ansiosos porque le explicase el motivo de su aturdimiento.

—¿Qué pasa? —volvió a insistir Taylor de los nervios, aunque se sorprendieron cuando Nicholas comenzó a reír, como si le hubiese dado un ataque de risa—. ¿En serio? —preguntó hacia el teléfono.

—¡Sí!

—¿De cuánto? —preguntó.

—¿De cuánto qué? —preguntaron sus compañeros desesperados.

—De dos meses —susurró ella.

—Vaya, vaya... —decía sorprendido, pasándose la mano por el cabello. Luego miró a sus compañeros—. Samantha está embarazada.

Todos abrieron los ojos incrédulos.

—¿En serio? —comenzaron a gritar, y al momento comenzaron a pelearse para coger el teléfono.

—¡Eh! ¡Quietos!

—Sammm —gritó Christopher—. Dile a Nathan que se ponga... ¿qué es eso de que estás embarazada? —amenazó.

Nicholas le quitó el teléfono casi dándole un puñetazo.

—Oye, dile a Christopher que se tranquilice —rio Samantha—, que no soy una niña...

Nicholas lo empujó hacia atrás.

—Déjalo, le ha salido la vena de hermano protector.

—¿Pero está embarazada de verdad? —preguntó Christopher de nuevo—. Pero... pero... —decía totalmente sorprendido.

—Christopher está en shock —dijo hacia el teléfono, divertido—. ¿Tú cómo te encuentras?

—Estoy perfecta, y la verdad es que muy contenta —dijo muy feliz.

—Sí, claro, normal. Nosotros también —dijo mirando de reojo a Christopher.

—Ey, ey... —interrumpió Taylor—, vamos, dame... —dijo comenzando a

quitarle el teléfono.

—Sam, te paso con...

—Holaaaaa —dijo Taylor por el teléfono, separándose un poco de sus compañeros—. ¡Estás embarazada! —gritó mientras Nicholas ponía los ojos en blanco.

—¡Hola, Taylor! —respondió Sam, igualando a su voz.

—¡Muchísimas felicidades!

—Muchas gracias —rio ella—. Oye, ¿Christopher está mejor?

Taylor se fijó en que Christopher estaba pensativo, de brazos cruzados, meditando sobre la noticia.

—Ya lo encajará, eras la niña pequeña... —bromeó Taylor—. Me parece que le cuesta digerirlo —Samantha volvió a reír—. Oye, ¿Nathan está por ahí?

—Sí, aquí está, ¿quieres hablar con él?

—Sí, sí, pásamelo.

Adrien se acercó a él con un movimiento rápido.

—Pásamela —le pidió ansioso.

—Te esperas —dijo dando un paso atrás.

—Hola, Taylor —dijo Nathan al otro lado de la línea.

—Hola, felicidades futuro papá.

Nathan sonrió.

—Muchas gracias.

—¿Estáis ilusionados? —preguntó Taylor.

—Sí, claro, mucho. Samantha tenía ganas de formar una familia y... bueno, yo también, así que los dos encantados —dijo con voz alegre.

—¿Qué prefieres? ¿Niño o niña?

Nathan rio más fuerte.

—Pues no lo sé... me da igual.

Taylor se quedó unos segundos en silencio, pensativo.

—Qué bonito, tío... vas a tener una personita que será tuya... —en ese momento todos los compañeros miraron a Taylor con una ceja enarcada—. La cuidarás y la protegerás toda tu vida... —susurró con un tono meloso.

—Sí, ya...mmmmm...

—Tiene que ser precioso ver sus primeros pasitos, sus primeras palabras...

—Sí... mmm... tenemos muchas ganas.

—Quita —dijo Adrien quitándole el teléfono—. Hola, Nathan.

—¿Adrien?

—Sí, ¿qué tal? ¡Felicidades!

—Muchas gracias... oye... ¿qué le pasa a Taylor? Estaba... no sé, como muy... emocionado.

—Ya, Taylor... —luego miró a su compañero—. Está sensible —bromeó—. Se ha enamorado y... ya sabes.

—¿En serio? —rió Nathan—. Eso me lo tienes que explicar. ¿Y el resto cómo estáis?

—Pues la verdad es que muy bien.

—Oye, pues cuando nazca tenéis que escaparos y venir a hacernos una visita.

—¿Acaso lo dudas? Samantha es como nuestra hermana.

—Lo sé, lo sé...

—Y tío, la has dejado embarazada —bromeó.

Christopher volvió a removerse inquieto.

—Sí, culpa mía —admitió, y luego se echó a reír.

—Bueno, pues... oye, vamos llamando y nos informáis de cómo se encuentra, eh.

—Sí, sí, por supuesto. Me alegro de hablar con vosotros.

—Y nosotros contigo. Dale un abrazo a toda la división.

—Se lo daré.

Dicho esto colgó, con una sonrisa en sus labios.

—Qué fuerte... —pronunció dejando el teléfono sobre la mesa.

—Vamos a ser tíos —exclamó Taylor. Luego torció su rostro hacia Christopher—. Chris... ¿y a ti qué te pasa?

Él se removió inquieto y se encogió de hombros.

—No, nada... es que... la veo muy joven.

—No seas idiota —le cortó Taylor. Luego se quedó pensativo y miró hacia Nicholas, que permanecía sonriente—. Oye, ¿no habías llamado tú por algo?

—Mierda —susurró—. Tenía que preguntarle por el colgante. Pásame el teléfono otra vez —dijo extendiendo su brazo hacia Taylor.

16

Nada más entrar por la puerta, Hannah había comenzado a repetir una única palabra.

—Café, café, café...

—Vale, vamos —dijo saliendo por la puerta tal y como había entrado.

Cerraron la puerta, encajándola, y se quedó observando su local. Habían tapiado el escaparate con maderas y plástico. Estaba irreconocible.

—He recogido un poco el despacho —explicó mientras avanzaban por la calle.

—Hay mucho que hacer —suspiró—. Le he pedido a Taylor que me traiga la denuncia, para pasarla al seguro.

—Genial, a ver si nos pagan una buena cantidad y podemos dejarlo como estaba —Hannah la miró de forma sospechosa—. ¿Has hablado con Taylor?

—Sí —dijo mientras cruzaba la calle.

—¿Cuándo?

—Ahora te cuento —dijo mientras llegaban al bar y se sentaban en la terraza.

Un camarero se acercó de inmediato, saludándolas.

—Hola Hannah, Sandra... ¿qué tal estáis? —luego miró hacia el local—. ¿Qué pasó ayer? Nos hemos quedado parados cuando hemos visto el local tapiado.

Hannah suspiró.

—Nos entraron a robar —el camarero abrió los ojos de forma desorbitada—.

Sí, sí... nos lo han destrozado entero —continuó de mala gana.

—¡Ufffff! Vaya... ¿sabéis quién ha podido ser?

—Ni idea —contestó Sandra—. La policía está en ello.

El camarero se removió incómodo.

—Pues vaya, y yo que pensaba que este era un pueblo tranquilo —ironizó—.

Pensábamos que estaríais haciendo alguna reforma.

—Y la tendremos que hacer... —ironizó Hannah.

Él chasqueó la lengua y las miró con rostro apenado.

—Bueno, cualquier cosa que necesitéis estamos aquí, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias —respondió Sandra.

—A ver —dijo sacando su libretita—. ¿Qué serán? ¿dos cafés? —ambas asintieron—. Enseguida os los traigo.

Sandra suspiró y no pudo evitar mirar de nuevo el local, aunque luego giró su

rostro involuntariamente hacia el piso de Taylor.

—Va... cuenta —dijo Hannah apoyándose contra la mesa—. ¿Cuándo has hablado con Taylor? Ayer te dejé en tu casa. ¿Te llamó? ¿Sabe algo más de la investigación?

Ella negó.

—Mmmm... —se mordió el labio—. Vino a verme a casa... —dijo apretando los dientes. Hannah abrió los ojos como platos.

—¿Ah sí?

—Sí, me informó de cómo iba la investigación. Bueno, de hecho... me hizo unas preguntas sobre un colgante, parece que también atracaron el camión en el que transportaban los objetos para la exposición.

Hannah parpadeó varias veces.

—¿En serio?

Ella asintió.

—¿Sabes el colgante de bronce? Lo robaron.

Ella resopló.

—Te dije que por ese colgante un coleccionista pagaría miles de dólares —reaccionó enfadada—. Lo han robado y seguro que lo venden en el mercado negro. Debe tratarse de una mafia de esas que trafica con obras de arte.

—Algo así debe ser... —dijo pensativa.

—Joder, para una vez que tenemos un golpe de suerte y...

—Ya.

—Bueno, ¿y te explicó algo más de la investigación?

—No, solo eso... me dijo que hoy me traería la denuncia, supongo que la habrá redactado, pero... oye... —susurró acercándose más, mientras Hannah intensificaba su mirada—. ¿Tú sabías que trabajaba para el Pentágono?

—¿Qué? —gritó ella—. ¿Para el Pentágono?

—Shhhh... baja el tono —le previno.

—No, no tenía ni idea —luego ladeó su rostro, incluso nerviosa—. ¿En serio? Sandra se reclinó de nuevo sobre el respaldo de la silla.

—Pues parece que sí. Él y los chicos con los que vive trabajan para el Pentágono.

—¿Pero no estaban ellos ayer en el local inspeccionándolo? —preguntó totalmente confundida.

—Sí, por eso... creo... creo que no vas mal desencaminada. Debe tratarse de una mafia de obras de arte o algo así —susurró.

—Está claro —respondió Hannah pensativa—. Si no, no creo que el

Pentágono se involucrase en algo así, ¿verdad?

Sandra se removió inquieta.

—Supongo que no.

—Caray... —decía impresionada—. Y... ¿no te dijo nada más? ¿No le preguntaste?

—Sí, claro que le pregunté... pero no suelta prenda.

—Ya —chasqueó la lengua—. Supongo que la gente que trabaja para ese organismo están obligados a guardar silencio y esas cosas —luego resopló—. Tienes que sonsacarle.

—Ohhhh... Hannaaaah... ¿crees que no lo he intentado? —se burló ella—. Pero ya te digo, es imposible —concluyó.

Ella resopló.

—Pues qué lástima —susurró, luego se quedó unos segundos pensativa—. ¿Y fue para informarte y se marchó?

—Ahhhh... mmmm... —en ese momento Hannah la miró fijamente.

—Oh, oh... —volvió a acercarse a ella, estirándose sobre la mesa—. ¿Cuánto rato estuvo? —preguntó sospechosa.

Ella le sonrió algo tirante y miró hacia los lados de forma tímida.

—Se ha ido esta mañana —susurró.

Hannah pestañeó de nuevo.

—¡Ja! —gritó, y luego la miró totalmente sorprendida—. ¿Ha pasado la noche contigo?

—Oye, baja la voz. Ya sabía yo que no tenía que explicártelo —susurró mosqueada.

—¿Cómo que no tenías que explicármelo? —preguntó ansiosa, estirándose cada vez más sobre la mesa, como si quisiese agarrarla—. Ya me estás dando todos los detalles.

Ella ladeó su rostro hacia su prima.

—¿Y qué detalles quieres? —preguntó a la defensiva—. Pasó la noche conmigo, ya está...

—Ya, pero... ¿la pasasteis hablando? O... ¿en la cama? —preguntó divertida. Sandra resopló.

—Desde luego, qué poco discreta eres —le riñó mirando hacia los lados.

—Va, di, di, di... —Sandra suspiró y cerró los ojos unos segundos—, di, di... puedo estar todo el día así—. Venga... dime dime dime dime...

—Vale, de acuerdo... —resopló y miró a su prima fijamente—. La segunda opción.

En ese momento Hannah estuvo a punto de saltar de la silla mientras elevaba sus brazos, riendo sin parar, lo único que la detuvo fue la mirada asustada de su prima por la reacción que había tenido.

—¡Ya era hora! —en ese momento se calló cuando el camarero se acercó con los dos cafés.

—Dos cafés para las dos señoritas —dijo depositándolos sobre la mesa.

—Muchas gracias —respondió Sandra mientras veía como el camarero se alejaba.

—Y, dime... va... ¿es bueno? —preguntó directamente.

—Eeeeh... —se quejó ella por la pregunta.

—¿Me vas a dejar con la duda? ¿Serás capaz?

—Pues sí, creo que seré capaz —bromeó mientras se echaba el azúcar en el café y comenzaba a remover con la cucharita.

Ella suspiró de una forma bastante sonora y luego la miró con una sonrisa.

—Bueno, pero al menos... ¿ha sido un encuentro de una noche? ¿Tenéis planeado quedar otra vez?

Ella se encogió de hombros con bastante timidez.

—Me ha dicho de ir a comer al mediodía.

—Ohhhh... —y dio unas cuantas palmitas—. Me alegro, al final te has podido sacar la espinita que tenías clavada —sonrió abiertamente—, pero vaaaaaa... dimeeee... —pronunció arrastrando las palabras—, solo dime sí o no.

—¿Qué?

—¡Si es bueno o no!

Sandra colocó la frente en su mano y negó varias veces, como si no diese crédito a las palabras de su prima.

—Ay, es que una tiene su curiosidad... —rio.

Sandra ladeó su rostro hacia ella durante unos segundos. Estaba claro que no iba a dejar de insistir, pero nunca se había sentido cómoda explicando esas cosas así que... mejor cambiar de tema.

—¿Has pensado que quizá podríamos mirar otro local?

Hannah pestañeó varias veces por el repentino cambio de conversación.

La señaló divertida.

—Está claro que no quieres hablar... —dijo arrastrando las palabras—. Está bien —se encogió de hombros—. Pues no, no lo había pensado.

—Quizá podríamos mirar uno un poco más grande —dijo dirigiendo su mirada a su local—. O más cerca de algún museo para darnos a conocer.

Hannah se quedó pensativa.

—Todo es cuestión de mirarlo.

—Lo digo porque para arreglar todo el destrozo quizá tarden semanas, o incluso algún mes.

—Ya —suspiró Hannah—. No sé —se encogió de hombros—. Es cuestión de mirar —propuso mientras daba un sorbo a su café—. Podríamos hacer un barrido por internet para ver los locales que hay. Quizá encontremos uno que ya esté montado. Me parece buena opción.

Ambas se quedaron pensativas hasta que Sandra se mordió el labio.

—Aunque debo de reconocer que me daría un poco de pena dejar este local.

—Pues a mí ninguna, hay que expandirse. Ya nos conocen aquí, así que... ¿por qué no darnos a conocer en otras regiones? —Hannah le sonrió, como si estuviese entusiasmada con la idea—. Perdona —dijo hacia el camarero mientras abría el bolso para pagar la cuenta.

—No, no... invita la casa —respondió guiñándole el ojo.

Las dos se quedaron mirándolo.

—No hace falta... —pronunció Sandra mientras abría también su bolso.

—Insisto —respondió sonriente mientras entraba de nuevo al bar.

—Bueno, pues... muchas gracias —dijo Hannah levantándose de la silla, luego miró a su prima en plan bromista—. Si lo llego a saber me pido algo de comer.

Diez minutos más tarde estaban recogiendo el local de nuevo. Hannah se encontraba en el despacho mientras Sandra había comenzado a recoger los cristales rotos, esparcidos por todo el suelo.

Aquello era un desastre. Los ladrones se habían ensañado con su local. Estanterías rotas, el mostrador totalmente destrozado, incluso parecía como si hubiesen arañado las paredes..., deberían meter masilla y volver a pintarlo. Siguió recogiendo los trozos más grandes de cristal cuando escuchó que su móvil sonaba.

Corrió hacia el bolso y cogió el móvil. Se quedó pasmada observándolo.

—Es de la empresa de Akers —dijo hacia Hannah, que se asomó directamente a la puerta. Descolgó y lo llevó a su oído—. ¿Sí?

—Buenos días. ¿Sandra Green? —preguntó una voz masculina al otro lado.

—Sí, soy yo —respondió observando a su prima, que se acercaba con una mirada llena de ansiedad.

—Hola, soy el señor Williams Akers —continuó. En ese momento Sandra miró a su prima con los ojos muy abiertos.

—Oh, señor Akers... —pronunció sorprendida.

—Verá, le llamó porque me han explicado lo ocurrido en su tienda.

—Sí, sí... ayer nos entraron a robar —pronunció sin saber qué más decir—. Nos han destrozado el local —dijo mirando a su prima mientras se encogía de hombros—. Nos han informado también de que se produjo un robo en el camión donde iban los objetos que les enviamos para la exposición. Quería llamarle, pero es que, tal y como nos han dejado el local, no hemos tenido mucho tiempo para...

—Sí, sí, no se preocupe —le cortó—. Precisamente le llamaba para preguntarles cómo estaban y para hablar sobre el tema del robo de un medallón que justamente habíamos adquirido para la exposición.

Ella cerró los ojos. Sabía lo que significaba eso, ellos no se harían responsables de la pieza robada y la descontarían del precio inicial que iban a pagarles por el alquiler para exponer las obras.

Sandra se pasó la mano por la frente, agobiada.

—Sí, dígame.

—Verá, me gustaría que nos viésemos para hablar del tema. En persona.

Sandra cerró los ojos con más fuerza.

—Claro —respondió mientras chasqueaba la lengua—. Ningún problema.

—¿Le parece bien si quedamos mañana? Tengo una reunión a las cuatro, pero creo que sobre las cinco y media estaría libre. No sé si estarían muy ocupadas para poder vernos.

—No, no, por supuesto. Hannah también puede a esa hora.

Hannah la miró sin comprender, a lo que ella le hizo un gesto como que no tenía importancia aquella última frase.

—De acuerdo. ¿Le parece bien si hacemos la reunión en mi despacho personal?

—Claro, ningún problema —volvió a decir.

—De acuerdo, apunte la dirección.

Sandra le hizo un gesto a su prima conforme necesitaba lápiz y papel para apuntar. En cuanto Hannah se lo pasó fue hacia una silla, poniéndose de cuclillas, para escribir sobre el asiento.

—Dígame.

Hannah miraba con interés la dirección que ella iba anotando, con cierta curiosidad.

—De acuerdo, pues nos vemos mañana sobre las cinco.

—Allí estaremos —respondió mientras le entregaba a Hannah el papel.

—Respecto al local, ¿necesitan ayuda para algo?

Ella se quedó pasmada al recibir aquella pregunta. ¿El señor Akers ofreciéndole su ayuda? Sabían que era buena persona, ante todo era conocido por las numerosas donaciones que efectuaba cada año.

—No, no se preocupe. Esperamos que el seguro cubra los desperfectos —contestó sin saber qué más decir—. Por lo demás, lo único que tenemos que hacer es limpiar y ordenar.

—De acuerdo, cualquier cosa que necesiten no duden en llamarme.

—Muchísimas gracias —respondió sinceramente.

—Nos vemos mañana.

Sandra colgó, aún impresionada por la llamada del señor Akers en persona.

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah, nerviosa.

—Nos ha citado mañana sobre las cinco para hablar con él, por el tema del medallón que han robado.

—Oh... nooo... —gimió Hannah—. ¿Crees que nos querrá bajar la renta? —preguntó asustada.

Sandra se encogió de hombros.

—Seguramente —resopló, y se pasó la mano por la nuca—. También se ha ofrecido a ayudarnos en todo lo que necesitemos.

—¿Ah sí? —preguntó sorprendida.

—Sí.

En ese momento un fuerte golpe llamó la atención de las dos y se giraron para observar hacia la puerta. Taylor se encontraba fuera, con un bote de espray engrasando la verja. Las dos se quedaron observándolo hasta que Taylor elevó la mano hacia ellas, saludándolas con una sonrisa.

Aquello le hizo latir más rápido el corazón, notó que incluso sus piernas flaqueaban.

—Qué sonrisa —le susurró Hannah. Luego la miró divertida—. Debe de ser bueno... sí, muy bueno —le guiñó el ojo ante la mirada sospechosa de su prima y se dirigió hacia dentro del despacho—. Muchas gracias, Taylor —gritó antes de entrar en la pequeña oficina.

Taylor levantó una mano hacia ella en señal de que no tenía importancia y volvió a echar el espray sobre la verja. La cogió y tiró de ella. Sí, aquello era otra cosa, ahora se deslizaba sin problemas.

Se giró hacia Sandra, que aún se mantenía estática en medio del local, rodeada de piezas de cerámica rotas, cristales y polvo.

—¿Necesitáis ayuda con algo? —preguntó mientras entraba en el local.

Aquella pregunta le hizo despertar de sus pensamientos.

—No, no te preocupes. Es solo limpiar.

Taylor volvió su mirada hacia las estanterías tiradas en el suelo.

—¿Necesitáis levantarlas?

Ella fue hacia las estanterías.

—Sí, pero pesan mucho —explicó mientras Taylor se acercaba—. No pasa nada, ya lo haremos cuando vengan los del seguro —continuó mientras veía como Taylor se agachaba hacia una de ellas. Ella sonrió incrédula—. Taylor... —pronunció incrédula—, te vas a dejar la espalda.

Taylor la cogió y la levantó, poniéndola recta, ante la mirada asombrada de Sandra. Se sacudió las manos de polvo y la miró divertido.

—Tampoco pesan tanto... —bromeó.

Ella lo miró confundida.

—¿En serio? —preguntó mirando la estantería.

—Te pondré las otras... —dijo mientras se dirigía a la siguiente. Sandra se giró un segundo hacia el despacho, desde donde Hannah observaba también incrédula, aunque el gesto que le hizo su prima, enseñándole el bíceps, le hizo poner los ojos en blanco y se giró de nuevo—. Antes de que se me olvide... —pronunció acercándose a ella. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo un documento, entregandoselo—. Es la denuncia del atestado. La he enviado a la comisaría de Calgary para que la adjunten a la del señor Akers como complementaria, dado que el cargamento era conjunto.

Sandra la cogió y aceptó.

—Muchas gracias.

Puso una mano en su cintura y la otra se la pasó por la nuca en actitud tímida.

—No quiero que parezca que me meto en todo... —comenzó Taylor con cierta timidez—, pero he supuesto que irías muy liada arreglando esto, y me he tomado la libertad de enviártela al seguro yo mismo por fax.

—Ahhh... gracias.

—Y me ha dicho que hoy enviará al perito por la tarde.

Sandra lo miró confundida.

—¿Pero le has enviado un fax? ¿O le has llamado?

—He llamado para pedirle el fax. En la base de datos salía el nombre del seguro y el teléfono, pero no el fax, y de paso he preguntado —mintió.

—Ah, pues... de verdad que muchísimas gracias. ¿Sobre qué hora pasará?

—Me ha dicho que sobre las cuatro, así que... si te parece bien ¿quedamos sobre la una? —preguntó directamente.

—Ah...

—Para comer —le recordó.

—Sí, claro... —respondió—. Perdona, tengo la cabeza en tantas cosas... —susurró.

Taylor se acercó, colocando una mano en su hombro.

—No te preocupes —acarició su cabello y miró a las siguientes estanterías—. Avisaré a algún compañero para que venga a ayudarme con esto—. Señaló a las estanterías.

—¿No sería mejor esperar a que viniese el perito?

—No te preocupes —dijo mientras le cogía la denuncia y pasaba unas hojas—. Hicimos un inventario exhaustivo y fotografías del local —explicó mostrándoselas.

—Ah... —respondió impresionada—. Qué eficientes.

—Ya ves —respondió encogiéndose hombros mientras cogía su móvil para llamar a Scott.

17

Removió las patatas fritas mientras sonreía a Taylor. Aún no era consciente de lo que había ocurrido entre los dos. Le parecía casi un sueño que él hubiese vuelto después de tanto tiempo.

Sonrió y se mordió el labio.

—Pues la verdad es que no lo sé —se encogió de hombros—. Está claro que tenemos que hacer reformas en el local después de los destrozos pero... también es verdad que el local ya es conocido, y tenemos buena clientela — luego le señaló con el tenedor—. Además de la colaboración con el museo de historia.

—Lo del museo de historia no tiene importancia, seguirías colaborando aunque el local estuviese en un lugar diferente —dijo mientras se metía un trozo de carne en la boca. Se pasó la servilleta por sus labios y la miró con intensidad—. Lo digo porque te saldría mucho más barato un local en Banff — y tal y como lo dijo movió disimuladamente su pie por debajo de la mesa hasta la rodilla de ella y comenzó a ascender. Sandra puso la espalda recta al ver lo que hacía y automáticamente desvió la mirada hacia las otras mesas. Al menos, el mantel blanco tapaba casi hasta el suelo—. En Banff estarías bien —pronunció con voz melosa y una sonrisa un tanto perversa—. Hay mucho turismo, incluso más que aquí —siguió ascendiendo su pie mientras ella lo miraba fijamente, incrédula—. Y podría verte cada día... —susurró mientras le guiñaba un ojo.

Sandra llevó su mano hasta debajo de la mesa y le pellizcó la pierna. Desde luego, Taylor no esperaba aquello, porque la dobló de inmediato, golpeando la parte inferior de la mesa de madera, haciendo que los platos y vasos botarían y teniendo que coger el vaso de agua para que no cayese.

—Estate quieto —susurró mientras empujaba su pierna hacia atrás.

Taylor sonrió y apartó el pie de ella, sentándose correctamente. Se quedó observándola con ternura y adoptó una postura más seria.

—Lo digo en serio, Sandra —pronunció encogiéndose de hombros—. Podría mirarte un local...

—¿Tú? —rio ella—. ¿Ahora eres también promotor? —bromeó.

Él chasqueó la lengua.

—Ya sabes a lo que me dedico...

—Sí, policía, aunque... bueno, ¿un policía trabaja para el Pentágono? No sé, quizá esa no sea realmente tu profesión —ladeó su rostro hacia un lado—. La verdad es que no lo sé —y parpadeó repetidas veces.

Taylor chasqueó la lengua. Estaba claro que era mejor no sacar ese tema con ella.

—Investigador... —dijo mientras levantaba la mano hacia el camarero, luego volvió hacia ella la mirada—. ¿Has acabado ya?

Ella miró absorta su plato, aún le quedaba más de la mitad.

—No —se quejó. Estaba claro que intentaba evadir el tema otra vez. Taylor chasqueó la lengua y descendió su mano con un gesto agobiado—. ¿A qué viene tanta prisa? El perito no viene hasta las cuatro, y son las dos.

—Quiero irme ya —dijo volviendo la mirada de nuevo al camarero.

Ella resopló.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Dar vueltas? Yo no pienso moverme de aquí —sentenció mientras cogía el tenedor de nuevo.

Taylor enarcó una ceja y sonrió de forma maliciosa. Se acercó por encima de la mesa, con aquella mágica sonrisa.

—Quiero ir a tu casa... y ya sabes para qué —volvió a guiñarle el ojo.

Ella tragó saliva. Lo cierto es que también estaba deseosa. Lo de la noche anterior había sido increíble y quería repetir sin duda.

Se encogió de hombros intentando demostrar indiferencia.

—Ahora es muy justo —pronunció mientras volvía a coger el tenedor. Al momento notó el pie de Taylor que subía lentamente por su rodilla, con una clara intención de incitarla.

—Yo creo que nos da tiempo —le sonrió.

Ella lo miró fijamente mientras se metía el tenedor en la boca y masticaba lentamente, analizando la situación.

Nada más abrir la puerta Taylor la empujó hacia dentro, cerrando con un portazo y apresándola contra la pared. Ella permanecía abrazada a su cuello mientras Taylor la besaba con una pasión que jamás había imaginado.

La cogió por las caderas y la ascendió, haciendo que ella rodease con sus piernas su cintura y él avanzase rápidamente hacia su dormitorio. Esta vez no tuvo que preguntar, ya se sabía el camino.

Llegó hasta su cuarto y se sentó sobre la cama con ella encima, mientras devoraba sus labios y comenzaba a subirle la camiseta. Se la pasó por los

brazos y la arrojó al otro lado de la habitación.

Ella hizo lo mismo con él, sacándole el fino jersey por los brazos y enviándolo junto a su camiseta. Automáticamente se abrazaron, sintiendo piel contra piel. Taylor era como una estufa, tenía todo el cuerpo ardiendo, lo cual contrastaba bastante con su temperatura.

Le quitó el sujetador y bajó su rostro hasta sus pechos, pasando la lengua sobre uno de sus pezones, escuchando como ella gemía y se apretaba más fuerte contra sus hombros.

Sandra había sido su primer amor de joven y, ahora, se daba cuenta de que aquello seguía siendo así, habían pasado años y ella seguía despertando los mismos sentimientos que cuando eran jóvenes, aunque esta vez con una intención más carnal.

No quería volver a perderla. Tendría que volver a Banff en breve, pero ahora que Sandra había perdido el local, tenía la posibilidad de trasladarse con él, si quería. Quizá era un poco precipitado, no tenía por qué trasladarse en cuanto él se fuese, pero poco a poco. Al menos, que ella supiese que él estaba decidido a continuar con lo que habían comenzado.

Le desabrochó los pantalones y la aupó con un brazo para quitárselos, hizo lo mismo con los suyos y volvió a dejarla caer sobre él mientras la devoraba con sus labios.

Sandra pasó sus dedos entre sus cabellos cortos mientras notaba cómo la abrazaba, cómo le hacía girar levemente su cuello para comenzar a besarla, haciéndole erizar la piel, cómo movía sus manos de forma lenta, acariciándola.

Sabía que no podría resistirse a él durante mucho rato. Cuando se lo había vuelto a insinuar en el restaurante lo había tenido claro. ¿Para qué engañarse? Los dos estaban deseando repetir.

Taylor la hizo levantarse, cogiéndola por sus caderas, y comenzó a hundirse en ella. Sandra se sujetó a sus hombros mientras él comenzaba a conducirla, notando cómo se llenaba de él, cómo sus cuerpos se adaptaban a la perfección.

Gimió cuando lo notó por completo en su interior, incluso sintiendo como él la estrechaba con más fuerza, como si el placer que se brindaban el uno al otro superase todo lo que habían sentido hasta aquel momento.

Taylor llevó su mano hasta el rostro de ella y la observó un segundo, la besó de nuevo y comenzó a ayudarla en sus movimientos, aunque a la que ella cogió el ritmo comenzó a recorrer su espalda con caricias.

Bajó de nuevo sus labios por su cuello y atrapó uno de sus pechos con su mano, automáticamente bajó su rostro besándolos, notando cómo ella se estremecía entre sus brazos mientras no dejaba de moverse sobre él. La sensación de placer eran tan grande que dudaba mucho de que, si seguía así, pudiese soportarlo mucho más.

Taylor la cogió por la cintura y la echó a un lado colocándose encima de ella. Entró de nuevo con algo de agresividad, sujetándose con los brazos sobre ella, y comenzó a moverse mientras Sandra comenzaba a acariciar su pecho, acompañándolo en sus movimientos.

Se sujetó a su cuello y se dejó llevar hacia esos lugares donde solo él podía arrastrarla.

El perito del seguro tendió su mano hacia ellas y la estrechó, sellando así el trato. A la que abandonó el local Hannah se giró con los ojos muy abiertos.

—Madre. Mía —dijo observando el cheque.

Sandra corrió hacia ella con una gran sonrisa en su rostro.

—Es una buena cantidad de dinero.

—¿Una buena cantidad? —pronunció aún incrédula—. ¡Es mucho más de lo que esperábamos! ¿Qué vamos a hacer con tanto dinero? —preguntó ansiosa—. Sí, ya lo sé. Vamos a arreglar este local y compraremos otro... vamos a expandirnos.

Sandra rio nerviosa mientras le quitaba el cheque a su prima.

—Es buena idea.

—Imagínate..., podríamos contratar a alguien que nos llevase otro local —seguía entusiasmada.

—A mí eso de contratar... no sé, quizá más adelante, pero me gusta controlar cómo va el negocio.

—Sí, tienes toda la razón... —pronunció con ansias—. Para comenzar, ahora que nos han pagado, creo que ya va siendo hora de que contratemos una empresa de limpieza. Podríamos también poner un nuevo mostrador de mármol... y vigas de madera por el techo...

Sandra desconectó. Lo cierto es que era una cantidad de dinero desorbitada la que le habían pagado. Ciertamente tenían muchas piezas valoradas en miles de dólares, pero el pago lo habían hecho demasiado rápido.

—¿No te parece un poco extraño? —preguntó pensativa.

Hannah, que seguía planificando su futuro, se giró hacia ella sin comprender.

—¿El qué?

—Pues... que nos hayan dado esta cantidad sin hacer preguntas. ¿Directamente viene el perito y trae un cheque preparado?

Hannah se encogió de hombros.

—¿No me dijiste que Taylor le había pasado la denuncia junto con un inventario?

—Sí —continuó acercándose—, pero normalmente los seguros hacen preguntas, investigan... no vienen con un cheque listo.

Hannah se encogió de hombros, asombrada por las palabras de su prima.

—Oye, nos han robado, y además piezas muy valiosas. El seguro debía responder —luego ladeó su rostro hacia ella—. Puede que Taylor se haya movido algo, pero bueno... ¿y qué? Tenemos para mucho más que solo comenzar desde un principio —luego enarcó una ceja hacia ella—. ¿Por qué no estás dando saltos de felicidad?

Ella puso su espalda recta.

—Sí, sí, lo estoy —sonrió ella—. Esta cantidad de dinero nos va a sacar de un buen apuro...

—¡Vamos a expandirnos! —gritó Hannah alzando sus brazos hacia el cielo.

Aquella actitud le hizo gracia a Sandra. En ese momento recordó las palabras de Taylor, ¿por qué no abrir un negocio en Banff? De aquella manera podrían estar juntos... y al fin y al cabo, si lo que querían era expandirse, no había mejor momento que ese.

—Lo de expandirnos la verdad es que me suena muy bien.

—Sí, ¿verdad? —preguntó Hannah abrazando a su prima—. Oh, oh... —pronunció con majestuosidad—. Podemos comprar un local mejor que esté cerca del ayuntamiento de Calgary... —Sandra enarcó una ceja hacia ella—. ¿Qué pasa?

—¿Nos vamos a expandir por Calgary? —acabó riendo.

—Bueno, nos pilla cerca de casa a las dos...

Sí, en eso tenía toda la razón.

—Ya lo hablaremos cuando estemos más calmadas —acabó diciendo.

—¡Tienes toda la razón del mundo! Ahora mismo no puedo ni pensar... —dijo quitándole el cheque de las manos. Fue hacia su bolso y buscó su móvil, luego se dirigió al pequeño despacho saltando sobre algunas figuras rotas.

—¿Qué haces? —preguntó Sandra acercándose.

—Ya te lo he dicho. Voy a llamar a una empresa de limpieza... —cogió una libreta y comenzó a hojearla—. Aquí está —dijo marcando el número de

teléfono. Luego la señaló—. Tú y yo nos vamos a tomar algo para celebrarlo —rio. Se puso el móvil en el oído y ladeó su rostro—. Por cierto, mañana es cuando vamos a hablar con el señor Akers, ¿verdad?

—Sí, por la tarde.

Hannah asintió y al momento le dio la espalda a su prima.

—Hola, buenas tardes. Les llamaba para contratar sus servicios para...

Sandra desconectó de la conversación y avanzó hasta las estanterías que ahora ya estaban en pie. Taylor y un compañero suyo se habían tomado la molestia de ayudarles a levantarlas. Notó cómo un cosquilleo se apoderaba de su estómago.

Desde luego, Taylor se había portado estupendamente, ya no solo ayudándola en el local, sino con el seguro también. Estaba claro que había intercedido por ellas, si no el cobro no hubiese sido tan rápido. Pero, ¿de verdad un policía tenía tanto poder para ordenar a un seguro? Aunque sabía que no era un policía normal pues trabajaba para el Pentágono... Estaba claro que ahí ocurría algo.

Observó la lámpara que le habían traído hacía unos días, rota en varios pedazos esparcidos por el suelo.

De todas formas, debía estar agradecida de que él estuviese allí, le había agilizado muchísimo los trámites, y dudaba que hubiesen conseguido una cantidad así si no hubiese intercedido.

Quizá ya era hora de olvidar todo el rencor que había guardado durante tantos años contra él. Las personas cambiaban. Ciertamente cuando él se había marchado era un niño, pero ahora... había cambiado. No parecía el típico hombre que abandonaba a una mujer. A pesar de que su corazón le pedía constantemente que abandonase su rencor, no podía deshacerse totalmente de él. Quizá aquel fuese el momento.

Él había estado allí cuando más lo había necesitado, se había preocupado por ella y por su prima, y prácticamente no habían tenido que mover un dedo para conseguir la indemnización.

—Ya está —pronunció Hannah saliendo del despacho con su gran sonrisa—. Me han dicho que en una hora están aquí —cogió su bolso y guardó el cheque—. Esto va mañana directamente al banco —rio—. Y tú y yo... —continuó pasando al lado del mostrador mientras colgaba el bolso en su hombro—, nos vamos a tomar una copa ahora mismo para celebrarlo. Vamos —dijo echándole un brazo por encima.

Nada más salir del local Sandra echó su mirada hacia delante, hacia la vivienda de Taylor. Hacía poco rato que había estado con él y lo único que

deseaba era volver a verlo.

Hannah cerró la puerta mientras miraba de soslayo a su prima.

—Oye, ¿le dirás que venga a la inauguración de pasado mañana?

Sandra se giró como si despertase de un sueño.

—¿Qué?

Hannah se guardó las llaves en el bolso.

—Si le dirás a Taylor que venga a la exposición en el museo —continuó poniéndose a su lado mientras caminaban.

Sandra se encogió de hombros.

—¿Tú vas a ir con alguien?

Su prima se encogió de hombros.

—No lo creo —le sonrió—. Pero seguro que a ti te hace ilusión que te acompañe —bromeó. Sandra chasqueó la lengua—. Vamos, no seas tonta... estoy segura de que, si se lo dices, te acompañará —continuó.

—No sé... —dijo mirando de un lado al otro de la carretera para cruzar—. Quizá tenga trabajo.

—Si no se lo preguntas no lo sabrás.

—Y además tú no vas a ir acompañada...

Hannah miró de reojo a su prima.

—Podrías decirle que se trajera a uno de sus amigos... —bromeó. Sandra la miró con los ojos muy abiertos y comenzó a reír—. ¿Qué? —le cortó su prima—. El chico que vino a ayudarnos con las estanterías no estaba nada mal.

Sandra rio mientras negaba con su rostro.

—Creo que se llama Scott.

—Ammmm... pues Scott no estaba nada mal —confirmó ella.

—¿Quieres que le diga a...?

—¡No! Por Dios... qué vergüenza. Esto te lo digo a ti.

—Ya —acabó diciendo mientras llegaban a la acera. Dio un salto y subió el peldaño, directa hacia el bar—. ¿Y Bobby?

—¿Bobby? Pzzzzz... —dijo mientras se sentaba en una de las mesas—. Está todo acabado, definitivamente. Ya tiene su televisión, ahora que me deje tranquila.

Sandra se apoyó contra el respaldo del asiento y se quedó observando a su prima. Lo cierto es que había pensado en decirle a Taylor que le acompañase a la exposición pero, por otro lado, no quería que su prima fuese sola o se sintiese fuera de lugar.

—De acuerdo, pues si te parece bien... le diré a alguno de los amigos de

Taylor si puede acompañarnos a la exposición también, así no tendrás que ir...
—Oh, no, no... —dijo mientras negaba con su dedo—. No me hace falta tu compasión —se burló—. ¡Ni que yo tuviese problemas para encontrar una pareja!

El camarero se acercó a ellas.

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué queréis chicas? —preguntó con una sonrisa.

Hannah giró su rostro para observarlo y puso su espalda recta.

—Oye, Cliff, ¿haces algo pasado mañana por la noche?

Sandra comenzó a reír.

—¿Pasado mañana? ¿El viernes?

—Sí.

—No... bueno, trabajo.

—¿Hasta qué hora? —preguntó Hannah que lo miraba con interés.

—Hasta las seis.

Hannah sonrió directamente.

—Oye, ¿te gustaría acompañarme a una exposición por la noche? Mi prima va con su novio y...

—No es mi novio —se quejó Sandra interrumpiéndole.

—Ya, claro... —respondió dándole la razón como a los locos. Luego se giró de nuevo hacia Cliff—. Me harías un enorme favor. No quiero ir de aguanta velas —acabó sonriendo.

Cliff comenzó a reír más fuerte.

—Claro —dijo divertido—. Lo que sea por mis dos clientas preferidas.

—¡Perfecto! —respondió Hannah dando una palmada—. Te invitaré a unas copas. La exposición comienza a las nueve de la noche.

—¿A las nueve? —preguntó esta vez sorprendido—. Qué tarde.

—Bueno, es una inauguración. Te paso a buscar sobre... mmm... ¿las seis y cuarto? Está un poco lejos. ¿Tendrás tiempo de arreglarte?

—Claro, no hay problema —pronunció mientras cogía los vasos que había sobre la mesa de los anteriores clientes—. Estaré listo.

—¡Perfecto! Me salvas la vida...

Sandra puso los ojos en blanco.

—¿Qué queréis tomar?

—A mí ponme una cerveza.

—Otra —contestó Sandra.

A la que Cliff se alejó, Sandra miró a su prima con los ojos muy abiertos.

—Desde luego... qué descarada —se burló.

Hannah la miraba con una sonrisa.

—Eh, ya te lo he dicho, no pienso ir de aguanta velas... —luego miró de reojo a Cliff—. Y él tampoco está nada mal —rio algo avergonzada.

Aquella respuesta hizo que Sandra parpadeara varias veces. Se giró y observó a Cliff, con su cabello rubio y sus ojos marrón claro. La verdad es que el chico era alto, aunque algo delgado para su gusto.

Suspiró y volvió la mirada hacia Hannah mientras se apoyaba de nuevo sobre la silla.

—Solo espero que Taylor pueda ir, si no, la que va a ir de aguanta velas soy yo.

—Cómo cambian las tornas, eh —se rio Hannah con algo de malicia.

18

Taylor se puso la chaqueta y miró su reloj de muñeca. Las ocho menos diez minutos. Estaba ansioso por quedar con Sandra otra vez y estaba claro que aquello no pasaba desapercibido para el resto de sus compañeros.

—¿Adónde vas? —preguntó Nicholas mientras Taylor se dirigía a la puerta principal.

—He quedado.

—¿Con Sandra? —preguntó enarcando una ceja.

—¿A ti qué te parece? —preguntó imitando su gesto mientras abría la puerta.

—Eh, eh, espera. Tenemos que hablar.

Aquello le hizo poner la espalda recta y ladeó su rostro hacia un lado.

—¿Ahora? —preguntó apretando la mandíbula.

—Serán diez minutos —respondió Nicholas mientras le daba la espalda y se dirigía al comedor, donde el resto de sus compañeros se encontraban preparando la cena.

—Si tardas diez minutos llegaré tarde —protestó mientras avanzaba a paso apresurado hacia el comedor—. Tienes cinco minutos conmigo.

Nicholas se giró hacia él mientras llegaba al centro del comedor y chasqueó la lengua.

—Eh —le llamó la atención Adrien—. ¿Qué haces con la chaqueta? Cenamos en diez minutos.

—Ha quedado con Sandra —explicó Nicholas mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba contra la mesa.

—¿Otra vez?

—Lo he dicho antes —les recordó extendiendo los brazos hacia ellos. Luego resopló—. ¿Es que nadie me escucha? —preguntó alterado.

—Eh, eh, tranquilo fiero —pronunció Adrien, poniendo las manos delante suyo.

Taylor suspiró y miró con ansiedad a Nicholas.

—Va, ¿qué tienes que decirnos?

Nicholas se giró hacia el resto de compañeros.

—Bien, a ver... no son buenas noticias —dijo mientras avanzaba hasta la barra de la cocina para ponerse frente a sus compañeros, que se sentaban en el sofá.

—Qué raro —bromeó Adrien.

Taylor permanecía estático, cruzado de brazos mientras observaba a sus compañeros acomodarse.

—¿No te sientas? —le preguntó Nicholas.

Taylor volvió a resoplar y se sentó al lado de Dean.

—Venga, habla —le urgió.

Nicholas dio unos pasos hacia delante.

—Acabo de hablar con Sam y...

—Oye, si lo que quieres es decidir el regalo para el nacimiento de su hijo, eso lo podemos hacer en otro momento —le interrumpió.

—No es eso —pronunció mosqueado porque le interrumpiese. Taylor le señaló con la mano para que continuase—. Sam ha hablado con Evelyn y Elisabeth. Como sabéis, las dos son historiadoras del arte —luego suspiró—. Han estado investigando sobre el medallón, el baphomet.

Aquello hizo que todos pusiesen su espalda recta, incluso Taylor.

—Como ya sabéis, ese medallón era utilizado por masónicos e illuminati en rituales de brujería...

—Eso ya lo sabemos, acelera —insistió Taylor.

Nicholas resopló.

—Con ese medallón podían invocar espíritus, pero de origen maligno —aquello hizo que todos ladeasen su rostro hacia un lado.

—¿Espíritus malignos? —preguntó Dean—. Ya nos dijo la loba de la manada que se podían invocar espíritus pero... ¿deben ser siempre malignos?

—Sí —continuó Nicholas—. Ese símbolo pertenece a la escuela de Satán.

—Qué bonito eh... —bromeó Adrien—. Me lo pido para Navidades.

Nicholas puso los ojos en blanco.

—Dicho medallón contiene un poder impresionante, y si se hace el ritual, es posible conjurar a....

—A una cabra —interrumpió Adrien de nuevo, llevándose la mirada de desaprobación de todos sus compañeros. Él resopló—. Vamos, ¿no me digáis que no lo pilláis? En el centro del medallón hay un ternero... —al ver que ninguno de sus compañeros reía su ocurrencia, resopló y les hizo un gesto con la mano—. No tenéis sentido del humor.

Nicholas se pasó la mano por los ojos, agotado, y continuó hablando, ignorando la interrupción de su compañero.

—Se puede conjurar a uno de esos espíritus. El problema es que ese medallón no es el único que existe. Sam nos ha confirmado que existen seis, tal y como nos dijeron en la manada.

—¿No es el único? —preguntó Christopher—. Entonces, ¿sí es cierto que existen seis?

—Elisabeth y Evelyn han estado investigando en la biblioteca de la universidad. Por lo que han visto, parece que existen seis medallones igual a ese, con las mismas características.

Nicholas se llevó la mano al bolsillo y extrajo una hoja doblada en cuatro trozos. La desdobló y lo mostró. Había hecho una impresión del dibujo del baphomet.

—Seis medallones, seis baphomets —suspiró y depositó la hoja sobre el mármol de la barra—. Así que imaginaos, si con uno se puede conjurar a...

—A una cabra.

Nicholas gruñó mientras Adrien volvía a sonreír.

—A uno de esos espíritus —enfaticó—. Imaginaos lo que puede conjurarse con el poder de los seis juntos —señaló a Adrien directamente—. Ni se te ocurra decirlo —le amenazó. Adrien le sonrió.

—A...

—Adrien.... —susurró Nicholas en tono amenazante.

—Un...

Nicholas gruñó.

—¿Cabrón? —acabó riendo Adrien.

Todos pusieron los ojos en blanco.

—Espera... —intervino Scott—. Pero en el camión que asaltó Agnes solo había uno de esos medallones.

—Exacto, pero no sabemos si puede tener los otros en su poder. El tema es que con uno de esos medallones ya nos puede joder la vida, así que imaginaos con los seis.

Taylor se puso en pie y extendió los brazos hacia él.

—Pero no sabemos si los tiene.

—Ese es el problema.

—De hecho —intervino Christopher—, ni siquiera sabemos si ya ha usado uno de ellos.

—Eso mismo le he preguntado a Sam. ¿Cómo podemos saber si ella ha usado el medallón? Si ha invocado a un espíritu maligno ya.

—¿Y? —preguntaron todos a la vez.

—Como no lo sabía, me ha pasado con Evelyn —sonrió.

—Acelera —le previno Taylor.

—Evelyn me ha explicado que hay que hacer un determinado ritual para poder

llevar a cabo la invocación.

—Ya empezamos... —susurró Taylor—. Me siento en el sofá, esto va para largo —pronunció cruzándose de brazos.

—No todas las personas pueden hacerlo... hace falta un poder increíble.

—¿Una bruja sí? —preguntó Taylor directamente.

—Sí.

—Bueno, pues creo que está clara la intención de Agnes, ¿no? —preguntó Adrien—. Si no, no lo hubiese robado. Quiere hacer una invocación de esas, y obviamente no se va a quedar con una mera invocación.

—Ya, nuestra nueva amiga va a lo grande, seguro que, o bien tiene el resto de medallones o los está buscando —continuó Nicholas.

—Espera... —le cortó Taylor—. ¿Y si usase los seis? ¿Qué invocaría?

Adrien comenzaba a ponerse en pie con una sonrisa en su rostro.

—Le llaman la bestia —respondió Nicholas con voz grave—. Desataría el caos en todo el mundo.

—Veis —pronunció Adrien elevando los brazos—. Os lo dije... un cabrón. Tenía razón.

Taylor resopló, poniéndose en pie otra vez.

—¿En qué consiste el ritual? ¿Cuándo debe realizarlo?

Nicholas se apoyó contra la mesa.

—Tiene que ver con algo de una alineación planetaria... —todos comenzaron a resoplar—, y debe sacrificarse a una virgen, o algo así.

—Oh, venga ya —se quejó Taylor—. ¿Estás de broma?

—¿Te parece que estoy de broma? —preguntó Nicholas molesto. Suspiró e intentó relajarse—. En cuanto sepan algo nos lo dirán. Evelyn y Eli están examinando pinturas y antiguos escritos de siglos pasados... tampoco es que haya mucha documentación al respecto.

Adrien se puso en pie.

—La manada tenía conocimiento del medallón, quizá sepa algo más. Le preguntaré a Alex.

—Perfecto —le señaló Nicholas mientras este se alejaba—. El resto —dijo mirando a sus otros compañeros—, hay que averiguar si esos medallones están en algún lugar. Exposiciones, coleccionistas... Debemos asegurarnos de si Agnes puede tener los seis o no.

Todos se pusieron en pie.

—Todos menos yo —apuntó Taylor—. Tengo un cita... y ya por tu culpa voy a llegar tarde —comentó alejándose.

—Espera, espera... —le cortó Nicholas el paso.

—¿Qué? —preguntó desesperado.

Nicholas ladeó su rostro mientras miraba de reojo a sus compañeros subir a la planta alta.

—Sandra es coleccionista también —se encogió de hombros—. Quizá ella sepa algo sobre dónde están los otros medallones.

—Está bien, le preguntaré.

En ese momento Adrien entró por la puerta, guardando su móvil en el bolsillo.

—Alex no sabe nada, pero lo preguntará a la manada.

—De acuerdo —Nicholas volvió a centrar su mirada en Taylor—. Y tú... —le señaló—, si averiguas algo, no esperes hasta mañana para decírnoslo.

—Eso... —pronunció Adrien, apoyándose en la barra con una sonrisa—, ¿vas a llegar muy tarde hoy? ¿Pasarás la noche fuera?

—¿Acaso eres mi padre para controlarme? —preguntó hacia él.

—Eh —pronunció Nicholas, colocando un dedo en su pecho para enfatizar las palabras—. Esto es muy importante...

—Ya sé que es importante —se quejó él—. ¿Por quién me tomas? —preguntó ofendido.

Nicholas suspiró y acabó asintiendo.

—Llámanos o envíanos un mensaje.

Taylor puso los ojos en blanco y lo rodeó, dirigiéndose a la puerta.

—Que te diviertas esta noche... —bromeó Adrien.

En ese momento se encontró de frente a Bethany, que bajaba las escaleras desde la planta superior, donde estaban las habitaciones. Se quedó observándola mientras ella le sonreía y descendía los últimos escalones.

—De verdad Beth, no sé como lo aguantas... —dijo ya saliendo por la puerta, haciendo que Beth lo mirase sin comprender.

—Eh, que te he escuchado —gritó Adrien desde el comedor, justo antes de que Taylor cerrase con un portazo.

Estaba claro que no podría tener una velada tranquila con Sandra. Lo único que deseaba era poder olvidarlo todo cuando estaba junto a ella, poder centrarse totalmente en Sandra. Pero no, debía intentar averiguar si había más dichosos medallones. ¿Era tanto pedir tener una cena sin pensar en el peligro que los rodeaba?

Miró su reloj mientras salía por la puerta, pasaban cinco minutos de las ocho. Se dirigió hacia el local de Sandra, a medida que avanzaba se percató de que se encontraba apoyada contra la pared, esperándolo.

—Sandra —pronunció a medida que se acercaba.

Ella se giró y le sonrió.

—Hola.

—¿Estás sola? —preguntó buscando a Hannah.

Ella se encogió de hombros.

—Mi prima tiene una cita —rio—. Ha salido corriendo para su casa a arreglarse.

Aquello hizo que él sonriese.

—Vaya, qué bien, me alegro —luego se metió las manos en los bolsillos—. Perdona el retraso, mis compañeros tienen el don de darme información justo cuando voy a salir por la puerta.

A ella pareció hacerle gracia aquel comentario.

—Han sido cinco minutos —pronunció divertida.

—Sí, pero preferiría tener tu teléfono, si te parece bien, para avisarte.

—Claro —dijo cogiéndose con fuerza al bolso.

Sandra parecía estar feliz y contenta, de hecho, no paraba de sonreír desde que lo había visto aparecer.

—Si quieres cogemos el coche, vamos a un restaurante a cenar y...

—En realidad —le cortó ella—, hoy quiero invitarte yo a ti —pronunció acercándose más.

Aquello le divirtió.

—No tienes por qué.

—Y tanto que tengo por qué —luego se movió graciosa—. Ha venido el perito esta tarde y nos ha entregado un cheque... un gran cheque —pronunció con una gran sonrisa.

Taylor le devolvió a sonrisa.

—Ha ido bien, ¿no? —preguntó divertido.

—Sí —y esta vez se acercó a él, golpeándole levemente con su costado, de un modo gracioso—. Y creo que eso te lo debo a ti.

A Taylor le hizo gracia aquel gesto. Se quedó observándola fijamente. Era tan preciosa, le transmitía mucha ternura.

No lo soportó más, sin previo aviso la cogió por la cintura, acercándola, y la beso con énfasis. Sí, ella tenía toda la razón, el Pentágono había pagado una gran suma de dinero para mantener el anonimato, aunque ella no lo supiese.

Se separó de ella mientras acariciaba su mejilla. Si Sandra supiese realmente a lo que se dedicaba, el motivo por el que tuvo que abandonarla, seguramente huiría de él, sin embargo, ahí estaba, ajena a todo lo que le rodeaba y sin ser

consciente de por quién estaba acompañada. Una idea le asaltó la mente, quizá tampoco sería tan mala idea darle determinada información. Ella regentaba una de las tiendas más grandes de antigüedades de la zona y, además, colaboraba con muchos museos. Quizá no fuese tan descabellado.

—Oye, Sandra... quería proponerte una cosa —pronunció sin soltarla de los hombros.

—Dime.

—¿Te importa si cenamos en tu casa?

Ella se quedó un poco descolocada.

—¿No te apetece salir por ahí? Me gustaría celebrarlo contigo.

—Sí, sí, lo celebraremos, te lo aseguro —apuntó con una sonrisa, aunque luego la modificó a un gesto más serio—, pero necesitaría tu ayuda para un caso.

Aquello la pilló desprevenida.

—¿A mí?

—Sí —asintió también con su rostro—, si no te importa.

—No, claro, para nada. Dime.

—Mejor vamos a tu casa —propuso mientras echaba una mano por encima de su hombro para ir hacia su todoterreno, aparcado justo frente a la puerta de su edificio—. Ahora te explico.

Sandra volvió a teclear en el ordenador y esperó mientras Taylor miraba la pantalla con impaciencia.

—¿Así que es posible que sea una banda que se dedica al tráfico ilegal de obras de arte? —preguntó con interés.

Taylor la miró de reojo y asintió. La excusa había sido fácil de inventar, de hecho, ella misma ya le había hecho aquella pregunta hacía unos días, cuando habían robado en su local. La policía no contaba con una base de datos tan amplia como la que tendría un coleccionista de arte ni un museo. Ella podía ayudarle a encontrar el resto de baphomet. Sandra ni siquiera sabía la cantidad de medallones que había en el mundo, así que cuando le había dicho que seguramente había seis, se había quedado sorprendida. Como le había dicho, la policía tenía una base de datos bastante extensa, aunque no tanto como necesitaban para ese caso, por el contrario, ella disponía de una base de datos actualizada y donde podía encontrar todas las reliquias y tesoros que quisiese, siempre que estuviesen registrados.

—Nada, no aparecen —volvió a decir mientras la pantalla del ordenador emitía un mensaje, parpadeando e informando de que no se habían encontrado resultados—. ¿Seguro que hay seis?

—No lo sé —tragó saliva y se encogió de hombros—. Nos dijeron que había seis.

—¿Quién os lo dijo? —preguntó confundida.

—Mi jefe. Ha hablado con un experto en el tema —intentó zanjar la conversación.

Ella hizo un gesto como si no estuviese segura.

—De todas formas, ahora mismo, no hay ningún baphomet en exposición, ni figura que aparezca en ninguna colección.

—¿Y puede que no esté registrado?

Ella le sonrió, como si no comprendiese su pregunta.

—Sería una locura no tenerlo registrado. Los coleccionistas de arte aseguran todos los objetos, por si los roban —Sandra chasqueó la lengua—. Debería figurar.

—¿Y qué significa eso?

—Pues o bien que no existen seis, o que las personas que los tienen no se han dado cuenta de que se trata de una pieza muy preciada y no saben el valor que tiene, o simplemente que pasan de asegurarlo para que nadie sepa que lo tienen en su poder —ella le sonrió algo tensa—. También es una forma de mantenerse en el anonimato.

—Ya, pero, ¿tampoco está asegurado el que robaron el otro día? ¿El del camión?

—Sí estaba asegurado, pero el señor Akers tuvo que poner una denuncia. Aquí solo sale dónde puedo encontrar una determinada obra o reliquia, por si me interesa comprarla. Ahora mismo ese baphomet está en paradero desconocido, por lo tanto, no hay opción a comprar o negociar por él, ni siquiera solicitarlo para una exposición —Taylor suspiró. Ella lo miró intrigada y acabó encogiéndose de hombros—. De todas formas, mañana he quedado con el señor Akers, quería hablar de la exposición. Seguro que me saca el tema del robo del camión. Si quieres, puedo preguntarle algo. Él quizá pueda saber algo más.

Taylor la miró de reojo y negó con su rostro.

—No, prefiero que no —luego la miró con una sonrisa—. Lo que te he explicado es información confidencial.

—Oh... qué emoción —pronunció ella con una sonrisa—. Pero quizá sí podría

preguntarle si hay más para poder reemplazarlo. Piensa que ese medallón era parte de la colección que yo entregaba para la exposición en el museo. Iba a preguntárselo igualmente —se encogió de hombros mientras volvía la mirada al ordenador y pulsaba las teclas para apagarlo.

—Bueno, como quieras... pero no des la información que te he...

—Oye —le interrumpió de nuevo con una sonrisa tirante—, que no soy tonta.

—Ya sé que no tienes ni un pelo de tonta.

—Además, me gustaría ayudar... —dijo más divertida—, es emocionante.

—Ah... —pronunció con una voz más provocativa mientras se acercaba. Rodeó sus hombros con un brazo y la atrajo hacia él—. Pues muchas gracias por su ayuda —bromeó antes de besarla.

Ella le sonrió.

Taylor se puso en pie mientras sacaba el móvil de su bolsillo.

—Voy a llamar a mi jefe y a comentarle lo de tu base de datos.

Ella aceptó mientras se ponía en pie.

—Yo voy a recoger esto —pronunció mientras cogía los platos donde habían cenado la pasta que había cocinado.

Taylor se distanció un poco, entrando al pasillo, mientras observaba como Sandra iba y venía de la cocina.

Nicholas no tardó en responder.

—Hombre, pero si has llamado...

—Menos tonterías —susurró él alejándose por el pasillo. Suspiró y se quedó observando a Sandra limpiar la mesa con un paño húmedo—. Sandra tiene una base de datos actualizada donde aparecen todas las obras de arte registradas.

—¿Y?

—No figura ningún medallón más.

Aquella información pareció pillarle de sorpresa.

—¿Ah no?

—No. Me ha comentado que seguramente es, o porque no existen o porque la persona que lo tiene se quiere mantener en el anonimato. Las piezas de ese valor se suelen asegurar, y ahora mismo no consta ninguno. Creo que será mejor que le comuniques esto a Sam, puede que no existan más medallones... al fin y al cabo, no lo saben seguro. Dijeron que no había mucha información sobre el tema. Quizá sean solo conjeturas.

—Ya, se lo diré... pero me decanto más por la posibilidad de que los mantengan ocultos.

Taylor suspiró mientras se pasaba la mano por el cabello, agobiado.

—Sí, yo también. Si no, no tendría sentido lo de la bestia y todo eso.

—Exacto.

—¿El equipo ha averiguado algo más?

—No, nada más —escuchó el gruñido de Nicholas al otro lado de la línea—. Hay poco sobre este tema. En la web del Pentágono no explica prácticamente nada. Ni siquiera aparece la explicación del ritual para invocar a la bestia.

—Supongo que nunca se había intentado hacer... No hay antecedentes.

Nicholas chasqueó la lengua.

—Ya, menuda suerte la nuestra, eh —bromeó al otro lado de la línea—. Bueno, gracias por tomarte unos segundos en llamar.

—Nicholas —pronunció con un tono amenazante al escuchar el tono irónico de su jefe.

—¿Vendrás? ¿Echamos la llave? ¿O vas a quedarte esta noche...?

—Joder —susurró Taylor.

—Eh, es para no preocuparnos. ¿Es que no recuerdas lo que ocurrió con Adrien? Toda la noche preocupados por si le había ocurrido algo y luego había estado con Beth huyendo por el bosque, y además...

—Sé cuidarme mejor que Adrien. Adrien tiene la cabeza hueca.

Dicho esto colgó sin esperar a recibir respuesta de su jefe. Le sacaba de quicio que estuviesen siempre con las mismas bromas, aunque también debía confesar que se lo había ganado a pulso, él mismo había sido el promotor de muchas bromas que habían tenido como centro a Adrien, así que, en parte él se lo había buscado.

Volvió al comedor mientras Sandra colocaba el jarrón sobre la mesa.

—¿Ya está? —preguntó ella con una sonrisa.

—Sí, ya se lo he dicho a mi jefe —ella se mordió el labio y apartó la mirada de él algo tímida—. ¿Qué ocurre?

—¿No se ha enfadado porque hayas compartido conmigo esa información?

—No, para nada —pronunció con una sonrisa mientras depositaba el móvil sobre la mesa—. Al contrario, te agradece mucho la ayuda.

—Ah, pues... de nada —dijo ella feliz.

Taylor se acercó más a ella.

—Oye, ¿mañana a qué hora tienes que ir a hablar con el señor Akers?

—A las cinco, ¿por?

Él se encogió de hombros.

—Podríamos quedar luego, e ir a celebrar lo de tu cheque —dijo con una sonrisa.

—Pues me parece fantástico —respondió con voz aguda. Se giró hacia él y puso sus manos en la cintura—. Oye... quería preguntarte una cosa... —adoptó una postura tímida—, no sé si te parecerá bien...

—Pide por esa boquita.

—Pasado mañana es la inauguración de la exposición, donde se exponen las obras que cedemos al museo. ¿Te gustaría acompañarme? Hannah va acompañada...

—Ah, y tú no quieres ir solita, ¿no?

Ella comenzó a reír.

—No es por eso —se encogió de hombros—. Bueno, es algo importante para mí, es la primera vez que exponemos en un museo tan importante y...

—Claro, me encantaría acompañarte.

—Está un poco lejos —dijo chasqueando la lengua—. Son unas tres horas en coche —él parpadeó un par de veces ante aquel dato—. Así que había pensado que, como la inauguración comienza sobre las nueve de la noche y acaba tarde, podíamos mirar un hotel por esa zona y pasar el fin de...

—Me apunto a lo de la noche de hotel —dijo con una sonrisa—, pero el fin de semana entero no puedo, Sandra. Estoy en medio de una investigación y...

—Sí, claro, claro... lo entiendo, pues una noche aunque sea.

Él se acercó y colocó una mano en su cintura.

—Me parece una idea estupenda.

—Además, allí hay muchos coleccionistas... quizá podrías preguntar por tu baphomet —sonrió más.

—Muy astuta.

—¿A que sí? —bromeó ella—. Seremos como dos infiltrados en busca de una pista.

—Te encanta la idea —rio él mientras se acercaba más.

—Sí.

—¿Así que te gusta el riesgo? —preguntó con voz provocativa.

Ella asintió pero no tuvo tiempo a responder, Taylor se abalanzó sobre ella buscando sus labios. La aupó directamente, haciendo que Sandra rodease con sus piernas sus caderas, y la condujo directamente a la habitación.

19

Sandra miró de reojo a su prima mientras el señor Akers se sentaba en su enorme butaca de piel. Había pasado varias veces por delante de aquella mansión, situada prácticamente a las afueras de Calgary, pero no sabía que era de su propiedad.

Lo cierto es que era más glamurosa de lo que aparentaba por fuera.

El señor Akers apartó unos planos y contratos que había sobre la mesa y sonrió a las dos muchachas.

—Perdonad el desorden. Son los planos del nuevo centro comercial que estamos construyendo a las afueras.

—Oh, sí, ya sé cuál —apuntó Hannah—. Tiene pinta de que va a ser enorme.

El señor Aker le sonrió con modestia y asintió.

—Queremos que sea un centro comercial que albergue de todo. Tiendas, restaurantes, cines, e incluso alguna discoteca.

—Seguro que es un éxito. No hay ninguno cerca.

Dejó los planos en la estantería y volvió a acomodarse en su butacón, esta vez con un rostro más serio. Puso sus manos sobre la mesa, unidas, y suspiró.

—Supongo que están al corriente de lo que ha ocurrido.

Sandra asintió y esta vez fue ella la que habló.

—Sí, lo lamentamos mucho. Sabemos que la pieza que robaron del camión era importante...

—Sí, es una lástima. De eso mismo quería hablar con vosotras —pronunció mientras ponía su espalda recta—. Su medallón...

—Un baphomet —le recordó Hannah.

—Sí, sí... eso —pronunció como si tampoco supiese su nombre técnico—, era uno de los más solicitados por el museo —se encogió de hombros y puso su espalda recta—. No sé si están al corriente de que he puesto una denuncia.

—Sí, lo sabemos —intervino Sandra de nuevo, haciendo que el señor Akers arquease una ceja—. Bueno, el equipo de la policía científica que hizo la investigación en nuestro local cuando nos robaron nos lo explicaron.

William asintió, no muy seguro, y se quedó unos segundos callado.

—La verdad es que este robo nos ha afectado a todos mucho —chasqueó la lengua y se apoyó contra la mesa—. Igualmente, el resto de objetos y obras de arte que aportáis a la exposición son de mucho valor, así que, si os parece

bien, lo haremos como siempre —dijo buscando unos documentos sobre la mesa—. ¿Dónde lo he dejado? —preguntó para sí mismo revolviendo sobre la mesa—. Ah, aquí... —pronunció cogiendo los contratos—, la asociación Akers percibirá un treinta y cinco por ciento del valor de venta de cualquier objeto que aportéis —dijo mostrándoselo. Ambas cogieron el contrato para leerlo—. En el inventario hemos extraído el baph... baph... el medallón —acabó diciendo.

Ambas asintieron mientras comenzaban a leer el contrato, aunque Sandra no pudo evitar echar la vista atrás para controlar a los dos enormes guardaespaldas que se encontraban al final de la sala.

Intimidaba bastante estar con aquellos enormes hombres allí, armados. Se había sorprendido bastante con el despliegue de seguridad que el señor Akers tenía contratado, aunque después de lo que le había ocurrido, podía incluso comprender su actitud.

No pudo evitar suspirar cuando volvió a observar la fotografía de Ian, su hijo asesinado.

—Tengo una duda —interrumpió Hannah sus pensamientos—. En la cláusula siete dice que la Sociedad Akers percibirá el treinta y cinco por ciento del valor de venta de cualquier objeto que figure en el anexo uno, y que percibirá el treinta por ciento de cualquier compra que se realice posteriormente a la exposición de los objetos, debiendo sufragar nosotras los gastos de envío.

—Sí, disculpad... eso es simplemente que si un comprador dejase una señal para guardar el objeto, en el caso de que no tuviese transporte para trasladarlo en ese momento o mientras dure la exposición, y tuviese que realizarse el transporte en un par de semanas o un mes, la sociedad percibiría un treinta y no un treinta y cinco por ciento.

—Es decir, siempre y cuando dé una paga y señal, ¿no?

—Exacto —apuntó el hombre con una sonrisa—. Una vez que acabe la exposición, nosotros nos encargaremos de devolverle los objetos en perfecto estado, por eso, una vez vosotras dispongáis de ellos de nuevo, y obren en vuestro poder, si hay que entregar alguna pieza a algún comprador que haya dejado una paga y señal en la exposición, entendemos que vosotras debéis acarrear con los gastos de transporte, y por eso, nosotros, ayudamos reduciendo los gastos del porcentaje.

—Ah... pues, me parece bien —apuntó mirando a Sandra.

—¿Queréis que leamos cláusula por cláusula? —preguntó amable.

—No, no... —dijeron las dos a la vez sin apartar la mirada del documento.

—El resto está todo muy claro —intervino Sandra con una sonrisa, correspondida al momento por el señor Akers.

Tras varios minutos, los tres cogieron los bolígrafos y firmaron los contratos. William entregó uno a cada una con un sobre.

—Lamento que se hayan firmado tan tarde, normalmente los contratos los firmamos incluso antes de ir a recoger las piezas, pero con todo el lío que he tenido, y con la última modificación por lo del robo...

Ambas supieron a lo que se refería, sobre todo cuando el Señor Akers volvió su mirada hacia la fotografía de su hijo.

—No se preocupe, no pasa nada —apuntó Hannah.

—Lamentamos mucho su pérdida —susurró Sandra con cuidado—. De verdad, lo sentimos mucho.

El señor Akers no pudo menos que afirmar con su rostro, pero ambas pudieron identificar como su labio inferior temblaba, como si estuviese a punto de hacer un puchero. Permitieron que William se repusiese durante unos segundos y, finalmente, tomó aire y las observó de nuevo.

—Saben que la exposición está algo lejos...

—Sí, pero no se preocupe, saldremos pronto de aquí. Creo que son unas tres horas aproximadamente, ¿no? —preguntó Sandra.

—Yo les iba a ofrecer si querían acompañarme. Saldré de aquí sobre las siete y media. Tengo un helicóptero. El viaje no dura ni una hora.

—Oh —dijo Sandra mirando de reojo a Hannah.

—Claro, sería increíble, y toda una experiencia —respondió risueña—. Lo único que vamos acompañadas...

—Claro, no hay problema, ya contaba con ello —dijo poniéndose en pie.

—Si os parece bien, pasaré a buscaros por vuestro domicilio sobre las siete, podéis mandar un e-mail a mi secretaria con vuestras direcciones y os pasaremos a buscar.

Las dos sonrieron agradecidas.

—Claro, en cuanto lleguemos al local se lo enviamos —pronunciaron poniéndose en pie.

William tendió la mano hacia ellas y la estrechó.

—Bien, pues os acompaño a la puerta —dijo indicándoles con la mano que le siguiesen.

Mientras se dirigían a la puerta de salida, bajando unas imponentes escaleras, no pudo evitar fijarse en todos los guardaespaldas que había, sin moverse, con la mirada fija en un punto, prácticamente sin pestañear. Ambas se miraron

durante unos segundos, sorprendidas por aquella actitud, pues ni siquiera giraban su cuello hacia ellas.

William abrió la puerta y las dejó pasar primero. El jardín delantero era impresionante. Tenía un copioso césped verde a cada uno de los lados de la ancha carretera que permitía el paso de los vehículos hasta el garaje o la puerta de entrada.

Mientras caminaban sobre unas piedras observó a varios miembros más de la seguridad del señor Akers merodear por el jardín. ¿De verdad era necesaria tanta seguridad? Estaba claro que era un hombre millonario, y que después del asesinato de su hijo debía haber incrementado más su seguridad, pero aquello sobrepasaba lo lógico.

Pudo intuir cómo Hannah pensaba lo mismo, pues ambas se miraron de reojo tras observar como otro miembro de seguridad se acercaba a ellas.

En cuanto la puerta de metal que precedía al jardín se abrió, una sonrisa se dibujó en el rostro de Sandra. Taylor la esperaba a unos metros, apoyado contra el todoterreno.

—Taylor —dijo ella mientras lo saluda. Se giró y miró a William—. Señor Akers, él es Taylor —explicó mientras él se acercaba—. Has llegado pronto —pronunció con una sonrisa.

William lo observó y dio un paso al frente, tendiéndole la mano.

—Señor Akers. Encantado de conocerle —pronunció estrechándole la mano, observando que un miembro de seguridad se acercaba más a ellos.

William se quedó observándolo fijamente y después, como si despertase de un sueño, movió su rostro y sonrió mientras asentía.

—Igualmente.

—Es el acompañante que llevaré mañana —explicó Sandra.

—Vaya, ¿lo obligan a venir? —bromeó William mientras se soltaba de su mano y sonreía hacia Mark, el miembro de seguridad que se había acercado más, como si Taylor representase una amenaza.

Taylor se encogió de hombros y sonrió hacia Sandra.

—No, no me obligan, estoy encantado de acompañarla. Seguro que es muy interesante.

—Se lo puedo asegurar —pronunció rápidamente William—. Bien, pues recuerden enviar sus direcciones a mi secretaria. Nos vemos mañana —pronunció, dando un paso hacia atrás.

Los tres aceptaron y se dirigieron al todoterreno, mientras el Señor Akers los observaba. Se quedó mirando cómo Taylor abría la puerta trasera para que

Hannah subiese al vehículo. Sabía de quién se trataba. Había visto su fotografía cientos de veces, había memorizado cada uno de los seis rostros que pertenecían a aquella división. Los asesinos de su hijo. Pero jamás en la vida hubiese esperado encontrarlo frente a la puerta de su casa recogiendo a Sandra.

—Mark —llamó a su más fiel hombre. Mark se colocó a su lado, tieso como un palo—. Síguelos, quiero saber dónde vive ese hombre.

—Sí, señor —pronunció mientras se alejaba.

—Pero que no te vean —dijo mientras observaba fijamente a Taylor rodear el todoterreno para ir hacia la puerta del conductor.

Entró en su vivienda a paso acelerado, mientras observaba como Mark cumplía sus ordenes, sabía que cumpliría lo que le había encomendado. Ya no solo porque se trataba de un militar, sino que además el comportamiento sumiso al que los había sometido Agnes hacía que todos sus hombres cumpliesen sus órdenes sin cuestionar siquiera sus palabras.

Ascendió las escaleras de dos en dos, pasando frente a varios de los hombres de su guardia personal, y se dirigió a su despacho, donde había estado hacía varios minutos en compañía de Sandra y Hannah. ¡Qué sorpresa le había guardado el destino!

Se acercó a la ventana y corrió levemente la cortina. El todoterreno de Taylor avanzaba por la calle seguido de coche de Mark.

Bien, al fin podría conseguirlo, sabía lo que tenía que hacer para recuperar a su hijo. Volvería a abrazar a Ian, ya no estaría solo.

Fue hacia la caja fuerte escondida tras un cuadro y la abrió.

Dentro estaba la carpeta que le había entregado Agnes junto a las fotografías de los seis muchachos. Rebuscó y sacó la de Taylor, observándola fijamente.

Luego miró hacia esa cajita de madera, la extrajo de la caja fuerte y la depositó sobre la mesa. La abrió lentamente, observando el arma con las seis balas. Agnes había sido muy clara en ese sentido, aquellas personas, al igual que ella, tenían dones especiales, y solo con aquellas balas podría acabar con ellos.

Cogió una de las balas y la observó. Aquello era lo que debía hacer para recuperar a su hijo, y no dudaría ni un solo segundo en apretar el gatillo. Había trazado un plan, y nada evitaría que pudiese realizarlo.

Hannah bajó del todoterreno y cerró la puerta mientras una sonrisa inundaba su

rostro.

—¿Qué todoterreno es este? —preguntó mientras lo rodeaba para ir al encuentro de su prima.

—Es del trabajo —explicó Taylor con una sonrisa tirante.

—Voy a comprarme uno igual —pronunció divertida. Fue hasta su prima mientras buscaba las llaves en su bolso—. Voy al local, tenemos que enviar los e-mail —Sandra asintió—. Ahora nos vemos —canturreó mientras se alejaba.

A la que se alejó hacia el local Taylor se acercó a ella, aunque no pudo evitar mirar de reojo en dirección a esa ventana donde se encontraban instaladas la cámara de vigilancia. Malditos compañeros suyos, podía asegurar que lo estaban vigilando.

Echó un brazo por encima de ella y la llevó hacia la pared. Sabía dónde se encontraba el punto ciego, una pequeña baldosa que no lograba visualizar desde ninguna de las tres cámaras que habían instalado.

—Entonces... ¿seguro que te parece bien? No sé si prefieres que vayamos por nuestra cuenta mañana hasta...

Él sonrió mientras rodeaba con un brazo su cintura.

—Es tu gran día —rio—. A mí me parece que un viaje en helicóptero es lo que toca.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí, claro, me parece perfecto. Hay que estar a las siete en tu piso, ¿no?

—Sí, nos pasarán a buscar para llevarnos al helipuerto.

Ambos se quedaron mirando fijamente durante unos segundos hasta que Taylor sonrió más aún.

—Pero quedamos para cenar esta noche, ¿no?

Ella se encogió de hombros, como si aquello hubiese estado claro desde un principio.

—Claro.

—Bien —se acercó y la besó directamente. Se separó de ella, cogiéndole la mano, acariciándola con el pulgar—. Paso a buscarte por tu tienda a las ocho, ¿de acuerdo?

Ella asintió mientras daba unos pasos hacia atrás y una sonrisa inundaba su rostro. La vio meterse en el local y avanzó hacia su piso.

Podía asegurar que la velada de la que disfrutaría al día siguiente, por la noche, iba a ser fantástica.

Abrió la puerta y justo entonces escuchó un golpe y un gruñido. Entró

rápidamente para ver que Adrien se llevaba la mano a la frente, como si acabase de recibir un golpe, mientras Christopher y Scott reían sin parar.

—¿Qué pasa? —preguntó Taylor—. ¿Qué hacéis a...? —se quedó callado al observarlos y dio un paso hacia delante, amenazante—. ¿Me estabais espiando por la mirilla?

—Joder, qué golpe... —susurró Adrien mientras se rozaba la frente.

—Te has puesto en el punto ciego... —se excusó Christopher.

—¿Ahora sois unos mirones? —preguntó sorprendido, aunque luego miró con una ceja enarcada a Adrien—. Te lo mereces. Si lo llego a saber, le pego una patada a la puerta y sales volando hacia atrás —dijo mientras se dirigía al ascensor. Todos le siguieron—. ¿Y el resto?

Scott pulsó la planta alta para ir hasta la oficina mientras miraba de reojo a Adrien.

—Están arriba investigando.

—¿Han averiguado algo más? —preguntó Taylor, luego miró a Adrien, que gruñía de nuevo—. Eres un exagerado.

—Hemos vuelto a hacer una búsqueda y nada, tal y como te dijo Sandra, no hay ninguna exposición o coleccionista que tenga un baphomet —Taylor suspiró. Las puertas se abrieron y se dirigieron todos a la oficina—. Pero tenemos una información más.

Aquello intrigó a Taylor.

—¿El qué?

—Ahora lo explica —pronunció Scott mientras entraban por la puerta a la enorme oficina y señalaba a su jefe.

Nicholas señalaba una de las dos fotografías que había pegado en la pared. Taylor enarcó una ceja al verlas. Parecían portadas de libros, aunque bastante antiguos.

—Hoy toca clase de literatura —bromeó Christopher mientras Taylor se sentaba a su lado, cruzándose de brazos.

—¿Hay algo nuevo?

—Parece que sí —respondió su compañero mientras se apoyaba contra la silla y se estiraba hacia atrás.

Nicholas se apoyó contra la mesa y suspiró.

—Ahora que ya estamos todos... —y miró directamente a Taylor—. He vuelto a hablar con la división de Nueva York, tenemos nuevas noticias, no es que sea mucho, pero creo que puede aclararnos algo. Evelyn y Elisabeth están investigando mucho sobre el tema —dio unos pasos hacia el lateral y señaló la

primera fotografía en blanco y negro. Era un texto antiguo y podía leerse algo en latín—. Malleus Maleficarum —pronunció señalando la primera fotografía—. Es latín antiguo.

—¿Y qué significa? —preguntó Scott—. No soy muy bueno con el latín.

—Ninguno de aquí lo es —remarcó Dean—. No daban clases de latín en el Pentágono.

—Significa "el martillo de las brujas" —explicó Nicholas—. Es uno de los tratados más importantes que se han publicado sobre la persecución de brujas en el Renacimiento. Es básicamente un libro sobre la caza de brujas —se encogió de hombros—. Lo publicaron en Alemania en mil cuatrocientos ochenta y siete, y tuvo un profundo impacto en los juicios contra las brujas.

—¿Y nos va a decir cómo cazarlas? —bromeó Adrien—. Yo creo que una bala o una daga en el corazón ya serviría.

—¿Te recuerdo que ya luchamos con Agnes y no pudimos ni acercarnos? —preguntó Nicholas, con una sonrisa fingida.

—Sí, eso es verdad —chasqueó la lengua con fastidio—. Sigue.

—Igualmente eso no nos interesa ahora mismo —remarcó Nicholas, y volvió a señalar la fotografía—. El libro está dividido en tres partes. La primera detalla cómo el demonio y sus seguidores, las brujas y hechiceros, realizan el mal, y cómo las mujeres, al ser más débiles y al tener su intelecto inferior, caían más en la tentación de Satán que los hombres —acabó bromeando.

—¿En serio? —preguntó Taylor tras parpadear varias veces.

—Parece que sí.

—Qué cachondos, eh —rio Scott.

—Sí —continuó divertido Nicholas—. Evelyn se ha puesto hecha una fiera cuando me explicaba esto. Me ha dado por reírme y casi me cuelga.

—Normal, ¿cómo se te ocurre? Como si no la conocieses ya... En esa época eran unos machistas —continuó Taylor—. Bueno, ¿y qué más? Porque eso no nos aclara mucho las cosas.

—Sigo —continuó Nicholas—. La segunda parte es la que nos interesa. En esta sección se detalla cómo las brujas lanzaban hechizos y hacían rituales y, además, se da un fuerte énfasis al pacto con el diablo. Aquí es a donde quería llegar. Uno de los ritos se llama Pecus.

—¿Para volverse pecoso? —preguntó Scott.

—En realidad, en latín, Pecus significa bestia.

Adrien suspiró y agachó su rostro.

—Ya volvemos con el cabrón —susurró.

—Y han encontrado unas frases muy significativas —luego volvió a señalar una frase que había debajo del título del libro—. *Et sex mulieres ad coniungere nata est bestia* —luego hizo una sonrisa algo tímida—. Desde luego no suena igual a cuando lo pronunció Evelyn —bromeó.

—Traduce —dijo Taylor muy serio.

—Y las seis mujeres se unirán para que la bestia nazca —contestó. Luego se pasó la mano por los cabellos, angustiado—. Normalmente, por lo que me han explicado, los aquelarres estaban formados por un mínimo de trece brujas pero, sin embargo, en este llama excesivamente la atención que solo sean seis.

—Tal y como nos habían dicho —apuntó Christopher—, ¿no dice nada sobre qué deben llevar un medallón?

—Espera —le cortó Nicholas—. La frase sigue...

—Ah, qué bien, que sigue —bromeó Dean.

—*Et regni tenebras in hoc mundo* —luego ladeó su rostro y sonrió muy divertido hacia sus compañeros—. Y la oscuridad reinará en este mundo.

Todos se quedaron pensativos unos segundos.

—¿Y quién escribió ese libro? ¿Una bruja? —preguntó Taylor.

—No, Jakob Sprenger y Enrique Kramer. Era dos monjes dominicanos.

—¿Y cómo sabían eso? —continuó preguntando.

—Intervinieron en varios juicios contra brujas. De hecho, la tercera parte del libro trata justamente de eso, de cómo enjuiciarlas y torturarlas para sacar información.

Christopher se removió nervioso.

—Pues está claro que si eso es cierto, tuvieron que torturar a alguna bruja real —apuntó.

—Teniendo en cuenta que sea cierto —contraatacó Dean pensativo.

—Es demasiada casualidad, ¿no creéis? —preguntó Adrien—. Ya sabemos todos que las brujas existen desde hace mucho, pero lo de la bestia... lo de las seis brujas... Además, hacen falta seis brujas justamente para conjurar a la bestia, cuando normalmente suelen ser trece en un aquelarre.

—Y no olvidemos que justamente seis, el número del diablo —intervino Taylor.

Nicholas avanzó un paso hacia delante.

—Esperad, hay más... —pronunció, haciendo que todos volviesen su rostro hacia él—. Hay otro libro aún más importante —se giró y señaló hacia la siguiente fotografía—. *La Aradia* o el evangelio de las brujas. Escrito por el estadounidense Charles Leland. Fue publicado en mil ochocientos noventa y

nueve. En este libro se describen los ritos y el culto religioso relacionado con la brujería, pero en la Toscana. En Italia —dio unos pasos hacia delante—. Según Leland, conoció a una bruja, de nombre Margherita, originaria de Florencia. Según Leland, provenía de un linaje de brujas muy antiguo, el etrusco, y justamente ella fue la que le envió unas cartas, a puño y letra, explicándole los ritos que se narran en el libro. En esos cientos de páginas que le envió le explicaba cuáles eran las doctrinas y los rituales durante los aquelarres, incluso cómo practicaban actos prohibidos —luego rio algo nervioso—. Esto... esto os va a gustar... —se removió inquieto, haciendo que todos lo mirasen nerviosos—. En el capítulo sexto habla de cómo enamorar a la persona amada...

—Mira, Taylor, ese es para ti. Atiende —dijo Adrien guiñándole el ojo.

—A mí no me hace falta —le recriminó, haciendo que todos volviesen la mirada hacia él—. Por favor... —señaló a Nicholas para desviar la atención—. Esto es importante.

Nicholas puso los ojos en blanco.

—Hay diversos amuletos y medallones que se podían hacer con piedras para conseguir el amor de una persona, pero... —continuó Nicholas—, cuando querías conseguir el amor del diablo, debías usar el bronce —luego comenzó a reír, incrédulo—. De hecho, se montaban unas buenas orgías con la excusa de...

—¡Venga hombre! —le recriminó Taylor con un movimiento de mano, alucinado con lo que explicaba su jefe.

—¿Pero con una cabra? Si ya decía yo... —intervino Adrien.

—¿En serio? —preguntó Christopher directamente—. ¿Orgías?

—¿Y tenemos que detenerlo? —gritó Scott—. ¡Anda ya! ¡Yo me apunto!

—Eh, eh... —les cortó Nicholas al ver el revuelo.

—¿Y se sabe la fecha? —preguntó de nuevo Scott, fingiendo ansiedad.

Adrien se giró hacia él.

—Venga, Scott... valórate un poco más. Una cabra no es tu tipo.

Scott le dio una colleja a Adrien.

—Además seis brujas... esto nos va genial —bromeó Dean—. Una para cada uno.

Nicholas se pasó la mano por los ojos, incrédulo por lo que sus compañeros decían.

—No cuentes con Adrien, Bethany le corta los huevos —rio Christopher.

—Nos sobra una —continuó Scott—. Podríamos prestársela a tu cuñado... —

se giró directamente hacia Adrien—. Así matamos dos pájaros de un tiro. Alex pierde la virginidad y, de paso, nos cargamos a una de ellas convirtiéndola en loba.

—Eh, eh... —volvió a cortar Nicholas—. Que no estoy para bromas ahora —rugió.

—Venga, Nick... —siguió Dean—. Te dejaremos escoger.

—Vuelve a llamarme Nick y... —comenzó a rugir.

—No, esperad... —le cortó Dean—. Que nos sobran dos... Taylor también está pillado —Taylor se giró hacia él, enarcando una ceja.

—Joder, no vamos a dar abasto... —susurró Scott.

—Bueno, vale ya... —cortó la conversación—. Esto es serio, vamos a centrarnos —respiró profundamente Nicholas—. Por favor.

—Vale, vale... ya nos ponemos serios —se excusó Dean, aunque luego sonrió de forma maliciosa—. Aunque no me admitirás que no te hace gracia. Se supone que vamos a tener que intervenir en un ritual donde las brujas se van a montar una orgía. ¿Estarán en bolas?

—Y yo qué sé... —exclamó Nicholas extendiendo los brazos hacia ellos.

—¿Se supone que conjuran a Satán para conseguir su amor, no? —rio Christopher—. Lo mismo sí que lo están... —luego se quedó reflexionando—. Pues va a ser un buen marrón, ¿eh?

Nicholas carraspeó.

—Yo creo que lo suyo sería detenerlo antes de que comenzase —volvió a señalarlos con los brazos con una fingida sonrisa, incrédulo.

Dean se rascó la barbilla.

—Sí, de todas formas... si son como Agnes... no sé yo, eh. Que es atractiva, pero algo madura para mí.

Nicholas volvió a suspirar y dio un paso adelante.

—A ver, lo que está claro es que ya se hace referencia desde hace varios siglos al ritual para conjurar a la bestia, y que para este es necesaria la participación de seis brujas y el bronce.

—Y al menos, el medallón que robó Agnes era de bronce —apuntó Taylor—. Pero... —se quedó pensativo—, hay algo que falla. Dice que es necesaria la participación de seis brujas, es decir, que con que una sola bruja tenga los seis medallones no vale, deben ser seis.

—Ahí quería llegar yo —le señaló Nicholas.

—¿Sabemos de alguna actividad paranormal más, además de las que

controlamos nosotros, en el último año? —preguntó esta vez Adrien más serio.
—Ninguna —explicó Nicholas—. Si tal y como ha dicho Taylor es necesaria la participación de seis brujas, y Agnes ha robado el medallón, está claro que debe haber más brujas.

—Lo mismo simplemente se ha guardado el medallón porque sí —propuso Dean.

—Que va... —le respondió Scott—. Esta tiene ganas de fiesta.

Nicholas se apoyó contra la mesa.

—He enviado un e-mail al Pentágono explicando la situación, y a la mínima actividad paranormal que haya cerca nos avisarán, pero... debemos ir con cuidado. Cabe la posibilidad de que en breve quieran montar un aquelarre.

—Y vuelvo a preguntar —insistió Scott—. ¿La fecha para realizar ese ritual no la sabemos?

Nicholas negó.

—No, Evelyn y Elisabeth no dejan de investigar, pero realmente no hay mucho a lo que acogerse —luego miró a Adrien—. ¿Alex ha hablado con la manada, por si sabían algo?

Adrien negó.

—Aún no me ha dicho nada. Si no me dice nada hoy, mañana le llamaré.

Nicholas asintió.

—Aunque creo que sería mejor ir mañana a hacer una visita a la manada. Aunque sea solo para hacer acto de presencia.

—Me parece perfecto —respondió Christopher—. Mejor que sepan que están controlados.

—Está bien. No le digas nada, Adrien, mañana ya nos presentaremos allí —luego se encogió de hombros—. ¿Se os ocurre algo más?

Todos se quedaron pensativos durante un rato.

—Yo mañana tengo una cena —acabó diciendo Taylor mientras se encogía de hombros—. Así que mañana por la noche no contéis conmigo.

—No me refería a eso —indicó Nicholas.

—Ya, pero me he acordado ahora de decirlo —respondió Taylor mientras volvía a inmiscuirse en sus pensamientos. Luego ladeó su rostro y se quedó observando fijamente a Nicholas, el cual enarcó una ceja hacia él—. ¿Sabes? Mañana acompaño a Sandra a la inauguración de su exposición, allí hay muchos historiadores.

Nicholas se encogió de hombros.

—Intenta averiguar algo, pero dudo que puedas sacar nada en claro. Ni

siquiera figura en la web del Pentágono —luego suspiró—. Pero bueno, por intentarlo no se pierde nada.

—¿Y sobre el ritual en sí? —preguntó Dean—. Sabemos que hacen falta seis brujas, y además el bronce... pero comentaste algo de que había sacrificios también...

Taylor notó cómo su móvil vibraba en su bolsillo, lo cogió y observó sorprendido un mensaje de Sandra.

Sandra: Hola otra vez. Espero no molestarte. ¿Tienes un traje?

Taylor enarcó una ceja al leerlo.

Taylor: Hola. Tú nunca molestas. ¿Un traje para qué?

—De momento sabemos eso. Debe hacerse un sacrificio, en principio por lo que leyeron Evelyn y Elisabeth, de una virgen... —escuchó que decía Nicholas.

—¿Os dais cuenta de que el mundo del ocultismo es muy porno? —preguntó Christopher.

Sandra: La cena de mañana es de etiqueta.

Taylor arqueó una ceja. ¿De etiqueta?

Taylor: Sí, tengo un traje. No hay problema.

Sandra: De acuerdo.

—¿Y no sabemos nada más? —preguntó Dean—. Es que quizá, si hallamos algún dato más sobre ese sacrificio, podemos saber algo sobre la fecha o ubicación.

—Pues de momento no, nada.

—Oye —se giró Dean hacia Scott—. Mira a ver si en la web del Pentágono están esos libros, quizá podamos leerlos.

—¿Tienen versión en inglés? —preguntó Scott.

—Sí, se han hecho muchas ediciones de ellos —respondió Nicholas mientras iba hacia el ordenador para encenderlo—. En diferentes idiomas.

Taylor suspiró y volvió a observar su móvil.

Taylor: ¿Qué haces?

Sandra tardó un poco en responder.

Sandra: Estoy mirando con mi prima nuevos locales.

Aquello hizo que sonriese.

Taylor: No olvides mirar Banff

Sandra: Ahora mismo lo estoy mirando

Aquello le hizo sonreír aún más, aunque al momento elevó su mirada, topándose con Christopher, que lo observaba divertido.

—¿Mandándote mensajitos de amor? —ironizó.

Taylorladeó su rostro hacia un lado.

—Concretando la cena de mañana.

Christopher se alejó para acercarse al ordenador que su jefe encendía, donde todos lo rodeaban.

Sandra: Quizá sí me plantee lo de Banff. Hay mucho turismo ahí.

Taylor observó de reojo como sus compañeros echaban miradas furtivas hacia él.

Taylor: Es un buen sitio para poner un local.

Taylor: Te paso a buscar a las ocho.

Taylor: Me reclaman. Lo siento.

Sandra: No te preocupes. Nos vemos luego.

Taylor metió el móvil en su bolsillo y se levantó para ponerse al lado de sus compañeros, mirando la pantalla del ordenador. Nicholas había accedido a la web del Pentágono, en la sección de documentos.

—¿Hay algo?

—Estoy buscando. Pero de momento nada.

20

Taylor la miró sonriente mientras salían del restaurante.

—Pues es todo un detalle —pronunció mientras abría la puerta para que Sandra saliese.

—Sí, la verdad es que el señor Akers es encantador —se puso el abrigo y caminaron hacia el todoterreno—. Pobre hombre. Me da pena por todo lo que ha tenido que pasar en la vida. Y lo de su hijo Ian... el asesinato.

—Ya, la vida es muy injusta.

—Oye, me dijiste que estabas investigando su asesinato —dijo mientras se ponía el cuello hacia arriba—. ¿Has averiguado algo más?

Taylor chasqueó la lengua.

—No puedo hablar mucho de eso —respondió con una sonrisa tímida.

—Ya, perdona —reaccionó rápidamente—. Pero, te encargas de muchos casos, ¿no? En principio me dijiste que habías venido a investigar el asesinato, y ahora está lo del robo, ¿crees que tiene algo que ver una cosa con otra?

—Es posible —se encogió de hombros—. Si lo supiese, no estaría investigando —apuntó divertido.

—Ya —contestó con una sonrisa, mirándolo de reojo.

Se subieron al todoterreno y tomó rumbo al piso de Sandra.

—Así que el hotel está cerca, ¿no? —cambió de conversación Taylor.

—Sí. Está al lado. Bueno, a un cuarto de hora a pie —respondió con voz animada—. A las diez de la mañana nos enviarán el helicóptero para volver —lo miró divertida—. ¿Has subido alguna vez en helicóptero?

Aquella pregunta le hizo gracia, parecía que estaba muy ilusionada.

—Sí, unas cuantas veces —la miró de reojo—. ¿Y tú?

—Que va, solo en avión, y pocas.

—Impresiona bastante.

—Oye, y el traje...

—¿Qué pasa con el traje? —preguntó divertido mientras doblaba una esquina.

—¿De qué color es?

—Pues negro —contestó con una sonrisa—. ¿Por?

Ella se encogió de hombros.

—¿Te vas a poner corbata?

Él la miró sin comprender.

—¿Quieres que me ponga corbata?

Sandra se encogió de hombros.

—Bueno, es que... voy a llevar un vestido color verde. Para que te pongas una corbata de otro color —acabó diciendo con una sonrisa.

—No te creas que tengo muchas... un par, y ninguna verde, así que puedes estar tranquila —bromeó.

Aparcó delante del piso de Sandra y se quitó el cinturón. Miró su reloj de pulsera, marcaba casi la una de la madrugada.

—Es tarde —susurró él acercándose.

—Sí —ella le sonrió, pero se quedó un poco confundida al ver que no se bajaba del coche. Hizo un gesto tímida—. ¿Te tienes que marchar? —preguntó en un susurró.

Taylor se acercó, echando un brazo por encima de sus hombros, y besó su frente.

—Mañana tengo que madrugar, tengo que atender unos asuntos para poder tener la tarde libre.

—Ah —respondió cortada.

Le hizo gracia ver aquella actitud en ella.

—¿Quieres que suba un rato? —preguntó con la voz más tentadora, acercándose a sus labios.

Ella se encogió de hombros.

—No importa, mañana tienes que madrugar. Además nos veremos toda la tarde.

—Y toda la noche —dijo rápidamente—. Y pienso compensártelo con creces.

Ella comenzó a reír. Taylor acarició su hombro sin apartarse.

—¿Has mirado los locales de Banff?

—Sí, hemos visto unos cuantos. Hemos estado toda la tarde planificando. Es una zona igual o más turística que esta, y con la indemnización del seguro y lo que cobraremos por la exposición tenemos dinero de sobra para expandirnos. Si no, siempre podemos volver aquí.

—Seguro que allí os va mejor aún —contestó rápidamente—. Y además, así te tendré cerca —susurró.

Ella lo observó directamente a los ojos y, al final, se mordió el labio mientras apartaba la mirada de él.

—Sí, eso también —susurró. Luego se encogió de hombros y paseó la mirada por la calle, oscura y vacía—. Bueno, pues... ¿quedamos aquí mañana a las

siete? El señor Akers enviará un coche a recogernos para llevarnos al helipuerto.

—Estaré antes aquí —respondió con una sonrisa. Volvió a acercarse y la besó con ternura, paseando sus labios lentamente sobre los suyos, saboreándola. Cuando se apartó, la miró directamente a los ojos. Por Dios, estaba total y profundamente enamorado de ella—. Me gustas muchísimo, más incluso que cuando... —al momento se quedó callado cuando ella apartó la mirada rápidamente de él.

Sandra suspiró y tragó saliva.

—¿Que cuando estábamos en el instituto? —preguntó con ternura.

Taylor la observó fijamente. No era lo que iba a decir, de hecho, ambos eran conscientes de que su frase iba a acabar con las palabras "que cuando me tuve que marchar", pero por lo que intuía, Sandra se esforzaba por eludir el tema, y en parte, era lo mejor.

—Sí —admitió con un susurro, y automáticamente paseó una mano por su mejilla, acariciándola con suavidad—. Siento lo que ocurrió, yo no quería...

—Eh, oye... ya he comprendido que no puedo obtener respuestas —susurró mientras se encogía de hombros—. No pasa nada. Prefiero vivir el presente.

Él volvió a acariciarla. Se acercó y la besó de nuevo con delicadeza.

—Mañana estaré aquí antes de las siete.

—Bien —le sonrió.

—Sin corbata verde... —bromeó.

—Eso, sobre todo eso —respondió con una sonrisa—. Buenas noches.

—Buenas noches —pronunció mientras ella salía del vehículo.

Taylor esperó a que ella entrase al portal y, tras unos minutos, arrancó de nuevo el vehículo dirigiéndose a su hogar. Al día siguiente habían quedado en levantarse temprano para hacer una visita a la manada, debían averiguar qué estaba ocurriendo allí, los planes de Agnes, si iba a realizarse ese ritual y, sobre todo, cuándo y dónde.

Cuando habían llegado a Canadá hacía unos meses, jamás se hubiesen imaginado que todo se complicaría tanto, aunque debía admitir que el hecho de tener a Sandra cerca hacía que aquello tuviese menos importancia y fuese más llevadero.

Cuando llegó a su hogar sus compañeros ya estaban acostados. Le había costado un poco conciliar el sueño y ahora, tras sonarle el despertador a las

ocho de la mañana y una hora y media de trayecto, se le comenzaban a cerrar los ojos. Debía intentar echarse unas horas si quería ir bien fresco esa noche. Había intentado echar una cabezada, pero era imposible cuando sus compañeros no se callaban, así que se había entretenido mirando las altas montañas a cada lado.

—Detente por aquí, ya vamos andado —propuso Nicholas. Dean aparcó el todoterreno a la entrada del bosque. Nicholas se giró hacia atrás—. Aunque va a ser una visita de cortesía... —miró directamente a Christopher, que estaba sentado al final del todoterreno, y le sonrió—, pásanos unas cuantas dagas y pistolas.

Christopher y Scott abrieron la trampilla del maletero y fueron pasando a sus compañeros una pistola para cada uno.

—¿Dagas también?

—Yo no quiero dagas —dijo Taylor—. No llevamos nuestros cinturones —se incorporó en el asiento, tras asegurarse de que la pistola tuviese el seguro puesto, y la guardó a su espalda.

—Mejor que no, con esto ya nos apañamos —contestó Nicholas imitando a Taylor—. Bien, vamos allá.

Nada más salir del todoterreno, el viento helado casi los echó a todos hacia atrás. Adrien refunfuñó.

—Jamás me acostumbraré a este frío.

—Vamos —le sonrió Taylor mientras se abrochaba su cazadora—. Tampoco es para tanto.

Se introdujeron en el bosque, caminando a un paso normal, esquivando los árboles y saltando sobre rocas y troncos caídos. Ya se habían introducido bastante con el todoterreno en el bosque, pero a partir de ahí era muy difícil continuar si no era a pie.

—¿A qué hora tienes que irte hoy? —preguntó Nicholas situándose al lado de Taylor.

—Tengo que estar en casa de Sandra a las siete, ¿por?

Nicholas negó y luego le sonrió cohibido.

—Ayer me llamaron del Pentágono. Creen que en dos semanas podemos mudarnos aquí otra vez.

Taylor comprendió a qué se refería.

Tendrían que volver a Banff, y aquello, en principio, le alejaría de Sandra. Le gustó que Nicholas tuviese aquello en consideración.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó con un tono bastante delicado.

—¿Qué quieres que haga? —se rio.

—Bueno, ella está...

—Ya, te agradezco que te preocupes —dijo colocando una mano en su hombro

—, pero seguramente Sandra abrirá un local en Banff.

Aquello llamó la atención de todos, incluso de Dean y Christopher, que iban unos metros por delante y que se giraron para observarlo.

—¿Ah sí? —preguntó Nicholas.

—Con el dinero que le ha pagado el seguro por el robo —apostilló esa frase imitando unas comillas con los dedos—, más lo que sacarán de la exposición, quieren expandirse.

—¿Justamente en Banff? —preguntó Nicholas sorprendido.

Taylor se encogió de hombros mientras rodeaba un árbol.

—Es un sitio muy turístico en las montañas Rocosas.

—Ya, claro... y el hecho de que tú te traslades allí supongo que también ayuda, ¿verdad? —preguntó Dean.

Taylor chasqueó la lengua y se encogió de hombros.

—Sí, supongo que también ayuda —acabó admitiendo—. De hecho, le propuse yo que, si querían expandirse, tuviesen en cuenta Banff —se sinceró.

—¿Así que es oficial? ¿Es tu novia? —preguntó Adrien desde atrás mientras apartaba unos arbustos.

Taylor se quedó unos segundos pensativo.

—Bueno, oficialmente no, pero...

—Va, es tu novia —dijo Nicholas adelantándose un poco.

—No, no lo hemos hablado...

—Esas cosas no se hablan ya —le recriminó Adrien.

Taylor enarcó una ceja.

—Ya, y eso lo dice el que le iba pidiendo citas a Bethany —bromeó él.

Adrien apretó los labios y desvió la mirada de él.

Taylor dio unos pasos hacia delante, colocándose de nuevo a la altura de su jefe.

—No hay ningún problema, ¿verdad?

Nicholas no le miró al responderle, iba observando todo alrededor.

—No, ninguno. Mientras no se entere de a qué nos dedicamos...

Taylor puso los ojos en blanco.

—No tiene ni idea.

En ese momento, Dean, que se encontraba unos metros por delante, alzó la mano haciendo que se detuviesen.

—Están ahí delante —les susurró.

Nicholas asintió y se giró hacia atrás, indicándoles que cogiesen sus armas.

—¿No era de cortesía? —ironizó Christopher.

Nicholas lo miró divertido.

—Es una visita a unos lobos. Es de cortesía... pero la justa.

—Entonces, ¿quieres entrar pegando tiros? —preguntó Dean.

—No, pero prefiero entrar armado, que vean que no nos andamos con tonterías

—luego miró hacia delante—. Vamos.

Se acercaron a los matorrales y observaron. Sí, estaba la manda al completo.

Algunos de ellos permanecían aún durmiendo, otros charlaban entre ellos.

—Con este frío en invierno se van a helar durmiendo a la intemperie —susurró Adrien.

—Son lobos —le recordó Nicholas—. Su metabolismo es diferente. No pasan frío —luego lo observó de reojo—. Pero si lo dices por Alex..., ya miraremos algo —Adrien asintió—. Bueno, pues... —pronunció Nicholas volviendo su mirada al frente—. Una entrada normal y amistosa, ¿de acuerdo?

—Pero con el arma en la mano —matizó Christopher.

—Exacto —puntualizó.

Apartaron los matorrales y se internaron en el pequeño descampado donde se encontraba la manada, con una sonrisa en sus rostros. Lo único que necesitaban era información, aunque estaba claro que, aunque fuesen sin sus trajes y con una sonrisa, aquella visita no era tan agradable como pretendían que fuesen.

Uno de la manada se levantó de inmediato.

—Mierda... ¡Los cazadores! —gritó hacia el resto, que se giraron automáticamente asustados hacia ellos.

Al momento, unos cuantos salieron huyendo del lugar a toda prisa.

—Eh, eh... solo venimos a hablar —reaccionó Nicholas alzando sus manos hacia arriba para que se relajasen, aunque la visión de una pistola en su mano no ayudó a calmar el ambiente.

Otro par salió corriendo, incluso uno de ellos comenzó a alejarse, arrastrándose por el suelo, a medida que ellos avanzaban.

—De verdad, solo venimos a hablar... —insistió.

—Me parece que la última visita que les hicimos no fue muy de su agrado —dijo Taylor observando como algunas tropezaban y caían al suelo por los nervios.

—Solo venimos a hablar con...

—¡Eyyyy! —gritó Alex saliendo tras los árboles con cara de felicidad—. No sabía a qué venía tanto jaleo, ahora lo entiendo todo —bromeó mientras avanzaba hacia ellos y observaba con rostro divertido a sus compañeros, asustados. Llegó hasta Adrien y le dio un abrazo—. ¿Qué tal? —preguntó risueño—. ¿Vamos a ir a tomar algo hoy?

Adrien miró de reojo a Nicholas.

—La verdad es que tenemos bastante prisa, venimos a hablar contigo sobre lo que te comenté el otro día por teléfono.

—Oh... —respondió con voz triste, luego miró a todos lados—. ¿Y Beth?

—Se ha quedado en casa durmiendo.

—Jo, pues podría haber venido.

Nicholas se acercó a ellos y puso una mano sobre el hombro de Alex.

—Hola Alex, ¿qué tal?

Él se giró y le sonrió.

—Hola, pues bien... —se encogió de hombros—. Un poco aburrido... oye, la próxima vez que vengáis, traedme una tele portátil o libros...

—Lo tendremos en cuenta —respondió con una sonrisa.

—Y algo de comer... —se quejó más—. Estoy harto de cazar conejos y pájaros.

—Os traeremos provisiones.

—Y si puedes traerme también un colchón o...

—¿Un colchón? —preguntó sorprendido.

—Eh, duermo sobre el suelo o en los árboles... que estoy bien pero, echo de menos una superficie blanda.

Nicholas aceptó de nuevo.

—De acuerdo, os traeremos cosas.

—Perfecto. Muchas gracias —dijo agradecido.

Adrien interrumpió.

—Sobre lo que te comenté el otro día por teléfono, ¿has preguntado algo?

Alex se giró animado.

—¿Sobre lo del medallón y lo de invocar a esa bestia? —y cuando hizo la pregunta aún seguía sonriendo. Adrien asintió—. Pregunté, pero nadie sabe nada —se encogió de hombros.

Nicholas chasqueó la lengua.

—¿Seguro?

—Es lo que dicen.

—Hola Alex —saludó Taylor, que se acercaba a ellos, mientras el resto del

equipo se internaba en el descampado, vigilando a los lobos.

—Ey, hola Taylor —respondió con una mano en su hombro.

—¿Dices que no saben nada?

—Nada de nada, o al menos es lo que me dicen —luego miró a Nicholas y puso cara de circunstancias—. Aunque bueno, a mí tampoco es que me expliquen gran cosa.

—Ya —respondió Nicholas con cara de fastidio—. ¿Dónde está el alfa?

Alex buscó y señaló hacia el hombre de barba que estaba apoyado contra los árboles, en tensión, sin dejar de mirar hacia ellos con un rostro asustado.

Nicholas miró a Taylor y Adrien y les señaló con su rostro.

—Vamos —dijo con pasos acelerados hacia él. El alfa comenzó a removerse incómodo cuando vio que se dirigían hacia allí, y estuvo a punto de echar a correr, pero la voz de Nicholas le detuvo—. Ni se te ocurra salir corriendo, Aaron. Sabes que te alcanzaríamos.

Se colocaron frente a él, mientras los miraba en actitud nerviosa.

—¿Qué tal? —ironizó Adrien con una sonrisa.

Nicholas observó de reojo a su compañero y volvió a centrar su mirada en el alfa.

—Alex te hizo unas preguntas el otro día, ¿verdad?

El alfa asintió y tragó saliva.

—Sí, pero nosotros no sabemos cuál es el poder de ese medallón, ya os lo dijimos.

—Ya, la cosa es que... —dijo acercándose más, pasó una mano por su hombro y lo atrajo hacia él con agresividad—. Eso no nos interesa, ya lo sabemos. Lo que me interesa es saber cuándo y dónde puede usarlo —sonrió con ironía hacia él—. Vosotros intentasteis robar ese medallón, así que no te hagas tanto el tonto conmigo...

—Es que... es que no lo sé —gimió—. Oye, aunque no os lo creáis, nosotros estamos de vuestra parte —susurró—. Agnes quería acabar con nosotros, nos engañó.

—Ya, pero intentasteis robar el medallón —le recordó Taylor. Luego miró su pistola unos segundos, pensativo, y ladeó su rostro hacia él—. Vamos, seguro que has oído algo... una alineación planetaria, una fecha señalada...

El alfa lo miró sin comprender.

—Si no lo sabéis vosotros que sois los cazadores, ¿cómo voy a saberlo yo? —se defendió.

Aquello les hizo resoplar a todos. Nicholas lo soltó y lo empujó un poco

mientras observaba al resto de la manada.

Estaban en un punto sin salida. Sabían cuál sería seguramente el plan de Agnes, pero no tenían ni idea de cuándo lo podría llevar a cabo ni dónde. Aquello era un problema.

—Es de vital importancia saber cuándo va a realizar el ritual —le explicó al alfa, cruzándose de brazos—. ¿Sabes lo que ocurrirá si lo hace?

El alfa negó asustado y se removió inquieto, como si no estuviese muy seguro de dar una respuesta.

—Alex me lo explicó el otro día.

—El mundo que conoces desaparecerá —intervino Taylor, atrayendo la mirada del alfa. El lobo se quedó pensativo mientras apretaba los labios—. Estoy seguro de que aunque seas un lobo aprecias a tus compañeros, incluso tendrás familia y amigos a los que no has convertido. Si no detenemos a Agnes, todo desaparecerá.

El alfa asintió.

—Os... os aseguro que no sé nada. Pero si lograra adivinar algo, o enterarme, se lo diría a Alex para que os lo explicase.

Nicholas lo miró con intensidad y finalmente asintió.

—Más te vale —le amenazó con el dedo.

El alfa volvió a asentir nervioso.

Los tres cazadores se miraron y finalmente, sin decirle nada más, comenzaron a deshacer el camino que habían hecho para ir junto a sus compañeros.

—Menuda pérdida de tiempo —susurró Taylor.

—No creo que sea una pérdida de tiempo. Hay que tenerlos vigilados, que sepan que estamos aquí —dijo Nicholas, luego se volvió para echar una última mirada amenazante a Aaron—. Y estoy seguro de que si se enteran de algo, nos lo dirán.

—Confías demasiado en él.

—Alex está aquí —intervino Adrien—. Él se enterará o nos informará de cualquier cosa sospechosa.

La división se reagrupó en un lateral del descampado, siendo observada por toda la manada.

—¿Hay algo? —preguntó Christopher.

Nicholas negó.

—Nada. Pero al menos vemos que los tenemos acojonados —todos los miraron, muchos de ellos no se habían movido ni un ápice desde que habían llegado, permanecían totalmente paralizados, como si el miedo los hubiese

convertido en estatuas.

Alex se acercó de nuevo.

—Eh, ¿y ahora qué? —preguntó mientras se acercaba alegre por tener compañía.

Nicholas lo miró con una tierna sonrisa.

—Nos tenemos que ir —pronunció mientras el joven se acercaba.

—Espera... tengo... tengo que explicaros algo —susurró mientras miraba hacia los lados. Aquello los intrigó a todos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adrien.

Alex volvió a mirar hacia atrás, como si no quisiese que el resto de la manada se enterase.

—No estoy muy seguro, pero... —tragó saliva—, esta mañana he visto a Charles y Michael que se alejaban un poco del descampado... —todos se acercaron, pues Alex susurraba muy bajito—. Me ha parecido que hablaban con alguien.

—¿Con quién?

Alex apretó los labios y suspiró.

—No lo tengo muy claro, pero el otro día me comentasteis algo sobre un tal Thomas —dijo rápidamente—. Lo he visto a duras penas un segundo, y de espaldas, pero me ha parecido que le llamaban por ese nombre.

—¿Con Thomas? —preguntó Taylor, que hizo un movimiento agresivo—. Ese cabrón va a conseguir que lo maten.

—¿Has conseguido escuchar algo? —preguntó Nicholas rápidamente.

Alex negó.

—No, Charles y Michel se han alejado rápidamente. Los he seguido, pero para cuando me he acercado a escondidas, ya se estaban despidiendo. Solo se decían que hasta la próxima.

—¿Cómo se movía ese hombre? —preguntó Taylor.

Alex lo miró.

—Era humano.

Todos se miraron entre sí.

La última vez que habían visto a Thomas les había confesado que quería transformarse, que quería convertirse en un lobo. Aquel hombre era un idiota.

—Muy bien, Alex —dijo Nicholas—. Infórmanos de cualquier cosa más.

Alex asintió mientras todos se giraban para alejarse, pero les interrumpió de nuevo.

—Eh, eh... esperad —les hizo detenerse—. No... ¿no puedo ir un rato con

vosotros? —se quejó—. Me gustaría ver a mi hermana y... —luego se giró hacia atrás—. Aquí casi nadie me habla, me aburro bastante.

Todos miraron de reojo a Nicholas. Suspiró y se volvió hacia Adrien, el cual se encogió de hombros.

—Está bien, escucha... —Alex sonrió al momento—, ahora no podemos, traemos un solo jeep, pero Adrien... —le señaló—, pasará a buscarte mañana por la mañana sobre las diez —Adrien asintió con lo que decía—. Que quede con Bethany para comer.

Alex dio un salto de alegría y estuvo a punto de aplaudir.

—Bien, gracias, gracias... —decía mientras parecía querer abalanzarse hacia Nicholas para abrazarlo, actitud que les pareció graciosa a todos.

Adrien sonrió.

—Espérame mañana a las diez a las afueras del bosque, ¿de acuerdo? Pasaré con Beth a buscarte e iremos a desayunar.

—Genial, genial... —decía emocionado—. Y... tráeme libros, o una tele... o no sé, algo.

Aquello les hizo reír a todos.

—¿Estás aburrido, eh? —preguntó Dean mientras ponía una mano sobre su hombro.

—Ni te lo imaginas —refunfuñó.

—Veré lo que te puedo traer, no te preocupes —respondió Adrien—. Nos vemos mañana.

—Sí, sí... a las diez —dijo mientras se alejaban. Adrien se giró con una sonrisa—. A las afueras del bosque —decía entusiasmado.

—Eso mismo —rio. Negó con su rostro y caminó junto a sus compañeros, adentrándose de nuevo en el bosque—. Pobre chaval.

—Tu cuñado está desesperado por tener contacto social —bromeó Scott.

Adrien lo observó y rio.

—Imagínate —continuó—, lleva más de un mes aquí, sin muchos amigos.

Taylor se colocó al lado de Adrien y puso una mano en su hombro.

—Quizá podríamos decirle que se viniese unos días —Nicholas se giró hacia ellos con una ceja enarcada—. Vamos, jefe... —continuó Taylor—. Si no fuese por Alex, Agnes se hubiese salido con la suya, creo que es de fiar. Además, todos tenemos el antídoto. El chico es un trozo de pan.

—Sé que es de fiar —confirmó Nicholas mientras saltaba sobre un tronco caído—, pero hace falta que esté aquí para controlar a la manada y que nos mantenga informados.

Aquello le hizo chasquear la lengua.

—Sí, ahí tienes razón —dijo Taylor, y automáticamente dio un golpecito en la espalda de Adrien.

—Cuando sepamos los planes de Agnes ya veremos que hacemos... —susurró Nicholas por delante de ellos—, pero mientras tanto, sintiéndolo mucho, debe estar ahí —se giró hacia Adrien y le sonrió—. Esta tarde ve a una tienda especializada de equipamientos de montaña y compra unas cuantas tiendas y colchones.

—¿Unas cuantas? —preguntó Adrien sorprendido.

—Mejor tenerlos de nuestro lado a todos —pronunció mientras se metía las manos en los bolsillos.

Nada más llegar al todoterreno, cogió el móvil y envió un mensaje a Sandra.

Taylor: Buenos días. He tenido una mañana movida. Me echaré un rato a descansar para estar fresco esta noche. Nos vemos a las siete menos cuarto en tu casa.

21

Sandra se había comenzado a arreglar a las cinco y media de la tarde. Se había dado una ducha y alisado el cabello, rizando las puntas. El vestido verde era precioso. Ya se lo había puesto para una boda hacía un par de años y aún le quedaba como un guante.

Tenía un solo tirante ancho, en el lado derecho, y luego bajaba hasta los pies. No tenía ningún adorno, era muy sencillo, pero el corte que tenía en el lateral, por donde asomaba la pierna, le daba un toque atrevido.

Se observó en el espejo y se maquilló. Estaba encantada con el resultado. Podía asegurar que Taylor quedaría encantado cuando la viese.

Miró su reloj, que marcaba las seis y media, y corrió hacia su dormitorio directa al joyero. Se puso unas bola de cristal, que brillaban, como pendientes y un colgante a juego. Parecía que fuese más a una boda que a la inauguración de su exposición. No acostumbraba a vestirse así excepto para alguna fecha o celebración señalada, y cuando lo hacía disfrutaba de lo lindo.

Se calzó unos zapatos color crema a conjunto con su chal y el bolso y, tras darse un último retoque ante el espejo, fue al comedor a esperar.

Observó su móvil, no tenía ninguna llamada de Taylor y ya eran las siete menos cuarto. Estaba nerviosa por aquella noche, y no solo por la exposición, sino por su noche de hotel con Taylor. No era la primera vez que iban a pasar la noche juntos, pero aquella velada era especial.

Cogió la bolsa de deporte, donde había guardado la ropa que se pondría al día siguiente y un pequeño camión, y la depositó al lado de la puerta. Estaba ansiosa por verlo a él de traje.

Revisó que en su pequeño bolso llevase el pintalabios y algo de maquillaje y cogió el móvil de nuevo. Las siete menos diez.

Comenzaba a impacientarse.

Se removió inquieta por el piso y decidió llamarlo. Quizá estaba buscando sitio para aparcar.

Buscó su número y dejó que el móvil llegase hasta el octavo tono. Cuando apagó notó cómo su corazón comenzaba a latir más fuerte. Vendría, ¿verdad? No la dejaría tirada de nuevo, ¿no?

Le había dicho que se echaría a dormir durante el día. Había visto ese mensaje tarde y no había querido responder por si estaba descansando.

Abrió la opción de enviar un mensaje.

Sandra: Hola. ¿Estás bien?

Taylor no miraba el móvil desde las seis y media de la tarde. Quizá estaba aparcando o a punto de llegar.

Se acercó a la ventana y observó. Había varios huecos donde poder dejar el coche, no tendría problemas, pero su todoterreno no aparecía.

Notó que el corazón se le encogía. No, no sería capaz, otra vez no.

Taylor había cambiado. Ya lo había perdonado por dejarle tirada en el parque en su juventud, ya ni siquiera le importaba cuál era la razón, pero esto...

Observó su teléfono de nuevo, las siete menos cinco. Y encima en pocos minutos llegaría el coche del señor Akers para recogerlos.

Volvió a marcar el número de Taylor y esta vez no pudo evitar recorrer el piso mientras los tonos inundaban la línea, nerviosa. Cuando colgó se quedó mirando hacia la ventana. Era noche cerrada.

Volvió a la aplicación de enviar mensajes. Ni siquiera había mirado el móvil.

¿En serio la iba dejar tirada?

Sandra: ¿Vas a venir? Me estás preocupando.

En ese momento vio como Taylor estaba en línea.

Sandra: Eh, ¿vas a venir o no?

De nuevo dejó de estar en línea. Esperó unos segundos, quizá le llamaba. Tras casi un minuto marcó ella de nuevo el teléfono. ¿Pero qué hacía?

Sandra: ¿Por qué no me coges el teléfono? He visto que estabas en línea.

Brincó cuando sonó el interfono de su puerta.

—Al fin—susurró mientras corría hacia allí—. ¿Sí? Ya bajo.

—¿Señorita Green?

Se quedó parada al escuchar la voz. Aquel no era Taylor.

—Sí, soy yo.

—Vengo a buscarla para llevarla al helipuerto.

Se mordió el labio y miró de nuevo su móvil. Taylor no había vuelto a mirarlo. Notó cómo el dolor se instalaba de nuevo en ella. No quería pensar mal, no quería hacerse a la idea de que había vuelto a dejarla abandonada, pero lo había llamado, había visto los mensajes y ni siquiera se había molestado en llamarla o escribirle.

—Ya bajo—dijo con la voz quebrada.

Colgó el telefonillo y cogió su bolsa. Tras echar la llave decidió bajar por las escaleras mientras volvía a marcar el número de teléfono de Taylor, cuando llegó al octavo tono volvió a colgar.

Se puso correctamente el chal que llevaba y salió a la calle. Un muchacho vestido de traje esperaba.

—¿Señorita Green?

—Sí, soy yo —contestó con una tenue sonrisa.

—Déjeme que la ayude —pronunció el muchacho, cogiendo su maleta.

—No, no hace falta.

Pero el muchacho ya se dirigía hacia la limusina que había aparcada justo en frente. Se quedó parada al observarla.

Miró de un lado a otro buscando a Taylor mientras seguía al muchacho.

—Disculpe pero, ¿podemos esperar unos minutos? Mi pareja debe estar a punto de llegar —pronunció mientras el cochero abría la puerta. Miró hacia dentro sorprendida—. Señor Akers, qué sorpresa.

—Pase, señorita Green, hace frío —dijo mientras se echaba a un lado.

Sandra miró de un lado a otro de nuevo y observó su móvil. Miró hacia el señor Akers, que la observaba fijamente, esperando que entrase.

—Sí, gracias —contestó mientras entraba.

William la observó preocupado, pues parecía que tenía los ojos llorosos.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —dijo mientras miraba el móvil. Taylor no había vuelto a mirarlo.

Suspiró y medió sonrió al señor Akers—. Hace mucho frío.

William asintió y luego enarcó una ceja hacia ella.

—¿No venía con pareja?

—Sí —intentó contestar con una voz firme—, pero creo que no va a venir.

William la miró dudoso pero finalmente asintió.

—Entonces, ¿podemos irnos ya?

Sandra se mordió el labio. Se sentía defraudada, aquel día era especial para ella. ¿Por qué le había fallado justo ese día? Sabía que había mirado el móvil, y tras llamarle repetidas veces y enviarle mensajes, ni siquiera se dignaba a contestarle. Había sido una tonta creyéndolo. Tomó aire y miró al señor Akers con determinación.

—Sí, podemos marcharnos.

William asintió y se inclinó hacia delante, hacia el cochero.

—Ya podemos irnos.

Sandra miró el móvil con determinación. Había vuelto a confiar en él y le había defraudado. Sabía que no le había ocurrido nada malo, pues había mirado el móvil hacía pocos minutos. Intentó controlar el llanto, girando su rostro hacia los cristales tintados del vehículo. No debería haber confiado en

él, aquello dolía más de lo que pensaba. ¿Ni siquiera un mensaje? ¿Una llamada para excusarse?

Su mente rememoró de nuevo cuando se había sentido abandonada en el parque, los años que le había costado superar aquello, y ahora, tras quince años, había vuelto a hacerlo. Le había defraudado.

Sus dedos volaron sobre el teclado.

Sandra: Me has defraudado. Me marchó.

Cogió el bolso y dejó el móvil dentro. Hoy no era un día para estar triste, hoy era un día para disfrutar. Se giró hacia el Señor Akers, que la miraba con un gesto aún preocupado. Intentó recomponer su compostura y le sonrió de forma amable.

—¿Vamos a buscar a Hannah y su acompañante ahora?

—Oh, no, no... otro coche ha ido a por ellos. Nos encontraremos en el helipuerto. A mí es que me venía de paso venir por aquí.

Sandra asintió y se giró para observar por la venta. Había tomado la calle principal para salir a las afueras del pueblo.

Estuvo a punto de enviar un mensaje a Hannah para explicarle lo que había ocurrido, pero se contuvo, en breve la vería y lo que no quería era comenzar a llorar como una boba delante del señor Akers.

—Está muy elegante —susurró William.

Ella se giró y le sonrió.

—Muchas gracias, la ocasión lo requiere. No todos los días se expone en un museo de la categoría del Royal Alberta.

William asintió.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó mientras echaba su cuerpo hacia delante, hacia una pequeña nevera que había en el lateral de la limusina.

—No, gracias.

En ese momento su móvil sonó. Sandra suspiró y abrió su bolso. Cogió el móvil y se quedó observándolo. Taylor la llamaba.

—Taylor —susurró.

Solo esperaba que tuviese una buena excusa para su retraso.

—¿Es su acompañante de esta noche? —preguntó William.

Ella asintió mientras llevaba su dedo al botón de coger la llamada, pero en ese momento William se acercó y le quitó el teléfono directamente.

—Eh —se quejó ella, intentando cogérselo.

Se quedó helada cuando de debajo de la chaqueta sacó una pistola y la apuntó. Sandra retrocedió de inmediato, mientras la respiración se le entrecortaba y el

corazón amenazaba con salir de su pecho, sin comprender qué ocurría ahí.

William observó su móvil y sonrió mientras se lo mostraba.

—Una pena que haya llegado tarde a su cita —ironizó mientras depositaba el teléfono sobre la nevera.

—¿Qué... qué está haciendo? —gimió ella.

—Verá, usted es mi pasaporte para que yo consiga algo que quiero.

Sandra tragó saliva nerviosa.

—¿Pero qué dice? —preguntó con la voz entrecortada.

William se apoyó contra el respaldo, sin dejar de apuntarla, observándola fijamente.

—Relájese, señorita Green, todo pasará más rápido de lo que cree. Disfrute del viaje.

Sandra miró hacia afuera y, en ese momento, fue consciente de que no se dirigían hacia el helipuerto. Estuvo tentada de preguntarle adónde la llevaban, pero el miedo la tenía totalmente paralizada. ¿De verdad aquello estaba ocurriendo? ¿Por qué aquel cambio de actitud en el señor Akers?

El móvil volvió a sonarle. William ni se giró para observarlo, simplemente le dedicó una sonrisa cargada de ironía, sin descender la pistola un solo milímetro.

Taylor salió de la ducha y comenzó a vestirse. Tenía ganas de pasar la noche fuera con Sandra. Se secó el cabello con la toalla y la arrojó sobre el mármol mientras se dirigía a la habitación a vestirse. Había depositado el traje negro sobre la cama.

Miró su móvil y vio que marcaba casi las seis y cuarto de la tarde. Se puso los pantalones y la camisa azul claro, los zapatos negros y dejó sobre la cama la chaqueta y la corbata azul marino que había escogido.

No estaba acostumbrado a vestirse así, de hecho, aquella ropa le resultaba bastante incómoda. Al menos, Sandra seguro que se alegraba de que fuese tan elegante.

Salió de su habitación y se dirigió a la planta baja, al despacho donde todos seguían investigando.

—Vaya, vaya... —dijo Scott desviando la mirada de la pantalla de su ordenador—. Fijaos qué elegante.

Taylor suspiró y avanzó por la oficina hasta el ordenador.

—Las mujeres hacen lo que quieren con nosotros, ¿eh? —comentó Adrien. Se

giró y le guiñó el ojo a Bethany, que se encontraba en la mesa de atrás, en un ordenador, tecleando.

—¿Qué haces? —preguntó Taylor hacia ella.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy mirando ofertas de trabajo por internet y enviando mi currículum —le sonrió.

—¿Y hay suerte?

—No hay muchas ofertas —se quejó ella—. He enviado cuatro currículos, espero que al menos me llamen para alguna entrevista.

Taylor le sonrió y se giró de nuevo hacia la pantalla.

—¿Habéis averiguado algo? —preguntó colocando la mano en la espalda de Dean.

—Nada —dijo Scott—. En la web del Pentágono no hay absolutamente nada sobre el ritual.

—Así que hemos comprado los dos libros por internet y estamos leyendo —le sonrió Christopher, que estaba al lado.

—¿Los libros de las brujas? —preguntó sorprendido.

—Los mismos —intervino Nicholas.

—¿Pero no los estaban analizando Evelyn y Elisabeth?

—Ya, pero tampoco es plan de aprovecharse tanto. Es nuestra misión, bastante están haciendo ya.

Taylor se removió incómodo y acabó asintiendo.

—Pasadme los libros a mi ordenador y los leeré también.

—Somos cinco leyendo, no creo que tú vayas a averiguar algo nuevo —se mofó Adrien.

Taylor se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—Y así puedes disfrutar más de Sandra este fin de semana..., eeh... —le sonrió de una forma cómica—. Ya verás cuando te vea con ese traje...

—Adrien... —le previno.

—A las mujeres les encantan los trajes, ¿verdad que sí, Beth?

—Verdad —respondió ella directamente sin apartar la mirada de la pantalla.

—Ves —confirmó su hipótesis con una sonrisa.

Taylor suspiró mientras observaba la pantalla del ordenador. Aquello tenía pinta de ser muy aburrido.

—Bueno, me marcho —miró directamente a Nicholas—. Si averiguo algo de algún coleccionista o vendedor, te llamo.

—Perfecto.

Fue hacia el pasillo, pero antes de bajar las escaleras escuchó como varios de sus compañeros le gritaban.

—¡Que te diviertas!

Prefirió no contestar. Sabía cómo acababan ese tipo de conversaciones con sus compañeros y ahora no tenía tiempo que perder. Le divertía, eso no podía negarlo, pero ahora estaba ansioso por volver a ver a Sandra.

Fue hacia su dormitorio, cogió la corbata, echándosela sobre el hombro, y colocó la chaqueta sobre su brazo. Aquella noche pensaba hacer eso mismo, divertirse. Puede que las primeras horas fuesen aburridas, pero luego..., luego sí disfrutaría, como decían sus compañeros.

Miró el móvil, observando que marcaba las seis y media. Fue hacia la puerta y abrió mientras iba a escribirle un mensaje a Sandra, informándole de que ya se dirigía hacia allí, cuando algo despertó su alarma interior.

Aquel sonido, como un pitido agudo imperceptible para cualquier persona normal, aquella presión en el aire que se generaba cuando algo iba a una velocidad increíble hacia ti.

Se agachó, tirándose prácticamente sobre la acera de la calle, esquivando una bala. No le dio tiempo a más, lo justo para ponerse en pie a una velocidad inapreciable para el ojo humano y volver a entrar en su piso con un portazo.

—¡Mierda! —gritó—. ¿Pero qué cojones...?

Tuvo que agacharse de nuevo cuando otra oleada de balas atravesó la puerta de madera del portal.

Dejó caer su chaqueta y la corbata y se introdujo enseguida en el primer piso de la planta. En ese momento fue consciente de los gritos desde la planta superior.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —gritó Nicholas—. ¿Eso son disparos?

Otra oleada de disparos hizo que se alejase de la puerta. ¿Pero qué narices estaba pasando ahí?

—¡Nos disparan! —gritó mientras subía las escaleras de dos en dos.

Estuvo a punto de chocar con sus compañeros, que venían en su ayuda, justo cuando escucharon como la puerta del portal caía hacia abajo.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó Scott.

—No lo sé, al salir me han disparado.

—¿Quién? —preguntó Nicholas.

—¡Y yo qué sé! —gritó de los nervios.

Automáticamente todos centraron su mirada en la puerta del piso, la cual

estaba recibiendo unos golpes muy fuertes, intentando derribarla.

—Las cámaras —dijo Dean mientras corría hacia la oficina.

Todos lo siguieron, situándose frente a la pantalla del ordenador. Se quedaron totalmente parados.

—¿Pero esto qué es? —preguntó Taylor al observar la pantalla. Al menos veinte hombres entraban por la puerta, armados.

—¿Quiénes son estos? —gritó Dean a su lado.

Scott y Christopher corrieron hacia la ventana para observar la calle desde allí, pero nada más acercarse una oleada de disparos hizo que tuviesen que echarse al suelo. Suerte que eran rápidos, si no, en aquel momento estarían todos muertos.

Los cristales cayeron sobre el suelo hechos añicos, mientras trozos de las mesas y sillas saltaban por los aires al recibir el impacto de las balas.

—Joder —susurró Taylor—. ¿Estáis bien?

—¡Hacen falta más que un par de balas para acabar con nosotros! —gritó Christopher hacia la ventana poniéndose en pie, pero de nuevo los disparos se sucedieron, haciendo que volviese a tumbarse.

—Mejor quédate callado —le reprochó Nicholas—. Y nada de movernos como lo hacemos. Mejor no levantar sospechas si nos están viendo.

Cuando los disparos cesaron, escucharon de nuevo cómo empujaban la puerta de su piso. Todos miraron hacia allí, aún tumbados sobre el suelo.

—¿Está blindada? —preguntó Dean.

Nicholas chasqueó la lengua mientras se arrodillaba.

—Es anti brujas..., no sé si eso responde a tu pregunta.

—Es decir, que no está blindada —reprochó Dean.

—¿Y qué si no está blindada? No es más que un grupo de humanos normales y corrientes —se quejó Christopher—. Solo que armados.

—Quizá sean lobos —comentó Adrien.

—Lo dudo, algunos se mueven lentos —contestó Christopher, mirando la pantalla del ordenador.

—¿Y a qué vienen? —preguntó Taylor.

—Y yo qué sé —grito Christopher—, pero está claro que no vienen en son de paz.

Scott se asomó tras una mesa y los contempló enarcando una ceja.

Taylor se acercó de rodillas a la mesa y observó la pantalla. Habían derribado la primera puerta, la de la comunidad, y se suponía que estaban intentando derribar la de la entrada al piso. Por otro lado, desde el edificio de enfrente

debían estar apuntando justo donde se encontraban. En ese momento notó cómo el móvil vibraba en su bolsillo. Lo cogió y observó que marcaba las siete menos diez. No miró siquiera el mensaje, pues ya sabía de quien sería.

—Voy a llegar tarde a mi cita —gruñó—. Oye, estoy de acuerdo con no levantar sospechas —pronunció mientras se guardaba en móvil en su bolsillo—, pero creo que estos tíos tienen claro quiénes somos. Así que vamos a...

Tuvieron que agacharse de nuevo en el suelo cuando las balas volvieron a atravesar el despacho por encima de sus cabezas.

—Vamos a patearles el culo, ¡pero ya! —gritó Adrien completando la frase de Taylor—. ¡Malditos sean! ¡Nos están destrozando el piso!

Taylor notó de nuevo cómo su teléfono volvía a vibrar, lo cogió y observó que tenía dos mensajes.

Sandra: ¿Vas a venir? Me estás preocupando.

Sandra: Eh, ¿vas a venir o no?

Entre un mensaje y otro había varios minutos de diferencia, y también lo había llamado un par veces.

Gruñó varias veces mientras volvía a guardarse el teléfono en el bolsillo. ¿Tenía que ser en ese momento? ¿Justo en ese?

Notó cómo la sangre comenzaba a hervirle. Se puso en pie de forma rápida, esquivando unas cuantas balas sin mucha complicación.

—Cuidado —le previno Nicholas.

—¡Que tengan cuidado ellos! —gritó Taylor mientras salía por la puerta del despacho con movimientos excesivamente rápidos para un ojo humano.

Corrió escaleras arriba, seguido por sus compañeros. Todos tenían claro lo que debían hacer. En la planta superior tenían el gimnasio con la zona escondida de armas.

Llegaron al gimnasio justo cuando escucharon como la puerta del piso caía.

—Han entrado —informó Nicholas mientras abría la compuerta y todos comenzaban a pasarse armas.

Los disparos llegaron ya desde el interior del piso.

—¿Seguro que no son lobos? —preguntó Christopher mientras se guardaba un arma en el cinturón de su tejano y cogía otra.

—Parece que no, así que nada de matarlos —recalcó Nicholas.

Taylor notó de nuevo cómo el móvil volvía a vibrar en el bolsillo de su pantalón.

—Mierda, mierda, ¡mierda! —acabó gritando—. Si es que ahora, justamente ahora —gritó mientras abría el cargador de la pistola para controlar que

estuviese cargada. Se levantó y fue directo a la puerta del gimnasio, saliendo de él. Se acercó a la barandilla para observar hacia abajo. El resto de sus compañeros se puso a su lado.

De nuevo el móvil volvió a sonarle en el bolsillo. Notó deseos de coger y disparar a cada uno de esos hombres. Sandra debía estar preocupada, o enfadada. Sabía que era un día importante para ella, y allí estaba él, sin poder acudir a su cita porque a un grupo de locos le había dado por hacer la intrusión en su casa en ese momento.

Cuando el móvil dejó de vibrar miró hacia abajo, controlando a los hombres que subían por las escaleras, gruñó, dio un salto por encima de la baranda y se precipitó por el hueco de la escalera hasta la planta inferior, sin pensarlo más. Nada más llegar, pegó una patada a uno, derribándolo, y un par de puñetazos a otro.

Aquellos hombres no tenían nada que hacer contra ellos, era como si un niño de un año se enfrentase al campeón mundial de lucha. Dio otra patada a otro que salió disparado hacia atrás, derribando a otro que rodó escaleras abajo.

Taylor resopló mientras sus compañeros también comenzaban a deshacerse de todos aquellos hombres sin ningún esfuerzo.

—En serio, ¿a qué vienen? —preguntó Dean mientras daba un leve empujón a uno y salía disparado hacia atrás, chocando contra la pared, y que al momento cayó hacia abajo, rodando por las escaleras.

Todos estaban impresionados por lo que estaba ocurriendo. ¿A qué venía todo esto?

Taylor se acercó a la escalera y observó. Al menos cinco hombres más subían los escalones de dos en dos con sus rifles en sus manos.

Todos se miraron de reojo.

—¿A alguien le apetece? —preguntó mirando de reojo a Taylor.

Taylor negó.

—No quiero mancharme el traje —pronunció sin mirarle, sin apartar la mirada de los hombres que no dejaban de subir. Aunque uno de ellos elevó su rostro hacia él, coincidiendo con su mirada, y automáticamente disparó.

Taylor se echó a un lado para esquivar la bala sin problemas y luego chasqueó la lengua.

—Ya voy yo — se ofreció Scott.

—Gracias, Scott —le sonrió Taylor—. Muchas gracias.

Su compañero le guiñó el ojo antes de lanzarse entre las escaleras a la planta baja. Scott comenzó a luchar contra aquellos hombres.

Taylor notó de nuevo que su móvil vibraba.

—¡Joder! —gritó mientras lo sacaba de su bolsillo y sus compañeros daban unos pasos hacia atrás. Taylor estaba enfadado, muy enfadado.

—Eh, tranquilo —intentó calmarlo Adrien.

—Y una mierda tranquilo —gruñó.

La hora lo dejó aturdido. Pasaban cinco minutos de las siete. Tenía un par de llamadas más de Sandra y un par de mensajes. El primero era de hacía diez minutos.

Sandra: ¿Por qué no me coges el teléfono? He visto que estabas en línea.

Taylor resopló y se pasó la mano por el cabello angustiado, aunque su corazón se detuvo cuando leyó el siguiente mensaje de ella.

Sandra: Me has defraudado. Me marchó.

Gimió al momento.

—No, no, no...

—¿Qué pasa? —preguntó Christopher preocupado.

—¡Joder! —gritó Taylor. Miró hacia abajo y observó que Scott ya había acabado con sus contrincantes y comenzaba a subir los escalones muy tranquilo. Sabía que ella debía estar mosqueada. Los primeros días de su reencuentro, Sandra no se había mostrado cercana, al contrario, había rehuido de él, y ahora que conseguía lo que había deseado toda su vida llegaban aquellos hombres—. Me voy —sentenció.

—Eh, ¡espera! —gritó Nicholas—. Tenemos que averiguar qué ha ocurrido aquí.

Taylor se giró hacia él agresivo, demasiado agresivo. De hecho, todos dieron un paso hacia atrás. Normalmente Taylor conseguía mantener la calma, pero jamás lo habían visto como en ese momento.

—¡Te diré lo que ha ocurrido! —gritó señalando a sus compañeros hecho un manojo de nervios—. ¡Me han jodido la noche! ¡Eso es lo que ha ocurrido! —gritó extendiendo los brazos hacia ellos. Se giró hacia uno de los hombres que estaban medio inconscientes en el suelo y que observaba todo desubicado—. ¡Ya están reducidos! Ocupaos vosotros de estos tíos. No sé por qué narices este grupo de locos... —se quedó observando a aquel hombre tumbado en la escalera. Tenía el labio partido y parecía que había recibido un par de golpes por las costillas, porque se pasaba la mano sobre la zona mientras gemía. Taylor dio unos pasos hacia él, sorprendido. A aquel hombre lo conocía, lo había visto con anterioridad—. Eh —dijo dando unos pasos hacia él, confundido—, yo te conozco... —el hombre lo miró y medio sonrió, como si le

diese la razón, aunque aquella reacción hizo que Taylor se abalanzase hacia él y lo cogiese del cuello—. ¿De qué?

Sus compañeros se pusieron al lado, rodeándolo, aunque ninguno intervino. Taylor y aquel hombre se miraron fijamente, estudiándose. Sabía que lo había visto antes pero, ¿dónde? Hacía poco de ello. Como si se tratase de un flash, un recuerdo cruzó su mente.

Se encontraba esperando a Sandra y Hannah en la puerta de la vivienda del señor Akers. Aquel hombre, que en aquel momento vestía un traje, contrariamente a ahora, que vestía de deporte, se había colocado al lado del señor Akers. Era uno de sus guardias de seguridad.

—Trabajas para el señor Akers —gruñó hacia él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mark rio unos segundos, como si la situación le divirtiese. Se incorporó y logró apoyarse contra la pared mientras una mueca de dolor recorría su rostro.

—¡Habla! —gritó Nicholas colocándose frente a ellos—. ¿Quién os manda?

Mark comenzó a reír, incluso atragantándose. Con movimientos muy lentos se desabrochó la chaqueta del chándal e introdujo su mano en su interior.

Aquel gesto los puso a todos alerta. Taylor fue el primero que cogió su mano con fuerza, apartándola.

—¿Qué haces?

—Solo iba a entregarte algo —le susurró divertido.

Taylor enarcó una ceja y acabó de abrirle la chaqueta él mismo mientras Mark ascendía sus brazos hacia arriba, dejándose hacer. Notó unos documentos doblados y los extrajo.

—¿Esto? —se lo mostró.

Mark asintió.

Taylor comenzó a desdoblarlos.

—Ha sido muy fácil distraeros —susurró. Pero aquellas palabras los pusieron alerta a todos—. Me envía mi jefe, el señor Akers.

Taylor desdobló las hojas y se quedó totalmente petrificado. Había siete documentos, cada uno de ellos contenía la fotografía de uno de sus compañeros, incluso de él mismo. En la séptima hoja aparecía un plano de un centro comercial.

Taylor se lo pasó de inmediato a Nicholas, que lo miraba boquiabierto.

—¿Dónde has conseguido estos documentos? —preguntó Nicholas acercándose de forma agresiva.

—Ya te lo he dicho, me los dio mi jefe.

—¿Y de dónde los ha sacado tu jefe? —preguntó Adrien acercándose.

Mark se encogió de hombros, como si no supiese la respuesta, lo cual hizo que todos adoptasen una postura erguida.

—¿Y esto? ¿Esto qué es? —preguntó Taylor plantando el plano delante de sus narices.

Mark sonrió y directamente lo miró.

—Es un sitio adonde le gusta ir a mi jefe..., acompañado —enfaticó aquellas palabras—. Ya te he dicho que solo hemos sido la distracción.

—¿Distracción para qué? —preguntó Christopher.

Mark giró directamente su rostro hacia Taylor. En ese momento lo comprendió todo, había estado tan absorto en la batalla, en saber lo que ocurría allí, que no había atado cabos hasta ahora. El señor Akers era el que financiaba la exposición de Sandra y Hannah, había quedado en que pasaría a buscarlas a las siete de la tarde para conducir las hasta el helipuerto y ahora, ¿sus hombres los atacaban haciendo que él no pudiese acudir a su cita? Estaba claro lo que habían pretendido.

Notó cómo la ira más brutal que había sentido nunca se apoderaba de él. Su corazón comenzó a bombear con fuerza. Lo miró fijamente, apretando el arma en su mano.

—¿Qué lugar es este? —susurró Taylor al ser consciente de lo que significaba aquello. Cogió el mapa y lo colocó ante él—. ¿Qué lugar es este? —gritó con todas sus fuerzas.

Mark contestó tras unos segundos de silencio.

—El centro comercial que está construyendo la fundación Akers a las afueras de Calgary.

Taylor dio unos pasos hacia atrás, totalmente erguido.

—Sandra —susurró mientras apretaba el arma más fuerte en su mano. No pudo evitar recordar cuando de jóvenes había estado a punto de besarla en el despacho del director, cuando tras volver a Calgary le había sonreído tras el mostrador de su tienda, cuando la había besado por primera vez. Recordó su contacto, su calor, su ternura mientras el miedo más poderoso que había conocido hasta el momento se iba apoderando de él.

—El señor Akers tiene algo que tú quieres y tú..., tienes algo que él quiere.

Taylor lo miró con desprecio, con todos los músculos del cuerpo en tensión.

—¿Y qué tengo yo? —casi le escupió.

Mark lo miró con una sonrisa.

—Tendrás que darte prisa en ir a averiguarlo, porque si no... —luego sonrió

abiertamente—, ella morirá.

Todos miraron directamente a Taylor, esperando que se abalanzase contra él y lo matase con sus propias manos, pero contrariamente Taylor los observó a todos con una mirada decidida. No iba a perder el tiempo en destrozar a aquel hombre, para eso ya habría otro momento. Ahora, lo primordial era encontrar a Sandra y sacarla de allí.

Miró con furia a Mark y directamente se giró para subir extremadamente rápido las escaleras hacia el gimnasio, donde disponían de todas las armas y sus trajes.

Taylor se giró para observar que todos sus compañeros entraban y comenzaban a ponerse, con movimientos urgentes, los uniformes de trabajo.

Sabían que si Akers les había enviado a aquellos hombres, eso solo era una pequeña parte de lo que les esperaba en aquel centro comercial en construcción.

Se subió la cremallera del traje negro, introdujo todas las armas que pudo en su cinturón y miró directamente a Nicholas, que imitaba sus movimientos.

—¿El todoterreno está cargado?

Nicholas asintió mientras cogía otra daga y la colocaba en su cinturón.

Taylor asintió.

—Ahora no me va a importar que sean simples humanos —rugió antes de salir corriendo del gimnasio rumbo a la primera planta, esquivando a todos los hombres que habían dejado inconscientes sobre las escaleras.

Todos sabían que aquello era extraño, ¿cómo podía ser que el señor Akers dispusiese de tal información? Aunque aquello ya lo averiguarían en otro momento, ahora su misión principal era sacar a Sandra de allí con vida.

22

Notaba el corazón desbocado, sin poder apartar la mirada de aquel cañón que la apuntaba con mano firme.

Tragó saliva y se giró asustada hacia la ventana tintada al notar que el coche descendía su velocidad. Se arrimó para observar como se acercaban a un complejo vallado. Lo reconoció al momento. El nuevo centro comercial Akers. Había pasado infinidad de veces por ahí, pero hasta ese preciso momento no había sido consciente de dónde se encontraba.

Varios hombres armados esperaban delante de unas altas vallas, cerradas con un enorme candado. Notó cómo su pulso se aceleraba cuando uno de aquellos hombres se acercó a la ventanilla, observó y luego le gritó a uno de sus compañeros que abriese la verja.

Sandra se giró hacia William, que en ningún momento había dejado de apuntarla.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó con voz temblorosa.

William se limitó a sonreírle sin pronunciar nada al respecto y finalmente desvió la mirada hacia delante, ignorando la pregunta de ella.

Sandra apretó los labios y volvió a girar su rostro para observar. La limusina entró a poca velocidad en el terreno. De inmediato se giró para observar como, de nuevo, volvían a cerrar la valla, prohibiendo el paso de cualquier otro vehículo.

Se giró otra vez nerviosa y se sorprendió al ver la cantidad de hombres armados que había en el terreno vallado. ¿Pero de qué se trataba todo eso?

El vehículo siguió avanzando hasta llegar al lado del edificio en construcción, donde la mayor parte de este aún era el esqueleto de lo que sería uno de los más grandes centros comerciales de la comarca. Algunas zonas estaban iluminadas por unos focos cegadores, otras estaban en la oscuridad.

Cuando el vehículo se detuvo notó cómo sus músculos se ponían en tensión, cómo sus ojos se humedecían y el oxígeno entraba con dificultad en sus pulmones.

Tragó saliva y observó al señor Akers, aunque directamente fijó la vista en el cañón.

—¿Qué... qué va a hacer conmigo? —gimió.

William ladeó su rostro hacia ella, pensativo. Sin decir nada más abrió la

puerta de su lado y salió del vehículo pegando un portazo. Se removió inquieta mientras lo perseguía con la mirada. William rodeaba el vehículo dirigiéndose hacia su puerta.

Gimió e involuntariamente se echó hacia el otro lado, arrastrándose por el asiento, quizá si se daba prisa podía intentar salir por la otra puerta y escapar, pero, ¿adónde iba a ir? Ya había visto que aquello estaba repleto de hombres armados y además, todo el complejo estaba rodeado de un alta verja. No daría más de cinco pasos antes de que la interceptasen.

William abrió la puerta y se asomó a ella. Sandra se encogió en la otra parte del vehículo.

—Sal —ordenó.

En ese momento no se contuvo más y rompió a llorar. No entendía nada, no comprendía cómo, de estar a punto de vivir una de las mejores noches de su vida, esta se transformaba en una auténtica pesadilla.

Se giró de golpe cuando observó que uno de los hombres, armado con un rifle, se dirigía hacia su puerta.

Avanzó directamente hacia la puerta que William mantenía abierta y salió del coche intentando recomponer su compostura, aunque aquello era realmente complicado. Todo su cuerpo temblaba, amenazándola con desquebrajarse. Jamás había sentido tanto miedo como en ese momento.

Se distrajo mientras observaba el gran gentío. Ante ella, se elevaba el esqueleto de un alto edificio, rodeado de grúas que en ese momento no estaban en uso.

Se giró hacia él, que en ese momento no la miraba, sino que observaba el enorme edificio.

—¿Qué hago yo aquí? —volvió a gemir.

Akers avanzó unos pasos mientras su mirada volaba a unos enorme sacos de cemento y finalmente se giró hacia ella.

—Eres mi pasaporte para conseguir algo que quiero.

Ella se removió inquieta.

—No, no lo entiendo —gimió.

Akers dio unos pasos acelerados hacia ella.

—Y a mí no me importa que no lo entiendas —ironizó. Se quedó observándola unos segundos mientras ella daba un paso hacia atrás.

—Si lo que quiere es conseguir un rescate o ganar dinero, de esta forma le aseguro que nadie lo hará por mí.

Aquella respuesta hizo que él sonriese, incrédulo ante sus palabras.

—¿De veras crees que me interesa el dinero? —preguntó señalando el alto edificio. Sandra tragó saliva—. No, no es eso. Ellos son los que me interesan. Sandra parpadeó repetidas veces, intentando encontrar algo de lógica.

—¿Ellos? —preguntó sin comprender.

—Sí —le sonrió—. Ellos vendrán a buscarte.

Sandra intentó dar un paso hacia atrás pero William la cogió del brazo acercándola, con una mirada totalmente enloquecida.

Se quedó observándola, casi petrificada, y Sandra comenzó a negar.

—¿Ellos? Nadie... nadie vendrá a por mí —gimió.

Aquella respuesta le hizo sonreír.

—Oh, y tanto que lo harán. Además, te conviene que lo hagan. ¿Sabes por qué?

—ella notó cómo su labio comenzaba a temblar, intentó deshacerse de su mano que se había adherido con fuerza a su brazo—. Porque si no, en pocos minutos, estarás muerta —pronunció con una frialdad que la dejó totalmente paralizada.

Sin decir nada más comenzó a tirar de ella hacia la estructura de metal, encaminándose hacia unas escaleras que permitían ascender a las plantas superiores. Ni siquiera intentó soltarse cuando comenzaron a subir las escaleras. Su mente ya no reaccionaba. Iba a morir a manos de aquel loco en el que ella había confiado.

Llegaron hasta una de las plantas, custodiada por decenas de hombres armados con rifles, y volvió a tirar de ella, esta vez hacia unas escaleras más estrechas que les permitirían subir a la siguiente planta, donde otro grupo los esperaba. Esta vez el grupo de siete hombres comenzó a custodiarles en el resto del ascenso.

A cada planta que ascendían se daba cuenta de la cantidad de hombres que trabajaban para William.

Akers se detuvo antes de continuar su ascensión y miró a uno de los hombres que vigilaban aquella plataforma.

—Estad atentos, no creo que tarden mucho en llegar.

Habían aparcado el todoterreno lejos del sitio que les había indicado Mark. Igualmente, con su velocidad, no habían tardado más que pocos minutos en llegar hasta la enorme construcción. No se habían sorprendido cuando habían visto la gran cantidad de seguridad que rodeaba la zona, así como todos los hombres armados que había en su interior. Aún seguían sin comprender a qué se debía todo eso, la razón por la que William Akers había hecho aquello.

No frenaron en su carrera cuando llegaron hasta la alta valla y saltaron sobre ella sin ningún esfuerzo, accediendo al interior del complejo. Sabían perfectamente cómo moverse para no ser descubiertos.

Corrieron hacia los hombres que permanecían de espaldas a ellos ajenos a aquella intrusión, en el más absoluto silencio, y fueron noqueándolos uno a uno, dejándolos caer en el suelo sin levantar sospecha, sin que un solo ruido los delatase.

Taylor fue hacia el siguiente que estaba a punto de girarse, se abalanzó sobre él y apretó su cuello, dejándolo inconsciente en pocos segundos. Lo dejó caer con suavidad y se dirigió a por el siguiente hombre mientras el resto de sus compañeros hacían lo mismo.

Nada más depositar al siguiente se arrodilló en el suelo y miró de un lado a otro. Aquel complejo era muy grande, y si era cierto que Sandra se encontraba allí podían tardar bastante en dar con ella.

Nicholas depositó a otro de los hombres de seguridad en el suelo y adoptó la misma pose que Taylor, coincidió la mirada un segundo con él y se giró hacia el resto de sus compañeros. Alzó la mano y señaló a Dean, Scott y Christopher para que fuesen por el lado derecho. Al momento, los tres se movieron hacia donde les indicaba, reduciendo a todo aquel que se interpusiese en su camino.

Nicholas señaló a Taylor y a Adrien indicando el lado izquierdo. Se movieron hacia allí, observando al resto de sus compañeros a varios metros y la gran cantidad de hombres que iban depositando en el suelo en el más absoluto silencio. Sabían que Akers conocía su existencia, y como tal, estaba al corriente de sus poderes. No sabían a qué podían enfrentarse. Lo mejor era actuar en la oscuridad, sin ser vistos, hasta llegar a ella.

Se escondieron tras una caseta donde suponían que debían guardar parte del material de construcción y Taylor se asomó, observando de un lado a otro. No había rastro de Sandra por ningún lado.

—¿La veis? —preguntó en un susurro, apretando su cuello para comunicarse con sus compañeros a través de los micrófonos que llevaban incluidos en el traje.

Pocos segundos después las voces de sus compañeros llegaron hasta él a través de los audífonos.

—No.

—Nada.

—Aún no —dijo Christopher. Taylor suspiró—. Pero fijaos en la estructura alta que tenemos por delante, hay muchísima más seguridad en esa zona.

Taylor observó hacia donde les indicaba Christopher. Tenía razón, aquella zona estaba a rebosar.

Nicholas y Adrien se asomaron a su lado.

—Si la mantienen retenida, ese debe ser el lugar —confirmó Nicholas.

Taylor observó todos los hombres armados que había en aquel edificio. No comprendía cómo un hombre como William había logrado hacerse con un ejército como aquel.

—No serán un problema —le susurró Adrien, colocando la mano en su espalda.

Nicholas volvió a apretar su cuello.

—Está bien. Avanzad hacia el edificio —ordenó al otro grupo mientras les indicaba a Taylor y Adrien que avanzasen.

Se movieron a una velocidad extraordinaria hacia los primeros pilares, justo cuando tras ellos encontraron otro grupo de hombres vigilando la zona. No tardaron más que unos segundos en reducir a los cinco hombres.

Se giraron para observar como el resto de sus compañeros hacían lo mismo. Scott fue hacia el primero de los hombres que custodiaba la parte derecha del edificio, Christopher fue hacia el segundo y Dean hacia el tercero, pero no esperaban que dos hombres más apareciesen ahí. Se movieron rápidamente hacia ellos, dejando inconsciente al primero, pero para cuando iban a por el segundo, un segundo antes de abalanzarse hacia él, ese hombre emitió una pequeña ráfaga de disparos.

Lo bloquearon al momento, dejándolo tendido sobre el barro, pero sabían que aquellos tres disparos alertarían al resto de hombres.

Los seis se miraron en tensión, expectantes por si habían sido descubiertos. La respuesta no tardó en llegar.

Los gritos rompieron el silencio. Poco después pudieron escuchar las carreras de todos aquellos hombres armados por encima de sus cabezas al correr sobre el metal de las pasarelas.

—Joder. Nos van a descubrir —susurró Nicholas.

—Lo siento —recocieron la voz de Christopher por el audífono—. Este tío ha aparecido de la nada.

Taylor chasqueó la lengua mientras se internaba en las sombras, al igual que sus compañeros. Sabían que aunque no los vieses, se encontraban allí, solo hacía falta mirar hacia el suelo para darse cuenta de la gran cantidad de hombres que permanecían inconscientes sobre el barro.

William llegó a la siguiente plataforma de metal. Tenía la respiración acelerada, así que se apoyó en la baranda recreándose en las vistas de las que podía disfrutar desde allí. Si su plan salía bien, si lo conseguía, acabaría con la vida de los asesinos de su hijo y, a cambio, tendría a su hijo de vuelta. Su hijo, su adorado hijo. El regreso de Ian bien justificaba todo lo que estaba haciendo.

Giró su rostro hacia atrás cuando escuchó el gemido de Sandra tras él, subiendo el último escalón. Ella era hermosa, sinceramente, era una mujer muy atractiva. Se quedó observándola unos segundos, tenía la piel pálida por el frío y el miedo, incluso aquel vestido verde destacaba más su blancura. Sus cabellos se movían de un lado al otro por el viento helado. Sus ojos estaban llorosos.

Se permitió unos segundos para recuperar el aliento y, en ese momento, se fijó en que Sandra no se atrevía ni a devolverle la mirada, lo único que hacía era abrazarse a sí misma intentando darse algo de calor.

—Oh, querida, qué poco caballeroso por mi parte —dijo William acercándose a ella mientras se desabrochaba la chaqueta. Se la sacó y la colocó de forma delicada en sus hombros mientras ella lo miraba con una mezcla entre miedo y odio.

Ni siquiera se movió, se quedó totalmente quieta. Acarició sus hombros levemente, como si así pudiese hacerla entrar en calor, y se giró para observar las siguientes escaleras que los llevarían hasta la última planta, una enorme plataforma de metal en forma de U desde donde podría divisarse, en un futuro, una de las mejores vistas de Calgary.

Miró a sus miembros de seguridad y, con un movimiento de cabeza, dio el orden de que siguiesen ascendiendo. Dio el primer paso hacia las siguientes escaleras, pero un ráfaga de disparos le hicieron quedarse quieto.

Sandra miró de un lado a otro, asustada, ¿qué ocurría ahora?

William se acercó a la barandilla para observar. Desde allí arriba podía divisar algunas zonas, gracias a la iluminación de los potentes focos, pero otras permanecían en la más absoluta oscuridad. Igualmente, sabía lo que estaba ocurriendo, su plan estaba funcionando a la perfección.

Se giró hacia Sandra con una mirada pletórica.

—Ya están aquí —reaccionó emocionado, dando unos pasos hacia ella, a lo que Sandra retrocedió chocando con la baranda del otro extremo del pequeño pasillo. Sin poder evitarlo echó la mirada atrás, observando la gran caída que

había desde allí. Se obligó a mirar al frente cuando William se colocó ante ella, con una sonrisa bastante psicótica—. Te dije que vendrían —susurró con alegría—, que vendrían a buscarte —acabó fascinado.

Ella lo miró fijamente, sin comprender. Aquel hombre pensaba acabar con su vida, matarla, y aun así actuaba como si nada, como si aquello le alegrase.

No supo por qué lo hizo, ni cómo fue capaz de reunir el valor suficiente. Lo único en lo que pensó en aquel momento es que aquel hombre era un trastornado. La muerte de su mujer y su hijo pequeño lo habían sumido en una profunda depresión, haciéndole perder la cordura, y ahora, con el asesinato de su hijo, había caído definitivamente en la locura. ¿Cómo podía estar diciéndole que iba a matarla y a la vez sonreírle así, como si aquello le llenase de júbilo?

Le escupió en su rostro, sin importarle ya las consecuencias, de todas formas acabaría con su vida.

—Estás loco —susurró directamente mientras William se pasaba la manga de su camisa por su rostro, secándose.

Se limpió los ojos y se secó la mejilla. Sandra se mantenía firme ante él, con un rostro decidido, pero la mirada que observó en los ojos de William le hizo retroceder un paso.

La reacción de Akers no se hizo esperar. Elevó su brazo y golpeó con fuerza el rostro de Sandra, haciéndole caer sobre la pasarela. Se golpeó la cabeza con fuerza y se quedó aturdida durante unos segundos, pues no esperaba tal reacción por parte él, pero aquello no había hecho más que comenzar. Akers se colocó sobre ella y la agarró del cabello tirando hacia arriba. Sandra gritó cuando William tiró fuerte, haciéndola arrodillarse. Directamente comenzó a tirar de ella por la pasarela, mientras ella gritaba y pataleaba intentando soltarse de las manos que la arrastraban.

—¡Cállate! —gritó mientras la arrojaba hacia las siguientes escaleras, por las que debían ascender para llegar a la planta más elevada.

Sandra se golpeó contra ellas temblando, con la respiración entrecortada, y al momento notó cómo una gota de sangre comenzaba a resbalar desde su frente a su mejilla.

Gimió varias veces pero volvió a recibir otro empujón.

—¡Sube! ¡Vamos! —gritó Williams mientras ella comenzaba a subir con paso vacilante, sin casi poder mantenerse en pie.

23

Pudo escuchar, aunque en la lejanía, los gritos de Sandra. Todos miraron a Taylor y posteriormente elevaron la mirada hacia arriba. Taylor iba a correr hacia las escaleras cuando tuvo que esquivar varias balas. Se movió rápidamente hacia donde se encontraba Nicholas, agachado tras unas vigas de hierro.

—Ve a por ella, nosotros nos encargamos de estos —dijo directamente.

Taylor miró hacia atrás, observando la gran cantidad de hombres que bajaban por las escaleras desde la primera plataforma. Si corría hacia el otro lado, podría acceder a la primera plataforma por una zona oscura, sin ser visto.

—¿Podrás? —preguntó Nicholas.

—¿Qué pregunta es esa? —se burló él—. Te seguiremos de cerca.

Taylor asintió y directamente se levantó. Corrió hacia el otro extremo mientras veía como sus compañeros se abalanzaban contra todos los hombres de seguridad que venían armados.

Se detuvo y miró hacia arriba. Desde luego, aquel centro comercial iba a ser enorme. Saltó y se cogió a la barandilla sorteándola por encima. Nada más aterrizar en la plataforma observó a dos hombres al final, se movió rápido hasta ellos, impulsando a uno hacia una columna de hierro y al otro dándole una patada, haciendo que volase hacia atrás hasta caer sobre la barandilla. Aunque estaba claro que aquello no había hecho nada más que comenzar.

Acabar con aquellos hombres no iba a costarle nada, le parecía un juego, pero sufría porque le estuviesen haciendo daño a Sandra.

Corrió hasta las escaleras y subió saltando los peldaños de dos en dos, pero nada más llegar se encontró con varios hombres armados y con los refuerzos que descendían por las escaleras, preparados para disparar.

—Bien —susurró—. Esto se pone divertido.

Fue hasta ellos impulsándolos y haciendo que saliesen volando hacia atrás. A los refuerzos que bajaban las escaleras no les dio ni tiempo a poner un pie en la pasarela. Taylor se sujetó a una de las columnas y se impulsó hacia delante para derribar, con sus piernas, a los tres hombres que bajaban. Los tres hombres cayeron en los últimos peldaños, gritando. Taylor alejó las armas de ellos, arrojándolas hacia abajo, y justo en ese momento notó cómo el aire volvía a comprimirse, el silbido tan típico de una bala cortando el viento al

acercarse. Se agachó para evitar que las balas le rozasen, y se movió los metros que lo separaban de los dos hombres que le disparaban en un solo segundo, quedándose ambos petrificados.

El primero lanzó el arma al suelo y salió corriendo, el segundo ni siquiera podía moverse. Taylor lo miró fijamente mientras este temblaba. Le cogió con calma la pistola y luego ladeó su rostro hacia él.

—Corre —pronunció amenazante.

No hizo falta que lo repitiese, el hombre salió corriendo mientras gritaba escaleras abajo.

Taylor arrojó también la pistola hacia las otras plantas y miró hacia arriba. Aún había varias plantas más por encima, pero justo en ese momento le pareció ver la figura de Sandra asomarse, como si estuviese buscando la causa del alboroto que se estaba formando en las plantas inferiores. Al menos, debía ir acompañada de seis o siete hombres más.

Apretó los labios y corrió hacia la siguiente planta. Nada más llegar, y antes de poder correr por la pasarela de hierro que lo llevaría a las escaleras y que, a su vez, conducían a la siguiente planta, tuvo que agacharse al recibir varios disparos.

Miró hacia los lados, consciente de que parecían estar esperándolos, pues no paraban de salir hombres armados de todos lados.

Corrió primero hacia los hombres al final de la pasarela, pues no dejaban de dispararle, derribándolos al momento, y luego volvió al principio para deshacerse de los cinco hombres que se acercaban.

Derribó al primero, dejándolo tendido sobre el suelo, y se giró justo para coger a uno por el brazo, agachar su espalda y hacerlo girar sobre él, haciendo que chocase contra el que se acercaba y que ambos cayesen al suelo.

Se agachó para esquivar el puñetazo del siguiente y, a la vez, dio una patada al otro que se acercaba. El hombre retrocedió, perdiendo el equilibrio, intentó sujetarse a la baranda, pero cayó sobre ella precipitándose hacia el suelo mientras gritaba.

En ese momento, el señor Akers se detuvo y se apoyó sobre la baranda, observando como uno de sus hombres se precipitaba hacia el suelo y caía sobre unos sacos de arena. Aunque no podía ver muy bien desde allí, pudo distinguir la figura de un hombre luchando, vestido con un uniforme negro.

Se giró para observar a Sandra, que miraba también con interés hacia el mismo lugar, y luego retrocedió más su mirada.

—Se acercan —dijo—. ¡Estad preparados! —gritó mientras cogía a Sandra

del brazo y la obligaba a correr por la plataforma.

De nuevo los gritos se sucedieron, y pudo ver como unos cuantos hombres que pertenecían a la seguridad del señor Akers salían disparados contra las columnas del edificio con una fuerza impresionante.

Corrió por la plataforma, sujeta por la mano de Akers y seguida por cuatro hombres más, sin apartar la mirada de la planta baja, totalmente sorprendida por lo que veía. ¿Le había parecido ver a otro hombre salir disparado hacia la otra parte de la plataforma?

En ese momento captó cómo un hombre, vestido de uniforme negro, aparecía una milésima de segundo para agacharse, esquivar un brazo y directamente elevaba su pierna para golpear a otro que se acercaba. De repente desapareció. ¿Qué era aquello?

El señor Akers había dicho que ellos vendrían a buscarla y luego que ya estaban allí. Y ahora, tras escucharle decir que se acercaban, podía observar, mientras corría por aquella pasarela que la llevaría hasta las escaleras que la conducirían a la última planta, una sombra que iba luchando contra todos aquellos hombres. ¿Quiénes eran? ¿Y cómo era posible que aquel hombre se moviese a esa velocidad y con tanta fuerza?

William tiró con fuerza de ella, haciéndole gritar, y comenzó a subir los últimos escalones.

Cuando llegó a la planta alta, diez hombres más le esperaban.

Apretó más su brazo y comenzó a tirar de ella por la pasarela.

—¡Esperadlos aquí! —ordenó Akers mientras arrastraba a Sandra.

Aquella última planta estaba a medio construir, tenía tres pasarelas que formaban una U. Le hizo incrementar su ritmo, conduciéndola hasta el otro extremo, donde varios hombres más los esperaban armados hasta los dientes.

Mientras la empujaba miró hacia abajo, lo poco que le permitían ver los tres hombres que la seguían, observando como, dos plantas por debajo, otro hombre salía despedido contra una columna. Agachó más su rostro, viendo que unos metros por debajo una mano con una manga negra se apoyaba en la baranda para subir por las escaleras.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ya están aquí! —gritó William mientras tomaba la última de las pasarelas, donde aquellos hombres le esperaban.

Taylor subió rápidamente por las escaleras y derribó a uno de los hombres. En ese momento observó como varios corrían por encima de él, rumbo a las escaleras, para esperarle. Miró hacia un lado y pudo observar a Sandra. William la llevaba sujeta de la mano, tirando de ella con fuerza mientras

Sandra miraba de un lado a otro confundida, seguida de tres hombres más.

Los gritos de los hombres que comenzaban a descender las escaleras en su búsqueda le hicieron volver la vista al frente. No sabía lo que pretendía William, pero debería darle una buena explicación para no matarlo.

Los tres hombres se seguridad apuntaron a Taylor con sus armas.

—No estoy para tonterías —susurró antes de dar un salto y subirse sobre la baranda sin perder el equilibrio. De un salto pudo llegar a la siguiente planta, sujetándose a la baranda y saltando por encima de ella.

Cayó de rodillas y miró justo al frente donde varios hombres lo esperaban, aunque lo que no esperaba es que cuando giró su rostro para vigilar a Sandra la encontrase mirándolo fijamente.

Sandra pudo observar cómo aquel hombre saltaba por encima de la valla y caía de rodillas. Hasta ese momento no había distinguido sus rasgos, ni siquiera había prestado atención a ello, pues los nervios la mantenían bloqueada, pero desde allí, a su misma altura, y ya a poca distancia, pudo observarlo con claridad. Podría haber esperado a cualquiera, pero jamás hubiese pensado que Taylor fuese a buscarla.

Se quedó prácticamente detenida por la impresión, mientras sus cabellos volaban hacia los lados, sin apartar la mirada de él. Notó cómo los ojos se le inundaban de lágrimas, cómo el corazón amenazaba por salirse por su boca.

—Taylor —gimió sorprendida. Él estaba allí, él venía a buscarla, enfrentándose contra todos aquellos hombres con tal de ponerla a salvo.

Uno de los hombres que le seguía la cogió por los hombros, haciéndola caminar más rápido, pues había perdido el control sobre sus piernas. Ahora, toda su atención estaba dirigida a él. A pesar de que la empujaban hacia delante no podía apartar su mirada, sin creérselo aún. Y no solo eso. La forma en la que se movía, la fuerza con la que luchaba contra todos, reduciendo cada vez más la distancia entre ellos...

Taylor arremetió contra uno de los hombres y se agachó para esquivar la oleada de disparos que vertían contra él.

—¡Noooo! ¡Basta! —escuchó que gritaba Sandra mientras luchaba por escapar de todos los hombres que la empujaban, sin apartar la mirada de él, aunque sin conseguir huir.

Desapareció de la vista de ella para aparecer al final de la primera plataforma, agacharse y, con una patada, hacer que el hombre que no dejaba de dispararle cayese al suelo. Se levantó y automáticamente cogió a otro del cuello, impulsándolo hacia el otro lado.

¿Ese era Taylor? ¿Cómo podía hacer todo aquello?

Tuvo que desviar la mirada de él cuando los hombres la empujaron al final de la pasarela. Se golpeó con fuerza contra la baranda en la cadera y se obligó a sujetarse para no caer impulsada hacia abajo, hacia aquella caída que sería mortal.

Se giró de nuevo hacia delante para mirar a Taylor, pero toda su atención la captó Akers, que observaba la escena impresionado. Agnes ya le había explicado que aquellos hombres estaban dotados de un poder extraordinario, pero también le había dicho que con la pistola y las balas que le había entregado podría acabar con ellos, con los asesinos de su hijo. Aquella sería su venganza.

Se giró hacia Sandra mientras extraía del interior de su chaqueta otra pistola, una pistola diferente a la que había llevado hasta ahora. Parecía de plata, incluso brillaba.

—Atadla y arrojadla.

Los dos hombres la sujetaron por los brazos mientras un tercero cogía una cuerda y se acercaba.

—¡No! —gritó intentando huir, pero entre los tres hombres sujetaron sus brazos y ataron sus muñecas. Sandra no paraba de luchar contra ellos, pero le era imposible, aquellos hombres tenían mucha más fuerza que ella.

Observó como Taylor la miraba un segundo con gesto preocupado y volvía a desaparecer de su vista para aparecer en medio de la segunda pasarela, derribando a dos hombres más.

No pudo ver más, pues William se puso ante ella, tapando momentáneamente la visión de Taylor, mientras notaba cómo aquella áspera cuerda cortaba su piel.

Pudo contemplar, mientras los hombres la aproximaban al final de la pasarela, cómo William elevaba lentamente su arma apuntando a Taylor.

Sandra volvió a intentar escapar, pero uno de los hombres pasó la cuerda sobre una grúa, sujetó el otro extremo y automáticamente la empujó.

Sandra gritó desesperada cuando cayó hacia el vacío, y notó cómo sus músculos se expandían con dolor al quedar suspendida, sujeta únicamente por las muñecas sobre el infinito.

William se mantenía concentrado mientras observaba a Taylor deshacerse de todos sus hombres sin problemas. El grito de Sandra le distrajo unos segundos, pero intentó calmar su respiración, sabía que solo tendría una oportunidad, aquellos hombres se movían con una agilidad, velocidad y fuerza que jamás

había visto. Sabía que Taylor iría directo hacia ella, que tendría varios metros que recorrer hasta llegar a donde Sandra se encontraba, a través de una pasarela estrecha. Su puntería siempre había sido excelente, así que confiaba en no errar el tiro.

—¡Aguanta! —gritó Taylor hacia Sandra antes de agacharse de nuevo para esquivar al último de los hombres, antes de doblar la esquina y correr hacia William.

—Sí, eso es —susurró William—. ¡Vosotros! ¡Id a por él! —gritó hacia los dos hombres que estaban ante él, con los rifles en las manos esperando su turno.

Al momento obedecieron sus ordenes, esa era otra de las cosas con las que estaba encantado, todos sus hombres obedecían sin rechistar. Miró de reojo hacia el que sujetaba con fuerza la cuerda con la que mantenían elevada a Sandra y volvió a centrar su mirada en Taylor, que ya se había deshecho de su primer hombre e iba a por el segundo.

—Si me hace algo, suéltala.

El hombre asintió de inmediato, fijando su mirada en Taylor, que justo acababa de tirar al vacío a su segundo hombre y corría hacia ellos a gran velocidad, sin apartar la mirada de Sandra.

Sandra lo observaba fijamente, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y gemía constantemente.

Akers tomó aire despacio, intentado relajarse y calmar su pulso. Taylor corría hacia él con agresividad, y en pocos segundos sabía que lo tendría encima. Debía aprovechar aquella oportunidad, pues sabía que sería la única que tendría con él. Hizo presión en el gatillo mientras escuchaba como Sandra gritaba con más fuerza, hasta que escuchó el chasquido de la bala al salir a gran velocidad hacia Taylor.

Taylor no dejaba de correr hacia él. Su objetivo principal era coger a Sandra y ponerla a salvo, luego ya se encargaría de William y del resto de sus hombres.

Iba a darse impulso para saltar sobre la baranda cuando notó cómo la bala le atravesaba el brazo. El dolor fue insoportable, pero sabía que no tendría problemas, se regeneraría en pocos minutos. Corrió unos segundos más hacia William mientras este lo miraba sorprendido, sin comprender por qué aquel hombre no parecía inmutarse ante el disparo, retrocediendo unos pasos hacia atrás cuando Taylor tomó impulso, subiéndose a la baranda, mientras se llevaba la mano al cinturón. Nada más subir a la baranda dio unos pasos

rápidos y saltó al vacío, mientras extraía una daga de su cinturón con una mano y con la otra se cogía a una cadena que, con el impulso y la fuerza del salto, salió disparada hacia delante, rodeando la pasarela.

Todos se quedaron de piedra al observar aquel movimiento, incluso rodaron sobre sus pies para seguir su trayectoria. Pero tal era la impresión de ver a alguien moverse a aquella velocidad que el hombre que sujetaba la cuerda que mantenía suspendida a Sandra la soltó.

Sandra gritó cuando se notó caer al vacío.

Había pensado en cortar la cuerda con la daga y agarrarla, pero ahora no tenía tiempo que perder. Se dio impulso con las piernas y, como quien salta desde un trampolín, se arrojó al vacío. Por suerte había bastante altura. Cogió a Sandra por la cintura con un brazo y con el otro se sujetó a otra de las cadenas, deteniendo la caída.

Sandra se sujetaba a él con fuerza, sollozando.

Taylor respiró tranquilo cuando la apretó contra él, notando cómo ella temblaba y parecía estar en shock.

—Shhh... tranquila —le susurró mirando hacia abajo, pues aún estaban a mucha altura.

Elevó la mirada, observando como el señor Akers y un par de hombres más miraban hacia abajo buscándolos, y se sorprendía al verlos allí. Automáticamente volvieron a apuntarlos con sus armas.

Taylor se dio impulso y, de un salto, llegó hasta la plataforma del lateral, poniendo bastante distancia entre ellos. Iba a salir corriendo cuando observó como sus compañeros llegaban hasta William y sus hombres y lo arrojaban al suelo.

Christopher golpeó el estómago de William, haciendo que se arrodillase sobre el suelo, llevándose las manos a la zona dolorida, gimiendo.

Los miraban asustados, sin comprender nada, aunque desde aquella distancia pudo ver como sus compañeros lo miraban preocupados y lo saludaban.

Taylor aún sujetaba con un brazo a Sandra, que aún se abrazaba con fuerza a él, como si no fuese consciente de que se encontraba sobre una superficie firme.

Acarició su cabello, besó su frente con delicadeza y se separó levemente de ella para observarla.

Una lágrima resbalaba por su mejilla. Parecía encontrarse en shock, pues ni siquiera lo observaba.

—Eh, Sandra, mírame... —dijo mientras pasaba una mano por su mejilla.

Sandra tragó saliva y, finalmente, elevó su mirada hacia sus ojos grises, incrédula por todo lo que había visto—. ¿Estás bien? —preguntó.

Ella lo miró fijamente, sin saber qué responder, aunque pudo captar cómo Taylor arrugaba su frente al ver la pequeña herida en su frente.

—Ya está... —intentó calmarla—. Tranquila.

Ella inspiró, intentando relajarse. Aquello que había visto no... no daba crédito. Ni en sus sueños hubiese podido llegar a imaginar algo así. Se quedó observando sus ojos, mirándola con preocupación. Taylor había ido hasta allí, se había deshecho sin problemas de todos los hombres, luchando con agilidad, a una velocidad que incluso no le había permitido verlo algunas veces. Se mordió el labio nerviosa. No comprendía nada, absolutamente nada.

Taylor la observó preocupado, sabía que no eran solo los nervios de los últimos minutos, sino lo que le había visto hacer a él. Ella nunca había sospechado, no sabía cuál era su trabajo real ni sus habilidades, y procesar todo aquello era difícil.

—Gracias... —sollozó como si fuese lo único que podía decir.

Pasó su mano por su mejilla, acariciándola, y finalmente la descendió para coger su mano.

—Querías respuestas de por qué me marche... —dijo Taylor ladeando su rostro hacia ella, atento a sus reacciones—. Esto es lo que soy —confirmó finalmente—. A esto me dedico.

Ella se removió inquieta, apretando sus labios.

—Taylor... yo... no sé qué decir —reaccionó nerviosa—. No sé...

Se calló cuando escuchó unos gritos.

Ambos se giraron para observar la plataforma que tenían justo en frente, donde sus cinco compañeros comenzaban el interrogatorio de William.

—¿Quién te envía? —preguntó Nicholas con un grito.

Taylor suspiró y volvió a coger su mano.

—¿Van contigo? —preguntó Sandra, observándolo de arriba a abajo.

—Sí, son mis compañeros de división.

Ella lo miró extrañada pero asintió. Sabía que seguía sin entender nada de nada.

Besó su mano y dio un paso hacia delante, soltándose de ella.

—Enseguida vuelvo. Aquí estarás a salvo.

Ella lo miró extrañada.

—No, espera. No quiero quedarme so...

En una fracción de segundo desapareció, apareciendo en la otra plataforma

junto a sus compañeros.

Sandra dio unos pasos hacia atrás, conmocionada por lo que había visto. ¿Quién era Taylor? ¿Y sus compañeros? Le había dicho que esa era la respuesta a por qué la abandonó aquella tarde en el parque. ¿Qué quería decir aquello?

Taylor la observó un segundo y se giró hacia William, que permanecía tumbado en el suelo, temblando de miedo.

Nicholas miró a Taylor.

—¿Está bien? —le preguntó señalándola con un ligero movimiento de cabeza.

—Sí, aunque asustada —dio unos pasos al frente, concentrando toda su atención en William, que seguramente si no estuviese rodeado por todos sus compañeros ya se hubiese arrojado al vacío. No le importaría que lo hiciese, pues si no hubiese llegado a tiempo la habría matado—. ¿Quién te envía? —preguntó con un tono grave.

William se arrastró por el suelo, intentando acercarse a su compañero que permanecía tirado a unos metros, aunque Christopher y Dean se pusieron a su espalda, cortándole el paso.

Taylor se colocó ante él.

—¿Quién te envía? —preguntó con un tono más amenazante al no recibir respuesta la primera vez.

William apretó los labios y lo miró fijamente, luego observó la herida que tenía Taylor en el brazo, confundido.

—Tú... tú deberías estar muerto —gritó hacia él.

Taylor ladeó su rostro y se agachó frente a él con una mirada amenazante.

—Creo que no sabes con quién te has metido.

William se removió inquieto.

—Pero ella... ella dijo que morirías si te disparaba una de esas balas...

Todos lo miraron confundidos. Nicholas avanzó, colocándose ante William.

—¿Ella?

William intentó retroceder de nuevo pero Christopher lo frenó, colocando un pie en su espalda.

—No vas a irte de aquí —le amenazó.

William comenzaba a hiperventilar.

—Ella... me dio una pistola y unas balas especiales para acabar con vosotros.

—¿Y por qué querías acabar con nosotros? —gritó Taylor de los nervios.

—¡Porque me prometió que volvería a traer a mi hijo! —le devolvió el grito al final.

Todos los miraron fijamente.

—¿Esa mujer se llama Agnes? —preguntó directamente Nicholas.

William lo miró y apartó los ojos directamente de él.

—¡Eh! —le gritó Taylor, haciendo que William temblase—. ¿Agnes te prometió que si acababas con nosotros te devolvería a tu hijo?

William se removió inquieto y finalmente asintió. Luego volvió una mirada siniestra hacia ellos.

—Me ofreció la venganza que tanto ansiaba. Ella vino a buscarme. Si acababa con vosotros me estaría vengando de los asesinos de mi hijo y, además, podría recuperarlo.

Taylor giró su rostro hacia Nicholas, el cual lo observaba fijamente.

—Estás muy equivocado —pronunció Nicholas—. Nosotros intentamos salvar a tu hijo. Ella fue quien lo mató. Te has equivocado.

—Y tu error casi hace morir a otra persona —le susurró Taylor con dureza, y automáticamente giró su rostro hacia Sandra, bastantes metros alejada de ellos—. Eso es lo que hace Agnes, siembra el caos, el desconcierto... Es un bruja.

William los miraba incrédulo.

—¡No! —les gritó—. Vosotros acabasteis con mi hijo —comenzó a llorar—. Me lo quitasteis todo —les recriminó.

Taylor suspiró y se puso en pie.

—Nosotros no hicimos nada de eso. De hecho, ella es la que te ha pedido a ti que nos asesines —aquellas palabras hicieron poner la espalda recta a William, como si una duda sobre todo lo que había creído hasta ahora se aposentase en su mente—. Te manipuló. No te culpo por querer recuperar a tu hijo, pero debes aceptar que está muerto.

—Además —intervino Scott—, siento decirte esto pero... una bruja tiene poder, mucho poder, pero no tanto como para resucitar a una persona.

William temblaba, respiraba demasiado rápido.

—Mentís —gimió.

Nicholas chasqueó la lengua y señaló hacia el arma.

—¿Esa es la pistola que te dio? —William intentó cogerla pero Nicholas se agachó antes. No pesaba mucho y parecía de plata—. ¿Con esto pretendías acabar con nosotros? —se burló.

—Me previno de que teníais unos dones increíbles, que casi nada podría acabar con vosotros, a excepción de esta pistola...

—¿Por? —preguntó Dean.

—Tiene un hechizo para acabar con los cazadores.

Todos miraron a Taylor directamente, preocupados.

—Eh —respondió Taylor, extendiendo los brazos hacia ellos—. Me encuentro perfectamente —dijo moviendo el brazo de un lado a otro—. De hecho, ya ha comenzado a cicatri... —se quedó totalmente callado al observar la piedra de sal que llevaba como colgante. Nicholas se las había entregado hacía varias semanas y todos se habían burlado de él, poniéndole el mote de la pulsera de la amistad. La piedra había sido blanca hasta ahora, que era totalmente negra, parecía carbón. La cogió entre sus dedos y la mostró—. Eh, ¿la vuestra también está negra?

Todos se echaron la mano al cuello, mirándose el colgante.

—Están blancas —dijo Nicholas mientras se acercaba a Taylor—. Estas piedras también tienen un hechizo de protección. Supongo que la piedra ha absorbido la magia que contenía la bala, por eso no ha podido matarte. La ha dejado inutilizada.

Taylor lo miró boquiabierto.

—Joder... —susurró, y acto seguido ladeó su rostro hacia su jefe—. Perdona cuando te dije que eras un cursi regalándonos esto.

Nicholas le sonrió algo tirante y se cruzó de brazos.

—Hay que cambiártela y ponerte una nueva.

Taylor asintió con ansiedad y luego giró su rostro hacia William, que los miraba confundido.

—¿Qué quieres hacer con él? —le preguntó Nicholas ladeando su rostro hacia el señor Akers, que al momento puso su espalda erguida e intentó retroceder de nuevo, aunque Christopher se lo impidió otra vez.

Taylor se agachó ante él, estudiándolo fijamente.

Aquellos segundos le parecieron una eternidad a William.

—Márchate de Canadá..., y no vuelvas —susurró amenazante.

—¿Qué? —gritó.

—Ya me has oído —pronunció con toda la paciencia del mundo—. Trabajamos para el Pentágono, así que créeme, no me será nada difícil localizarte en cualquier parte del mundo. —Se acercó más a él con un gesto agresivo—. Márchate de Canadá y no vuelvas nunca más, porque a la que pongas un solo pie aquí te prometo que acabaré contigo. ¿Te ha quedado claro?

—Yo... yo... —gemía sin parar.

—Has estado a punto de asesinar a una persona inocente. Me da igual los motivos con los que intentes justificar tus actos. Eres un asesino —luego giró

su rostro hacia Sandra para observarla, permanecía de pie, esperándole, y parecía estar atenta a todo lo que decían—. Ella no tiene la culpa de nada —acabó diciéndole.

William lo observó con rostro enfadado.

—Tú no sabes por lo que he tenido que pasar —le gritó.

—¿Y qué? —le gritó también Taylor, avanzando hacia él con agresividad. Christopher se adelantó cogiéndolo del brazo, pues parecía que iba a comerse a William—. ¡Eso no te justifica! —luego calmó su voz, intentando tranquilizarte—. Lamento mucho lo que le ocurrió a tu hijo, de veras que lo siento. Intentamos evitarlo, pero Agnes lo asesinó. Y ahora, tú... has intentado hacer lo mismo con ella. Te lo vuelvo a repetir, no intentes justificarme un asesinato. Ni se te ocurra volver a hacerlo —le recriminó con voz más grave. Se soltó del brazo de Christopher y resopló—. Márchate de aquí antes de que me arrepienta —William comenzó a levantarse tembloroso, mientras tragaba saliva—. No vuelvas nunca más. Estás advertido.

Acto seguido se giró para observar a todos los miembros de seguridad que permanecían tirados sobre la plataforma y en las inferiores. Algunos de ellos aún estaban inconscientes, otros parecían despertar en aquel momento. Su mirada voló directamente hacia Sandra, que permanecía al otro lado de la plataforma, mirándolo asombrada.

Nicholas puso una mano en su hombro.

—Llévala a casa. Avisaremos al Pentágono de lo ocurrido y mandaremos a una patrulla de limpieza.

—Cuando la deje en casa puedo venir a buscaros —pronunció sin apartar la mirada de ella.

—Creo que es mejor que hables con Sandra y dejes las cosas claras.

Taylor aceptó sin apartar la mirada de ella. Suspiró y se alejó de allí sin mirar atrás, como volviese a ver aquella mirada cargada de odio de William acabaría allí mismo con su vida.

Sabía que debía de haber sufrido, había perdido a su mujer y a su hijo pequeño hacía años, y ahora a su hijo mayor. Lo único que le quedaba en la vida, su única razón de seguir viviendo había desaparecido. Comprendía su desesperación, pero aquello no justificaba lo que había intentando hacer. ¿De verdad iba a matar a Sandra y a ellos para que su hijo volviese?

Mientras avanzaba a un paso lento sobre la pasarela cogió la piedra de sal entre sus dedos. Si no fuese por aquella piedra seguramente estaría muerto. Nicholas había tenido razón, por lo que le había explicado William aquellas

balas llevaban un hechizo lo suficientemente fuerte como para acabar con ellos. Ahora, la magia se había condensado en aquella piedra de sal, volviéndola negra.

Se quedó observando hacia delante donde Sandra le esperaba. Lo observaba con una mirada tierna. Se quedó maravillado al verla, incluso tuvo que detenerse para recuperar el control de su cuerpo. Sus cabellos castaños volaban hacia atrás por el viento mientras se abrazaba a sí misma.

Se acercó lentamente y acarició sus hombros, intentando darle algo de calor.

—¿Estás bien? —ella asintió—. Vamos —dijo rodeando sus hombros con el brazo para acercarla—. Te llevo a casa. Tenemos que hablar.

Cogió el móvil de Sandra y la bolsa de deporte donde llevaba su ropa de la limusina de William y fueron hacia el todoterreno, aparcado bastante lejos de las instalaciones.

—Hannah me ha enviado un mensaje. Me pregunta que... ¿qué ocurre que no está el señor Akers ni yo? —pronunció aún con voz temblorosa.

—No le expliques lo que ha ocurrido.

—¿Y qué le cuento?

Taylor volvió a acariciarla mientras la apretaba contra su pecho para darle todo el calor posible.

—Dile que habéis tomado algo y que os habéis intoxicado —ella lo miró enarcando una ceja—. Es lo único que se me ocurre para justificar vuestra ausencia en el museo.

Sandra suspiró y marcó el teléfono de su prima. Tras varios minutos de conversación en la que le aseguró que se encontraba totalmente bien y simplemente necesitaba descansar, y en la que Hannah le decía que se encargaba de toda la situación y que le informaría de todo, colgó y subió al todoterreno.

Cuando Taylor cerró la puerta y rodeó el vehículo fue consciente de que Sandra no le quitaba el ojo de encima. Había llegado el momento de las explicaciones, y aunque le asustaba, en cierto modo sabía que se sentiría liberado.

Se sentó y encendió el todoterreno. Sandra se mantuvo en silencio, observándole, esperando a que él dijese algo, pero tras varios minutos en que ninguno de los dos parecía reunir el valor para iniciar aquella conversación fue ella la que habló.

—¿Me lo vas a explicar? —preguntó indignada.

—Sí, creo que te mereces una explicación.

—¿Crees que me merezco? —bromeó.

Taylor tragó saliva y la miró de reojo. Apretó los labios sin saber cómo comenzar. Era la primera vez que se encontraba en una situación así. Si la persona a quien tuviese que explicarle todo aquello no le importase no sería tan difícil, pero Sandra le importaba, le importaba demasiado.

Ella volvió a suspirar al ver que él parecía nervioso, y se giró hacia la

ventana observando la oscuridad de la noche.

—He visto cómo te mueves, y la fuerza que tienes... —susurró, luego se giró hacia él de nuevo—. ¿Cómo es posible?

Bueno, al menos parecía que ella le ayudaría a comenzar.

Taylor tragó saliva y la observó de reojo.

—Siempre he sido así, Sandra —susurró—. Desde que nací —se mantuvo unos segundos en silencio, controlando la carretera—. Trabajo para la división DAE.

—¿No trabajabas para el Pentágono?

—Es una división secreta del Pentágono —contestó rápidamente. Ella asintió—. Nos reclutan desde pequeños —ella enarcó una ceja hacia él—. A personas que tienen las mismas habilidades que yo. No enseñan a usarlas, a controlarlas. Nos entrenan.

—¿A qué habilidades te refieres?

Taylor volvió a tragar saliva, sin volver la mirada hacia ella, con la vista clavada en la carretera.

—Ya has visto gran parte de ellas. Nos movemos rápido, tenemos mucha fuerza y... nos regeneramos.

—¿Que os regeneráis? —preguntó sorprendida.

Taylor le mostró el brazo con el agujero de bala y se desplazó el uniforme para que lo viese. La herida estaba prácticamente cerrada. Sandra observó y se sentó de nuevo en el asiento, totalmente impresionada, sin apartar la mirada de él y sin parpadear.

—Hay más personas como yo. También hay con otras habilidades: telequinesia, videncia... —se quedó callado y miró de reojo a Sandra, la cual había girado su rostro y ahora observaba fijamente hacia delante.

—Has dicho que os entrenan, ¿para qué?

Taylor notó cómo sus músculos se ponían en tensión.

—¿Seguro que quieres saberlo? —preguntó sin apartar la mirada de la carretera.

—Sí.

—Sandra, hay cosas que es mejor que no sepas...

—Taylor —comentó ella girándose hacia él—, me han secuestrado, me han estado apuntando con un arma, me han pegado una paliza y me han tirado al vacío..., y aún no sé por qué. Así que quiero saberlo. Tengo derecho a saberlo —pronunció en un tono firme.

—Está bien —susurró—. Lo que... lo que te voy a decir te va a sonar a...

—Dímelo.

—No, escúchame primero —le cortó, intentando calmarse—. Todo lo que te voy a explicar es secreto, jamás..., jamás debes decírselo a nadie —ella tragó saliva y asintió—. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo directamente.

Taylor suspiró y volvió a mirar al frente.

—La división DAE, para la que yo trabajo, es una asociación secreta encargada de luchar contra... —resopló. Ella lo miró inquieta—, contra otros seres que tienen las mismas habilidades que nosotros, que la división con la que estoy.

—¿Otros seres?

—El mundo no es tan idílico como imaginas —susurró mirándola de reojo—. Hay una lucha de la que el resto de la humanidad no es consciente...

—¿Contra quién? —preguntó con algo de temor.

—En este mundo existen más especies. Vam... vampiros... —susurró muy bajito.

—¿Qué?

Taylor suspiró.

—Hay vampiros, Sandra. Y... licántropos, brujas, cambia formas... —Taylor se quedó callado cuando Sandra enarcó una ceja hacia él.

—¿Estás de broma?

—No, no estoy de broma. Ya has visto cómo me muevo. ¿Crees que te mentiría con algo así?

Sandra se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos unos segundos, intentando asimilar lo que él decía.

—Por eso nos entrenan —continuó—. Porque las otras especies poseen las mismas habilidades que nosotros. Solo nosotros estamos preparados para hacerles frente.

Sandra se incorporó sobre el asiento, indignada, con una sonrisa de incredulidad en su rostro.

—¿Me estás diciendo que el Señor Akers es un vampiro? ¿Un hombre lobo?

—No, él es humano —se pasó la mano por sus ojos y luego apretó el volante con fuerza—. Estuve hasta hace unos meses en Nueva York, luchando contra los vampiros y lobos de aquella zona. El líder de los lobos transformó a varias personas, y uno de esos lobos logró huir. Lo seguimos hasta aquí, a Canadá —la miró de reojo—. Hay una bruja que se llama...

—¿Qué? —preguntó incrédula.

Taylor suspiró y volvió su mirada al frente.

—Se llama Agnes —pronunció más enfadado—. Quiso hacerse con el control de la manada de lobos de la zona de Alberta. Ella fue quien asesinó al hijo del señor Akers, a Ian —aquello le hizo poner la espalda recta y pestañeó varias veces—. Yo y mi equipo estuvimos allí, intentamos impedirselo, pero..., Agnes es muy fuerte, incluso más que nosotros —aquello le hizo tomar asiento de nuevo, observándolo preocupada—. Nosotros somos los únicos que podemos hacerle frente, que podemos evitar y boicotear sus planes, por eso Agnes se presentó ante William diciéndole que nosotros éramos los asesinos de su hijo y que ella tenía poder para resucitarlo. Si acababa con nosotros le devolvería a su hijo —Taylor la observó de reajo—. ¿Lo entiendes Sandra? William te capturó porque sabía que yo y todo el equipo iríamos en tu búsqueda. Y ese sería el momento en que acabaría con nosotros —Sandra tragó saliva—. Agnes tiene mucho poder, pero nadie puede devolver la vida a los muertos —susurró—. Al menos que nosotros sepamos —la miró de reajo y suspiró—. Agnes está intentando juntar unos medallones, entre ellos, el que tú tenías.

—¿El baphomet? —preguntó sorprendida.

—Sí, se usan en magia negra para conjurar. Hay seis en el mundo, por eso es de vital importancia encontrarlos antes que ella. Si los consigue todos podrá hacer un hechizo para conjurar a... —tragó saliva—. A...

—¿A qué? —preguntó inquieta.

—Le llaman la bestia.

Sandra se quedó impresionada al escuchar aquello, mirando al frente.

—¿Y... qué... qué puede hacer esa bestia?

—No lo sabemos. Pero desde luego nada bueno —susurró.

Se removió inquieta y lo miró acongojada.

—¿Estás hablando en serio?

Taylor la miró.

—Nunca he hablado más en serio —se mantuvo unos segundos en silencio y finalmente suspiró—. Sabemos que, al menos, uno de los medallones lo tiene —la miró de reajo—. El tuyo. El día que entraron a robar en tu local iban buscando ese medallón.

—Pero iba de camino al museo. En el camión del señor Akers —reflexionó ella, como si todo encajase—. Y lo asaltaron.

Taylor asintió. Sandra se pasó las manos por la frente, como si le costase encajar todo aquello. Era difícil creer todo lo que Taylor explicaba, pero en

cierto modo, todo tenía sentido.

—¿Y sabéis dónde están los otros medallones?

—No, por eso te pedí ayuda ese día.

—Ya —dijo recordando cuando los había buscado en su base de datos.

Suspiró y lo observó de reojo.

Taylor la miraba con bastante timidez, como si realmente le costase explicar todo aquello.

—¿Por qué no me lo explicaste?

Él enarcó una ceja y luego le sonrió.

—Creo que es bastante obvio.

Sandra suspiró y apoyó su cabeza contra el asiento, cerrando los ojos, intentando poner en orden sus pensamientos. Aquello era una locura, pero lo había visto moverse, luchar... sabía que algo de cierto había en todo aquello. Se quedó con los ojos cerrados, intentando relajarse, hasta que notó la mano de Taylor sobre la suya. En ese momento los abrió, Taylor la miraba con preocupación. Tomó su mano con delicadeza, acariciándola con el pulgar.

—El día que quedamos en el parque, hace quince años... —Sandra tragó saliva y apartó la mirada de él—. Escúchame, por favor —suplicó apretando un poco su mano—. Ese día iba a ir hacia el parque cuando el señor Jones se presentó en mi hogar —Sandra giró su rostro hacia él con una clara duda en su rostro—. El señor Jones es nuestro superior. Se encarga de reclutarnos y dirige las divisiones —ella asintió tímidamente—. Vino para explicarme sobre mis habilidades, sobre lo que me ocurría... yo... —luego volvió a sonreír—, yo no entendía nada, incluso me asustaba. Me veía diferente. Él me dijo que había más gente como yo, y que gracias a lo que podían enseñarme podía salvar muchas vidas —volvió a acariciar su mano—. Te prometo que intenté ir aunque fuese a despedirme de ti pero... no me lo permitieron —volvió la vista al frente, concentrado en la carretera—. Me subieron a un coche rumbo al aeropuerto. Te vi ahí, en el parque, esperándome —suspiró y apretó los labios—. No sabes cuánto lo siento, Sandra, pero no ha habido un día en que no te haya tenido en mis pensamientos. En que no haya repetido aquella última imagen tuya en mi mente —la observó de reojo—. Estabas sentada en el banco, mirando de un lado a otro y yo... pasé a tu lado, sin poder decirte nada, sin despedirme. Esa imagen me ha acompañado siempre —admitió con dolor.

Ella notó cómo su corazón latía con fuerza, cómo algo dentro de ella se rompía. Si aquella era la verdadera causa de su partida, de su desaparición,

tampoco podía reprocharle nada. En ese momento se compadeció de él. Realmente debía de haber sido muy duro, ya no solo lidiar con sus poderes, ser diferente, sino el verse apartado de todo lo que él conocía y amaba.

—Sé que podía haber venido a buscarte, decirte algo pero... ¿qué? —preguntó con desesperación—. Tengo totalmente prohibido hablar de esto. Es totalmente secreto.

Ella cogió su mano.

—Ya está —intentó calmarlo, pues parecía realmente dolido—. No se lo diré a nadie, tranquilo.

—No es eso lo que me preocupa —dijo rápidamente, luego la miró con intensidad y desplazó su mano hasta su mejilla, acariciándola—. No quiero volver a perderte.

Ella se quedó contemplándolo. Él era todo lo que había querido siempre, lo que había anhelado, y tras lo que había explicado Taylor, tras ver cuál era su verdadero motivo, no tenía nada que reprocharle, al contrario.

Elevó su mano hasta la suya y la acarició.

—No me perderás —le sonrió, notando incluso cómo sus ojos se humedecían. Taylor detuvo el vehículo ante un semáforo. Se quitó el cinturón directamente y, sin previo aviso, se lanzó sobre ella para besarla, ahora tranquilo, pues ya no tenía nada que ocultarle, no había secretos entre ellos. Por primera vez en su vida, se sentía realmente libre.

Comenzaba a amanecer sobre el horizonte cuando William subió a su jet privado. Había metido unas cuantas prendas de ropa en una maleta y se había dirigido directamente hacia el aeropuerto.

Todo había sido una locura desde la muerte de su hijo. No sabía si se había equivocado, si habría cometido un error, aunque algo dentro de él le decía que sí. ¿Y si lo que le había explicado Taylor era cierto? ¿Y si realmente aquella mujer, Agnes, era la asesina de su hijo? ¿Y si lo había usado simplemente para entretener a aquellos cazadores?

Se pasó la mano por los ojos, agotado, y observó a través de la pequeña ventana de su jet, sobrevolando las altas nubes sobre el Océano Pacífico. El primer vuelo desde Calgary hasta Denver, en Colorado, había durado poco más de tres horas. Tras repostar una hora, en la que había aprovechado para tomar un café, habían vuelto a despegar rumbo a Honolulu. El vuelo duraría unas ocho horas, aproximadamente. Ahora, tras comenzar a sobrevolar el

océano, se sentía mucho más a salvo. Dejaría atrás todo aquello. Tenía una pequeña casa en Honolulu, adquirida hacía trece años, junto a su esposa. No había vuelto a ir desde su muerte, pero ahora, aquel lugar era lo que necesitaba. Alejado de todo. Ya no solo de los peligros, sino de los recuerdos.

Era lo que debía hacer. Comenzar de nuevo, no le sería difícil.

Una sensación de culpabilidad lo inundaba desde que había hablado con Taylor y todos sus compañeros. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si había estado a punto de asesinar a una inocente? Pero... su hijo. Todo merecía la pena si podía volver a tenerlo a su lado. Ciertamente que había sido cruel por su parte, pero... ¿acaso no era cruel lo que habían hecho con su hijo? No le quedaba nada, absolutamente nada. Tampoco se sentía excesivamente mal por intentar devolver la vida a su hijo. ¿Qué padre no lo haría?

Cerró los ojos diciéndose a sí mismo que cualquier padre hubiese hecho lo que él, cuando notó cómo una suave corriente de aire mecía sus cabellos. ¿Aire? ¿Allí dentro?

Abrió los ojos y brincó en su asiento, a punto de salir corriendo. Agnes permanecía sentada frente a él. Ninguna sonrisa aparecía en su hermoso rostro, solo una mirada fija, incluso tenebrosa.

William miró de un lado a otro, como si no comprendiese cómo había llegado ella hasta allí, e hizo ademán de levantarse.

—Quieto, William —le previno con una voz pausada—. ¿Adónde vas a ir? —preguntó en un tono bromista.

William tragó saliva y se sentó lentamente, notando cómo todo su cuerpo temblaba. Agnes miró por la ventana, observando el cielo anaranjado en el horizonte y cómo gradualmente se iba convirtiendo en un intenso azul.

—¿Ibas a irte sin despedirte? —preguntó Agnes centrando la mirada en él, colocando cada uno de sus brazos en el apoyabrazos.

William tembló, ni siquiera la voz le salía de su garganta. Agnes sonrió y negó con su rostro

—Eso es de muy mala educación, William. Los amigos no se hacen eso, y... tú y yo somos amigos, ¿verdad?

William apretó los labios y asintió efusivamente. Ella chasqueó la lengua y volvió a observar a través de la ventana.

—Creo que te marchas sin cumplir parte de nuestro trato —le susurró.

William carraspeó y se desabrochó el primer botón de su camisa, notando cómo una gota de sudor frío, provocada por los nervios, descendía por su

nuca.

—Lo... lo intenté. Llegué a darle a uno de ellos pero...

—¿Le diste? —rió. Luego puso los ojos en blanco—. Si le hubieses dado estaría muerto.

—Te aseguro que le disparé —reaccionó rápidamente.

Agnes suspiró y se puso en pie, mirando de un lado a otro del jet. Era espacioso y cargado de lujos.

—¿Y adónde te diriges con tanta prisa? —preguntó cruzándose de brazos.

—Ellos... —Agnes enarcó una ceja—. Los cazadores —dijo rápidamente—.

Me dijeron que me marchase o me matarían —susurró.

—Oh, vaya... —inclinó su rostro hacia él—. Huyendo de ellos... —susurró analizando sus palabras. Sonrió y miró de un lado a otro. No había nadie más aparte de él en el jet, únicamente el piloto y su segundo, aunque estos no parecían ser conscientes de nada, pues estaban encerrados en la cabina.

William se quedó observándola. Era una mujer hermosa aunque tenebrosa. Siempre le había dado miedo, pero ahora parecía tener un aura de peligrosidad más intensa.

Se levantó lentamente mientras Agnes caminaba por el pasillo, observando el jet. William se puso en medio del pasillo, tragando saliva, temblando. Intentó ponerse erguido aunque las piernas le temblaban excesivamente.

—Ellos... me dijeron que tú asesinaste a mi hijo —susurró, intentando que su voz no temblase.

Agnes se giró lentamente hacia él, con la espalda totalmente tiesa.

—¿Eso te dijeron? —preguntó dando un paso hacia él, caminando con excesiva lentitud, pasando sus manos sobre los asientos.

Él trago saliva y dio un paso hacia atrás.

—¿Y tú les crees?

William se quedó quieto, observándola fijamente.

—¿Es cierto o no? —preguntó esta vez con una voz más intensa.

Ella se encogió de hombros, como si no le importase admitirlo.

—Es posible —acabó diciendo—. ¿Pero qué importa eso?

—¡A mí me importa! —gritó dando un paso hacia delante. Se quedó pensativo, notando cómo todo su cuerpo comenzaba a temblar por la ira que sentía—. Mataste a mi hijo, me engañaste —gruñó—. Estuve a punto de asesinar a una inocente por tu culpa.

Ella negó con su mano, tranquila.

—No, tú y yo teníamos un acuerdo. ¿Acaso no querías volver a ver a tu hijo?

—Me dijeron que nadie puede devolver a la vida a un fallecido —volvió a gruñir.

Ella sonrió, una sonrisa maléfica.

—Verás... —comentó avanzando hacia él—, yo no te hice matar a una inocente. Lo que tú decidiste hacer con esa muchacha es asunto tuyo —se encogió de hombros—. Respecto a lo de tu hijo... —sonrió maléficamente—, es cierto, no puedo devolver a la vida a un fallecido, pero...

—¿Pero qué? —gritó de los nervios.

—Yo no te prometí eso, te prometí que volverías a reunirte con él..., y aunque no has cumplido tu parte del trato... —se giró hacia atrás, extendiendo su brazo hacia la cabina del piloto—. Te daré lo que tanto ansías.

William dio unos pasos hacia atrás, comprendiendo lo que iba a hacer.

—No, no... —gimió.

En ese momento el jet pareció sufrir una turbulencia y las luces fallaron unos segundos.

—¿Qué haces? —gritó hacia ella, intentando mantener el equilibrio.

—Tu piloto y copiloto se han ido a dormir —sonrió hacia él mientras el jet se movía de un lado a otro.

—No, por favor... —gimió cayendo sobre la moqueta mientras las luces parpadeaban.

Agnes dio unos pasos hasta que se puso justo en frente. William permanecía de rodillas, sujetándose al asiento en el que había estado sentado hacía pocos minutos.

—Dale recuerdos a tu hijo —susurró con una sonrisa.

En ese momento Agnes desapareció.

—¡No! —gritó William mientras miraba de un lado a otro, nervioso. Las luces del jet se apagaron. Fijó la mirada en la puerta de acceso a la cabina. Comenzó a caminar a gatas hacia allí, mientras caía en el suelo repetidas veces por las turbulencias que sufría.

Llegó hasta la puerta y, haciendo un gran esfuerzo, se puso en pie, cayendo en el intento en repetidas ocasiones. Agarró el pomo y tiró de él. Estaba cerrado.

—¡No! —gritó aporreando la puerta—. ¡Abrid! ¡Vamos, abrid! —gritaba mientras golpeaba con sus puños la puerta metálica.

En ese momento el jet sufrió una última turbulencia y comenzó a perder altitud. William, sin dejar de tirar de la puerta, miró hacia la ventana. Bajaban a mucha velocidad, atravesando las nubes. Pocos segundos después apareció el océano.

—¡No! ¡No! —seguía gritando mientras aporreaba la puerta.

El océano cada vez estaba más cerca, notó cómo los oídos le estallaban y cómo se precipitaba hacia el vacío. En ese momento supo que iba a morir. Sí, Agnes le había engañado, utilizado, y ahora, como ya no le interesaba, acababa con su vida.

Cerró los ojos, consciente de que su vida se acababa. Su último recuerdo fue para su mujer, su hijo pequeño e Ian. En pocos segundos se reuniría con ellos.

25

Dos semanas después.

Taylor cogió la caja del maletero y se giró para observar su nueva casa.

—Hogar, dulce hogar —pronunció Bethany mientras cogía su maleta y comenzaba a tirar de ella.

—Estate quieta —dijo Adrien mientras se la cogía.

—Ya puedo.

—Yo también —sonrió mientras ignoraba su comentario y entraba en su nueva casa de Banff.

Taylor se quedó observándola. Lo cierto es que aquella casa era igual que la anterior, aunque según el Pentágono, mucho más protegida. Ahora podían estar más tranquilos, podían asegurar que Agnes no podría molestarlos allí dentro. Al menos, estarían seguros en su interior.

Se giró y sonrió hacia Sandra, que bajaba del todoterreno. Se colocó a su lado, observando el jardín delantero.

—Pues es muy bonita —sonrió girándose hacia él.

Taylor se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa.

—No está mal.

—Está mucho mejor que el piso que os dieron en Calgary.

Bethany se giró desde la puerta.

—Eh, Sandra —la llamó—. Luego iremos a ver el local, jefa.

Sandra sonrió hacia ella. Hacía un par de semanas que se habían conocido. Bethany le había ayudado a comprender a lo que se dedicaban. Era buena chica, y tras saber que tenía la carrera de administración y dirección de empresas le había ofrecido rápidamente un puesto de trabajo para llevar la contabilidad de los dos locales.

Uno, el que dirigiría Hannah en Calgary, y el segundo, el que dirigiría ella en Banff. Probarían durante un año, a ver qué tal funcionaba, y tras ese tiempo valorarían si continuar con los dos locales, trasladarse a uno de ellos o cerrarlo. Solo esperaba que todo fuese bien y que los dos locales funcionasen.

—Vamos, te enseñaré tu habitación —susurró Taylor con una mirada lujuriosa.

—Ya... mmm... —pronunció Nicholas poniendo una mano en su hombro, llamando su atención—. ¿La tuya? ¿Verdad? —enarcó una ceja hacia él.

Taylor se giró hacia él.

—¿Algún problema, jefe?

Nicholas colocó sus manos ante él.

—Ninguno —luego giró su rostro hacia Sandra—. Bienvenida —le guiñó el ojo y fue hacia casa, aunque antes de entrar se giró hacia él—. Por cierto, casi lo olvido —se llevó la mano al bolsillo y extrajo un colgante, luego lo arrojó hacia él, que lo cogió al vuelo—. No te olvides de ponértelo. Mañana le daré uno a tu novia —comentó ya entrando en la casa.

—Ah mmm... ya, gracias —comentó observando la piedra de sal blanca que su jefe le había lanzado, luego observó de reojo a Sandra con una gran sonrisa, cada vez que se referían a ella como su novia una enorme sonrisa inundaba su rostro—. Gracias por la nueva pulsera de la amistad —gritó hacia su jefe.

—Oh, míralo..., está sonriendo otra vez —bromeó Scott pasando a su lado, cargando unas cuantas cajas—. ¿Te gusta, Sandra? —preguntó con una sonrisa hacia ella, señalando la casa.

—Es muy bonita, Scott —bromeó ella.

—Y ya verás las vistas desde la habitación de Taylor... impresionantes — guiñó un ojo hacia ella, lo cual hizo que Sandra riera.

Cuando se giró hacia Taylor, estaba resoplando.

—Vamos a ver mi fantástica habitación —rio.

Entraron en la casa atravesando un espacioso jardín. Dentro, todos sus compañeros iban dejando cajas.

—Ven, sígueme —dijo mientras subía las escaleras.

Sandra le siguió, observando todo a su paso. La casa era enorme, y estaba muy bien decorada. Llegaron hasta un largo pasillo con tres puertas a cada lado. Taylor se dirigió a la primera de las puertas, a su izquierda, y abrió. Todos habían decidido mantener la ubicación de las habitaciones como en la primera casa.

La enorme cama en el centro, la pantalla plana en la pared frente a la cama, el escritorio al final y la enorme puerta de cristal que daba a un espacioso balcón. Era exacta a la anterior.

Taylor depositó la caja sobre el escritorio mientras ella cerraba la puerta.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó mientras avanzaba hacia él, observándolo todo.

Taylor fue hacia ella y la cogió por la cintura.

—Nuestra... —remarcó la palabra— habitación.

Ella se abrazó a su cuello, rodeándolo.

—Pues me gusta —rio. Luego miró a su alrededor—. Le faltan un par de adornos que...

—Oh, no, no... nada de antigüedades.

—¿Ni una? —preguntó enarcando una ceja.

Taylor ladeó su rostro y, durante unos segundos, bajó su mirada hacia sus labios.

—Bueno, va, solo una. Pero... —comentó mientras acariciaba su nariz con la suya—, la elegiremos entre los dos.

Ella lo miró como si evaluase su propuesta.

—Acepto —susurró.

Taylor le sonrió y se fundió con ella en un beso.

Ahora que la tenía a su lado se sentía pleno. Había pasado toda una vida esperando aquel momento, poder tenerla junto a él, y ahora que lo había conseguido, no la dejaría escapar, nunca más.

Agnes avanzó por el pasillo de su hogar lentamente, con la mirada fija en la puerta de entrada. Había total oscuridad, no había encendido las luces del pasillo, era noche cerrada, pero no le hacía falta la luz, caminaba sin ningún problema en la oscuridad. No la necesitaba.

Pasó la mano sobre el mueble donde había unas cuantas fotografías, sin dejar de avanzar.

Había sido una fantástica idea entretener a los cazadores, desviar la atención mientras llevaba a cabo su plan. Ahora sabía que finalmente lo conseguiría.

Llevaba muchos años esperando, pero al fin, había llegado su momento.

Abrió la puerta de su hogar mientras una corriente de aire mecía sus cabellos rubios hacia atrás y su camión blanco. Esa sensación, sabía que se acercaban. Era como si se sintiese completa. Era una sensación de plenitud tan grande que le hizo cerrar los ojos mientras salía al exterior, hasta el borde de su porche. Colocó las manos en la baranda y respiró calmada, sintiéndose reconfortada.

Cuando abrió los ojos lo primero que vio fueron las estrellas. Infinidad de estrellas inundaban el cielo.

Bajó su mirada y observó en la lejanía, caminando entre los árboles, la silueta de cuatro mujeres dirigiéndose hacia ella.

Una sonrisa inundó su rostro. Allí estaban, ahora todo iría bien.

Las cuatro mujeres se colocaron ante ella, observándola fijamente. Todas le sonrieron.

—Ya estáis aquí —susurró Agnes con una gran sonrisa. Las cuatro asintieron, devolviéndole la sonrisa—. Os he estado esperando.

Subieron los escalones del portal y se fundieron en un abrazo con Agnes.

—Hermanas —susurró sin soltarse. Se apartó levemente para observarlas—. ¿Los habéis traído? —preguntó con ansiedad.

Las cuatro se abrieron el abrigo, mostrándole los medallones que cada una de ellas portaba, de bronce con la figura del ternero en el centro.

Agnes asintió y abrió la puerta de su hogar.

—El momento se acerca —susurró hacia ellas—. Ya queda poco.

Todas entraron en la vivienda mientras sujetaban su baphomet en sus manos. Cerró la puerta con delicadeza mientras sus hermanas se dirigían al comedor. Agnes fue hacia el mueble y abrió uno de los cajones. Cogió una caja y la extrajo, colocándola sobre la mesa, rodeada de sus hermanas.

La abrió observando su interior. Dos medallones más se encontraban dentro de la caja.

—Los seis —susurró una de sus hermanas.

Agnes se giró para observarla.

—Pero nos falta una —remarcó otra de sus hermanas.

—Pronto estará con nosotras —confirmó Agnes. Cerró la caja y se giró hacia ellas con una gran sonrisa—. La he mandado llamar. Debe de estar a punto de

llegar —cogió a dos de sus hermanas de las manos y apretó—. Cuando estemos las seis juntas será el momento de llamarlo.

Todas asintieron, ya no solo felices por su reencuentro, sino por todo lo que iban a lograr juntas.

—Falta muy poco —susurró Agnes, colocando una mano en dos de sus hermanas.

Ahora que estaban juntas, ya nada podría pararlas. Nada las frenaría.

Ahora comenzaba todo.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, agradecer a Romantic Ediciones por apoyarme tanto y por su trato tan profesional y humano. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un verdadero placer publicar con vosotros.

A mis lectores, gracias una vez más por estar a mi lado. Espero que hayáis disfrutado mucho de esta segunda entrega y os hayáis divertido leyéndola tanto como yo al escribirla.

Muchísimas gracias por todo.

Un abrazo enorme.

María.

Table of Contents

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[Agradecimientos](#)